3 1761 09546486 3

ve
ard
s fr
acom
tima mor

Esta mañ
llegó á pal
acompañ
general
e de Se

re
Sres
tal.

NUEVA EDICION DE GRAN LUJO.

EL MÁRTIR DEL GÓLGOTA.

TRADICIONES DE ORIENTE,

POR ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.

L. LOPEZ Y A. GULLON, EDITORES,
CÁRMEN, 13.
1866

EL MÁRTIR DEL GÓLGOTA.

EL MARTIR DEL GOLGOTA

LS
P4386ma

EL MÁRTIR
DEL
GÓLGOTA,

TRADICIONES DE ORIENTE

SU AUTOR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

SEGUNDA EDICION.

J. COSCOLLANO

TOMO I.

235722
11.9.29

MADRID.

GULLON Y LOPEZ, EDITORES.
Administracion. Cármen 13.
1866.

Propiedad de los editores

MADRID.—Imprenta del Norte, á cargo de C. Moro, barrio de Arguelles.

NOS DON JOSÉ DE LORENZO Y ARAGONÉS,

PRESBÍTERO, DOCTOR EN SAGRADOS CÁNONES, CONSEJERO REAL DE INSTRUCCION PÚBLICA, DIRECTOR DEL REAL MONTE DE PIEDAD, VICARIO JUEZ ECLESIÁSTICO ORDINARIO DE ESTA M. H. V. Y SU PARTIDO, ETC.

Por la presente, y por lo que á Nos toca, concedemos licencia para que pueda imprimirse y publicarse el manuscrito del poema que con el título de EL MÁRTIR DEL GÓLGOTA pretende dar á luz D. Enrique Perez Escrich; mediante que de nuestra órden ha sido examinado y no contiene, segun la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral.

DR. LORENZO.

Por mandado de S. S.

LDO. JUAN LORENZO GONZALEZ.

Madrid, 2 de Junio de 1863.

AL SEÑOR

D. RICARDO SAN MIGUEL Y BUSTAMANTE.

DEDICATORIA.

Querido Ricardo: La iconología nos representa la amistad bajo la poética forma de una mujer jóven y hermosa coronada con mirto y flores de granado. Sobre su tersa frente, blanca como las nieves del Sabino, se leen estas palabras: *invierno y verano;* y en la franja de su finísima túnica estas otras: *la vida y la muerte.*

Esta diosa tiene el costado abierto, por donde enseña el corazon, y sus piés un perro de hermosas lanas duerme tranquilamente.

Desde tiempos muy remotos, los hombres rindieron culto á la diosa que con tan poéticos atributos nos presenta la ciencia del conocimiento de las imágenes. Cuando sus cariñosos lazos unen á dos séres, les trasmiten algo de su inmortal esencia. Por eso la amistad que es verdadera, ni envejece con los años ni se enfria con la nieve de las canas.

Dejemos, pues, amigo mio, que ruede el tiempo sobre nosotros: envejézcase en buen hora nuestro cuerpo siguiendo la ley inalterable de la naturaleza; pero conservemos jóven y lozana, franca y desinteresada, la amistad que hace años nos profesamos.

Si mis sueños de poeta no me engañan, EL MÁRTIR DEL GÓLGOTA será siempre mi obra favorita, tal vez está destinada á vivir mas que su autor; por eso pongo su nombre de V. en su segunda página.

Esta dedicatoria es un lazo que debe unir aun despues de la muerte los nombres de Ricardo San Miguel y su amigo de corazon

Enrique Perez Escrich.

Madrid, 10 de Junio de 1863.

INTRODUCCION

Doce años de paz inalterable, desconocida desde la muerte de Numa Pompilio, disfrutaba el mundo, cuando Dios, lanzando sus compasivos ojos hácia la tierra, decretó bajar á ella en forma de hombre y derramar su sangre por el delito ajeno.

Su venida debia anunciarse con grandes y asombrosos acontecimientos: así sucedió.

Los impíos idólatras del Olimpo de Homero, los sensuales adoradores de Vénus la prostituta y Mercurio el ladron, los corrompidos cortesanos del Capitolio, languidecian en brazos de la pereza y el amor.

Aquella paz inalterable les llenaba de admiracion, y un dia subieron al templo á consultar el oráculo de Apolo cuánto tiempo duraria.

El oráculo les respondió estas palabras: *Hasta que pára una Vírgen.*

Creyendo que por el órden natural, era imposible que esto sucediera, pusieron esta inscripcion sobre la altiva puerta: *Templo de la paz eterna.*

Mientras tanto la sibila de *Cuma*, la inspirada poetisa, vaticinaba en la ciudad impía de los Sibaritas la venida de Jesucristo.

Octavio Augusto reunió su consejo, y la profetisa fué interrogada.

El César queria saber si nacería otro hombre mayor que él.

El emperador esperaba una respuesta, cuando un círculo de oro apareció alrededor del sol.

En el centro, rodeada de vivos rayos, se hallaba una Vírgen llevando un hermoso Niño en los brazos.

La Sibila entonces, extendiendo su mano hácia el brillante foco del cielo, exclamó con voz profética:

—*Ese Niño es mayor que tú, adórale.*

De repente oyóse una voz misteriosa que decia: *Esta es la ara santa del cielo* (1).

Esto sucedia en Roma cuando en Oriente, en la moderna Babilonia, en la populosa Seleucia, apareció una estrella que, arrancando de sus palacios á los reyes magos, les con-

(1) Sobre el Capitolio, en Roma, donde se alzaba en tiempo de la venida de Jesucristo el palacio de Octavio Augusto, se halla hoy el convento de Santa María del Ara-Cœli, de donde proviene la tradicion, que hemos narrado segun San Antonio, arzobispo de Florencia.

dujo con su resplandor á la puerta de un establo de Belen.

La profecía de Balaan se cumplia. La estrella de Jacob acababa de nacer en los cielos.

Del Oriente llegaban unos idólatras á depositar á los piés de una cuna la primera piedra del cristianismo.

La voz del ángel despertó á los pastores en sus chozas, y éstos y los magnates se hallaron al lado de un lecho á cuyo pié iba á morir el mundo pagano.

Un Niño hermoso como el sueño del justo, rubio como las espigas de Egipto, se agitaba sonriendo dulcemente sobre un monton de paja: hijo de una Vírgen, nacía en un pesebre y estaba destinado á redimir el mundo.

Este recien nacido era el Mesías anunciado por los profetas.

Los dioses terribles del paganismo Molok, Tifon, Ahriman, doblaron su ceñuda frente ante Jesus, el Dios hombre, el Dios de la pobreza y la mansedumbre, que vestido con la túnica del mendigo, buscaba la choza del humilde para vivir con él y enseñarle estas consoladoras palabras: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.*

El hombre entonces empezó á sentir en su seno el gérmen de una nueva vida, y cuando el cansancio le hacia caer bañado en sudor sobre el arado, elevaba los ojos llenos de dulces lágrimas al cielo, y le pedia á Dios fuerzas para esperar el dia de la recompensa.

El esclavo, sacudiendo la cadena, lanzó una mirada en torno suyo y permaneció con el oido atento, hasta que poco á poco fué animándose su fisonomía, y una sonrisa melancólica apareció en su labios.

La esperanza habia brotado en su corazon, la cadena caia rota á sus plantas; porque estas palabras pronunciadas

por Dios habian llegado á sus oidos: *Todos somos hermanos.*

Los desgraciados entonces se agruparon en derredor de Jesucristo, pastor de almas, que cruzaba la tierra buscando al afligido para enjugar sus lágrimas y derramar en su angustiado corazon la rica semilla de la fé cristiana.

Allí donde gemia una criatura, allí estaba Jesus para consolarla.

Allí donde se lamentaba un enfermo, allí estaba el Nazareno para devolverle la salud.

Sus palabras fueron el copioso manantial de la caridad y del consuelo donde la humanidad aplicó su sedienta boca, y mitigando la abrasadora sed que devoraba su pecho, exclamó con entusiasmo: Creo en Tí, Dios mio, porque entre los innumerables beneficios que tu venida nos trajo, guardaremos uno en nuestro corazon eternamente; porque él es el escojido entre los escojidos, es el pan del alma cristiana, la divina antorcha que nos enseña el camino de la gloria: tu santa doctrina, los Evangelios.

Jesus apareció como el ángel del bien sobre la tierra, en Samaria, en Canaán, en Bethanía, en Galilea, en Jerusalen.

Se vió rodeado de un pueblo, que sediento de amor, derramaba flores ante sus plantas, y llamándole su Dios, su Rey, le pedia con las lágrimas en los ojos que le enseñara su nueva doctrina.

Su fama, sus hechos, sus milagros, corrieron de boca en boca por todos los ámbitos del mundo, hasta que un dia estas palabras, *todos somos iguales*, llegaron á oidos de los pontífices y pretores de Jerusalen.

Los tiranos se estremecieron en sus palacios, y girando en torno sus sangrientos ojos, buscaron al hijo del pueblo

que se atrevia á llamarse el Dios de la humanidad, Rey de los Fariseos, cuyas palabras empezaban á trastornar el órden de las cosas.

Le hallaron por fin, le interrogaron, y al oir la santa verdad de su doctrina, retiráronse avergonzados tartamudeando con torpe lengua estas palabras: *Con este hombre la ciencia es impotente... ¿Será el Mesías?*

Desde entonces, en sus sueños, en sus báquicas orgías, hasta en el borde de la humeante copa vieron escritas estas palabras: *El que es mas grande de vosotros será vuestro criado.*

Calcularon sus fuerzas y la inmensidad del peligro que les amenazaba, y rugiendo como el huésped de los bosques de Africa, mientras con la una mano se apretaban el corazon, devorado por la conciencia, con la otra firmaban la muerte del Redentor.

Su rabiosa impotencia, su ciego orgullo, elevó un cadalso á Dios.

La tragedia divina tuvo su desenlace.

Cristo subió al Calvario, lanzó el último suspiro en brazos del sagrado leño, descendió desde allí al sepulcro, y al tercer dia se elevó al cielo en apoteósis.

Sus lágrimas cayeron sobre el corazon de la humanidad como gotas de rocío; sus palabras fueron la fuente del consuelo; su sangre la preciosa semilla de la religion cristiana; la cruz el sagrado signo de la redencion, la llave del paraiso.

Las profecías se habian cumplido.

Los apóstoles de la fé, los propagadores de la nueva ley, se estendieron sobre la tierra, y buscando el martirio comenzaron á sembrar la palabra *humanidad*, desconocida hasta entonces.

El Cristianismo creció como una bola de nieve.

Los circos de Roma, los tormentos de la India, no pudieron aplastar su hermosa cabeza.

Neron, Cómmodo, Diocleciano, Magencio, esos verdugos de la humanidad, sacrificaron mas de un millon de cristianos; pero el Cristianismo renació como el ave fénix de sus cenizas.

Por todas partes brotaban nuevos retoños de la fé que extendian su jóven y poderosa sávia en el corazon de la humanidad.

Las aguas del bautismo cayeron como el rocío celeste sobre los hijos de los idólatras.

Las mujeres, con la sagrada institucion del matrimonio cristiano, tuvieron una posicion social, una familia; y como si todos estos beneficios no proclamaran la divinidad del Galileo, la impía Jerusalen, la ingrata ciudad de los fariseos, cayó convertida en escombros ante los romanos de Vespasiano y Tito, sepultando entre sus ruinas un millon de habitantes que la celebracion de la Pascua habia reunido en la ciudad sacerdotal.

La profecía del Mártir del Gólgota se habia cumplido.

El cristianismo, salvando á la sociedad de una ruina cierta, abrigó en su cariñoso seno los restos de la civilizacion y del arte.

El plan de nuestro libro abarca todos esos grandes acontecimientos que presenció el pueblo de Israel.

Antes de dar principio, hemos procurado estudiar las Sagradas Escrituras, las costumbres hebreas y las poéticas tradiciones de Oriente.

Sin faltar al dogma, muchas veces hemos adoptado el estilo poético, tan necesario á un libro de esta índole.

La fé y la religiosa admiracion que nos inspira el que

lanzó su último suspiro en el monte de la Calavera, nos ha empujado á componer una obra que nos asombraba al concebirla, y que hoy, viéndola terminada, la damos á luz con respeto y veneracion.

Júzguela, pues, todo aquel que nos honre leyendo nuestro libro, y lejos de creerle una obra importante, téngalo solo como un grano de arena que colocamos en la inmensa pirámide del Cristianismo, elevada por las santas palabras del Mártir del Gólgota.

LIBRO PRIMERO.

DIMAS.

¿Qué otra cosa es la Escritura, si no una carta del Omnipotente á los hombres?

Ruégote que estudies y medites cada dia las palabras de tu Criador, aprendiendo así á conocerle en ellas.—(San Gregorio Magno, *Libro IV*, *Epist.* 39.)

CAPITULO PRIMERO.

El pueblo errante.

Hermoso cielo de Galilea: mis ojos no han admirado, por desgracia, las poéticas tintas de tus crepúsculos.

Perfumadas faldas del Carmelo: mi pecho no ha respirado el balsámico aroma de tus brisas.

Frescas riberas del Jordan: mis profanos labios no se han humedecido jamás con el claro manantial de tu corriente santa.

Sagrada cumbre del monte de la Calavera: mis plantas no han hollado tus calcinadas arenas empapadas un dia con la sangre de Dios y las lágrimas de la Vírgen.

Anciano Olivete, cuya cima sirvió de pedestal al Naza-

reno cuando las nubes celestes descendieron del Paraiso para arrebatarle de la mansion del hombre: la brisa vespertina que agita las pequeñas y aterciopeladas hojas de tus oliveras no ha oreado mi frente nunca.

Líbano inmortal, majestuoso fantasma de los tiempos, que guardas en tus mudos anales la historia monumental; Balbek desconocido á los hombres, que fecundizas con el húmedo polvo de tu nieve el llano de Blak, que oreaste la plateada cabellera del solitario Noé, y presenciaste la divina tragedia del Gólgota, lanzando un gemido de dolor cuyo eco fué á perderse en las profundas concavidades de tus barrancos: el oloroso perfume de tus cedros, el brillador reflejo de tus cordilleras no han detenido mi paso para admirarte desde los pintorescos valles de Zakle.

Y tú, reina del Asia, cumbre inaccesible del Sabino, que ocultas la eterna nieve de tu cima en el tranquilo azul del firmamento; el húmedo polvo que el viento de la tarde arranca á tu nevada cabellera, no ha humedecido mi traje, no ha cegado mis ojos.

Yo no he tenido la dicha de admirarte, hermosa y poética Palestina.

Los ojos del cuerpo no se han extasiado contemplando los campos de Zubalon cubiertos eternamente de violetas.

Yo envidio á los ilustres viajeros, á los cristianos peregrinos que han recorrido el dilatado suelo que ocuparon tus doce tribus desde el monte Hermon hasta el torrente de Egipto, desde las cordilleras de Galaad hasta las tempestuosas playas del mar occidental.

La historia de tu pueblo ha sido mi libro favorito desde que mi lengua comenzó á ligar las letras del alfabeto.

Pero ¡ay!... ¿Qué se hicieron los descendientes de Abraham y de Jacob?...

El pueblo de Israel... tan sábio, tan valiente, esa raza de donde nacieron los profetas, esas tribus que inmortalizaron los nombres de sus jefes, ¿en dónde están? ¿Qué punto

de la tierra ocupan? ¿Dó se halla su hogar, cuál es su patria?

Dios nació entre ellos, y la sangre de su Dios que derramaron, pesa sobre sus cabezas como una maldicion, y los empuja por el mundo como débiles aristas que arrastra sin rumbo cierto el poderoso soplo del huracan.

El ariete romano ha convertido en escombro sus poderosas ciudades; la triunfadora espada de los hijos del Tiber segó sus gargantas; las sombras terribles de Vespasiano y Tito se ciernen todavía sobre las sangrientas ruinas de Jerusalen, espantando el sueño y arrancando lágrimas de luto y vergüenza á los descendientes de los Macabeos.

La hora anunciada por los profetas sonó en el horario incorruptible de los tiempos; las águilas y los cuervos que anidaban en las quebradas rocas del Líbano, sumisas al mandato de Dios, se cernieron sobre el llano de la ciudad maldita.

Sus corvos picos, sus aceradas garras, destrozaron sin piedad las entrañas de los deicidas, y los que sobrevivieron á tan horrible catástrofe, legaron á sus hijos una maldicion eterna y una vida errante y vergonzosa hasta la consumacion de los siglos.

Las profecías se han cumplido: el templo de Sion no alza sus soberbios pórticos; sus puertas de oro no se abren ante el paso del sacerdote hebreo; los descendientes de Jacob ya no acuden á sacrificar ante los altares del Dios invisible de sus mayores, y las arpas y los salterios de las hijas de Judá no elevan dulces y poéticas melodías al Santo de los Santos.

Moisés, el intérprete de Jehová, tu sabio legislador, tu dogma, ya no volverá á ilustrarte en el desierto.

En vano esperas, pueblo maldito, la venida del Mesías: en tu seno tuvo su cuna, su rostro escupiste, su sangre derramaste, y su maldicion aplasta con su peso la prosperidad de tus hijos.

No esperes, no, que los campos de Gabaon se cubran

nuevamente con los laureles de Josué y los despojos sangrientos de los cinco reyes mandados por Adonisech.

Aquella batalla, que duró tres dias sin ponerse el sol, solo pudo efectuarse por la voluntad de Dios, y Dios ha lanzado su terrible maldicion sobre tu raza.

Por eso la bandera de los Macabeos no volverá á pasearse triunfante por la hostil Samaria, ni los valientes hijos de Matatías alzarán sus tiendas sobre las altas cumbres del Garizim.

Débora ya no administrará justicia á las sombras de las palmeras de Efraim, ni el canto de Johel, la mujer fuerte, reanimará en los combates el valor de los hijos de Judá.

La hermosa Ester no tornará á salvar á su pueblo del furor de sus enemigos, ni Elías, rayo de Dios, hará llover fuego del cielo para encender la leña verde del sacrificio.

Tus conquistas no se estenderán desde el Mediterráneo al Eufrates, como en tiempo de David, *el ungido del Señor*, ni tus hijos gozarán en paz á la sombra de sus sauces las inmensas riquezas que les proporcionaba el floreciente reinado del rey de los cantares.

Salomon, *el bien amado del Señor*, ya no enviará sus naves á Ofir, tierra del oro, ni paseará las calles de la ciudad santa con su carro de bronce de Corinto, en cuyo frente se leia con letras de diamante: *Yo te amo ¡oh querida Jerusalen!*

La reina del Mediodia, la hermosa Nicaulis, no llegará atraida por la fama de tu opulencia montada en su dromedario de Efa, y resplandeciente como un mar de oro sembrado de plata y esmeraldas, para regalarle á tu rey tres elefantes cargados de aromas, perfumes, polvos de oro y piedras preciosas.

Tus naves no esplotarán el comercio del mar Rojo, ni de las costas orientales de Africa, como en tiempo de Josafat, ni tus hijos hallarán en el destierro otro Zorobabel que les guie hasta sus abandonados lares y reedifique el derruido templo de sus mayores.

¡Pueblo de Abraham! Tu nombre es un oprobio, tu patria el destierro. Grande es el castigo que Dios manda sobre tu raza; pero tu delito es grande, pues derramaste su sangre cuando El te habia elegido por su patria.

Tú cerraste los oidos á sus palabras, los ojos á sus milagros, y aquellas palabras y aquellos hechos resuenan y se aparecen en torno tuyo hasta en tu sueño.

Dios quiso recogerte bajo sus alas, como la amante gallina á sus polluelos, y tú le sacrificastes en recompensa de su inagotable amor.

¡Jerusalen! ¡Jerusalen! En tí no ha de quedar piedra sobre piedra, te dijo; y su promesa se ha cumplido.

¡Jerusalen! ¡Jerusalen! Tu pasada gloria es un monton de escombro, sobre los cuales se mece todavia la aterradora maldicion de Dios, repitiendo sin cesar: ¡Llora! ¡Llora! ¡Llora! *¡Ciudad ingrata!*

CAPITULO II.

Solo en el mundo.

Cargado estaba el cielo, oscura la noche, frio el ambiente.

El solitario buho, cual centinela nocturno, lanzaba de vez en cuando su monótono y prolongado lamento desde las altas copas de los árboles, cuyo eco lastimero iba á perderse en las profundidades de los barrancos.

El interminable castañeteo de los hambrientos chacales del bosque de Efraim, despertaba de su ligero sueño á los feroces lobos de los barrancos de la tribu de Manasés, los cuales enviaban á sus terribles compañeros en alas de los vientos de la noche prolongados y estridentes ahullidos.

La luna rompia de vez en cuando las espesas nubes que

la ocultaban, dejando caer un rayo de su luz clara y suave sobre las altas cimas de los montes de Samaria, que cual negros y encadenados fantasmas estendian su sombría loma del Este al Oeste.

El monte Hebal, más encrespado, más tétrico, más imponente que sus hermanos, se alzaba en medio de aquella apretada cordillera como un gigante amenazador, maldiciendo la impiedad de los rebeldes samaritanos.

El viento norte comenzó á silbar entre los espinos y las grietas de las rocas, y pronto apiñados escuadrones de nubes repletas de electricidad se estendieron con veloz carrera desde las riberas del mar occidental á las pacíficas márgenes del Jordan.

El trueno sordo y lejano comenzaba á agitarse en el espacio anunciando con su potente voz á los hijos de Semer la próxima tempestad que iba á rugir sobre sus cabezas.

La atmósfera se condensaba por instantes, y de su vaporoso seno gruesas y precipitadas gotas comenzaron á caer sobre la seca tierra de los adoradores del becerro, apellidada por los judíos *casa de iniquidad*.

Todo anunciaba una de esas tempestades terribles que con tanta frecuencia se improvisan bajo el cielo de Palestina.

Los relámpagos comenzaron á sucederse con rapidez, y el trueno, recorriendo el espacio, redoblaba su poderoso acento.

Sobre la alta cima del monte Hebal, suspendido junto á un profundo precipicio, como el nido de una águila, alzaba sus negros y toscos muros un castillo de pobre y tétrica arquitectura.

Aquella sombría fortaleza, levantada allí por la mano atrevida de los cutheos despues de la dominacion de los asirios, se hallaba habitada en la época de Herodes por una gavilla de malhechores.

Su jefe, jóven que apenas contaba veinte años de edad, valiente y temerario, á quien una venganza habia empujado

á la vida aventurera del salteador de caminos, práctico en el terreno, se burlaba de los soldados herodianos, y cargado de botin regresaba á su madriguera inespugnable donde saboreaba con sus satélites los despojos del pillaje.

Un relámpago encendió por un momento el oscuro horizonte, y á su rojiza claridad viéronse unos hombres que se deslizaban por la quebrada y resbaladiza pendiente del monte Hebal en direccion á los barrancos de Garizim.

Los nocturnos viajeros caminaban dejando á su espalda la fortaleza de Hebal, sin hacer caso de la tempestad que bramaba en el espacio, ni importarles las oscuras tinieblas que les envolvian, ni lo peligroso de la senda por la que avanzaban con paso precipitado y seguro.

Un relámpago iluminó por dos segundos el espacio.

Su rojiza luz caia sobre los misteriosos caminantes, bañándoles con su tétrica y fantástica claridad.

Entonces se pudo ver que eran ocho; su traje, mezcla de hebreo y romano, sus frentes tostadas por el sol, y sus irsutas y despeinadas barbas, les daban un aspecto feroz.

Entre ellos iba un jóven en cuyo rostro apenas apuntaba el bozo: vestia un túnico gris como los nazarenos; un turbante alto con mangas de lino se arrollaba por su cabeza, y un *matelot* de pelo de camello le servia de manto.

Su mano derecha oprimia la corta gabelina de tres puntas de los soldados del César, y en su cintura colgaba el largo puñal de los samaritanos.

Este jóven era el jefe de los bandidos: su valor temerario le habia elevado entre sus compañeros, á pesar de sus pocos años, al puesto de capitan.

Su talle era esbelto; su fisonomía franca y enérgica; sus ojos negros, velados por largas y espesas pestañas, lanzaban miradas irresistibles cuando la cólera devoraba su corazon, dulces y compasivas cuando la calma se hospedaba en su pecho.

Ni una sola línea se hallaba en su semblante que inspirara repugnancia: era casi hermoso.

Al verle caminar entre aquellos forajidos de rostro repugnante, mirada sangrienta y descompuesto y asqueroso vestido, se hubiera dicho que su jefe era su prisionero.

El jóven capitan de los bandidos samaritanos se llamaba Dimas, nombre que treinta y dos años mas tarde debia inmortalizar en la cumbre del Gólgota, el Mártir de la Cruz, el Redentor del hombre.

Dimas era hijo de un honrado platero de Jerusalen.

Desde sus mas tiernos años habia demostrado un cariño sin límites hácia todos los niños de menor edad que la suya, un respeto profundo á las canas y una veneracion estrema á los cadáveres.

Creció aprendiendo, como buen israelita, el oficio de su padre, viéndosele siempre rodeado de los muchachos del barrio, con los cuales repartía sus frutas y sus juguetes.

Cuando pasaban un cadáver por su calle, Dimas, si sus ocupaciones se lo permitian, seguia el séquito fúnebre hasta el valle de Josafat, brindándose siempre á ayudar á los enterradores á colocar el cadáver en el hueco sepulcro.

Un dia Dimas se quedó huérfano; el hijo lloró la repentina é inesperada muerte del bondadoso padre, y con los ojos aun enrojecidos por el llanto encaminóse á casa de un lapidario para que hiciera un modesto sepulcro para las cenizas de su padre.

El ajuste quedó cerrado por mil doscientos óbolos (1); pero cuál no seria su sorpresa cuando al llegar á la casa mortuoria, en donde aun el frio cadáver descansaba en su lecho de muerte, se encontró á tres fariseos, un centurion romano y un alcabalero, que estaban confiscando la pequeña fortuna del difunto joyero.

—¿Qué haceis en mi casa? Les preguntó Dimas con asombro.

(1) Que equivalen á unos seiscientos treinta reales de vellon.

—Tomar con autorizacion de la ley y el poder romano lo que tu padre me adeudaba, le respondió un anciano.

—El soplo de la muerte ha enmudecido la boca de mi padre: él no puede responderte; pero yo te juro por el Dios invisible de Abraham, Isaac y Jacob, que nada me ha dicho nùnca de la deuda que ahora le reclamas.

—No miente un fariseo que peina canas en la barba, y que doblega la frente ante el ara de Sion: estos que me acompañan son testigos del préstamo que le hice, y por cierto que con todo lo que posee no alcanza á las dos terceras partes de lo que me debe.

Dimas, aturdido, desconcertado, traspasado el corazon de dolor y de sorpresa, no hallaba palabras que contestar á aquel anciano que le iba á sumir en la miseria.

Los testigos afirmaron la verdad de las palabras del fariseo, y el alcabalero siguió su curso, sin detenerle el doloroso ademan del pobre huérfano.

—Pues bien, anciano, llévate todo mi erario, mis vestidos, mi cama, si quieres; no me opongo: yo soy jóven y robusto, y no me asusta el trabajo. Pero concédeme al menos un favor.

—Habla, le dijo con sequedad el fariseo.

—Préstame dos mil óbolos: yo te los restituiré.

—¡Dos mil óbolos! ¡Tú estás loco, mancebo! ¡Cómo podrias pagarme tan enorme suma!

—Trabajando para tí, si es preciso, toda mi vida.

—No puedo servirte.

—Véndeme como esclavo, si quieres.

—Un fariseo israelita no puede vender á un descendiente de su raza.

—Por la santa sinagoga, te ruego, anciano, que no me niegues lo que te pido.

—¡Ea, acabemos! Exclamó el fariseo con marcadas muestras de mal humor.

—Piensa lo que haces, volvió á decir Dimas rechinando los dientes de furor, viendo la dureza de aquel viejo.

—¡Me amenazas!

—Te aviso solamente.

—Yo te desprecio.

—¡Mira que ese dinero que te pido es para enterrar á mi padre!

—Los pobres no necesitan sepulcros habiendo muladares.

—¡Miserable! Gritó Dimas, cogiendo con nervudas manos al viejo fariseo por el cuello; mi padre y tú bajareis á un mismo tiempo al sepulcro.

Los testigos arrancaron de las manos de Dimas al fariseo, no sin trabajo, y dos horas despues el jóven huérfano se hallaba en un tétrico calabozo de la torre Antonia.

Dimas tenia entonces diez y ocho años, edad en que las pasiones y los sentimientos no se ocultan, no se comprimen.

Al verse solo en el mundo, encerrado en aquellas húmedas y tétricas paredes, lloró como un niño, porque recordaba las caricias de su bondadosa madre y el insepulto cadáver del anciano autor de sus dias.

CAPITULO III.

Trato es trato.

El dolor, como el placer, tienen su término; y se agotan cuando el corazon se hastía ó se encallece.

El pobre huérfano acabó por no encontrar lágrimas en sus ojos.

Tres meses olvidado de los hombres permaneció en un húmedo y sombrío calabozo, soñando siempre en la hora apetecida de la venganza.

Una mañana entró el carcelero á notificarle que estaba libre.

Dimas corrió á su casa, y entonces supo por un vecino que el cuerpo de su padre habia permanecido insepulto seis

dias, y que por fin los enterradores le habian arrojado á un muladar en donde se depositaban los cadáveres de los leprosos.

Dimas oyó el repugnante relato sin despegar los lábios.

Ni una lágrima asomó á sus ojos: su corazon se habia encallecido; pero la venganza crecia en su pecho como una roja amapola en mitad de un campo estéril y abrasado por el sol de Egipto.

Durante el resto del dia y la noche, vagó sin rumbo ni direccion por las calles de Jerusalen.

Al amanecer vió que se hallaba en el barrio de Bezeta ó *ciudad nueva*.

Aquellas calles estrechas, súcias, tortuosas, pertenecian á la rica, á la opulenta Jerusalen; pero ni el canto de Sion, ni los perfumes de los jardines de Herodes, ni el lujo de la ciudad de David llegaban hasta ellas.

La habitaban modestos mercaderes de lana, industriosos armeros, y gente, en fin, dedicada al trabajo y al comercio.

Dimas, cansado, sin saber á donde dirigir sus pasos, se recostó sobre una puerta que permanecia cerrada.

Maquinalmente sus ojos se fijaron en las relucientes hojas que colgaban de una especie de aparador, formado con hilos de cáñamo.

Dimas pensó comprar uno de aquellos puñales, y su mirada, fijándose en el abundante mostruario, comenzó á buscar la hoja que debia ser la ejecutora de su venganza.

—¿Cuánto vale este cuchillo? Preguntó señalando una ancha hoja de Damasco que colgaba de uno de los hilos.

—Dos siclos de plata (1): es una hoja excelente; contestó el cuchillero descolgándola del aparador.

Dimas la examinó un momento; pero recordando que no poseia ni un miserable óbolo, dijo al vendedor:

—¿Quieres fiarme esta arma, y te daré antes que la luna

(1) Veinte y un reales vellon.

nueva bañe con sus rayos el alto minarete de la torre de David veinte onzas romanas por ella?

—¿Y quién me responde de que cumplirás tu palabra? porque yo no te he visto jamás.

—Te responde la memoria de mi difunto padre, á quien voy á vengar con esta arma, y sobre cuya cabeza juro entregarte esa cantidad, que es como sabes veinte veces mayor que la que me has pedido, si no muero en la demanda.

Las palabras de Dimas tenian un sello de verdad inesplicable.

El cuchillero comprendió qne algo estraño pasaba en el corazon de aquel jóven, y por uno de esos arranques que no se esplican en un judío, fió en las palabras del matutino comprador, viendo un negocio soberbio en aquella venta estraña.

—Si me engañas, peor para tí, le dijo entregándole el cuchillo; si tienes palabra, Jehová te proteja y te salve de los peligros á que puede esponerte tu venganza.

—Gracias, amigo mio, murmuró el huérfano; pero antes de separarnos debo decirte mi nombre para que conozcas á tu deudor. Me llamo Dimas, tú lo oirás alguna vez, porque es nombre que ha de sonar bastante en las doce tribus; y sin aguardar respuesta tomó la calle adelante, y poco despues, cruzando la puerta de los Ganados, fué á sentarse á la sombra de un robusto sicomoro, de cuyo fruto comió con apetito, pues hacia muchas horas que no tomaba alimento.

Despues empuñó el fornido mango del cuchillo, y descargó un terrible golpe en el tronco del calloso arbusto.

Dos pulgadas de hoja se hundieron en la añosa corteza del árbol.

—¡Oh! Tiene buen temple, se dijo para sí; la punta ni siquiera se ha doblado: bien puede entrar toda la hoja de un solo golpe en la garganta ó en el corazon del que arrojó el cadáver de mi padre á los perros del muladar.

Dos dias despues, junto á la torre de Siloe, los soldados de Herodes hallaron el cadáver de un anciano.

Tenia una profunda herida en la garganta, y otra exactamente igual en el corazon.

Sobre su frente, prendido de un grueso alfiler, se veia un trozo de papiro, donde se hallaban escritas con sangre estas palabras:

«Dimas venga el insepulto cadáver de su padre con la muerte de este fariseo, y jura por su memoria perseguir á sus descendientes hasta la quinta generacion.

Despues de este atentado, el jóven huérfano huyó de la ciudad sacerdotal refugiándose en los montes de Rama.

El cadáver de su padre hollado le impulsó á cometer el primer asesinato: el hambre le obligó á ejecutar el primer robo.

Dimas arrebató un cabrito á unos pastores.

Desde entonces empezó á vagar como un malhechor por lo mas fragoso de los bosques.

De noche abandonaba sus incultas madrigueras para asaltar á los indefensos caminantes; pero el desgraciado huérfano, que aborrecia la sangre por instinto, jamás empleaba otras armas que la amenaza para despojar á sus víctimas.

Mientras tanto la luna nueva se aproximaba, y Dimas no habia aun satisfecho al cuchillero las veinte onzas romanas que le adeudaba.

Habia jurado pagarlas por la memoria del insepulto cadáver de su padre, y era preciso cumplir el juramento.

¿Mas cómo, cuando ni un miserable denario de cobre poseia?

Dimas, sentado al borde de una angosta barranca, comenzó á reflexionar sobre su suerte futura.

Habia dado el primer paso en la carrera del crímen.

Sus hazañas bandálicas no pasaban aun de miserables despojos cometidos á los indefensos pastores con el solo objeto de aplacar el hambre; entonces allí solo encerrado consigo mismo comprendia lo que habia hecho.

Era imposible retroceder; pero tambien comprendia que era indispensable que sus aventuras fueran en mayor escala.

Ladron por ladron, se dijo, busquemos oro: la vida lo mismo se arriesga robando un *sertesio* (1) que un *talento* (2) hebreo; la honra lo mismo se pierde robando una paloma que un buey.

Hecha esta resolucion, Dimas se puso en pié, y agitando sus largos cabellos con un movimiento enérgico de cabeza, lanzó una mirada altiva por aquellas soledades que le cercaban, y acariciando el tosco mango de su cuchillo murmuró estas palabras:

—Cuando la vida se tiene en poco, el hombre puede llegar á ser mucho; sí, es preciso que yo sea el rey de estos bosques, el terror de Israel.

Por entonces vivaqueaba en los montes de Samaria una cuadrilla de bandidos que, á la sombra de las contiendas civiles que agitaban las tribus de Israel, cometian toda clase de crímenes con una audacia increible.

En vano Herodes enviaba á sus soldados para esterminarlos: los bandidos de Samaria eran invisibles, y sin embargo el teatro de sus bandálicas escenas era el corazon de Palestina.

Los mercaderes de Egipto, de Damasco, de Tiro y Sidon se veian con frecuencia asaltados en medio del dia, en mitad de los caminos.

La audacia de los bandidos samaritanos no tenia límites. Las calles de Jerusalen presenciaron mil veces escenas de repugnante barbarie llevadas á cabo por el puñal homicida de los indómitos habitantes del monte Hebal.

Sus devastadoras correrías se estendieron desde la tribu de Judá á la tribu de Aser, y no pocas veces cruzando el

(1) Moneda de cobre de poco valor.

(2) El talento hebreo equivale á mil quinientos ochenta y tres pesos duros y algunos reales de nuestra moneda.

Jordan habian llevado el terror y el saqueo hasta los bosques de Efraim.

Los montes de Samaria con sus profundas cavernas les servian de refugio para burlar las persecuciones de los herodianos.

El tétrico y solitario castillo que coronaba la cima del Hebal les servia de cuartel de invierno.

Dimas era valiente: desesperando hallar la sociedad de los hombres honrados, se decidió á buscar la de los feroces bandidos de Samaria.

Despues de cuatro dias de marchas forzadas llegó á las faldas del terrible monte.

Nadie se hubiera atrevido á tanto en aquellos tiempos.

La desesperacion centuplicaba el ánimo del hijo del platero jerosolimitano.

Dimas se detuvo como á unos treinta pasos de la solitaria fortaleza.

La subida era espinosa y cansada: desfallecido por la fatiga se sentó sobre una piedra.

Se hallaba solo: ni el canto de las aves, ni la voz humana interrumpian la profunda soledad de los hondos precipicios que le rodeaban.

Dimas parecia el genio del mal, cuando despues de su caida se sentó al borde del abismo á contemplar por un instante la horrible mansion que Dios le concedia en castigo de su soberbia loca.

CAPITULO IV.

Los bandidos.

Ni una sola nube manchaba el claro y hermoso horizonte de Palestina. El sol, desde la mitad del cielo, bañaba con la radiante luz de sus rayos las escabrosas cordilleras y los fértiles llanos de Samaria.

Y allá á lo lejos, por la parte del Este, se extiende una nube cenicienta que, á semejanza de una larga culebra de gasa, hunde su enorme cabeza en las azuladas aguas del lago de Genezarett; mientras que su enroscada cola iba á sepultarse entre las pesadas y malditas aguas del mar muerto.

Aquella cinta de encaje flotante, aquella manga de polvo

que parece brotar de la tierra, eran las nieblas del Jordan que se elevaban al cielo en vaporosas y húmedas emanaciones.

Dimas contempló en silencio el grandioso panorama que se estendia ante sus ojos.

De vez en cuando sus miradas se fijaban en el tétrico y solitario castillo.

Su cerrada puerta, sus desiertas almenas, sus desmoronados muros, le daban el aspecto de una de esas mansiones malditas, cuyas sangrientas tradiciones apartan con espanto de sus contornos á los medrosos habitantes de las aldeas, á los ingénuos y supersticiosos apacentadores de ganados.

Dimas, firme en su propósito, despues de asegurarse de que su puñal permanecia oculto en los pliegues de su túnica, desrolló de su cintura una honda formada con hojas de palmera seca, colocó una piedra de tres pulgadas de diámetro en la cuna de la honda, y luego, haciéndola girar como un molinete sobre su cabeza, envió el proyectil dentro del castillo por encima de sus murallas.

Esperó algunos momentos, pero nadie asomaba á sus torreones.

Volvió á repetir por tres veces la misma maniobra; pero éstas, como la primera, tuvieron el mismo resultado.

—El castillo está solo, se dijo; y una sonrisa estraña asomó á sus labios.

Luego continuó hablando consigo mismo.

—Bueno fuera que un barbilampiño como yo se apoderara de la bolsa de esos zorros barbados que hacen temblar con solo sus nombres á los impíos y afeminados romanos, á los torpes y cobardes herodianos, y á los indefensos mercaderes de el Nilo, el Eufrates y el Jordan.

Dimas, despues de murmurar estas palabras, se quedó un momento pensativo.

Luego se pasó la mano por la frente varias veces, y desnudando su largo puñal y arrojando una saliva sobre una

peña, se puso con tranquilidad á afilar la punta del instruto que habia vengado á su padre.

—Ea, valor, Dimas; la muerte es un momento: la vida es larga y pesada cuando se tiene hambre y se duerme en despoblado.

Y diciendo esto se encaminó resueltamente hácia el castillo, en cuya puerta descargó tres fuertes golpes con una piedra que habia cogido al paso, de propio intento. Nadie respondió.

Entonces, seguro que el castillo se hallaba abandonado, reconoció escrupulosamente el muro que le cercaba, halló un trozo derruido, por el cual, aunque no con mucha facilidad, podia escalarse la fortaleza por las muchas grietas y rajadas piedras.

Con el puñal en los dientes comenzó á trepar por la muralla.

Una mano que hubiera flaqueado, una piedra que se hubiera desprendido, su muerte era segura; su cuerpo, rodando de abismo en abismo, se hubiera deshecho en sangrientos pedazos contra los salientes picos de las rocas.

Por fin, despues de incalculables dificultades, llegó á la plataforma de la muralla cubierto de sudor el rostro y ensangrentadas las manos.

Una vez allí recorió en vano los estrechos pasadizos, las desiertas cámaras de la tétrica fortaleza, sin encontrar el codiciado tesoro que habia soñado. Sus moradores debian tener indudablemente algun sitio destinado á ocultar su botin; pero este sitio solo á ellos ó á la casualidad le era fácil descubrirlo. Dimas desesperó de encontrarle despues de tres horas de minucioso escrutinio.

—Todo me indica que esta madriguera está habitada por los bandidos samaritanos, se dijo; he visto huesos frescos de carnero esparcidos por el suelo y teas resinosas recien apagadas metidas en sus argollas de hierro; es igual: he venido por oro y no lo encuentro; esperaré á que regresen, y ellos

me le darán; de todos modos yo necesito un albergue... será este castillo.

Entonces se encaminó á una pieza que ya habia visto antes, y que segun su cálculo debia ser la cocina y comedor de los bandidos.

Una vez allí comenzó á registrar cuidadosamente todos los oscuros rincones de la cocina, y no tardó mucho en descubrir una pierna de carnero colgada de un gancho de hierro.

Siguió adelante en sus investigaciones, y sucesivamente halló ánforas con agua, pellejos de vino y sacos de maiz en varios huecos practicados en la pared, y que á primera vista no habia distinguido á causa de la oscuridad.

Aquello era la despensa de los bandidos, y Dimas pensó aprovechar el tiempo.

Firmemente resuelto á esperarles, se encaminó al fogon ó chimenea, que se hallaba, segun costumbre de los hebreos, en mitad de la cocina y con gran alegría de su parte vió que relucian entre las cenizas algunas áscuas.

A los estremos del hogar se hallaban algunos troncos de leña seca, entre los que se veian algunas teas esparcidas.

Dimas reanimó el fuego y encendió una tea, porque en aquel sitio la claridad era poca.

Entonces colocó la pierna suspendida de un garfio junto á la llama, y mientras se asaba amasó una torta con la amarillenta harina y el agua de los odres.

Media hora despues el huérfano aventurero comia tranquilamente y libaba el delicioso zumo de la vid sentado en mitad de la cocina del castillo.

En esta tranquila ocupacion se hallaba el atrevido Dimas, cuando apercibió un ruido sordo en las profundidades de la tierra.

Dimas, despues de fijar un momento su atencion, continuó su interrumpida cena haciendo un movimiento de hombros con indiferencia.

El ruido se aproximaba cada vez mas.

Diríase que muchos hombres hablaban y arrastraban tras ellos pesados fardos por debajo de la tierra que le servia de base.

De pronto se oyó un crujido estraño y ágrio en el pavimento como si un cerrojo ó una barra de hierro enmohecida se hubiera descorrido.

El huérfano siguió comiendo como si nada hubiera oido: solo por precaucion cogió el puñal que se hallaba junto á las viandas, y se puso á picar con su punta la piedra que le servia de mesa.

De pronto hundióse un trozo del pavimento, y Dimas vió abierta á su lado una boca del diámetro de cinco piés cuadrados.

COSCOL

Dos manos se apoyaron en el borde de aquella abertura, y luego apareció la cabeza y despues el cuerpo de un hombre que saltó con ligereza dentro de la cocina.

Este hombre no vió á Dimas, pues volviéndose de espaldas inclinó su cuerpo sobre el agujero, y estendiendo los brazos, á los cuales se cogieron otras manos, tiró hácia sí con fuerza, y otro hombre saltó desde la cueva á la cocina, y así sucesivamente, ayudándose los unos á los otros, salieron catorce forajidos como si la tierra los vomitara, de repugnante catadura, de sucio y descompuesto atalaje.

El primer efecto que produjo á los bandidos la presencia de un hombre que comia tranquilamente en su madriguera, fué el asombro; pero repuestos instantáneamente, lanzaron un rugido, y desnudando los largos puñales, se avalanzaron sobre Dimas: pero éste de un salto se puso en pié, y retrocediendo unos pasos con el cuchillo en la mano les gritó con entereza:

—¡Eh, compañeros!... ¡Los lobos no deben morderse los unos á los otros!... Y despues el desagradecimiento es un defecto despreciable. ¡Por los cuernos del altar de Sion!... ¿Con que os he preparado la cena para ahorraros trabajo, y que-

reis matarme en pago del servicio voluntario que acabo de prestaros?...

Los bandidos se miraron con asombro.

Aquella mirada podia traducirse por esta pregunta:

—¿Quién es este loco?

CAPITULO V.

Donde Dimas empeña su honra por pagar su puñal.

Entre los salteadores, entre esa gente que arriesga la vida á cada hora y hunde su puñal en el pecho de su prójimo con la misma indiferencia que apura un vaso de vino; entre esa raza de miserables que crece en los presidios y muere en el cadalso; nada es tan digno de admiracion, de asombro y hasta de respeto, como el valor personal.

Aquel jóven imberbe, casi un niño, les miraba con lo ojos serenos y la sonrisa en los labios.

Su corazon, su espíritu, se hallaban tranquilos ante las aceradas puntas de los puñales que amenazaban su cabeza, que podian exterminarle.

Despues, solo un hombre estremadamente atrevido y valiente podia haber asaltado aquella mansion de horror que ellos habitaban, teatro de sus vandálicas escenas y espanto de los campesinos samaritanos.

Todas estas reflexiones pasaron indudablemente por las obtusas y salvajes mentes de los bandidos, y sin podérselo esplicar, sintieron cierta simpatía, cierta admiracion hácia el atrevido mancebo que tenian delante desafiando su poder, el cual habia con su audácia cautivado sus corazones encallecidos por una vida de crímenes y de sangre.

—¡Nadie le toque! Exclamó uno de los bandidos cuya barba blanca, ademan altivo y lujoso traje decian bien claramente que debia ser el capitan. ¿Quién eres? Le preguntó despues de examinarle atentamente con una mirada de águila.

—Soy un compañero vuestro; un jóven que comienza el oficio lucrativo que profesais; que admirado de vuestras proezas viene á que le perfeccioneis con vuestro saber en los secretos del arte.

Los bandidos soltaron una carcajada estrepitosa.

—¿Os reis? Exclamó Dimas imitando la hilaridad de los facinerosos. Me alegro infinito: eso quiere decir que ya comenzamos á ser amigos, y por lo mismo voy á pediros un favor. ¿Quereis prestarme veinte onzas romanas?

Los bandidos se miraron como queriendo decirse: no hay duda, está loco. Solo el capitan no demostró asombrarse de las palabras de Dimas. Sus ojos penetrantes y fosfóricos, como los del ave de rapiña oculta en los matorrales, se fijaban de una manera tenaz en la franca y altiva fisonomía del jóven.

—Comprendo vuestro asombro, volvió á decir Dimas, viendo que nadie le contestaba. Antes de pediros dinero debia haberos esplicado el motivo que me obliga á solicitar un préstamo la primera vez que tengo el honor de trataros; pero por el sombrío Balaal, á quien todos pertenecemos, os

suplico que tomeis asiento y no me mireis con ojos espantados.

Dimas contó en pocas palabras lo que desde la muerte de su padre le habia acontecido en Jerusalen y sus cercanías.

Al terminar su relato, el viejo capitan, que hasta entonces solo habia desplegado sus labios para prohibir á su gente que hicieran daño á su atrevido huésped, dió un terrible puñetazo sobre sus rodillas, y arrojando un puñado de plata en las manos de Dimas, que sacó de un inmenso bolsillo de cuero que colgaba de su cintura, exclamó con voz cavernosa.

—Toma y paga tu deuda, jóven, porque es sagrada. Si eres ingrato á los beneficios, Belsebuh (1) te envie sus asquerosas legiones, y devorado seas por ellas; si eres leal, Gad (2) te eleve sobre los rayos de su rueda.

—Gracias, anciano. Dimas te probará que no has sembrado el favor en tierra infecunda.

—Mi nombre es Abaddon (3), soy samaritano, no lo olvides; con la misma facilidad tenderé la mano para prohijarte que para esterminarte.

—No he de olvidarlo. Ahora dame tu permiso para partir: antes de cuatro dias la luna estará en su lleno, y desde aquí á Jerusalen hay tres jornadas largas.

—La paz de Dios sea contigo durante el viaje, contestó el anciano; y luego, dirijiéndose á uno de los bandidos, continuó: Uríes (4), acompaña á este muchacho por el subterráneo al camino crucero de los romanos.

—¿Le vendamos los ojos? Preguntó Uríes á su capitan.

(1) Belsebuh, ídolo ó dios de las moscas, adorado por los filisteos. Llámase así porque se infestaba de moscas á causa de estar siempre rociado de sangre.—(Lamy, *Aparato Bíblico*, Lib. III, Cap. I.)

(2) Idolo de la fortuna.

(3) Abaddon, ángel exterminador.

(4) Uríes, fuego del cielo.

Abaddon miró un instante á Dimas, y éste mantuvo aquella mirada con tanta nobleza, con tal serenidad, que el capitan, dirijiéndose al bandido, dijo:

—Yo fio en su palabra: no le vendes los ojos; pero llévale por el camino largo.

Uríes alzó la trampa y desapareció por ella seguido de Dimas.

Ambos caminaron por espacio de media hora por un subterráneo.

El camino era oscuro, la atmósfera pesada y salitrosa, y enfriaba con sus vapores las sienes de los dos caminantes.

—Por Jacob, exclamó Dimas, que si no me das la mano para guiarme creo que voy á dejar los sesos en alguna de estas rocas que amenazan caer sobre nuestras cabezas.

—Toma y sígueme sin miedo; el piso es suave y la bóveda es tan alta, que Goliat y Saff, si no hubiesen muerto, podrian pasar sin inclinar la cabeza. Y diciendo esto el bandido le alargó la punta de su capa ó manto, que Dimas cogió.

De vez en cuando el jóven aventurero sentia sobre su rostro un airecillo fresco, lo que le indicaba que algunos agujeros practicados en la roca permitian la renovacion del aire en aquella galería subterránea.

—¿Son respiraderos esas ráfagas de viento que se perciben de vez en cuando? Preguntó con naturalidad Dimas.

—Son caminos que conducen á otras salidas de la que buscamos. ¡Oh, si los soldados de Herodes llegan algun dia á descubrir nuestra madriguera, trabajo les doy para encontrarnos!

Dimas comprendió que se las habia con hombres prudentes y entendidos en el oficio, y eso le regocijó.

Por fin el bandido se detuvo diciendo:

—Ya hemos llegado. Ayúdame á levantar esta piedra.

Dimas le obedeció, y poco despues vió los rayos de la luna que lucian como hebras de plata sobre el dilatado valle que se estendia á sus piés.

Miró en torno suyo para reconocer el terreno y dijo á su guía:

—No veo el castillo.

—Se halla á la parte opuesta del monte. Pero no perdamos tiempo: hoy hemos andado mucho y el sueño me escarabajea entre las cejas.

—Vamos pues. Y comenzaron á bajar de roca en roca como dos cabras monteses en direccion á la llanura.

La noche era clara y tranquila, el céfiro nocturno apenas tenia fuerza para agitar las hojas de los árboles.

—Tú que serás práctico en la marcha de los astros, preguntó Dimas á su compañero, ¿á qué altura nos encontramos de la noche?

Uríes miró al cielo y luego dijo:

—Es temprano: nos hallamos á la *cabeza de la osgelis* (1); antes que llegue la hora del *galicidio* (2) podrás encontrarte en Bethel. Una vez allí caminas siempre hácia el Este bordeando un arroyo que te conducirá á las riberas del Jordán. Luego tuerces en direccion al Sur y hasta encontrar á Jericó; y de Jericó á Jerusalen nadie se pierde, porque las caravanas abundan, y despues la via romana te conducirá á la ciudad santa; aunque yo voy á darte un consejo. Los caminos hechos por los romanos, que Dios vivo confunda, no nos convienen á nosotros tanto como las veredas intransitables de los lobos. Créeme jóven: mas vale caminar solo por los bosques que acompañado por los caminos de César.

—Te doy las gracias y seguiré tu consejo.

—Entonces que la paz sea contigo, porque ya hemos llegado al sitio en donde es preciso separarnos. Sigue esta senda, que ella te conducirá á Bethel: la noche es clara, y dur-

(1) Está comenzando la noche.

(2) La media noche ó cuando cantan los gallos.

miendo nosotros la tierra de Samaria está mas segura que el palacio del Idumeo (1).

—Antes de separarnos, quiero hacerte una pregunta.

—Habla.

—Cuando regrese al castillo, ¿por dónde debo introducirme en él?

—Por la muralla como lo hicistes hoy. Si no estamos, espera.

—Está bien, hasta dentro de unos dias.

—Que Jehová te guie y te salga todo como deseas.

—Lo mismo te digo.

Dimas tomó la vereda que conducia á Bethel. Uríes se encaminó por la empinada cuesta en direccion á su madriguera.

El bandido murmuró para sí estas palabras al separarse del huérfano:

—Este muchacho hará suerte: es atrevido, y apuesto mi puñal de Damasco y la parte de botin que me corresponde en un año, á que todos mis compañeros le desean buena suerte y feliz regreso.

Dimas, mientras caminaba, se decia á sí mismo acariciando las monedas de plata que tan generosamente le habia prestado el capitan de bandoleros:

—Mi primera aventura salió mejor que esperaba: con este dinero podré quedar con honra, y si hallo el cadáver de mi padre darle un sepulcro digno de él. Ea, avivemos el paso, pues dice el refran que el que paga descansa.

(1) Herodes el Grande.

CAPITULO VI.

Los cadáveres.

Dimas siguió el consejo de Uríes; atravesando los senderos mas incultos llegó al torrente Cedron á los tres dias, y entrando en la ciudad sacerdotal por la puerta Judiciaria, se encaminó hácia el bajo Jerusalen, que era en donde habitaba el cuchillero.

El confiado artífice se hallaba ocupado en sacarle punta á un cuchillo con el pecho inclinado sobre una muela, y bien lejos por cierto de imaginar que su deudor viniera á interrumpirle en su faena tan agradablemente.

—La paz de Dios sea contigo, le dijo Dimas entrando.

El cuchillero levantó la cabeza sin suspender el balanceo

del pié derecho que hacia girar la rueda, y fijó una mirada indiferente en el jóven.

—¿No me conoces? Le preguntó Dimas.

—Creo haberte visto en alguna parte.

—Hace quince dias, en este mismo sitio me prestastes un favor, y vengo á pagártelo.

—¡Ah! Exclamó el cuchillero recordando la escena que ya conocen nuestros lectores.

—Sí, yo soy el jóven á quien le vendistes al fiado un cuchillo damasquino cuyo precio era dos siclos.

—Y ahora recuerdo, dijo á su vez el vendedor, que tú me ofrecistes.....

—Veinte onzas romanas: aquí las tienes, repuso Dimas sin dejarle acabar; y sacó de una bolsa de cuero bastante repleta las monedas indicadas, que fué dejando sobre una tabla mugrienta que se hallaba junto á la muela.

El sonido de la plata hirió agradablemente los oidos del judío á juzgar por la sonrisa que animó su semblante.

—¡Por Jacob y mi madre que no esperaba que me cumplieras la palabra!

—Hiciste mal en desconfiar.

—Tienes razon, y me alegro por Dios vivo que así haya sucedido, pues eso me indica que has hecho fortuna.

—No mucha, pero estoy en camino de hacerla.

—¿Has heredado de algun pariente?

—No.

—¿Por fortuna te hallaste algun tesoro en el viejo palacio de Salomon?

—Nada de eso.

—Entonces...

—Mi fortuna tiene un orígen que no puedo revelarte; pero si no te se borra de la memoria mi nombre, algun dia lo sabrás sin necesidad de que yo te lo diga. Me llamo Dimas: no lo olvides.

—¡Dios de Justicia! ¿Entonces tú eres el matador del sa-

cerdote Isaac (1), de ese viejo avaro y ruin á quien los cielos confundan?

—Sí, yo le maté porque debia matarle: el cuchillo que me prestaste fué el instrumento: en nombre de mi padre te doy las gracias; en nombre mio las veinte onzas romanas que acabo de entregarte.

Y Dimas, sin esperar respuesta, tomó una calle adelante dejando al cuchillero absorto y aturdido.

Dimas se encaminó al muladar donde segun noticias habian los enterradores arrojado el cadáver de su padre.

Le quedaban en la bolsa aun mas de dos mil óbolos, y firme en su propósito, queria darle honroso sepulcro al autor de sus dias; pero todo fué en vano: tres horas de escrupuloso escrutinio empleó en aquel hediondo sitio, y al fin desesperó de hallar los restos de su padre, que tal vez habian servido de pasto á los quebranta-huesos y cuervos que se mecen sobre la pesada atmósfera de tan repugnantes sitios.

Entonces dos gruesas lágrimas asomaron á sus párpados, y elevando sus ojos al cielo en direccion al templo de Sion, murmuró estas palabras:

—¿Padre y señor, tu fuiste bueno durante tu vida: yo imité tu honradez viviendo á tu lado! ¿Por qué al ver el desconsuelo de tu hijo no me llamas para que pueda darte sepultura digna de tí?

Dimas lanzó un largo y doloroso suspiro y como si con él hubiera exhalado uno de esos pesos que nos oprimen el corazon, tornó á encorvarse sobre la tierra, y á favor de su largo cuchillo continuó la interrumpida y penosa tarea de remover aquel monton de huesos y podridos cadáveres medio insepultos que se estendian debajo de sus plantas.

(1) Isaac significa risa. Así se llamó el niño que parió Sara, pues teniendo ochenta años de edad cuando el ángel del Señor le anunció que seria madre, se echó á reir creida que se burlaba de ella.

Dimas buscaba con el mismo afan que si aquella seca y estéril tierra ocultara un tesoro.

Su cariño filial le hizo olvidar que los abrasadores rayos del sol caian perpendicularmente sobre su cabeza.

Por su frente surcaban gruesas hebras de sudor que convertidas en gotas iban á empapar y perderse entre la removida tierra que heria el prolongado y contínuo golpe de su puñal.

Aquel jóven hermoso, valiente y fornido, cubierto de sudor, abstraido en su trabajo, indiferente á todo lo que pasaba á su alrededor menos á lo que le ocupaba, era verdaderamente un modelo de hijos.

Cada cabeza que asomaba á flor de tierra, cada miembro que descubría, era una esperanza; pero cuando sus ojos al buscar las facciones queridas de su padre se hallaban con el lívido y asqueroso semblante de un desconocido, entonces Dimas avanzaba unos cuantos pasos, lanzando un doloroso gemido, y continuaba su trabajo.

Aquel gemido era una esperanza que huia de su corazon, quejándose de haber sido vencida por la realidad de un desengaño.

Muerto de fatiga, falto de aliento, se dejó caer á la sombra de un sauce sin esperanza de poder hallar el cadáver de su padre.

Allí, solo con su dolor, le asaltó una idea terrible, y una sonrisa feroz resbaló por sus labios.

—Sí, se dijo á sí mismo, eso es: esta noche iré al valle de Josafat; buscaré el opulento sepulcro de ese fariseo, de ese viejo cruel que ha infamado el cadáver de mi padre; arrancaré la losa que le cubre; sacaré el cuerpo perfumado de ese miserable, y lo dejaré en este inmundo sitio para que sea pasto de los carnívoros raposos que desgarrarán su maldita carne, mientras el nocturno *onocrótalo*, apoyando sus férreas garras en su impura frente, batiendo sus negras alas sobre su insepulta cabeza, lanzará gozoso su graznido hor-

rible y espeluznador, preparando para el festin sus dos estómagos (1) hambrientos de carne humana.

Dimas, despues de proferir tan terrible amenaza, sacudió la cabeza como si las furias del infierno se agitarán en torno suyo, quemándole las sienes con sus ardientes é impuros silbidos.

Sus labios entreabiertos, sus ojos brillantes y hundidos, su faz descompuesta, le daban á aquel hermoso semblante algo de terrible, de infernal.

—Yo era bueno, volvia á decir, y tú me has empujado al crímen. Un mar de sangre se arrastra ante mis piés; mi vida será infame, mi muerte la cruz; mi cuerpo, dividido en pedazos, se verá tal vez espuesto en los caminos. De todo esto, tú tienes la culpa, viejo avaro de corazon de roca. ¡Maldito seas! ¡Maldito seas como la mujer impura, hasta la décima generacion, que yo juro esterminar, mientras mi brazo tenga fuerza para empuñar el cuchillo vengador!...

Y Dimas, como si con aquellas maldiciones hubiera exhalado todo su espíritu, dejó caer la cabeza sobre las manos con abatimiento.

Así permaneció por espacio de mucho tiempo.

La brisa de la tarde comenzó á gemir entre los copos de los árboles, y aun permanecia inmóvil.

El céfiro nocturno suspiró entre las plantas del campo, y Dimas no se movia de aquel sitio.

La luna desde el cielo bañó con sus tibios rayos la cilíndrica y alta torre de David, y Dimas aun permanecia en la misma postura.

Las cigüeñas, desde los altos minaretes de Jerusalen, comenzaron á entonar sus dolientes cantos, y un mochuelo,

(1) El *onocrótalo* es el cuervo nocturno de los hebreos y los griegos. Tiene en las fauces otro estómago que llena despues de harto para rumiar la carne en los momentos de hambre. Su graznido es triste y horrible; á veces introduce el cuello en el agua, y con la respiracion sola imita el rebuzno de los *onagros* ó asnos silvestres.

parándose entre las ramas del árbol á cuyo pié se hallaba inmóvil y silencioso el jóven huérfano, lanzó al viento su tétrico y acompasado silbido.

Entonces Dimas se puso en pié y miró en torno suyo como si acabara de despertar de un pesado sueño.

Su rostro habia perdido la ferocidad que poco antes demostrara.

Su mirada triste y húmeda aun por las lágrimas de fuego que habia derramado, era dulce é inofensiva.

Un suspiro angustioso y prolongado se escapó de su pecho.

—No... mil veces no, se dijo hablando consigo mismo; jamás profanaré los cadáveres; nunca dejaré sin proteccion á los niños y á los ancianos.

La muerte y la infancia serán siempre respetadas por Dimas el facineroso.

Perdona, pues, padre mio. Te he vengado en el cuerpo vivo. Deja que respete la materia inerte que sirve de sustento á los gusanos de la tierra...

Dimas, durante las horas de triste meditacion trascurridas al pié de aquel árbol, habia mantenido una lucha horrible entre los deseos de venganza y los instintos buenos y generosos de su jóven corazon, y como se vé, el corazon salia vencedor.

Desistiendo de sus planes, solo un camino se abria ante su paso: el de los montes de Samaria; y se encaminó hácia ellos, llegando el cuarto dia al declinar la tarde junto á los muros de la inespugnable fortaleza de los bandidos, y entró en ella del mismo modo que la vez primera.

Ya dentro se encaminó á la cocina, pero estaba desierta. Entonces se tendió en el suelo y esperó.

Tenia diez y ocho años, y el sueño en esa edad cuando se ha caminado mucho no tarda en descender sobre los párpados.

Dimas se quedó dormido con la misma tranquilidad que

le acontecia en la casa de su padre, cuando el sueño inocente de la adolescencia sonreia sobre su hermosa cabeza.

Ya muy entrada la noche, la trampa que ya conocen nuestros lectores se hundió para dar paso á los forajidos de Abaddon.

Esta vez venian cargados de botin, y en sus fisonomías salvajes y feroces brillaba el contento.

Como la habitacion estaba oscura no repararon en Dimas.

El capitan mandó á uno de los bandidos que encendiera luz, y poco despues las negras paredes se tiñeron de esa claridad rojiza é incómoda de las resinosas teas.

Entonces vieron á Dimas dormido tranquilamente sobre el duro y frio pavimento de la cocina.

—Me ha cumplido su palabra, dijo Abaddon dirijiéndose á los suyos. Creo que de este muchacho se podrá sacar partido.

CAPITULO VII.

El bautizo de sangre.

Desde aquel dia perteneció á la terrible cuadrilla de los Samaritanos el huérfano de Jerusalen.

Su juventud, su valor y su gracia personal, fueron entre aquellos desalmados, poderosos motivos para que todos le miraran con cierta deferencia, que no se escapó á la perspicacia del jóven aventurero.

Por otra parte Abaddon, viejo encanecido en el crímen, comenzó á mirarle como á un hijo.

Su corazon encallecido no habia amado nunca, y ante aquel bello y temerario jóven que la casualidad habia lanzado ante su paso, comenzó á sentir esa dulce simpatía ese

afan desinteresado y puro que sienten los padres por los hijos.

Dimas, medianamente instruido en las Sagradas Escrituras por un rabino amigo inseparable de su difunto padre, tenia la ventaja sobre todos sus feroces compañeros de leer y escribir el hebreo con bastante correccion.

Algunas noches cuando los espías no traian nuevas favorables y era preciso permanecer encerrados en su madriguera, Dimas, que habia comprado en Sichem (1) el *Pentatéucho* (2), les leia las sagradas y patriarcales narraciones que el historiador dogmático, el insigne filósofo, el admirable teólogo, el inspirado profeta Moisés, habia escrito para los descendientes de Abraham.

Esta sublime inspiracion del Eterno que trasmitió al pueblo israelita su ilustre caudillo y libertador, tenia agradablemente entretenidos á aquel puñado de hombres que el crímen habia espulsado de la sociedad, obligándoles á vivir en las profundidades de las cuevas como las fieras carnívoras del desierto.

A veces, cuando Dimas con dulce y sentida entonacion les trasmitia las sábias narraciones del legislador del Sinaí, los feroces bandidos prorrumpian en espontáneas aclamaciones, y la admiracion hácia su jóven compañero llegaba hasta el entusiasmo.

Entonces los bandidos aconsejaban á Dimas que abando-

(1) Sichem, ó segun los hebreos Dichar, ciudad populosa de Samaria, situada entre los montes Hebal y Garizim... Cerca de esta ciudad se halla Bethel donde Jacob vió á Dios en sueños en el alto de la escala.

(2) El *Pentatéucho*, palabra griega que significa *cinco volúmenes* y eran *El Génesis*, *El Exodo*, *El Levítico*, *Los Números* y *El Deuteronomio*, en los cuales se encierra todo lo que acaeció al pueblo de Israel desde la creacion del mundo hasta la muerte de Moisés, su autor. Este es el solo libro que respetan los samaritanos teniéndolo como divino y como único: los otros los desprecian como cosa inútil, porque se escribieron despues de su separacion de los judíos. Se conservaron en antiguos caractéres hebreos, que eran los que se usaban antes del cautiverio de Babilonia.

nara su nombre, que ningun significado divino tenia entre los hebreos, y se pusiera otro de aquellos que, añadiendo algunas letras segun su costumbre, espresaban una condicion celeste ú honrosa en el que lo llevaba.

—Todos le queremos como á un hijo, gritaba un bandido: pongámosle por nombre David (1), que ese es el nombre que le corresponde.

—No, no, decia otro, Jehová lo ha enviado entre nosotros: debe llamársele Samuel (2).

Dimas escuchaba con la sonrisa en los labios las contiendas de sus compañeros, y acababa por convencerles que el nombre puesto por el padre era el mejor y el único que debia llevar el hijo.

Así trascurrieron algunos meses.

Dimas fué insensiblemente inculcando en aquellos corazones algunas ideas humanas, haciéndoles ver que nada podia enaltecerles tanto á los ojos de los israelitas como convertir sus vandálicas hazañas en heróicas y temerarias empresas de soldados independientes.

Una guerra de partido contra Herodes y los romanos era lo que Dimas se proponia llevar á cabo, parapetado en los escabrosos montes de Samaria. Pero sus feroces compañeros no se avenian á abandonar fácilmente sus antiguas costumbres.

El robo, el crímen, les habia nutrido por espacio de muchos años en su impuro pecho, y cuando se encanece en una profesion se adquieren ciertos hábitos que llegan á encarnarse en el mismo sér, formando, por decirlo así, una segunda naturaleza que solo abandona el individuo cuando el último soplo de su vida se escapa de su pecho.

Dimas conoció que para lograr su intento era preciso dejar correr el tiempo y los acontecimientos, ó rodearse de

(1) Amado.
(2) Puesto por Dios.

gente jóven y poco endurecida en el crímen, y se resignó á esperar mejor ocasion.

Una noche los bandidos tuvieron noticias por los espías que una caravana que conducia á Jerusalen preciosas mercancías de Tiro, se habia acampado en un barranco de las cordilleras de Joppe.

Abaddon dispuso caer sobre ella, y salió de su madriguera seguido de sus terribles compañeros.

La noche era clara y serena; blancas y vaporosas nubes como pequeños copos de nieve se deslizaban por el limpio horizonte, salpicando el diáfano azul del cielo con sus poéticas y caprichosas oscilaciones.

A veces la luna velaba la plateada frente tras las flotantes gasas que se mecian en el espacio, mostrando de vez en cuando la clara la luz de sus rayos entre los quebrados bordes de las nubes, y como las vírgenes de Sion lanzaba sus miradas á través de su aéreo y delicado velo de encaje.

Noche hermosa y poética, llena de encanto, de vaguedad, de dulzura, en que el cielo sonreia y la tierra exhalaba los perfumes de su seno.

Porque una noche serena dirije al alma el inmenso tesoro de voluptuosos encantos, mientras que la belleza del dia solo nos habla á los sentidos.

El sol arranca lágrimas á los ojos, y la luna suspiros al corazon.

La noche representa la bondad y la dulzura del Hacedor, y el dia el poder y la fuerza de Dios: por eso mientras la una llora lágrimas dulces y perfumadas como el rocío, el otro fecundiza y abrasa con los rayos de su pira de fuego.

Sin las hermosas brisas de la noche, sin el soplo perfumado del céfiro nocturno, el mundo seria un abrasado desierto, un páramo intransitable.

La luna es la amable confidente, la dulce amiga, la tierna compañera de las almas sensibles y apasionadas.

Su luz ténue y delicada se puede contemplar con éxtasis

como los ojos del sér que amamos, y el corazon se dilata en su estrecha cárcel admirando la melancólica poesía que brota de su frente casta y radiante.

Ella es la madre bondadosa de los hijos del infortunio. Los hombres mas altivos no se avergüenzan de llorar ante su presencia desahogando los dolores de su corazon, las penas de su vida. Porque los rayos que su disco derrama sobre la tierra están impregnados con la inagotable bondad de Dios, y fecundizan la esperanza en las almas que sufren, el consuelo en los corazones que padecen, como el claro manantial que se desliza entre el césped de la pradera derrama la vida y la fragancia con sus frescos besos en el cáliz de las violetas, de las anémonas y de las siemprevivas.

La luna es, en fin, la sonrisa de los ángeles, el rocío celeste que Dios envia todas las noches desde su cielo para decir á los desgraciados:—Esperad, confiad. Yo no os olvido.

. . . . . .

Los bandidos se deslizaban de roca en roca hácia el punto indicado por los espías.

Hácia la media noche llegaron á la cumbre de un montecillo y se detuvieron.

Uríes, que era el más práctico, se separó de sus compañeros para esplorar el terreno, pues segun sus cálculos la caravana debia hallarse acampada en aquellas cercanías.

El bandido, arrastrándose como una culebra, llegó sin meter ruido al borde de un barranco, y agarrándose á unos arbustos con sus callosas y forzudas manos, se asomó quedando casi suspendido sobre un abismo, para reconocer el fondo del barranco.

La noche era clara y la luna dejaba ver los objetos sin dificultad.

Uríes paseó sus miradas algunos segundos por la apacible vega que se estendia á sus piés, y luego fué á reunirse con sus compañeros.

—Cuenta; le dijo secamente el capitan viéndole llegar.

—Efectivamente, dijo con indiferencia Uríes, la caravana como nos han dicho ha levantado su tienda en el valle de Joppe. Todos duermen, camellos y hombres; pero he creido ver relucir á la luz de la luna algo parecido á los cascos romanos.

—Será una aprension tuya, repuso otro.

—Tengo buenos ojos: ya sabes que me engaño pocas veces..... y sobre todo de noche.

—No tiene nada de estraño que en alguna ciudad del contorno, volvió á decir Abaddon, se les haya reunido algun soldado.

—O pueden haber pedido una escolta en Sichem los mismos caravaneros, dijo Dimas.

—¿Y qué hacemos?.... Preguntaron otros.

—¡Por Dios vivo! ¿Qué hemos de hacer?.... Bajar al valle, y si son romanos ó herodianos, llevarnos sus cabezss á nuestro castillo como trofeo de la victoria, exclamó Dimas lleno de ardor patrio.

—Tiene razon el jóven: bajemos al llano; volvio á decir el capitan.

Los bandidos se apretaron las correas de sus cinturas, vieron si los puñales salian con facilidad de las vainas, y oprimiendo con sus diestras las terribles gabelinas, se encaminaron en busca de los caravaneros.

Poco despues, cayeron de improviso sobre la tienda, envolviéndola como con una red.

Los comerciantes, sorprendidos en las primeras horas del sueño, despertaron sobresaltados: el pánico se apoderó de ellos, y desde entonces solo pensaron en huir, dejando en poder de sus terribles enemigos los fardos y los camellos.

Pero no sucedió lo mismo á tres soldados romanos, que al primer grito de alarma saltaron con ligereza sobre sus caballos armando sus diestras de la corta y terrible espada que les habia hecho dueños del mundo, y se lanzaron con ímpetu sobre los bandidos.

Un romano, y sobre todo un romano de Palestina en el tiempo de Herodes, se hubiera creido deshonrado retrocediendo delante de seis judíos, raza vencida y esclava á la que los hijos del Tiber miraban con insultante desprecio.

Los legionarios del Idumeo regresaban á Jerusalen, y habian tropezado por una casualidad con aquella caravana, y se habian unido con ella por ese espíritu sociable que dominaba á los soldados del Capitolio.

Los romanos, lanzando un grito de guerra al que siguieron los nombres de Marte y Minerva, blandieron las espadas sobre las cabezas de los bandidos; pero, ¡ay! aquellos israelitas no eran los débiles y acobardados hijos de la ciudad de Jerusalen: eran rayos de la montaña, soldados feroces del desierto curtidos con la sangre y los peligros, y despues el terrible renombre de moradores del monte Hebal, les quintuplicaba las fuerzas.

Los romanos no podian hacer mas que batirse hasta morir, y así lo hicieron. Pero su muerte costó cara á los samaritanos.

Abaddon, el viejo capitan, al querer clavar su gabelina en el pecho del caballo de uno de sus enemigos que le perseguia, recibió una terrible estocada en el cuello, por la que en pocos instantes arrojó hasta la última gota de sangre de sus venas.

A dos bandidos mas les cupo la suerte de su jefe.

Dimas mató por su mano á uno de los legionarios, arrojándole la gabelina que tuvo la suerte de clavarle en el pecho; pero al mismo tiempo recibió una terrible cuchillada en la cabeza que le hizo vacilar, y que indudablemente su enemigo hubiera secundado, si Uríes no hubiera salido á su defensa clavando su puñal en el costado del romano, lo cual le hizo caer del caballo.

La luna, siempre clara y hermosa, alumbró con sus tibios y poéticos rayos aquel combate, aquella escena de sangre en que seis hombres habian lanzado el último aliento

de su vida, y cinco llevaban sobre sus cuerpos sangrientos rasgos.

Los bandidos, dueños del campo, se disponian á cargar sus camellos con lo mas rico de su botin y á colocar en otros los heridos que no podian por su estado hacer el camino á pié; pero Dimas, que aun herido no habia perdido la serenidad ni el conocimiento, les detuvo diciéndoles:

—Compañeros, antes de partir demos sepultura á los muertos, con lo cual honraremos el cuerpo de nuestros camaradas, y no dejemos rastro de esta catástrofe que hemos esperimentado, que siempre podria alentar á nuestros perseguidores.

Esta segunda razon convenció á los bandidos, que inmediatamente se pusieron á cavar una fosa, y poco despues romanos y samaritanos yacian sepultados para siempre bajo el pesado manto de la tierra.

Los bandidos abandonaron aquel sitio, mudos, cejijuntos. Dimas caminaba á pié al lado de sus compañeros sin despegar los labios.

Por sus mejillas resbalaban dos lágrimas. El viejo capitan le habia demostrado un cariño franco y desinteresado, le llamaba su hijo, y el jóven agradecido lloraba por la memoria del segundo padre que acababa de perder.

Bastante entrado el dia llegaron al monte Hebal, y á pocos pasos de la entrada subterránea se detuvieron.

—¿Qué se hace con los camellos? Preguntó Uríes dirijiéndose á Dimas como si fuera el jefe de la partida.

—Descargadles, y luego volved sus cabezas hácia el mar, dadles la voz de marcha y que vayan á donde quieran.

—¿No seria mejor venderlos mañana en Bethel? Repuso uno de los bandidos.

—Ya os he dicho que conviene desorientar á nuestros perseguidores, y estos camellos podrian descubrirnos.

—Tienes razon dijeron varios bandidos.

Descargados los camellos, se les colocó como habia indi-

cado Dimas, y los ligeros cuadrúpedos emprendieron su largo trote monte á través en direccion al Oeste.

Entonces los bandidos entraron en el castillo, á brazos, el rico botin que tanta sangre les habia costado.

Aquella noche Dimas fué proclamado capitan, y al tomar el mando de aquellos desalmados les hizo jurar tres cosas:

Primera, que ampararian siempre y aun á riesgo de la vida á todos los niños que no llegaran á los diez años.

Segunda, que respetarian en todas las ocasiones, y aun á trueque de sufrir violencia ó insulto, á todos los ancianos.

Tercera y última, que jamás dejarian los cadáveres insepultos, teniendo tiempo para cumplir esta santa faena.

Dimas les hizo comprender que ya que la suerte les habia lanzado á la vida de aventureros, lo cual no era muy honroso, era preciso que la guerra á la sociedad se hiciera con condiciones mas suaves que hasta entonces; y puesto que su intencion no era otra que la de enriquecerse empobreciendo al prójimo, que eso se podia lograr sin necesidad del terror y al abrigo de una bandera de partido, que como buenos israelitas debian alzar en defensa de la patria humillada por los impíos romanos.

Las palabras de Dimas enardecieron á sus compañeros, y algunos de ellos llegaron á sentir remordimientos por la sangre derramada y el tiempo perdido en el pillaje y el crímen. Despues, olvidando al capitan muerto, se brindó por el capitan vivo, hasta caer rodando por el suelo embriagados.

Desde entonces la cuadrilla de Dimas, si bien vivia del robo en despoblado, comenzó á ser mas humana, llegando con el tiempo á formar mas que una gavilla de bandoleros, un puñado de hombres libres que amantes de su ley, su religion y su independencia, con sus espadas hacian una guerra terrible á los soldados del tirano Herodes.

Ahora retrocedamos otra vez al capítulo segundo de este libro, cuando á la rojiza luz del relámpago hemos visto deslizarse por los quebrados senderos de las montañas de Sama-

ria ocho bandidos de aspecto feroz, entre los cuales caminaba un jóven armado con una gabelina y envuelto con un matelot de pelo de camello.

Este jóven era Dimas, que hacia seis meses capitaneaba á los forajidos alcanzando de dia en dia mas aprecio y dominio sobre sus corazones.

Esplicados los antecedentes del jóven bandolero, sigámosle á pesar de lo tempestuoso de la noche y lo fragoso del terreno.

CAPITULO VIII.

Un golpe en vago.

—¿Con qué tú aseguras, amigo Uríes, que la caravana egipcia, á pesar de su aspecto pordiosero y miserable, conduce un tesoro? Le preguntó Dimas á uno de los bandidos que caminaba á su lado.

—Su cargamento es trigo fecundizado con las aguas del Nilo; pero entre los sacos que conducen los cereales se ocultan dos cajitas construidas en Alejandría, en las cuales se encierra un tesoro. La una viene repleta de polvos de oro fino, la otra de piedras preciosas, y ambas están destinadas al César. Sus conductores ignoran que entre el rubio grano que trasportan se oculta una fortuna. El cargamento va

consignado á un rico comerciante de Cesárea, en cuyo puerto se halla anclado un navío romano que debe trasportarlo á la ciudad de los cónsules.

—Bueno ha de ser el botin para que mis lobos montañeses no te maldigan por haberles hecho abandonar su madriguera en una noche como esta. Pero por Dios vivo que me admira que tan precioso tesoro no sea escoltado por gente armada.

—Los negociantes egipcios son recelosos, odian á los romanos y temen ser despojados en la travesía por los mismos á quienes confian mediante un salario la custodia de sus caravanas.

—Pero ¿no te habrás engañado?

—Solo Dios es infalible. Sin embargo, me auguro un éxito feliz.

—¿Qué parte le has efrecido al que te ha revelado el secreto?

—Yo no he ofrecido nada. Él fué el que exijió. De manera que si no le damos nada no faltamos á la palabra.

—Veo que eres astuto y precavido.

—Capitan, tengo cuarenta años, y entré en el oficio cuando apenas levantaba del suelo tanto como la gabelina que llevas en la mano, porque mi padre tuvo como yo un cariño estremado á las cosas de su prójimo. Desde muy pequeño reconoció el autor de mis dias que yo era un muchacho aventajado, y se aprovechó de mí dándome la honrosa y delicada mision de espía. Yo tomé como un juego aquella ocupacion y la desempeñé con ese afan con que la infancia hace las cosas que le gustan. A los doce años era yo un modelo de astucia, sagacidad y penetracion. No es modestia, Dimas: todos los viejos bandidos de Palestina me tenian por modelo y me designaban como una maravilla del arte. No he sido capitan por dos razones: la primera porque no soy ambicioso, y no es decir esto que tú lo seas; y la segunda porque siendo simple individuo de una cuadrilla puedo servir mejor

á mis compañeros y llevar una vida mas independiente. Tú sabes que á veces me ausento por diez ó quince dias de vosotros; durante este tiempo recorro las tribus: soy judío en Judea, galileo en Galilea y samaritano en Samaria. Mudo de nombre como de raza, cuando así me conviene. Soy aquí comerciante, allá sacerdote. Me introduzco en las casas, y como tengo eso que llaman don de gentes, me gano la amistad y las simpatías de sus dueños, descubro sus secretos, me entero de sus planes y de sus negocios, y cuando mi memoria reune una buena cantidad de conocimientos que esplotar, torno al viejo castillo de Hebal, donde me esperan mis compañeros, les entero de todo, y ellos salen á coger el fruto de mis trabajos, evitándoles de este modo que pasen la noche en un barranco muertos de frio y calados de agua esperando á los caminantes, para coger en cambio de tantas penurias un saco de negra cebada ó un puñado de amarillenta harina.

—Eres un sabio, amigo Uríes, y la compañía hace bien en darte dos partes en el botin.

—¡Ay querido Dimas, los hombres son muy ingratos! Estoy seguro que á pesar de mi saber, cualquier dia, en recompensa de mi ciencia y mis desvelos, me cuelgan de un árbol, como hicieron con mi honrado padre que sabia tanto como yo.

Dimas se sonrió oyendo la picaresca relacion del facineroso, tenido entre sus camaradas por el mas astuto de la cuadrilla.

—Créeme, capitan, volvió á decir Uríes: el hombre fué creado para no hacer nada; estudia con detencion su cuerpo, y verás que sus brazos se prestan mas á estirarse en perezosa actitud, que á cavar la tierra armados de un pesado azadon. La pereza es natural; el trabajo es violento é impropio. El hombre se afana y trabaja, porque así cree que llegará un dia á no hacer nada. Trabajemos, pues, algun tiempo, y luego la regalada pereza nos estrechará entre sus amantes y cariñosos brazos.

Uríes terminó su relacion dando un bostezo interminable que apagó un trueno espantoso.

—Mala noche, dijo uno de los bandidos.

—Peor fueron las del diluvio, le respondió otro.

—Como el botin sea tan pesado como la atmósfera, todo irá bien.

—Uríes es un perezoso, y cuando él nos ha hecho salir del castillo en tan cruda noche, no creo que sea con el objeto de que nos paseemos por estos barrancos.

—Hablad mas bajo, que hemos llegado al sitio, dijo Uríes acercándose á sus camaradas; por aquí deben pasar en cuanto la luz del alba amanezca en Oriente.

—Entonces será preciso emboscarnos, repuso otro.

—Ea, muchachos, cada uno que busque al abrigo de una roca un refugio contra la inclemencia del cielo, les dijo Dimas en voz baja; con que envolveos bien con vuestras capas, y cuidado con dormirse; al primer grito de alarma todos á mi lado.

Los bandidos se emboscaron del mejor modo posible en las rocas de un angosto barranco, que era el sitio en que se encontraban.

Dimas y Uries, despreciando la lluvia, se colocaron envueltos en sus matelots junto á un árbol corpulento que se hallaba próximo á la vereda, por la que segun sus cálculos debia cruzar la caravana.

Media hora escasa haria que los bandidos se hallaban acampados en el barranco, cuando el canto monótono del cuclillo comenzó á oirse en la vecina espesura.

Uríes se irguió como el chacal que oye los pasos del cazador y los ladridos del perro que ha tropezado con su rastro.

—¿Qué ocurre? Le preguntó Dimas sin levantar la voz.

—Lo ignoro; pero nada bueno me promete ese canto.

—Esa ave no augura el mal en nuestros libros.

—Es que ese que canta no es un pájaro, sino un hombre

—¡Un hombre! Exclamó empuñando la gabelina Dimas.

—Nada temas: es un amigo, es un espía que me sirve bien: pero pronto saldremos de dudas; y Uríes imitó de una manera prodigiosa el graznido estridente y desagradable del cuervo.

Poco despues un hombre, salpicado de barro y chorreando agua, apareció ante el capitan y su amigo diciendo:

—La paz sea contigo, amigo Uríes.

Dimas miró con asombro aquel hombre que habia llegado hasta ellos sin haber hecho ni el mas leve ruido.

—Contigo venga, amigo Adan (1), ¿qué nuevas traes?

—Una circunstacia inesperada nos quita la presa de entre las manos. Los conductores de la caravana caminan á estas horas hácia Jericó, entre dos filas de *terciarios* romanos.

—Por Isaac esplícate mejor y pronto, exclamó Dimas con impaciencia.

—Segun parece, vosotros, volvió á decir el espía, ¿no sabeis aun la nueva que alarma al pueblo de Israel, y hace estremecer al tirano Herodes en su palacio?

—En los montes de Samaria solo se oyen las ahullidos de los lobos, dijo el capitan.

—Pues bien, en la ciudad santa se cuenta que tres magos caldeos han venido á Judá en busca del Mesías prometido. El idumeo, deseando apoderarse de esos estranjeros que han llegado á sus tierras á enardecer las esperanzas del pueblo judío con sus falsas nuevas, ha mandado por todas las tribus sus soldados. Los viajeros son detenidos, interrogados; sus mercancías sufren un escrutinio escrupuloso, y esa suerte ha cabido á los egipcios que esperábais por este barranco... pues á estas horas caminan hácia Jericó custodiados por los legionarios del rey de Jerusalen.

(1) Adan es lo mismo que rojo. Así se llamó el primer hombre, porque fué hecho de una tierra roja.—(Lamy, *Aparato Bíblico*, Lib. III, Cap. VIII.) —Edon significa tambien rojo entre los hebreos.

—¿De manera que ese tesoro?... Preguntó Dimas.

—Caerá indudablemente en poder de Herodes, replicó el espía; el cual, al saber su destino, se apresurará á remitirlo á Roma como una muestra del respeto que le inspira la ciudad impía.

Dimas se encogió de hombros haciendo un gesto con la fisonomía, y luego dijo con impasible é indiferente entonacion.

—Este asunto se ha echado á perder: es preciso resignarse y esperar otro tiempo mejor.

Sin embargo, seria muy conveniente no perder la pista á ese cargamento de trigo.

—Opino lo mismo, capitan, dijo Uríes: ¿quién sabe? Herodes puede confiscarlo y ponerle á la venta, y en ese caso el asunto es comprarlo.

—Puedes tú encargarte de ese negocio.

—Con mucho gusto.

—Pues entonces, parte á Jericó; nosotros esperamos noticias tuyas en el castillo.

—Mi bolsa está vacía, capitan.

—Toma este cinto: contiene doce minas hebreas (1), que te bastarán para comprar el cargamento en caso necesario, pero no te olvides que lo que puede tomarse, no debe comprarse, segun el reglamento de nuestra profesion; y Dimas, diciendo esto, entregó á Uríes un cinto de cuero que ocultaba bajo los anchos pliegues de su túnica.

—Tú me acompañarás, Adan.

El rojo hizo una mueca de indiferencia y contestó:

—Vamos allá.

Entonces Dimas reunió á sus compañeros, y les dijo en dos palabras lo que pasaba y lo que habia decidido.

Nadie desplegó los labios; ni una queja se escapó de aque-

(1) El *mna* ó *mina* hebrea vale aproximadamente seiscientos treinta reales vellon de nuestra moneda.

llas bocas: pero en los rostros se espresaba claramente el disgusto que les producia aquel contratiempo.

Uríes y el rojo tomaron el camino de Jericó, y los bandidos se dirijieron, maldiciendo en su interior, hácia los montes de Samaria.

La lluvia habia cesado, pero la noche continuaba oscura y encapotada, oyéndose de vez en cuando la lejana y amenazadora voz del trueno.

Los bandidos, taciturnos y cabizbajos, caminaban demostrando su mal humor al mas pequeño incidente que se les atravesaba en el camino.

Un charco de agua, un resbalon, era saludado con una blasfemia horrible.

Habian abandonado su madriguera desafiando la crudeza de la noche con la esperanza de un botin fabuloso, y regresaban calados hasta los huesos y con el lodo hasta la cintura, sin haber aumentado un miserable óbolo á su fortuna.

Cerca ya de su madriguera, al atravesar un pedregoso barranco, oyeron pisadas de gentes que se aproximaban en direccion opuesta á la que ellos seguian.

Dimas hizo que se detuvieran sus soldados y se ocultaran detrás de unos matorrales y en las quebraduras de las rocas.

Mientras tanto, por la angosta barranca que conducía á donde estaban los bandidos emboscados, caminaba un venerable anciano envuelto con el manto gris de los galileos.

Este anciano conducia á un asno de la rienda, y sobre la modesta cabalgadura iba una mujer jóven y un Niño de pocos meses.

El Niño dormia en el regazo maternal, cuidadosamente envuelto con una capa de color de corinto; la Madre lloraba en silencio, y el anciano oraba en voz baja.

El trueno seguia mugiendo sobre las cabezas de los pobres viajeros.

De pronto, el anciano se detuvo, porque al doblar un recodo del barranco un hombre se levantó de un matorral y le

puso delante del pecho las aceradas puntas de una gabelina, gritando con voz cavernosa:

—Alto ó eres muerto.

El anciano retrocedió dos pasos. La jóven lanzó un grito, y estrechando á su Hijo contra su pecho exclamó:

—¡Dios de Sion! Salvad á mi Jesus.

Ahora el lector nos permitirá que retrocedamos.

Mas adelante volveremos á encontrarnos con los viajeros y los bandidos del barranco de Samaria.

LIBRO SEGUNDO.

ESTRELLA DEL MAR.

Una Vírgen concebirá y dará á luz un Hijo por nombre Emanuel, esto es, Dios con nosotros. Este Hijo, dado milagrosamente al mundo, será un renuevo del tronco de José, una flor nacida de su raiz. Será llamado el Dios fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de la paz. Será levantado como un estandarte á la vista de los pueblos; las naciones vendrán á ofrecerle sus homenages, y su sepulcro será glorioso. —(*Profecía de* Isaias.)

CAPITULO PRIMERO.

María.

Voy á dar comienzo al libro de la Vírgen. La pluma de Zorrilla, el pincel de Murillo se empequeñecen ante la hermosura de la Madre afligida que lloró en la cumbre del Gólgota la muerte de su Hijo.

La grandeza de María es divina: por eso no llega á ella el talento humano.

Perdona, pues, si mi insuficiencia se atreve á narrar tu dolorosa historia. La fé cristiana alienta mis escasas fuerzas; tu glorioso nombre dé color á mis pálidas ideas; en Tí confio para llevar á cabo la penosa peregrinacion que me he impuesto.

Nazareth, patria de una Vírgen, cuna de un Dios, envuelta aun con los últimos crespones de la noche, duerme tranquila á un estremo del pintoresco valle de Esdrelon.

La suprema voluntad del Hacedor le ha colocado en el seno de dos colinas que, madres cariñosas, le estrechan con sus robustos brazos para librarle de las tormentas otoñales.

Nazareth, azulada paloma del Oriente, tú formaste tu nido á la sombra del Hermon para embriagarte con el perfume que te envian los floridos campos del Canaan, que fueron un tiempo el codiciado jardin de la tribu israelita de Zabulon.

El rocío celeste cae sobre tus campos; Jehová te saluda desde su trono de luz, y los ángeles cantan el himno de bienvenida, porque las profecías van á cumplirse.

Una Niña hermosa como la estrella de la mañana acaba de respirar el primer soplo de vida, y de su pecho virginal se escapa un gemido de dolor.

Es el primero de un Sér que nace; de un Sér que viene al mundo á interceder eternamente por nosotros.

Su cuna no se cubre con las ricas colchas de Egipto ni se adorna con el oro de Persia.

Sus pañales no se perfuman con la esencia del nardo, ni se enciende mirra y aceite balsámico en los pebeteros de plata, como hacen los príncipes hebreos.

Pobre y tosco lino cubre sus delicadas carnes. Una choza la alberga, y humildes mujeres del pueblo rodean su cuna y reciben su primera sonrisa.

Y sin embargo, aquella débil Criatura ha nacido destinada á ser la Reina de los cielos, la Madre de los ángeles, la Esposa de Dios.

Los conquistadores de la tierra depondrán los cetros á sus plantas, los reyes doblarán ante Ella sus altivas frentes, y los afligidos, implorando su proteccion, irán á adorarla de rodillas ante los altares levantados por la fé cristiana.

Porque Ella será el bálsamo universal de los dolores humanos.

La esperanza del náufrago, el consuelo del triste.

Su nombre glorioso será invocado en los momentos amargos de la vida, porque Dios la ha elegido para engendrar en su seno el Verbo divino que en forma de hombre ha de redimir con su preciosa sangre el pecado nefando de la humanidad.

Porque Ella será «un tronco recto y brillante en que no se ha de encontrar jamás, ni el nudo del pecado original ni la corteza del pecado actual (1)».

Su nombre será para los afligidos «mas dulce á los labios que un panal de miel, mas lisonjero al oido que un suave cántico, mas delicioso al corazon que la alegría mas pura (2)».

Pero no adelantemos los sucesos. Sigamos las sagradas tradiciones de Oriente, y con ellas á la vista y la fé en el alma, Dios nos dará fuerzas para llevar á término la dificil peregrinacion que nos hemos impuesto.

En Nazareth, pequeña ciudad de la baja Galilea, vivia un hombre honrado conocido con el nombre de Joaquin, de la tribu de Judá, y de la descendencia de David por Nathan.

Su esposa tenia por nombre Ana (graciosa).

Ambos eran buenos y observaban con la fé del corazon los mandamientos de Jehová; pero el Señor apartaba de ellos su mirada, y Ana era estéril despues de veinte años de matrimonio.

Joaquin podia romper aquellos infecundos lazos, dándole las letras de divorcio que la ley de los fariseos con tanta facilidad concedia.

Ley bárbara, inhumana, en que las esposas se convertian en esclavas y los esposos en despóticos señores, «pues

(1) San Ambrosio.
(2) San Antonio de Pádua.

solo con haber hecho cocer demasiado la vianda *del amo de la casa* ó no ser bastante agraciada, el hombre podia repudiar á su mujer y unirse con otra».

Ana, pues, vivia triste porque la infecundidad era mirada en Israel como un oprobio.

Pero Joaquin amaba á su esposa, y vivia resignado entre el trabajo, la oracion y la limosna.

Pedian con fervoroso acento á Dios les concediera un heredero para verse limpios de la mancha que sobre ellos pesaba, y Dios escuchó sus ruegos, porque salian de dos corazones puros que ponian en Él la fé y la esperanza.

Ana sintió, en fin, en sus entrañas agitarse el gérmen de un nuevo sér, y loca de alegría fué á participárselo á su esposo.

Pasó una luna y otra luna, y por fin una mañana del mes de Tisri (1) Ana fué madre y Joaquin presentó á sus parientes y amigos una Niña hermosa como un ángel, rubia como el polvo de oro de los mercaderes de Egipto.

Nueve dias despues, segun las costumbres de los israelitas, se reunieron en la casa paterna para darle un nombre al nuevo Vástago.

El padre le puso el mas hermoso, el mas sublime que han combinado nunca las letras del alfabeto, porque él solo encierra un poema de inagotable ternura.

Este nombre era Mirian (María), nombre que en lengua siriaca significa *Soberana*, y en hebrea *Estrella del Mar*.

¿Y cómo darle otro nombre y que mejor esplicase la alta dignidad de la Vírgen que habia de encerrar en su seno al Mártir del Calvario?

San Bernardo lo ha dicho. María es, en efecto, aquella

(1) Segun la opinion de algunos orientalistas, la Vírgen María nació el 8 de Setiembre (Tisri), primer mes civil de los judíos, el año 734 de Roma y veinte y uno antes de la era vulgar. La hora de su nacimiento fué al amanecer, y el dia sábado.

LA PRESENTACION.

hermosa y brillante Estrella que resplandece siempre sobre el mar vasto y tempestuoso del mundo.

La mujer hebrea se purifica solemnemente en el templo, ochenta dias despues del parto, ofreciendo ante el ara un corderillo blanco ó dos tórtolas si es pobre, ó una corona de oro si es rica.

Ana era pobre y ofreció una tórtola al sacrificio; pero agradecida al precioso don que Jehová le habia concedido, le empeñó su palabra de consagrar su hija al servicio del templo, cuando aquella tierna flor que le dedicaba supiese distinguir el bien del mal.

Ana crió á sus pechos á María, porque en Judá las madres tienen la imprescindible obligacion de criar á sus hijos (1).

Agena la hermosa Niña desde sus mas tiernos años á los juegos subyugadores de la infancia, creció entre la meditacion y las tiernas caricias de sus padres.

A los tres años era mirada con respeto por todos los humildes habitantes de Nazareth.

En sus ojos, azules como el cielo de Oriente, brillaba una chispa de luz divina.

Sus labios, nacarados como el cerrado cáliz de los alelíes de Jericó, tenian siempre una sonrisa de indefinible dulzura para todos cuantos se llegaban á Ella.

Los abundantes rizos de su rubia cabellera caian como una lluvia de oro sobre la modesta túnica de lana azul que cubria su delicado cuerpo.

Algunas tardes, en las pintorescas estaciones primaverales, su padre la llevaba á pasear por los floridos jardines del valle de Esdrelon.

La hermosa niña, sentada á la sombra de uno de aque-

(1) En todos los libros de la Sagrada Escritura no se encuentran mas que tres nodrizas: la de Rebeca, la de Mifiboseth y la de Joas, y debe advertirse que Rebeca, la esposa de Isaac, era estranjera, y los otros príncipes.

llos corpulentos sauces, que tantas veces cobijan bajo sus melancólicas ramas las caravanas árabes (1), se complacia en tender su dulce mirada por el claro y diáfano cielo de Galilea.

Su padre no se atrevia á interrumpirla durante estos momentos de celeste contemplacion, creyéndola inspirada por alguna revelacion divina.

Luego, al regresar á su casa, con sus pequeñas manos, blancas y finas como la flor del terebinto, hacia un ramo de narcisos, anémonas y azucenas, y durante el camino se complacia en aspirar su delicado perfume.

Muchas veces su padre le cogia el dorado fruto que le presentaban al pasar el sicomoro y el plátano, y la Niña lo guardaba, y al llegar á su pueblo ofrecia á su madre aquella preciosa fruta y aquellas hermosas flores diciendo:

—Padre se ha acordado de tí: te trae esto.

María llegó á la edad prefijada por sus padres para entregarla, segun lo tenian ofrecido, al templo sagrado como una de las vírgenes de Israel.

Los parientes de Joaquin se dispusieron á acompañarla, pues segun los hebreos debian presenciar la sagrada ceremonia.

La humilde caravana salió, pues, de Nazareth en direccion á Jerusalen.

Era la estacion de las lluvias; el Cison, seco durante los calorosos meses del estío, arrastraba sobre su lecho de arena sus rojas y turbulentas aguas.

Los viajeros evitaron el peligro que el rio les ofrecia tomando las pendientes embalsamadas del Carmelo y la fértil y arenosa llanura del Saron, invernadero perenne de Gali-

(1) «La mas numerosa caravana podria abrigarse al rededor de su tronco colosal, y acampar junta bajo su sombra, con sus bagajes y camellos.»—(LAMARTINE, *Viaje á Palestina.*)

lea, sembrado por todas partes de naranjos, palmeras y abetos.

Llegaron por fin despues de algunos dias de marcha á la populosa ciudad de Jerusalen, y entraron en ella por la puerta de Efraim.

CAPITULO II.

La Vírgen de Sion.

Algunos dias despues, los padres, seguidos de sus numerosos parientes ataviados con el traje de gala, se encaminaron al templo.

Joaquin llevaba en sus brazos el cordero sin mancha que debia ofrecer al Señor.

Ana, su esposa, conducia á su Hija.

La santa Niña llevaba en sus pequeñas manos envuelta con un trozo de blanco lino, la flor de harina indispensable para el sacrificio.

Oigamos lo que dice de la presentacion de María el abate Orsini :

«Atravesando el patio esterior, en que el estranjero debia detener sus pasos bajo pena de muerte, el séquito se aumentó con buen número de empleados del rey, de fariseos doctores y damas ilustres que una disposicion secreta de la Providencia habia reunido por casualidad bajo los pórticos de Salomon.

«Paróse un momento la comitiva en las gradas de mármol del *Chel* (1). Allí los fariseos estendieron sus *tephilim* (2), y cubrieron sus frentes orgullosas con uno de los lienzos de su *talet* (3) de lana blanca y fina, adornado con granadas de púrpura y con cordones de color de jacinto; los valientes capitanes de Herodes se envolvian en sus ricos mantos prendidos con broches de oro, y las hijas de Sion se velaron mas estrechamente con los pliegues de sus velos *por respeto á los ángeles del santuario.*

»La divina Niña y su brillante comitiva traspasaron la puerta de bronce que cerraba á los profanos el sagrado recinto.

»La puerta de Nicanor giró sobre sus goznes para dejar pasar la Víctima, y ofreció en perspectiva el templo de Zorobabel con sus coronas votivas, sus puertas tapizadas de planchas de oro, sus paredes construidas de piedras enormes y pulimentadas, en las que las manos de los siglos habian estendido ese tinte de hoja seca que distingue los antiguos edificios del Oriente.

»Todo era grande y venerable en la casa de Jehová, y sin embargo, á pesar de su magnificencia, ¡cuánto habian decaido su esplendor y santidad! Un no se qué de defectuo-

(1) Espacio de diez codos entre el patio de los gentiles y las mujeres.

(2) *Tephilim*, pequeño pedazo de pergamino, sobre el que escribian con tinta hecha exprofeso, cuatro sentencias de la escritura, y los judíos los llevaban colocados en el brazo derecho ó en medio de la frente. Estaba muy en boga en tiempo de Jesucristo, y era una señal de distincion.—(BESNAGE, *Historia de los judíos*, Lib. VII, Cap. VII.)

(3) *Talet*, manto cuadrado que llevaban los judíos para hacer oracion, y con el cual se cubrian la cabeza.

so é incompleto se hacia sentir hasta en sus ceremonias mas imponentes. Sus sacerdotes no eran ya los ungidos del Señor..... el Arca santa habia desaparecido.

»Pero un dia glorioso iba á brillar, y el Oriente empezaba á iluminarse.

»Los sacerdotes y los levitas, reunidos en la última grada, recibieron de las manos de Joaquin la víctima de *prosperidad.*

»Esos ministros del Dios vivo no tenian la frente ceñida con el laurel ó con el apio verde, como los sacerdotes de los ídolos: una especie de mitra redondeada de un tejido de lino muy espeso, una túnica de lino larga, blanca y sin anchura, apretada por una larga cintura bordada de oro, de jacinto y de púrpura, componia el traje sacerdotal que no se llevaba mas que en el templo.

»Despues de haberse echado sobre su hombro izquierdo los cabos flotantes de su ceñidor, uno de los *Echaneos* (1) tomó el cordero cuya cabeza volvió hácia el Norte, y le hundió en el cuello el cuchillo sagrado pronunciando una breve invocacion al Dios de Jacob.

»La sangre, que caia en un vaso de bronce, quedó reservada para rociar los cuernos (2) del altar.

»Hecho esto, el sacrificador amontonaba en un espacioso plato de oro las entrañas, los riñones, el hígado, la cola y demás partes de la víctima, que varios levitas le presentaban (3) sucesivamente, despues de haberla lavado con todo esmero en el salon de la fuente. Él puso sobre la oblacion incienso y sal; en seguida, subiendo con los piés desnudos

(1) *Echaneo*, sacrificador ordinario.

(2) A los cuatro estremos del altar de los holocaustos habia cuatro pilares pequeños, los cuales eran huecos, y por allí se veia la sangre de las víctimas. Estos eran los *cuernos* de los altares de que tanto se habla en la Escritura.—*(Historia de los judíos.)*

(3) Besnage asegura que para el simple sacrificio de un cordero se empleaban diez y ocho sacrificadores.

el suave tramo que conducia á la plataforma del altar de los holocaustos, hizo libaciones de vino y sangre, arrojó á la brillante llama que ningun soplo humano habia encendido (1) un poco de flor de harina desleida en una copa de oro con aceite de olivo el mas puro, y puso, finalmente, la ofrenda pacífica sobre los ardientes leños que habian salido del gran bosque de Sichem (2) y que los oficiales superiores del templo habian reconocido con cuidado y despojado de sus cortezas.

»El resto de la hostia, con reserva del pecho y de la espalda derecha, que pertenecia á los sacrificadores, fué entregado al esposo de Santa Ana, quien dividió los pedazos entre sus inmediatos parientes, en conformidad con las costumbres de su pueblo.

»Los últimos sonidos de las trompetas sacerdotales se apercibieron á lo largo de los pórticos, y el sacrificio ardia aun sobre el altar de bronce, cuando un ministro del templo bajó al atrio de las mujeres para terminar la ceremonia.

»Ana, seguida de Joaquin y llevando á su Hija en brazos y la cabeza cubierta con un velo, se adelantó hácia el ministro del Altísimo y le presentó la jóven Sirvienta del Señor, pronunciando conmovida estas tiernísimas palabras: *Yo vengo á ofreceros el presente que Dios me ha hecho.*

»El sacrificador hebreo aceptó en nombre del Angel que fecundiza el seno de las madres el precioso depósito que le confiaba la gratitud, y bendijo á los santos esposos, como Helí (3) el pontífice habia bendecido en otro tiempo y en

(1) Los judíos no se servian ni del soplo de la boca, ni de fuelles de ninguna clase, para encender el fuego de los altares: escitaban la llama derramando aceite sobre los carbones encendidos.—*(Historia de los judíos.)*

(2) *Sichem*, territorio de Neplusa (Turquía Asiática), único bosque de donde se sacaba la leña para los sacrificios.—*(Correspondencia de Oriente*, tomo IV.)

(3) Helí, gran sacerdote judío y descendiente de Sanson, que murió al saber que los filisteos se apoderaron del Arca santa, año 1112 antes de Jesucristo.

una circunstancia semejante al piadoso Elcana y á su dichosa consorte.

»Estendió en seguida las manos sobre la asamblea que se inclinaba á su bendicion pontifical (1): ¡*Oh, Israel*, exclamó, *dirija el Eterno hácia tí su luz, hágate prosperar en todas las cosas y concédate la paz*!

»Un cántico de gozo y accion de gracias armoniosamente acompañado por las arpas sacerdotales terminó la presentacion de la Vírgen.»

Esta fué la ceremonia que tuvo lugar en el templo de Sion los últimos dias de noviembre.

Zacarías, príncipe de los sacerdotes de Ain y pariente de Joaquin y Ana, fué el que recibió á la tierna Vírgen de los brazos de su madre para depositarla al lado de sus compañeras en la casa de Dios.

Desde aquel dia, las piadosas matronas que eran responsables ante los sacerdotes del precioso depósito que se les confiaba, miraron con respecto á la tierna adolescente cuya bondad y hermosura les subyugaba.

Su retiro en el templo no fué una clausura monacal. Sus padres, que desde el momento de la presentacion se avecindaron en Jerusalen, la visitaban con frecuencia.

Tódas las tardes despues de las abluciones, cuando los rayos del sol comenzaban á bañar con la roja luz de su crepúsculo vespertino las cordilleras del Thabor, y las águilas abandonando sus negros nidos del Líbano se cernian con perezoso vuelo sobre los blancos y elevados minaretes de Jerusalen, María, cubierta con el pudoroso velo de las vírgenes, y seguida de sus compañeras, entonaban con fervoroso

(1) Mientras el pontífice daba su bendicion, el pueblo estaba obligado á ponerse las manos sobre los ojos y encubrir el semblante, porque no era permitido ver la mano del sacerdote. Los judíos imaginaban que Dios estaba detrás del sacerdote, y les miraba á través de sus manos tendidas, y no se atrevian á levantar los ojos hácia él, *porque nadie puede ver á Dios y vivir*. —(Besnage, Lib. VII, cap. VII.)

acento al pié del ara las plegarias de *Estra*, y el Dios de Sion oyó su dulce súplica que desde el polvo de la tierra se elevaba hasta el santuario de su paraiso, expresado en este poético y santo estilo:

«¡Oh Dios!... Que vuestro nombre sea glorificado y santificado en este mundo que vos habeis criado, segun vuestra voluntad: *haced reinar vuestro reino*: que la redencion florezca y que el Mesías venga prontamente.» (1)

Esto entonaban al son de las melodiosas arpas las vírgenes del templo, y el pueblo les respondia con fervoroso acento, inclinando las frentes al suelo: ¡Amen! ¡Amen! y luego repetian los inspirados versículos del bello salmo de los profetas Agio y Zacarías:

«El Señor desata á los que están encadenados: el Señor ilumina á los que están ciegos.»

«El Señor levanta á los que están caidos: el Señor ama á los que son justos.»

«El Señor guarda á los estranjeros: Él tomará bajo su proteccion al huérfano, á la viuda, y destruirá los caminos de los pecadores.»

«El Señor reinará en todos los siglos: Tu Dios, oh Sion, reinará en todos los linajes.»

María permaneció hasta la edad de quince años en el templo de Salomon, siendo el modelo de virtud y de santidad entre sus compañeras.

Las horas que le dejaban libres los oficios divinos, las empleaba en bordar y hacer otras labores delicadas y en el estudio de sagrados libros; su habilidad sin igual en hilar el lino de pechera, ha llegado hasta nosotros en una tradicion oriental que designa con el nombre de *Hilo de la*

(1) Esta oracion es la mas antigna de todas las que conservan los judíos: algunos escritores respetables aseguran que estaba en uso antes de Jesucristo, y que los Apóstoles la han apreciado con preferencia en la Siganoga.

Vírgen (1), esas bandas finas y delicadas, cuyo tejido parece que va á descomponerse con el menor soplo de viento. Á los quince años, María era, segun San Dionisio Areopagita, contemporáneo de la Vírgen y que tuvo la incomparable ventura de ver la casta luz de su mirada y oir la dulzura de su voz, *hermosa hasta deslumbrar, y que la hubiera adorado como á un Dios, sino hubiese sabido que no hay mas que un solo Dios.*

San Epifanio en el siglo IV nos la describe de este modo: *Su talle era algo mas que mediano; su tez, ligeramente dorada como la de Sulamita por el sol de su patria, tenia el rico matiz de las espigas de Egipto; sus cabellos eran rubios; sus ojos vivos; su pupila tirando un poco á color de aceituna* (2); *sus cejas perfectamente arqueadas y de un negro el mas hermoso; su nariz, de una perfeccion notable, era aguileña; sus labios sonrosados; el corte de su semblante hermosamente ovalado; sus manos y sus dedos eran largos.*

María, pues, segun el dictámen de algunos sabios comentadores de la Sagrada Escritura, encerraba en Ella sola todos los ricos tesoros de la belleza, caridad, valor y virtud que podria reunir el grandioso catálogo de las mujeres de la Biblia.

En el puro é inmaculado vaso que se encerraba su Sér se habian reunido todas las perfecciones que el Eterno puede otorgar á una criatura.

La Madre de Dios no se concibe de otro modo.

La importante, la dolorosa, la regeneradora mision á que estaba destinada desde el momento que su pecho virginal respiró en la tierra de los hombres el primer soplo de vida, tan solo una mujer tocada en el corazon por el soplo de Dios podia llevarla á cabo.

(1) Los tejedores franceses de la edad media, en conmemoracion de María, llevaban en las festividades un estandarte con una Vírgen cargada de magníficos bordados y un letrero que decia: *Nuestra Señora la Rica.*

(2) Las aceitunas en Palestina son de un color azul abrillantado.

Por eso Dios, que la habia elegido para que el mundo la invocase en lo venidero con el escelso nombre de su Madre, hizo que María fuese casta como Susana; bella y valerosa como Estér, la judía que evitó el exterminio de sus compatriotas; prudente como Abigail, la esposa de David; previsora como la profetisa Débora, que supo gobernar á los hebreos y salvarles de la dominacion de los cananeos, y sufrida y resignada como la madre inmortal de los macabeos.

Terminaremos el retrato de la Vírgen con decir que María hablaba poco, era sencilla en sus palabras y modesta en su porte, y no le gustaba dejarse ver, á pesar de ser jóven y hermosa.

Así se hallaban las cosas, cuando en el cielo sonó la hora para que comenzaran las lágrimas á empañar las limpias pupilas de la Vírgen.

Dios comenzaba la prueba terrible á que la habia destinado.

Zacarías, gran sacerdote y pariente de María, entró una tarde en su celda y le dijo:

—Cúbrete la cabeza con tu manto y sígueme.

—¿A dónde, señor? preguntó la Jóven.

—Un hombre lanza en el lecho de muerte el último soplo de la vida. Jehová le llama á la casa de los vivos (1), y antes de abandonar á sus parientes quiere bendecirte.

—¡Mi padre! Exclamó María, llena del mas cruel dolor.

—Sí, tu padre, le respondió el sacerdote con religiosa entonacion.

Joaquin murió como mueren los justos: rodeado de su familia y viendo en torno suyo las oraciones y los sollozos de sus parientes y amigos.

María le cerró los ojos y acompañó con su madre el cadáver á la última morada, segun la voluntad de los hebreos.

(1) El sepulcro se llamaba entre los judíos *la casa de los vivos*, para demostrar que el alma inmortal vive aun despues de la separacion de la materia. (Besnage, Libro VII, Cap. XXIV.)

Pero ¡ay! este golpe cruel no vino solo; otro le siguió en pos, mas terrible si cabe, que dejó desconsolada y huérfana á la inmaculada María.

Su corazon se comenzó á traspasar con dos heridas crueles, que fueron el preludio de otras *mil que le esperaban.*

La lámpara mortuoria no se habia apagado en la habitacion de la viuda.

El grosero camelote (1) envolvia aun las delicadas formas de la Vírgen, y sus pequeños piés descalzos se hallaban cuando un segundo emisario fué á anunciarle al templo que su madre estaba espirando.

La Jóven, acompañada de una de las matronas, corrió junto al lecho de su madre.

Era de noche: junto á la modesta puerta de la casa de Ana vió María una plañidera acurrucada, que lanzaba al viento sus dolorosos gemidos.

—Mujer, le dijo, ¿es mi madre muerta por desgracia?

—No Vírgen, le respondió: aun vive: pero mi llanto anuncia su última hora, que está cercana.

El rocío de la mañana, al descender de los cielos, encontró el alma de Ana que se elevaba al trono de Dios.

María era huérfana, y como tal libre y dueña de su albedrío.

Pero Ella elijió la casa de Dios como refugio de su destrozado corazon.

Su dolor fué angustioso, grande, pero resignado.

Desde el fondo de su alma virginal se exahalaron preciosas y abundantes lágrimas, porque su corazon, fuente de inagotable ternura, no se secó jamás, y elevando al cielo su rostro dolorido y sus anegados ojos, exclamaba con doloroso acento apurando el cáliz de la amargura: *¡Oh Jehová, hágase tu voluntad!*

María encendió la lámpara en la sinagoga, mudo heraldo

(1) Saco de luto tejido de pelo de camello.

de su dolor que pedia oraciones para su difunta madre, y ayunó por espacio de once meses todas las semanas el mismo dia que se quedara huérfana (1).

María, aunque pobre y huérfana, tuvo tutores de órden sacerdotal.

Zacarías, esposo de Elisabet, padre de San Juan Bautista, predecesor de Cristo, fué el tutor que eligió Joaquin para su hija en la hora de su muerte.

(1) Este ayuno era la abstinencia completa de todo alimento por espacio de veinte y cuatro horas.

CAPITULO III.

El anillo de oro.

Moisés habia dicho: *El que no dejara descendencia en Israel, sea maldito.*

La ley, pues, obligaba á María á tomar esposo.

Los padres del Bautista, de ese mártir del capricho de una reina impura, vivian en Ain, pequeño pueblo que se hallaba situado dos leguas al Sur de Jerusalen, y desoyendo las repetidas súplicas de su ahijada, que se obstinaba en permanecer por el resto de sus dias en el templo de Sion, convocaron á todos los parientes del linaje de David y de la tribu de Judá.

Una descendiente de David no podia sustraerse al yugo

del matrimonio. Los profetas habian anunciado que de una rama verde y frondosa saldria el Mesías deseado, el Salvador de Israel, el cual debia colocar el verde estandarte de los macabeos sobre los templos paganos de la impura Roma, y los judíos gozábanse viendo en sus sueños de venganza el asombro y estupor con que los esclavos del Tíber leerían estos rojos caractéres de su gloriosa enseña: *¿Quién de entre los Dioses es semejante á ti, oh Eterno?*

Esto era la esperanza del pueblo hebreo, desde que el asirio, arrollándole con sus vencedoras legiones, le trasportó cautivo á las orillas del Eufrates.

Israel lloró lágrimas de dolor en la impura Babilonia. Las arpas de Judá perdieron sus dulces melodías, y los vasos sagrados del templo de Sion fueron depositados á los piés del dios Belo, como si Jehová pudiera rendir vasallaje al ídolo sangriento de los babilonios.

María, pues, era una esperanza para el pueblo de Abraham. La perfumada violeta de Nazareth, el verde retoño del rey de los cantares, debia unirse con un hombre de su raza, cuya limpieza de sangre fuera tan pura, tan inmaculada como la que circulaba por las azuladas venas de la Estrella del Mar.

Segun las sagradas tradiciones, veinte y cuatro aspirantes se presentaron á la mano de la jóven Vírgen.

Entre ellos se encontraba José, el carpintero de Nazareth, y Agabús el noble gerosolimitano.

José era pobre, humilde, y ganaba su sustento con el modesto jornal de sus manos.

Su edad frisaba en los cuarenta años (1), y su venerable cabeza se hallaba cubierta de canas.

(1) Algunos escritores atribuyen á San José ochenta años de edad en la época de su casamiento; pero entre los hebreos la union de un viejo con una jóven estaba prohibida en los términos mas humillantes y vergonzosos, y es de creer que los tutores de la Vírgen no habian de faltar á una ley que tanto respetaban; por lo que en virtud de tantos pareceres y teniendo en cuenta la ley, lo hemos fijado en cuarenta años de edad.

Agabús era jóven, rico y hermoso.

Su linaje alto, y su familia de las mas poderosas de Judá.

Uno le ofrecia una vida de privaciones.

Otro una existencia de lujo y abundancia.

José el humilde sayo del pobre sobre su cuerpo y el duro pan del jornalero.

Agabús hubiera arrojado á sus piés preciosas telas de Egipto, y adornado sus brazos con oro y perlas de Persia.

Pero los sacerdotes despreciaban la riqueza, y eligieron al pobre carpintero de Nazareth, porque Dios les habia recordado el vaticinio de Isaías que decia así: *Saldrá una vara de la raiz de José, y de su raiz subirá una flor preciosa.*

Veinte y cuatro varillas de almendro depositaron en el templo por la noche despues de orar los pretendientes.

Una tradicion antigua relatada por San Gerónimo, refiere que la seca vara de José, hijo de Jacob, hijo de Nathan, se encontró verde y florida al dia siguiente.

Agabús, desesperado por este prodigio que le mostraba el cielo cerrando toda puerta á su esperanza, rompió resignado su vara, y corrió á encerrarse en una gruta del Carmelo con los discípulos de Elías.

Su dolor fué inmenso; pero su fé, tan grande como su dolor, le hizo cristiano y murió con los honores de santidad.

Los tutores manifestaron á María el nombre y la clase del esposo elegido, y Ella lo aceptó sin pronunciar la mas leve queja.

Los delicados trabajos del Templo, los perfumes de la Santa Casa, iban á trocarse en breve por las rudas y penosas fatigas de la mujer del pobre.

Pero María, fuerte de espíritu, confiaba que el Señor le daría fuerzas para sobrellevar tan pesada carga.

Aunque destinada á ser Esposa de un carpintero, no se creyó degradada, porque todo israelita era artesano, pues por alta que fuese su gerarquía, el padre tenia la obligacion

de enseñar un oficio á su hijo, *á ménos,* decia la ley, *que no quisiera hacer de él un ladron*: y además, José, aunque pobre jornalero, descendia de David, y sangre de reyes circulaba por sus venas.

Los desposorios de José y María se celebraron con esa sencillez poética de los tiempos primitivos.

El novio, en presencia de los parientes y sacerdotes, ofreció un anillo de oro, liso y de escaso valor, á su futura Esposa, diciéndole:

—Si tú consientes en ser mi Esposa, acepta esta prenda.

Los escribas extendieron el contrato con esta lacónica forma: «Yo, José, hijo de Natham, he dicho á María, Hija »de Joaquin: Sé mi esposa segun la ley de Moisés y de Israel. »Yo prometo honrarte y proveer á tu mantenimiento y á tus »vestidos, segun la costumbre de los maridos hebreos que »honran á sus mujeres y las mantienen como conviene. Yo »doy desde luego la suma prescrita por la ley de doscientos »zuces (1), y te prometo, ademas de los vestidos y los alimen»tos y todo lo que te será necesario, la amistad conyugal, »cosa comun á todos los pueblos del mundo.»

Aquí firmaba el marido y los testigos, y luego seguia de este modo el contrato:

«María ha consentido en ser la Esposa de José, quien de »su voluntad para formar viudedad conforme á sus propios »bienes, añade á la suma anteriormente indicada la de ocho»cientos zuces.» (2)

Despues de esta ceremonia se elevaban alabanzas al Dios de Israel, siendo á la conclusion bendecidos los Esposos por un sacerdote que representaba al difunto padre de María.

Trascurrió un espacio de cinco meses, durante el cual los parientes de los desposados preparaban la segunda ceremonia, que era entre los israelitas la mas importante.

(1) Un zuce tendria el valor de tres reales de nuestra moneda.

(2) Este segundo dote era mayor ó menor, segun la fortuna de los desposados.

Llegó, por fin, el dia aplazado, que era un miércoles (1) del mes de enero. La luna extendia su frente de plata sobre las tranquilas aguas del estrecho mar de Galilea, cuando en alegre monton se dirijian por una angosta calle de Jerusalen hácia la casa de Maria una multitud de doncellas ricamente ataviadas.

Las antorchas que empuñaban las callosas manos de los esclavos alumbraban al paso de las doncellas, bañando de clara y roja luz los ámbitos oscuros de la calle, haciendo brillar los cinturones de oro y las tiaras chatas á estilo de Persia de las doncellas.

Los ricos cinturones de oro, las tiaras chatas de Persia y las redecillas de diamantes de las vírgenes, despedian á la luz de las antorchas mil chispas brilladoras como las estrellas de una noche oscura y serena.

Un palio sostenido por cuatro jóvenes judíos aguardaba á la Esposa.

La Vírgen se presentó sobre los dinteles de su puerta.

Las arpas y las flautas de los tañedores lanzaron al viento deliciosos raudales de dulce armonía, y los amigos y los parientes agitaron en señal de regocijo los ramos de palmera y de mirto que llevaban en las manos.

La comitiva rompió la marcha en direccion al templo; José iba delante rodeado de sus gozosos amigos.

Por su venerable cabeza se arrollaba la corona de azufre y sal.

La danza y los gritos de alegría comenzaron y las mujeres, derramando esencia sobre los vestidos de la Esposa y flores por la tierra que pisaba, gritaban con toda la fuerza de su pulmones:

—¡Bendita sea, bendita, la descendiente de David!

(1) Los judíos elegian el miércoles imprescindiblemente para el dia de su casamiento creyéndolo de buen augurio: se hizo entre ellos una de esas costumbres supersticiosas de los pueblos, que el tiempo convierte casi en una ley.

Una muchedumbre inmensa esperaba á los Esposos en las gradas del templo. Apenas les vieron á la claridad de las antorchas, exclamaron á coro:

—¡Benditos sean los que vienen!..

¿Cómo calificar este inmenso placer, esta alegría entusiasta que rebosaban todos los corazones, en las bodas de dos criaturas tan humildes como María y José?

Dios sin duda, que reservaba á la Madre de Jesús la calle de la Amargura, quiso darle un dia de triunfo en Jerusalen, como á su Hijo, en cambio de las dolorosas lágrimas que debia derramar en la cumbre del Gólgota.

El palio recibió bajo su augusto toldo á los Esposos.

Ambos se sentaron: María llevaba cubierto el semblante con un velo, José rollaba su *talet* por su cuello.

—Hé aquí, dijo José colocando un segundo anillo en el dedo corazon de María, *tú eres* mi mujer segun el rito de Moisés y de Israel.

—Estiende un lienzo de tu capa sobre tu sierva, le dijo el sumo sacerdote con voz pausada.

—Obedecido eres, le contestó el Patriarca desrollando el *talet* y cubriendo con él la cabeza de María.

Luego un pariente llenó de vino una taza de vidrio, y despues de aplicar sus lábios, la dió á los Esposos á que bebieran tambien.

Entonces el sacerdote arrojó al aire un puñado de trigo en señal de abundancia, y cogiendo la copa de mano de los Esposos la presentó á un niño de seis años.

Este rompió la copa con una varita de plata.

La ceremonia nupcial habia concluido; el festin iba á comenzar.

Mientras los convidados se entregaban al bullicioso encanto de los comentarios y la conversacion, José pronunció en voz baja estas palabras á su esposa:

Tú serás como mi madre, y yo te respetaré como al mismo altar de Jehová.

Siete dias duraron las fiestas, al octavo los Esposos abandonaron Jerusalen para trasladarse á Nazareth.

Algunos parientes, segun la costumbre, les acompañaron hasta la primera parada, despidiéndose de ellos con las lágrimas en los ojos y el sentimiento en el corazon.

CAPITULO IV.

El ángel Gabriel.

Nazareth, flor de Galilea, recibió en su amoroso seno á los castos esposos.

Jesus, Rosa del campo, Lirio del valle, iba á ser concebido en las virginales entrañas de la *Estrella del Mar*.

José y María vivian contentos y felices en la humilde habitacion de Santa Ana.

El Patriarca ejercia su profesion de carpintero en un cuarto bajo *de doce piés de ancho y otros tantos de largo, separado de la casa de Ana como unos sesenta pasos.*

Siguiendo una antigua tradicion de Oriente, ejercia su oficio de carpintero en otro local del que tenia su Esposa y su vivienda.

Caritativo en estremo, habia levantado sobre la puerta de su casa de *trabajo* una especie de tendal hecho con ramas de palmera, á cuya sombra los fatigados viajeros tenian un banco donde descansar, agua fresca con que apagar su sed, sabroso pan amasado por la Vírgen con que matar el hambre, un techo de hojas que les libraba de los ardientes rayos del sol, y un hombre bueno y afable que con la sonrisa en los labios les ofrecia su pobreza.

Allí, segun dice Orsini, el laborioso artesano construia arados, yugos y carros de labranza, y algunas veces levantaba las cabañas de las aldeas.

Allí, segun San Justino Mártir, fué donde mas tarde el Hombre-Dios ayudó á su padre en tan penosos y rudos trabajos.

El brazo de José era fuerte, y mas de una vez el santo jornalero derribó al golpe de su hacha los robustos árboles del Carmelo.

Mientras tanto María, la Esposa inmaculada, la tierna Vírgen de Sion, molia con sus delicadas manos el grano de trigo y amasaba la harina en redondas tortas.

Diariamente, cubierto el rostro con el tupido velo y la pesada urna (1) de los nazarenos sobre la delicada cabeza, tomando el camino de los Nopales, se encaminaba á una fuente poco distante del pueblo á llenar su cántaro (2).

Terminados los quehaceres de la casa, la Vírgen empuñaba el tosco huso y el áspero lino y entretenida con el trabajo, esperaba la hora en que José, con el rostro cubierto de sudor, debia regresar á su casa.

Entonces, sobre una mesa de pino, fina y blanca como la conciencia del artífice que la habia construido, colocaba María frutas sabrosas y legumbres secas que constituian la frugal comida de los descendientes de David.

(1) Enormes vasos de barro, de una altura desmedida, que llevaban sobre la cabeza.

(2) Hoy se conoce esta fuente con el nombre de *fuente de María.*

Los hebreos son sóbrios hasta la inverosimilitud, pues en tiempo de necesidad les basta un jarro de agua y un trozo de pan moreno para pasar un dia, sin que por eso se muestren desfallecidos en las horas de trabajo.

Durante la frugal comida de los Santos Esposos, que se verificaba á las seis de la tarde, el sol, hundiéndose en el ocaso, les enviaba sus últimos rayos á través de los vistosos celajes del cielo de Palestina.

Los ruiseñores, desde las vecinas enramadas, soltaban sus parleros trinos, saludando á la noche, y las melancólicas tórtolas del Carmelo arrullaban en las copas de los árboles llamando á sus compañeros errantes al nido nocturno.

Así trascurrieron dos meses.

El ángel de la paz cobijaba bajo sus níveas alas la modesta vivienda de los futuros Padres del Mesías.

Una tarde (1), José se habia encaminado al monte.

El sol, hundido en el ocaso, solo prestaba al mundo esa tibia y vaga claridad que deja en pos de sí como una muestra de su esplendor.

La noche estaba próxima á empuñar su cetro de tinieblas y José no volvia del Carmelo.

La Vírgen le esperaba resignada bajo su emparrado de azucenas y aromática madreselva. .

Sus ojos azules se dirijian hácia Jerusalen, buscando en el dilatado cielo el punto que segun su cálculo debia hallarse colocado encima del templo de Sion (2).

Sus lábios, sonrosados como los claveles de los Alpes, se entreabrian silenciosos para dar paso á palabras sin ruido, formadas en el fondo de su pecho virginal.

(1) Viernes, 25 de Marzo, segun el padre Drexelius.

(2) Los pueblos orientales se vuelven hácia cierto punto del cielo cuando oran, lo que ellos llaman el *kebla*; los judíos hácia el templo de Jerusalen; los mahometanos hácia la Meca; los sabeos hácia el Mediodia, y los magos hácia Oriente.—(ORSINI.)

Aquellas palabras eran la oracion de la tarde dirigida al Dios de Jacob.

Las entrelazadas ramas del emparrado se abrieron para dar paso á un hermoso adolescente, de cuya blanca túnica salian raudales de luz.

El ángel Gabriel, el emisario de la bondad inagotable de Dios, se hallaba junto á María, que llena de temor y sobresalto se quedó clavada en el duro pavimento.

El Angel iluminó á la Vírgen con una celestial mirada, y luego, extendiendo una mano en señal de acatamiento, le dijo con dulce y armoniosa voz.

—*Yo te saludo: llena eres de gracia: el Señor es contigo: Tú eres bendita entre todas las mujeres.*

María, con los ojos fijos en el suelo, no se atrevia á desplegar los labios.

Como la flor que al recibir la gota de rocío que le regala el cielo abre sus pétalos, dobla sus hojas, así la pudorosa Vírgen de Nazareth, mientras que su amoroso corazon se abria para albergar en él las misteriosas palabras del enviado de los cielos, doblaba su frente, temerosa de ofenderle con su mirada, ó tal vez temia como Moisés *ver á su Dios y morir.*

—*Nada temas, María,* volvió á repetir el Ángel con dulzura inclinando su radiosa frente, *porque has hallado gracia delante de Dios: concebirás en tu seno y parirás un Hijo á quien pondrás el nombre de Jesus; Él será grande y será llamado el Hijo del Altísimo. Dios le dará el trono de su Padre; reinará eternamente sobre la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin.*

—¿Cómo se hará esto, pues yo no conozco varon? Dijo sencillamente María, no sabiendo cómo conciliar el título de Madre con el voto de Vírgen ofrecido junto al ara de Sion.

La Vírgen no duda, dice San Agustin: Ella sólo desea instruirse en la manera como debe obrarse el milagro.

—*El Espíritu Santo descenderá sobre Tí,* continuó el Ángel, *y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; hé aquí porque*

el Fruto Santo que de Tí ha de nacer será llamado el Hijo de Sion.

El mensajero de Jehová quiso dejar una prueba de la verdad de sus palabras á aquella Vírgen elegida en los cielos como la urna santa que debia ser por nueve meses la depositaria del Verbo divino.

—*Elisabet tu prima,* le dijo, *ha concebido un hijo en su senectud, y este es el sesto mes del embarazo de la que es reputada estéril, porque nada hay imposible á Dios.*

María, anonadada ante los beneficios de Dios, creyéndose en su modestia indigna de la eleccion con que el Eterno la honraba, bajó la frente con humildad, diciendo:

—*Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra.*

El Ángel desapareció, y el Verbo divino se hizo carne para padecer por nosotros el martirio cruento de la Cruz.

María, desde aquel instante concibió el pensamiento de visitar á su prima á quien tanto debia.

Ana era muy entrada en años, y María llena de caridad.

Ser útil á sus semejantes era su mayor placer.

Sembrar el bien, el gozo mas delicado y querido de su alma.

Antes de traspasar los umbrales de los ricos parientes de la rosa de Nazareth, diremos dos palabras del padre de San Juan Bautista.

Oigamos lo que dice Ataulfo de Sajonia refiriéndose al texto de San Lúcas.

«En los dias de Herodes, rey de Judea: habia un sacerdote llamado Zacarías, de la familia sacerdotal de *Abea*, una de aquellas que servian por turno (1) en el templo, cuya

(1) Segun lo establecido por David, los sacerdotes judíos estaban divididos en venticuatro turnos, cada uno de los cuales servia en el templo una semana. Cada turno estaba subdividido en siete partes. Zacarías era el turno de Abea.—(PRID., *Historia de los judíos.*)

mujer, llamada Elisabet ó Isabel, era igualmente del linaje de Araon. Los dos eran justos á los ojos de Dios, y guardaban estrictamente todos los preceptos y las leyes del Señor; y que habiendo entrado Zacarías á ofrecer el incienso cuando le correspondia, le apareció el Angel del Señor estando á la derecha del altar de los perfumes, teniendo su rostro lleno de tanta majestad, y toda su persona manifestando tan divino, que Zacarías se turbó y se puso á temblar todo un aire su cuerpo, que fué preciso que el Angel le sosegase diciendo:

—»No temas, Zacarías: mi presencia debe servirte de gozo y consuelo antes que de temor: tus súplicas llegaron al firmamento, fueron oidas de Dios, y para qus te convenzas de esto, sabe que Isabel, tu esposa, aunque estéril y anciana, te dará un hijo á quien llamarás Juan, el cual llenará de consuelo toda la casa de Israel. Su nacimiento será para ti y otros muchos motivo de una gran alegría y presagio cierto de una futura grandeza. Será grande á la presencia del Señor: él está destinado para ejercer un cargo sublime cerca del Mesías, que vendrá bien presto y lo cumplirá.

»Será santificado desde el vientre de su madre y lleno del Espíritu Santo, y por todo el curso de su vida guardará una abstinencia tan rigurosa, que jamás beberá el vino ni la sidra, y predicará con tanto celo que convertirá á muchos hijos de su raza á su Dios y su Señor. El precederá la venida del Redentor é irá delante de El con el espíritu y la virtud de Elías, y predicará con tan prósperos sucesos, que los hijos renovarán en sus pechos la fé y la piedad de sus padres. Convertirá á los incrédulos y les obligará á seguir el camino de la prudencia de los justos, y preparará para cuando venga el Señor un pueblo perfecto, para que reciba con docilidad los preceptos de su nueva ley.»

Hasta aquí el Cartujo de Sajonia.

Zacarías vió al Angel con gran placer, pero la duda se anidaba en su corazon.

Aquellas palabras, que resonaban con dulzura en sus oidos no eran creidas por su alma.

El cielo le otorgaba la gracia en su ancianidad de darle un hijo; este hijo era el Bautista, el precursor de Cristo, y el sacerdote afortunado no daba crédito á aquella revelacion divina, exclamando:

—Yo soy anciano, y mi esposa lo es tanto como yo: ¿cómo podré saber que es cierto lo que me dices?

Esta desconfianza irritó al enviado de Jehová.

Sus ojos despidieron un rayo de luz celeste.

Este rayo del cielo fué á tocar la lengua del sacerdote incrédulo.

—Yo soy Gabriel, volvió á decir el emisario celeste, uno de los ángeles que moran junto al trono de Dios, y de quien se vale para trasmitir sus órdenes. Él me ha enviado á ti, y por cuanto has dudado de mis palabras, sordo y mudo serás hasta el dia en que se cumpla lo que he venido á anunciarte.

. . . . . .

. . . . . .

Zacarías se quedó aterrado y sin póder terminar la semana de su oficio en el templo, por el castigo que Dios habia lanzado sobre él. Triste y afligido abandonó la populosa Jerusalen, y atravesando una parte de la Galilea, de la feraz Samaria y dos terceras partes de la tierra de Judá, despues de cinco dias de marcha llegó á la ciudad de Ain, en donde tenia su casa y sus tierras.

Su esposa Elisabet le recibió con la alegría en el rostro y la sonrisa en los lábios.

La venturosa madre de Juan queria participar á su esposo el favor que Dios les concedia; pero el incrédulo sacerdote no pudo oir sus palabras ni responder á sus preguntas.

Un mar de lágrimas corria de sus ojos.

Angustiosos suspiros se escapaban de su pecho porque Jehová le habia castigado.

Elisabet se arrojó en sus brazos repitiéndole gozosa:

—El Dios de Jacob ha oido mis súplicas. ¡Soy madre, soy madre! Siento en mis entrañas el gérmen de un nuevo sér que se agita. ¿Y tú nada me dices?

Zacarías se esforzaba en vano por ligar las letras.

Era sordo-mudo. Exhaló un suspiro de angustioso dolor, y cayó desfallecido á los piés de su esposa.

CAPITULO V.

La paz sea contigo.

María guardó en el fondo de su alma la revelacion que el Ángel le habia hecho.

Nada dijo á su esposo, porque modesta en esceso temía que trasluciera en sus palabras un rasgo de vanidad.

Guardó, pues, el secreto como un tesoro precioso que Dios le habia confiado, esperando con santa resignacion que los acontecimientos portentosos que el cielo le anunciaba la condujeran al punto elegido por la superioridad divina.

Participó á José el placer que la causaria visitar á su prima Isabel, y él que bueno y bondadoso se desvelaba por satisfacer todo cuanto era grato á su santa Esposa, le dió

gustoso su permiso para que emprendiera el viaje apetecido.

José era pobre: de su modesto jornal pasaban y no le era fácil abandonar el trabajo; asi es que, aprovechando la ocasion de pasar á Ain, patria de Elisabet, unos parientes suyos, les recomendó á su Esposa, y María partió de Nazareth en la estacion de las rosas.

José acompañó á su Esposa hasta dos leguas del pueblo, y despues, con el corazon oprimido por la ausencia de la Vírgen, regresó á su casa.

Isabel, la esposa de Zacarías, habia sido una segunda madre para la Vírgen desde que Ana y Joaquin la dejaron huérfana.

Los favores recibidos por la Niña durante su permanencia en el templo de Sion, iban á ser pagados por la Mujer en la casa de la anciana Elisabet.

Esta era la idea que animaba á María al salir de Nazareth al emprender el viaje.

La jóven y hermosa viajera, montada en su modesta cabalgadura, y rodeada de algunas buenas mujeres que como ella se dirijian hácia las montañas de Judea, en que Zacarías el Aaronita tenia su vivienda, abandonó una mañana su patria nativa.

La ciudad de Ain se halla situada á un estremo de la Judea. El camino, áspero y montuoso, espone á cada paso la vida del viajero.

Algunos escritores sostienen que la Vírgen hizo el viaje sola, lo cual parece inverosímil atendido á lo áspero y quebrado del camino que tenia que atravesar y á que en Siria, segun Volney y otros varios conocedores de las costumbres de Oriente, nadie viaja solo, sino en tropas ó caravanas, siendo preciso que muchos quieran ir á un mismo punto; precaucion necesaria en un pais abierto á los árabes como la Palestina.

¿Cómo, pues, San José, el varon prudente y reflexivo, hubiera consentido que su casta Esposa, la tierna Vírgen de

quince años, hubiera emprendido un viaje de cinco ó seis jornadas en un pais sin mas posadas que los grandes y desmantelados cobertizos llamados *kervanseray,* en donde los caminantes se refugian durante la noche en un monte, como un ganado de ovejas?

Nosotros hemos rodeado á María de amigos y parientes durante el viaje á Judea, porque esto es lo mas verosímil, atendido el carácter de la viajera y á las costumbres de los judíos.

La caravana, despues de atravesar las tribus de Issachar, Manasés, Samaria y Benjamin, saludó las altas coronas del templo de Sion y los gallardos miranetes de la ciudad sacerdotal que dejaban á su izquierda, y arribó felizmente á las cercanías, de Ain, sin que los feroces habitantes de la *via sangrienta* detuvieran su paso.

Uno de los parientes que formaban parte de la comitiva de la Vírgen, se adelantó á participar á Isabel el próximo arribo de María.

La que debia ser madre del Bautista se hallaba en una derruida casa de campo cuando recibió tan fausta nueva, y llena de gozo corrió hácia el camino con los brazos extendidos para recibir en ellos á su jóven prima.

La Vírgen vió llegar hácia ella á la noble anciana con el semblante lleno de alegría y de felicidad, y bajando al suelo la frente, le dijo con dulzura:

—*La paz sea contigo.* (1)

Elisabet sintió en su seno un movimiento estraño.

La voz dulce y respetuosa de María habia levantado un eco melodioso en su corazon.

Su semblante se reanimó y su sangre comenzó á hervir en sus venas, como si su naturaleza hubiera retrocedido cuarenta años.

(1) Esta salutacion la empleó Cristo muchas veces durante sus viajes, y hoy en dia es muy comun en los pueblos de Oriente.

¿Qué misterioso influjo, qué santa filtracion habian introducido las palabras de la Nazarena, para que la lengua de Elisabet exclamara de este modo?

—*Tú eres bendita entre todas las mujeres, y el Fruto es bendito de tu vientre.*

Y luego, viendo que María, conservando su actitud humilde no desplegaba sus lábios, continuó:

—¿De donde me viene la felicidad de que la Madre de mi Señor venga á mí? Porque luego que tu voz ha llegado á mis oidos, mi hijo ha saltado de alegría en mis entrañas, y Tú eres dichosa por haber creido, porque lo que te se ha dicho de parte del Señor será cumplido.

Elisabet, la inmortal esposa de Zacarías, tocada en los ojos del alma por el soplo misterioso de Jehová, habia visto á través del ignorado porvenir el trono de gloria que el Eterno reservaba á su prima.

Pero oigamos las palabras de la Vírgen, el canto poético y sublime del Nuevo Testamento, el mas inspirado, el mas armonioso de las Santas Escrituras, de esos libros que han sido y serán eternamente el inagotable manantial de la inspiracion cristiana.

María respondió de este modo á Isabel:

«Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se trasporta de »gozo en Dios mi Salvador.

»Porque ha atendido á la humildad de su esclava, en »adelante seré llamada bienaventurada en toda la série de »los siglos.

»Porque ha hecho en mí grandes cosas Aquel que es Om»nipotente y cuyo nombre es santo.

»Su misericordia se estiende de edad en edad sobre los que »temen.

»Ha desplegado la fuerza de su brazo, y ha disipado á los »que se llenaban de orgullo en medio de su corazon.

»Ha arrojado á los grandes de su trono, y ha ensalzado á »los humildes.

»Ha llenado de bienes á los que estaban hambrientos, y »ha empobrecido á los que estaban ricos.

»Se ha acordado de su misericordia, y ha protegido á »Israel su servidor.

»Segun la promesa hecha á nuestro padre Abraham y á »su linaje para siempre.»

La Vírgen, dice el abate Orsini, que con tan poéticos y delicados colores ha descrito la Visitacion de María, permaneció tres meses en el país de los hetheos, y pasó esa larga visita á corta distancia del pais de Ain, en el fondo de un florido y fértil valle, en que Zacarías tenia su casa de campo. (1)

»Allí fué donde la Hija de David, profetisa tambien y dotada de un genio igual al del ilustre jefe de su familia, pudo contemplar á satisfaccion el cielo estrellado, los bosques sonoros, y el vasto mar que desplegaba al horizonte sus olas agitadas, apacibles, sobre las resonantes playas de la Siria.

»El aspecto de esa naturaleza tan completa en sus pormenores, tan hábilmente armonizada en su conjunto, en que todo es maravilloso, desde el tejido de la flor y el ala del insecto, hasta esos mundos errantes que brillan en las tinieblas de la noche, escitaron la admiracion profunda de la Vírgen hácia las obras magníficas del Criador.

»¡Cuán grande es, pensaba la Hija de los profetas, cuán grande es Aquel que dá sus órdenes á la estrella del mañana, y que señala á la aurora el punto del cielo en que debe aparecer; que manda al trueno, y á quien el rayo sumiso dice al presentarse: ya estoy aquí!

»¡Cuán grande es!... Pero su bondad es igual á su poder.

»Él es el que ha puesto la cordura en el corazon del hombre, y dado el instinto á los animales.

»Él es quien prevee las necesidades incesantes de la cria-

(1) En este valle poseia dos casas Zacarías: apenas distaba una de otra un tiro de arco; la entrevista se efectuó en la primera, que está mas al Occidente de Jerusalen, y el nacimiento del Bautista en la segunda.

tura, quien da calor bajo la arena al huevo del avestruz, y vela sobre el *behemoth* (1) cuando se duerme á la sombra de los sauces del torrente; quien prepara al cuervo su alimento cuando sus polluelos van errantes y hambrientos graznando por las peladas rocas de los barrancos.

»Entonces, á imitacion del salmista, la Santa Vírgen convidaba á toda la naturaleza á bendecir con Ella al Criador.

»En sus escursiones á través de las praderas, se complacia en la contemplacion de las flores que hallaba ante su paso.

»Un dia la Vírgen puso su mano sobre una flor inodora que los árabes llaman *arthemita*, é inmediatamente la flor adquirió una fragancia, un perfume tan grato (2) que aun hoy en dia es mirada con predileccion entre los hijos de Oriente la familia de aquella planta que tal virtud adquirió al solo contacto de la Nazarena.

»Detrás de la elegante casa del pontífice hebreo, se extendia uno de esos jardines llamados *paraisos* entre los persas, y cuya disposicion habian tomado los cautivos de Israel del pueblo de Ciro y de Semíramis.

»Campeaban en él los mas bellos árboles de la Palestina, amenizando sus atractivos el dulce perfume de los naranjos y los arroyos de cristalina agua que serpenteaban bajo las pendientes ramas de los sauces.

»Allí era donde los tiernos cuidados de María hicieron olvidar á Elisabet sus temores sobre un suceso cuya esperanza la colmaba de gozo, pero que su edad avanzada podia hacer funesta para ella.

(1) Behemoth, animal de que se habla en el libro de Job. Unos creen que es el hipopótamo, otros el rinoceronte; pero segun el *Talmud* de los judíos, es el toro primitivo, el cual consume cada dia la yerba de diez montañas, que vuelven á cubrirse de nueva vegetacion durante la noche para alimentarlo. Este toro, el dia del juicio final, será comido por los fieles en un banquete presidido por el Mesías, que segun ellos debe venir aun á salvarles.

(2) Tradicion persa.

»¡Cuán religiosa y grave debia ser la conversacion de esas dos santas Mujeres!...

»La una, jóven y sencilla é ignorante del mal como Eva al salir de las manos del Hacedor.

»La otra, cargada de años y enriquecida con una larga esperiencia, profundamente piadosa.

»La una llevando en su seno, por largo tiempo estéril, un hijo que debia ser *profeta y mas que profeta*, y la otra á la Semilla bendita del Altísimo, al Jefe libertador de Israel.»

En las hermosas noches de verano, cuando el pálido resplandor de la luna alumbraba la floresta, colocábase bajo una coposa higuera ó los verdes pámpanos de un ancho peral (1) la comida de la opulenta familia del mudo Zacarías, compuesta del corderillo alimentado con la aromática yerba de la montaña, el pescado de Sidonia, el panal de miel silvestre extraido del hueco de la vieja encina, los sabrosos dátiles de Jericó, que figuraban por entonces hasta en la mesa del César, los albaricoques de Armenia, los alfónsigos de Alepo y las sandías de Egipto.

El vino de los collados de Engaddi, que el mayordomo del príncipe de los sacerdotes guardada en cubas de piedra, circulaba en ricos vasos que llenaban los criados con alegres rostros.

María, frugal así en el seno de la abundancia como en el de la medianía, se contentaba con algunas frutas, un poco de pan y una taza de agua de la fuente de *Naphtoa*. (2)

Así trascurieron tres meses durante los cuales María fué para la anciana Elisabet una hija tierna y solícita.

Zacarías, entretanto, mudo y sordo por su duda ante el

(1) Los hebreos gustan mucho de comer bajo los emparrados, ya por el calor escesivo en aquellos climas, ya por la antigua costumbre de sus abuelos, que por espacio de tantos años vivieron bajo sus tiendas durante sus largas peregrinaciones.—(FLEURI, *Costumbres de los israelitas.*)

(2) Su abstinencia no era un ayuno, era mas bien una costumbre. (*El padre* VALVERDE.)

enviado de Jehová, esperaba con santa resignacion que la bondad del cielo descendiera sobre él devolviéndole los preciosos dones que le habia quitado.

Llegó por fin tan deseado dia, y Elisabet dió á luz un niño.

Grande fué el asombro y la admiracion de los pacíficos habitantes de Ain al ver á aquella anciana que inundado el rostro de lágrimas de gozo les enseñaba el tierno hijo con que Dios la habia favorecido.

Los parientes se reunieron y se trató del nombre que al vástago del sacerdote debia ponerse.

Todos optaron por el de Zacarías, que era el de su padre; pero Elisabet, oponiéndose, respondió á sus parientes con firme y segura voz:

—*De ningun modo: Juan será llamado.* (1)

Entonces el anciano sacerdote, á quien por señas preguntaban los parientes qué nombre debia ponérsele definitivamente á su hijo, pidió una tablilla encerada y un punzon y escribió estas palabras con segura mano:

«*Juan es su nombre.*» (2)

Los concurrentes se miraron los unos á los otros con asombro.

Zacarías era sordo-mudo. ¿Cómo, pues, escribia el mismo nombre que su mujer acababa de pronunciar y que él no habia podido oir?

Pero la expiacion de la culpa habia terminado, y Dios con su infinito poder devolvia al sacerdote hebreo las preciosas facultades de que le habia privado por espacio de nueve meses.

Zacarías hablaba y oia como antes de la revelacion del Angel y el pueblo con asombro comentaba este milagro.

Por fin llegó la hora de que la Santa Vírgen abandonara

(1) *Evangelios* de San Lúcas.
(2) *Evangelios* de San Lúcas.

la casa de sus parientes, y despues de abrazar y bendecir al recien nacido, regresó á Nazareth acompañada por unos criados de Zacarías.

El nacimiento del Bautista fué espléndido como el del hijo de un príncipe hebreo.

Los habitantes de Ain se regocijaron con las fiestas que el sacerdote hizo en celebracion de tan fausto acontecimiento.

Mas tarde los judíos, teniendo en cuenta que Juan era el hijo de un sacerdote rico y Jesús de un pobre carpintero, tuvieron en más al primero que al segundo, pues el Hijo de Dios no fué para ellos mas que un hombre comun.

La preponderancia del Bautista fué grande.

Juan habia pasado su vida en el desierto. Jesús vivió oscurecido en Nazareth, hasta tres años antes de su gloriosa muerte.

Los musulmanes, segun dice D. Herbelot en su *Biblioteca Oriental*, han conservado una grande idea de San Juan Bautista, á quien ellos llaman Jahia-ven-Zacaría (Juan hijo de Zacarías).

Saadi en su *Guliston* hace tambien mencion del sepulcro del Bautista, venerado en el templo de Damasco: en él hacian sus oraciones, y refiere las de un rey árabe que fué allí en peregrinacion.

El califa Abdad-Malek quiso comprar esta iglesia á los cristianos; pero habiendo rehusado estos la cantidad de cuatro mil *dinars* (doblas de oro) que les habia ofrecido, armó su gente y se apoderó á viva fuerza del templo que deseaba adquirir con su oro.

Mas adelante nos volveremos á ocupar de San Juan Bautista.

Ahora volvamos á Nazareth, donde nos esperan otros acontecimientos.

CAPITULO VI.

El edicto del César.

Doncellitas hermosas de Nazareth que abrís el postigo de vuestras ventanas cuando la luz indecisa del alba os envia desde Oriente los buenos dias: vosotras no madrugais tanto como la casta Esposa de José el carpintero. Miradla... allá va...

Sobre su divina cabeza, que ha de verse coronada de ángeles, descansa el pesado cántaro de las nazarenas.

Sus piés, que la luna ha de servirles de pedestal, se deslizan por la senda que conduce á la fuente, ligeros como los de una gacela.

Sangre de reyes corre por sus venas: pero el trono de sus

mayores se deshizo bajo las garras de la águila romana, y la corona de sus ilustres antepasados descansa sobre las sienes de un señor extrangero.

Su estirpe real no la enorgullece; modesta y hacendosa, se ocupa de los quehaceres de la casa como la última de las mujeres hebreas.

Porque María recuerda las palabras del Salmista su antepasado: *Todo el honor de la hija de un príncipe consiste en el interior de su casa.*

La vírgen llega á la fuente; algunas nazarenas que la siguen llegan tambien y cambian la salutacion de los israelitas.

—La paz sea contigo, le dicen.

—La paz sea con vosotras, les contesta; y colocando la pesada *urna* sobre su cabeza, vuelve á encaminarse á Nazareth por la senda tortuosa de los Nopales.

Entonces las nazarenas se reunen al rededor de la fuente.

El estado de la Vírgen no se ha escapado á las curiosas miradas de las mujeres.

Una de ellas ha hecho observar á las demas que María está en cinta, y aunque no se han atrevido á darle la enhorabuena, se regocijan en su interior, y piensan propagar la nueva por el pueblo.

Mientras tanto José trabaja en su reducida tienda.

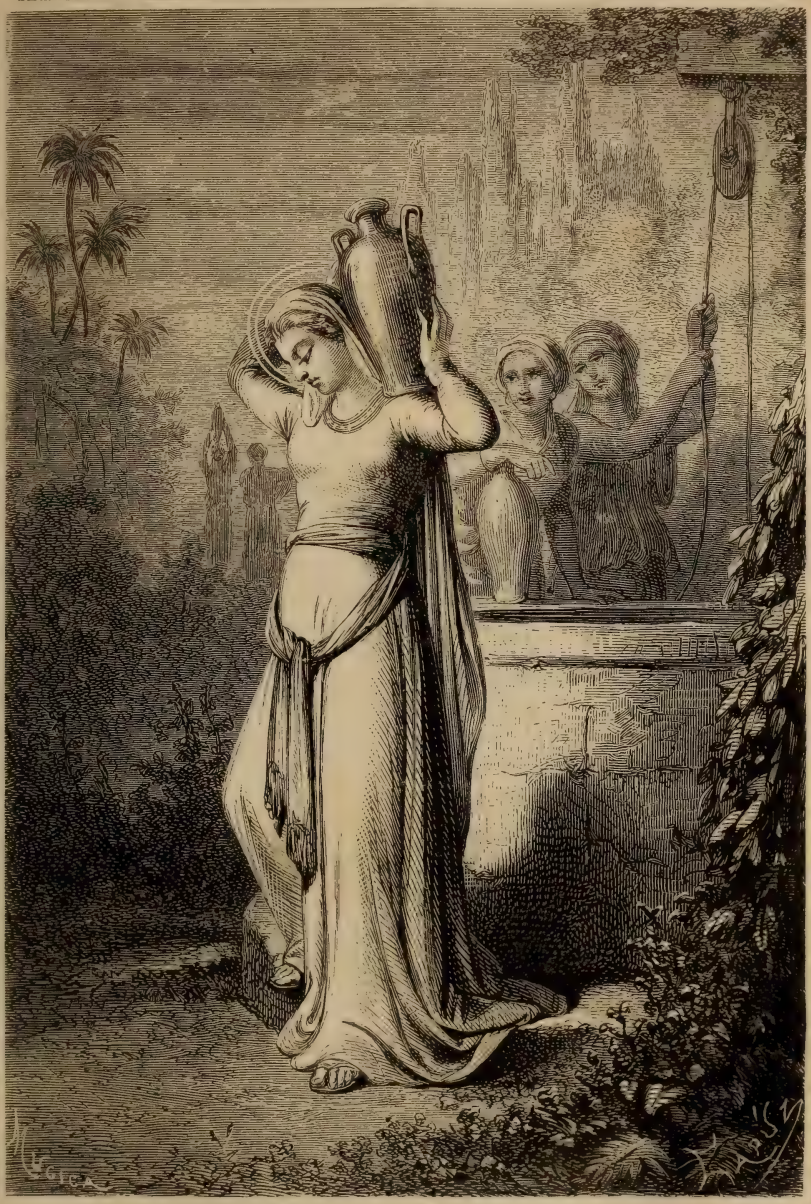
El noble y honrado patriarca nada sabe, porque sus ojos son ciegos á la malicia, y respeta á su Esposa como á una vírgen de Sion.

Pero los dias pasan, y el estado de la Vírgen se hace mas visible.

Entonces José no da crédito á sus ojos; pero una tristeza, una melancolía inesplicable se apodera de su corazon.

El sueño no desciende sobre sus párpados; hondos suspiros se escapan de su pecho, y la duda comienza á estender su matador veneno por su alma recta y sencilla.

Una mañana, con la hacha al hombro, se encaminaba al Carmelo.



LA VÍRGEN EN LA FUENTE.

Las profundas arrugas de su frente venerable se hallan cargadas de negros presentimientos.

Débil el cuerpo, preocupada la imaginacion, se sienta á la sombra de un frondoso sauce, olvidándose del motivo que allí le conduce.

—¿Será verdad lo que mis ojos han visto?.. se dice á sí mismo. María, la Inmaculada Vírgen, la Esposa casta, la mujer de sencillo y recto corazon, ¿cómo es posible que haya olvidado sus deberes?.. ¿Cómo creer que haya burlado así la buena fé del hombre que como padre cariñoso la ha admitido en su casa respetando sus deseos? ¿Cómo creer que María deshonre las canas que pueblan mi cabeza anciana? ¡Oh! No, no, eso no es posible.

Entonces José, suspendiendo su soliloquio, derramando abundantes lágrimas permanece mudo y silencioso por algunos instantes.

—*Ella ha sido reconocida preñada* (1), volvia á murmurar el patriarca: todo Nazareth lo sabe; mis parientes han llegado á la puerta de mi casa á felicitarme, y sus palabras de regocijo y alegría han sido saetas que se han clavado en mi corazon, porque ellos ignoran el casto lazo que nos une.

¿Qué hacer Dios de Sion!.. ¿Viviré bajo el mismo techo de una mujer adúltera?., ¿Me cubriré de infamia faltando á la ley?..¿Cerraré mis oidos á las palabras de Salomon, que nos ha dicho: *El que tiene consigo una mujer adúltera, es un loco, un insensato?*

¡Cuánto debió sufrir aquel santo varon en los momentos de duda que le devoraban!

Faltar á la ley, ó deshonrar á su Esposa, eran los dos caminos que su situacion crítica le presentaba.

La pasion de los celos, es dura como el infierno, y el marido no perdona en el dia de su venganza.

Esto habia dicho Salomon.

(1) *Los Evangelios.*

La mujer adúltera debe morir, habia escrito el gran legislador de los hebreos en el monte Sinaí.

Los celos eran terribles entre los israelitas; la historia nos presenta ejemplos horribles.

La sola sospecha de un delito que odiaban, armaba la mano del ofendido esposo, y el hierro homicida volvia á la vaina manchado con la sangre de la mujer culpable.

Dina, Thamor, Mariana y otras muchas que no recordamos son los ejemplos que nos presenta la historia.

El bastardo, maldito hasta la décima generacion, se veia privado de todas las prerogativas, de todos los derechos concedidos á los hebreos.

Sus plantas impuras no podian pisar las sinagogas; las asambleas nacionales se cerraban para ellos, y las escuelas del estado les negaban las luces de la ciencia.

Todas estas ideas bullian en tropel por la mente del patriarca, cuando Dios, compadecido de su secreta agonía, mandó sobre sus párpados el reparador fluido del sueño.

José cerró los ojos enrojecidos por las lágrimas de fuego que habia derramado á la sombra del solitario sauce, y se quedó dormido.

Entónces una brilladora nube de color de ópalo descendió del cielo y se estendió como una red sobre el frondoso arbusto.

Sus flotantes celajes envolvieron las caidas ramas del árbol melancólico.

Una voz dulce y misteriosa salió de entre las plateadas gasas de la nube.

—José, hijo de David, decia la voz celeste, no temas tener contigo á María tu Esposa, porque lo que ha nacido en Ella, ha sido formado por virtud del Espíritu Santo; Ella dará á luz un Hijo á quien pondrás el nombre de *Jesus*, porque será el Salvador de su pueblo, librándole de sus pecados.

José al despertar de tan hermoso sueño, rebosaba de felicidad

Sus sospechas se habian desvanecido como las ligeras nubecillas ante el soplo sutil de la noche.

Su espíritu vacilante, fortalecido y fuerte con las divinas palabras del misterioso anuncio de Jehová, ya no le atormentaba.

Su brazo, desfallecido y lánguido pocos momentos antes, comenzó á descargar con vigor, armado de la hacha, sobre los altivos pinos como si deseara recobrar con la actividad las horas perdidas.

Adoró los misteriosos planes del Eterno, y viendo en *María á la Madre del Redentor futuro,* se avergonzó de las sospechas que concibiera guardándolas en el fondo de su noble corazon.

Pasaron algunos meses.

Los vientos otoñales comenzaron á despoblar las rama de los árboles de las amarillentas hojas.

Las nieblas de octubre anunciaban las próximas nieves, cuando una mañana la trompeta de un heraldo romano llenó de curiosidad y zozobra á los pacíficos habitantes de Nazareth.

Así como las espantadas abejas revolotean al rededor de la colmena, así los nazarenos se rebullian en torno de los soldados romanos ansiosos de saber el motivo que á su indefenso pueblo les conducia armados del escudo de guerra y la lanza de combate.

Su incertidumbre duró poco, porque un centurion agitando la banderola, indicó al heraldo que podia cumplir con su mision, y éste alzó la larga trompeta, y despues de arrancar al bélico instrumento dos prolongadas notas indicando á la muchedumbre que iba á hablar, pronunció con voz clara y vibrante estas palabras:

—Quirimio, gobernador de Siria; por órden del César Augusto, emperador de Roma, conquistador de Asia, de Egipto, de Siria, de Judea, de Galilea, de Fenicia. Él manda y ordena que todos los hebreos de la baja Galilea acudan á

empadronarse por familias ó por tribus, trasladándose á las ciudades de sus mayores, para que en el término de tres meses sepa el Cesar los súbditos que tiene en los paises conquistados con el poder de sus legiones. El que desobedeciera, sufrirá la multa de seis carneros si es rico, y si es pobre azotado será con vara. Que sea cumplida la voluntad del Señor del mundo.

La curiosidad de los nazarenos estaba satisfecha; pero el edicto del *imperio impio* (1) les habia dejado triste el corazon y demudado el semblante.

Sin embargo, era preciso obedecer. Su señor lo mandaba, ¿qué podian hacer los israelitas sino acatar sus órdenes?

La monarquía hebrea, tan altiva, tan valiente, tan estimada en tiempo del rey poeta, no era en los tiempos de Herodes mas que un rebaño de siervos que lamian la misma mano que les agoviaba de cadenas.

Nada bueno puede salir de Galilea, habian dicho las escrituras, y los profetas designaban á Belen de Judá como el lugar destinado al nacimiento del Cristo.

José se dispuso á emprender un viaje para cumplir las órdenes del César.

Belen era la ciudad de sus mayores.

Los fallos misteriosos de Jehová le conducian á la ciudad elegida, sin que él mismo lo sospechara.

Los idólatras romanos eran el instrumento de que se servia el Eterno para que se cumplieran las profecías.

Las nieves comenzaron á descender sobre las montañas de Samaria, y el solitario Líbano, envuelto con el blanco sudario del invierno, enviaba sus heladas brisas desde las orillas del Leontes á las costas tempestuosas de la Fenicia.

Las encrespadas olas del Mediterráneo se estrellaban con furor sobre las playas de Tiro, Sidon y Beryte, y las nubes, señoras del espacio, paseaban las tempestades del in-

(1) Los hebreos llamaban así al imperio romano.

vierno desde los confines pintorescos de Batanea á los desiertos arenales de Idumea.

Lo rigoroso de la estacion no detuvo á José para emprender su viaje.

Larga era la distancia, árido y peligroso el camino que tenian que atravesar; pero era preciso obedecer las órdenes del César: puso la confianza en Dios, y abandonó su pueblo una mañana del mes de diciembre, fria y lluviosa.

Era el año 752 de Roma y el 42 del imperio de Octaviano Augusto (1), cuando el humilde nazareno abandonó su modesta casita y la tranquila paz de su hogar, para dirigirse con su virginal Esposa á la ciudad de David.

María, como todas las hijas de Oriente, cabalgaba sobre una hermosa pollina de blanca y fina piel. (2)

Del aparejo del gallardo animal pendian dos cestas de palma con las provisiones del viaje, y una vasija de barro para sacar agua de las cisternas.

José caminaba á su lado; con la una mano conducia la rienda del jumento, con la otra se apoyaba en un nudoso cayado.

—¡Buen viaje! ¡Buen viaje! les dicen sus parientes y amigos, viéndoles salir del pueblo en direccion á Samaria.

(1) La época de la venida de Cristo no es un dogma; lo es solo su nacimiento. La multitud de autores que sobre este asunto han escrito discrepan entre sí de una manera notable. Dejando aparte las varias opiniones de los autores, por grande que sea su autoridad, seguiremos la que la Iglesia canta en su Martirologio cuando dice: —En el año de 5099 de la creacion del mundo: cuando en el principio crió Dios el cielo y la tierra: desde el diluvio 2957: del nacimiento de Abraham 2085: de Moisés y de la salida del pueblo de Israel á Egipto 1510: desde que David fué ungido rey 1032: cumpliéndose las sesenta y cinco semanas segun la profecía de Daniel: en la Olimpiada 194: el año 752 de la fundacion de Roma: el año 42 del imperio de Octaviano Augusto: estando en paz todo el orbe: en la sesta edad del mundo; Jesucristo, Dios Eterno, é Hijo del Eterno Padre queriendo consagrar el mundo con su muy piadosa venida, en Belen de Judá nace de la Vírgen María hecho hombre.

(2) Los asnos en Palestina son de una belleza notable.

Los castos Esposos les contestan con una sonrisa afectuosa, y siguen su camino.

El dia anunciaba lluvia; el cielo encapotado comenzaba á cubrirse de oscuras y espesas nubes.

José quitóse de sus hombros el manto de piel de cabra y lo colocó sobre las delicadas espaldas de su Esposa para preservarla de la lluvia que comienza á descender sobre la tierra en gruesas y precipitadas gotas, y confiando en Dios prosiguieron su marcha en direccion á la ciudad sacerdotal.

La noche llegó, y los santos Viajeros se hospedaron en un desmantelado kervanseray (1), que en las faldas de Naim servia de refugio á las fatigadas caravanas de Galilea y de Samaria.

Allí, apartados de todos los caminantes que le habitaban durante aquella noche, los Padres del Mesías pasaron las horas de las tinieblas sin mas cama que la capa de pieles de José, sin mas alimento que las duras y delgadas tortas de los nazarenos y los higos y racimos secos criados en las márgenes del valle de Zabulon.

(1) Grandes y desmantelados corrales con bóveda de paja que servian de refugio á los caminantes.

CAPITULO VII.

La cuna del Mesías.

» Y tú, Belen, llamada EFRATA, tú eres pequeña entre las ciudades de Judá. pero de tí saldrá Aquel que debe reinar en Israel, y cuya generacion tuvo principio desde la eternidad.» (MIQUEAS.)

Belen, perla de Judá, tú, cual la cansada tórtola de Palestina te posas en las cumbres de los montes á respirar el perfume de tus campos.

Por tus hermosas colinas trepan las verdes viñas, te regalan su zumo delicioso cuando el sol del estío sazona el cristalino grano.

Los bosques de olivos y encinas te prestan sus frutos y su sombra durante las calorosas horas de la canícula.

Los naranjos de tus huertos te perfuman con el aroma del azahar, y las anémonas y narcisos de tus valles te envian sus perfumes y esmaltan tu suelo con sus delicados colores.

Predilecta ciudad, joya preciada que Dios contempla con amor desde su escelso imperio.

Tú fuiste la cuna de un pastor que despues de conducir sus mansos rebaños por tus pintorescos valles, llevó el estandarte de Israel triunfador hasta las orillas del Eufrates.

Tú serás la cuna de un Dios que viene al mundo á ser el humilde Pastor de las almas.

David y Jesus recibieron en tu seno la primera amorosa caricia de sus madres, y el primer soplo de vida que conmovió dolorosamente sus tiernos pechos estaba impregnado con el suave aroma de tus floridos collados.

Belen, pueblo inmortal, santificada ciudad, despierta de tu sueño, porque el dia amanece y multitud de camellos trepan por tu suave pendiente.

Inocentes belemitas, asomaos á las ventanas, porque los viajeros se acercan á vuestros pacíficos hogares.

El edicto del César les hace dejar sus casas y encaminarse á las vuestras.

Mirad á las ricas herederas de Palestina montadas en sus gallardas pollinas blancas como la nieve. Los mantos de púrpura de Tiro flotan al viento como las banderolas de Sion.

Sus velos de trasparente encaje se arrollan por sus cabezas ocultando á las curiosas miradas el rostro de sus dueñas.

Los caballos árabes, aguijoneados por sus jinetes lujosamente vestidos, relinchan y se encabritan demostrando el fuego de su sangre y la pureza de su raza.

Tambien se ven literas de cedro y marfil con ricas colgaduras de seda de Damasco, conducidas por hombres cuyos negros y largos ropones demuestran la bajeza de su clase y la opulencia del señor que conducen.

Y ancianos venerables con las piernas cruzadas sobre el jiboso lomo de sus camellos, y humildes caminantes sin mas apoyo que el nudoso cayado que oprime sus callosas manos.

Todos caminan hácia Belen, porque el César lo ordena. Pero ¿cómo podrá esa ciudad pequeña, que cual un nido de palomas descansa sobre esa colina, recibir en su seno á tanta gente?

Los belemitas abren sus puertas y ofrecen á los forasteros sus casas y sus servicios, y la ciudad se llena de estranjeros que corren á inscribir su nombre en el gran libro del César.

Por sus estrechas calles se rebulle como un hormigueo el gentío que la ha invadido.

La ciudad sacerdotal, la gran Jerusalen, no estuvo nunca tan concurrida, tan animada, en las fiestas de los Acimos, como Belen el dia 24 de diciembre del año 5099 del mundo.

José y su Esposa, obedientes á las órdenes de un pagano estranjero, llegaron tambien en este dia, despues de seis jornadas de penoso viaje, á inscribir su nombre en la ciudad de David.

El Santo conductor de la Vírgen se detuvo delante de un edificio de blancas paredes y altivas puertas, que se alzaba á pocos pasos de la ciudad.

Aquel caserío se habia habilitado para recibir á los viajeros pudientes de Israel.

A imitacion de los grandes paradores de la Persia, su dueño ofrecia al caminante, en cambio de algunas monedas de plata, todas las comodidades apetecidas en casos semejantes.

José, cubierto de polvo, desfallecido de cansancio, se detuvo á pocos pasos del blanco caserío, y dejando á su Esposa á la sombra de unos olivos, se encaminó solo hácia la casa en busca de una habitacion donde hospedarse.

Por el ancho hueco de sus puertas veíase en el interior

del edificio rebullirse una multitud de hebreos cuyos lujosos trajes demostraban la opulencia de su fortuna.

Un viejo judío de repugnante catadura, miserable traje y cetrino color, se hallaba sentado sobre un poyo de piedra á dos pasos de la puerta principal.

Delante de él se veia una tosca y mugrienta mesa sobre la cual se hallaba una pequeña arca de hierro, abierta, en cuyo fondo brillaban algunas monedas de plata y oro.

Su descarnada mano oprimia un punzon con el que iba inscribiendo sobre una tablilla de cera el nombre de sus huéspedes.

—La paz sea contigo, buen anciano, le dijo José saludándole humildemente.

—¿Qué quieres? Le respondió el viejo judío con sequedad.

—¿Eres tú por ventura el dueño de esta casa? volvió á decir el Patriarca.

—Yo soy el dueño; respondió con criminal laconismo el belemita.

—Mi Esposa y yo venimos á inscribir nuestros nombres en el libro del César; somos de Nazareth y te pedimos con Jehová nos concedas un trozo de techado donde albergarnos.

—Mi casa está abierta para el viajero que paga su hospedaje.

—Nosotros, amigo mio, somos pobres; en nuestra bolsa no se encontraria ni un miserable sestercio.

—Nada bueno nos viene de Galilea, respondió el judío; y volviendo groseramente la espalda á José, se puso á hablar con afabilidad con un romano cuyo cinturon de oro y bruñido casco pregonaban su alta categoría militar.

José, lanzando un suspiro desde el fondo de su alma, se apartó de aquella puerta inhospitalaria, y fué á reunirse con su Esposa.

—Hemos llegado tarde, María; le dijo esforzándose por sonreirse; en esa casa no queda ni un solo rincon que no esté ocupado.

—Entremos en la ciudad, le contestó la Vírgen con dulzura: tal vez allí hallaremos un alma caritativa que nos hospede; y ambos se encaminaron hácia Belen.

Pobres como los errantes peregrinos que mas tarde debian recorrer la Palestina para adorar el santo sepulcro de Cristo, José y María recorrieron las estrechas calles de Belen, sin encontrar una casa caritativa que les abriera las puertas para ofrecerles un abrigo.

El sol comenzaba á inclinar sus moribundos rayos tras las espaldas dilatadas de Occidente, y aun los pobres Nazarenos no tenian un techado donde pasar la próxima noche, que fria y lluviosa les amenazaba.

La resignacion se veia pintada en sus semblantes; ni una queja se escapó de sus labios durante aquellas largas horas de agonía.

La santa Esposa, la inmaculada Vírgen, se hallaba en el último mes de embarazo, y José, al verla sonreir ante la desgracia y la pobreza que les cercaba, sentía romperse en pedazos su corazon.

El noble artesano, revistiéndose de santa paciencia, llamaba á una y otra puerta, suplicando con dulces palabras le permitieran pasar la noche en el rincon mas despreciable de la casa.

—Aquí no cabes, galileo; le respondian los inhospitalarios belemitas; y José lanzando un suspiro doloroso volvia á suplicar, y su súplica volvia á quedar desatendida.

¡Tierna Vírgen de Sion, casta Matrona, inagotable fuente de caridad y de ternura, Madre purísima é inmaculada que llevabas en tus virginales entrañas el Verbo divino y que no hallaste una sonrisa compasiva y una mano cariñosa ni una casa caritativa que te recibiera con amor, á Tí, que eres todo amor, todo caridad!

Jehová, en sus misteriosos fallos quiso poner á prueba tu inagotable paciencia, tu bondad infinita, tu resignacion incomparable.

Así discurriendo por las calles, la noche muy entrada, sorprendió á los santos Viajeros á un estremo de la ciudad.

Ante sus tristes ojos se estendia la solitaria campiña de Belen.

El silencio de la noche les rodeaba.

La luna con sus melancólicos rayos alumbró el santo grupo que, inmóvil é indeciso, se hallaba ignorando hácia donde se encaminaria.

El ahullido del lobo y el chasquido estridente de los chacales comenzó á oirse en las vecinas espesuras, anunciando con sus salvajes gritos que la hora de abandonar sus madrigueras se aproximaba.

Los santos Esposos se encontraban al mediodia de Belen, y no muy lejos de la ciudad que les habia negado su hospitalidad, cuando un rayo clarísimo y brillante de la luna cayó desde el cielo sobre una roca que se hallaba á pocos pasos del sitio que ocupaban.

Por la parte que miraba al Norte la inmensa roca, presentaba un punto oscuro.

José se acercó para reconocer el terreno que le rodeaba.

El afligido esposo dió un grito de alegría.

Aquella mancha oscura de la piedra era la entrada de una cueva ó caverna, bastante espaciosa, que angostándose hácia su fondo servia de establo comun á los belemitas, y algunas veces de asilo á los pastores, durante las noches de tempestad.

Los dos esposos bendijeron al cielo que les habia deparado aquel asilo salvaje; y María, apoyándose sobre el brazo de José, fué á sentarse sobre una roca desnuda, que formaba una especie de asiento estrecho é incómodo en lo mas hondo de la cueva.

Poco á poco sus ojos se fueron acostumbrando á la oscuridad que les rodeaba, y entonces vieron que no se hallaban solos.

Un buey manso y tranquilo echado á los piés de un pesebre rumiaba pausadamente los últimos restos de su pienso.

José colocó á la pollina junto al buey, y luego estendió su manto de pieles á los piés de la Vírgen, y se sentó sin desplegar los labios.

María, la inmaculada Nazarena, la hija de David, la inmortal Señora, dió á luz en aquel miserable establo, *sin socorro y sin dolores*, al Mesías prometido, al Rey de los reyes, al Hijo de Dios.

La tierna Madre colocó al divino Vástago sobre la paja del pesebre, y arrodillándose á sus piés le adoró como al Enviado del cielo.

José imitó á su Esposa.

La noche era fria, la cueva húmeda y desabrigada: encender lumbre imposible; pero el manso buey y la inofensiva pollina prestaron al divino Infante para abrigarle el suave y templado calor de sus alientos.

María entretanto, anegada en lágrimas de gozo, contemplaba al tierno Niño que le enviaba una sonrisa cariñosa.

—*¿Cómo os he de llamar?* exclamaba la Hija de los patriarcas inclinándose sobre su Hijo Dios. *¿Inmortal? Pero yo os he concebido por operacion Divina... Un Dios... ¡Pero Vos teneis cuerpo de hombre! ¿Debo acercarme á Vos con el incienso, á ofreceros mi leche?... ¿Es preciso que os prodigue los cuidados de madre, ó que os sirva como vuestra esclava con la frente en el polvo?* (1)

La luna, deshecha en mil rayos de plata, caia sobre tan tierno y encantador cuadro, esmaltándolo con su suave y hermosa luz.

Dios habia nacido. La humanidad iba á brotar del pié de su cuna.

Los dioses del paganismo caian de sus impuros altares. Los sacrificadores de Roma no hallaban el corazon de las víctimas. Una estrella apareció en Oriente. Gabriel anunciaba á los pastores el nacimiento de Cristo.

(1) San Basilio.

Herodes, el cruel idumeo, se estremecia, y toda Jerusalen con él.

Todos estos prodigios anunciaban un acontecimiento asombroso que iba á llenar de gozo los corazones de la humanidad afligida.

Este acontecimiento era que Jesus nacia en un establo que el Cristianismo brotaba del seno de una Vírgen en un pobre pesebre de la ciudad de David.

LIBRO TERCERO.

LOS PEREGRINOS DE ORIENTE.

17. Le veré, mas no ahora: le miraré mas no de cerca. De Jacob *nacerá una Estrella*, y de Israel se levantará una vara: y herirá á los caudillos de Moab y destruirá á todos los hijos de Seth.

18. Y será la Idumea su posesion: la herencia de Seir cederá á sus enemigos: mas Israel procederá esforzadamente.

19. De Jacob saldrá el que domine y destruya las reliquias de la ciudad.

(Libro de los Números, *Cap* XIV, *Vaticinio de Balaan.*)

CAPITULO PRIMERO.

Los pastores.

Un puñado de humildes chozas agrupadas con amor en la falda de un monte indicaban á las viajeras caravanas que aquello era un pueblo.

Este pueblo se llamaba el pueblo de los pastores.

Distante media legua de la ciudad de David (1), sus ingénuos habitantes pasaban la modesta existencia alimentando los rebaños con la verde yerba de su valle, y su esperanza de israelitas con la anunciada venida del Mesías que habia de librarles del yugo estranjero.

(1) Belen.

Era el mes de diciembre, y el rumbo de las estrellas marcaba la media noche.

Apiñados al rededor de una fogata estinguida, bajo el frágil techo de una choza, se hallaban algunos pastores velando sus dormidas ovejas.

El frio era estremado.

Entre ellos se veia un anciano de blanca y luenga barba en cuya cara y venerable frente brillaba la honradez y virtud de los antiguos patriarcas.

Sentado sobre una piel de carnero, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, se hallaba inmóvil como Lot ante la presencia del enviado de Dios.

—Mala profesion es la de pastor en vela, anciano Sof, en noches como esta...

—Razon tienes, jóven, le respondió el viejo sin levantar la frente; pero Abraham fué pastor y era mejor que nosotros.

—Es que aquel profeta criaba la lana de sus rebaños para sus hijos, y nosotros nos desvelamos para pagar el tributo al César y alimentar los vicios de los impíos romanos.

—Los romanos, que Jehová confunda, se rien de las penalidades de los judíos, dijo otro mezclándose en la conversacion.

—¡Toma! Como que para ellos no somos mas que una horda de esclavos.

—¡Ay de los impíos romanos! ¡Ay de los torpes adoradores del sombrío Molok y de la lúbrica Venus, si el Mesías prometido baja de los cielos á salvar de la esclavitud á los hijos de Israel!—Y al pronunciar el anciano estas palabras, en sus ojos, en su acento, en la espresion de su semblante se veia algo de extraordinario, de profético.

—Mucho tarda el Mesías, buen viejo, le respondió uno de los del corro, y mientras tanto el sanguinoso Herodes nos trata como á perros, y se rie de nuestro dolor y de nuestras esperanzas.

—Respetemos los fallos de Jehová.

—Mejor seria que todos los israelitas corrieran á unirse con las bandas de hombres libres de las montañas para arrojar á los estranjeros de Judá (1).

—Los asesinos, los ladrones, no pueden nunca devolver la libertad á los hijos de Abraham. Solo al Mesías le es permitido guiarnos en la noche oscura de nuestro infortunio: esperemos, pues, su venida.

—La paz de Dios sea con vosotros, dijo una voz dulce y armoniosa á cuyo acento se conmovió el corazon del anciano, que se puso en pié como movido por un resorte.

—Adelante con Jehová, dijo el viejo pastor. Si eres caminante y buscas albergue, entra y toma mi piel de carnero para tu cama; si tienes hambre pasa á disfrutar del pan del pobre y la leche de sus ovejas.

GOSCOLL

El nuevo personaje entró en la choza.

Era un jóven que apenas frisaba en los veinte años.

En su hermoso semblante aun no apuntaba el bozo.

Sus ojos eran azules como las violetas de Jericó.

Su mirada dulce y bondadosa como la de una vírgen del templo de Sion.

Sus cabellos rubios como las espigas de Egipto; sus labios rojos como el pequeño fruto del terebinto.

Su frente, radiante como el cielo de Palestina en un hermoso dia de enero, era altiva y despejada.

Un túnico blanco como la castidad encubría su cuerpo entre sus inumerables pliegues.

Por su esbelto talle se ceñia un ancho cinturon de seda verde recamado de oro.

En mitad de su pecho brillaba una hermosa estrella,

(1) Estas bandas de hombres libres dieron muchos sobresaltos á Herodes y á los romanos. Algunas tenian un color político; otras no eran mas que hordas de asesinos armados de largos puñales que ocultaban bajo de sus vestidos, y que á veces entraban hasta dentro de Jerusalen, cometiendo horribles crímenes, á plena luz y en mitad de las calles.—(Flavio Josefo.)

cuyos luminosos y claros rayos iluminaron con viva y grata claridad los oscuros ámbitos de la choza.

Aquella hermosa aparicion llenó de asombro á los sencillos pastores.

—¿Quién eres? preguntó el anciano con estupor.

—Me llamo Gabriel, y vengo de las orillas del *Tigris* guiando á tres reyes magos del Oriente que han abandonado la populosa ciudad de Seleucia para seguirme.

—¿Vienes tal vez á librarnos de la opresion de los romanos? Exclamó el viejo lleno de gozo.

—Vengo á anunciaros al Mesías prometido que acaba de nacer.

Los pastores miraron absortos con recelosa curiosidad á Gabriel.

—*¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!* Añadió el forastero.

De todo su cuerpo salian raudales de clara y viva luz.

Cánticos celestiales de inmensa dulzura resonaron en el espacio repitiendo sin cesar: *¡Gloria y paz! ¡Gloria á Dios, paz á los hombres! ¡Gloria en los cielos, paz en la tierra á las criaturas de pensamiento humilde y de corazon sencillo y recto!*

Y los pastores, asombrados y medrosos ante aquel prodigio, comenzaron á retroceder.

—*No temais*, les dijo Gabriel, *porque yo vengo á traeros una nueva que será para todo el pueblo motivo de una gran alegría, y es que hoy en la ciudad de David os ha nacido un Salvador que es Cristo: y hé aquí la señal conque le hallareis: encontrareis un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre.*

El forastero se disponia á abandonar la choza cuando el viejo pastor, postrándose á sus piés, exclamó:

—Antes de abandonarnos, dinos al menos quién eres.

—Yo soy Gabriel, el ángel emisario de Dios sobre la tierra.

El ángel desapareció, la brillante claridad quedó estinguida, y los cánticos celestes cesaron.

Entonces los pobres pastores se miraron unos á otros con asombro.

—¡Abraham! ¡Abraham! Dios sin duda quiere, exclamó el anciano con regocijo, que tornen tus buenos tiempos, pues los ángeles descienden del cielo para visitar á los hombres.

Locos de alegría los sencillos pastores por la gracia que Dios les otorgaba, salieron de la choza, y dejando sus rebaños sin mas guardian que la silenciosa noche, corrieron á despertar á sus amigos y parientes para participarles la venturosa nueva.

El pueblo en masa abandonó sus humildes lechos á pesar del frio y de lo avanzado de la hora, y cargando en una hermosa pollina todos los dones que su pobreza pensaba ofrecer á los piés del recien nacido, se encaminaron á Belen.

El anciano iba delante; como *zorobabel*, se puso al frente de sus compatriotas para conducirlos á la tierra deseada.

El rabel y el tamboril lanzaban al aire sus pastoriles melodías.

Las jóvenes danzaban, y los mozos, elevando alegres cantares, hacian mas corta la distancia que les separaba del Cristo prometido.

La alegre comitiva llegó por fin á la venturosa ciudad que Dios habia elegido para patria nativa de su Hijo.

Los pastores se detuvieron ante las primeras casas para deliberar.

—¿Dónde está el Mesías? Preguntaban las curiosas mujeres al anciano; queremos adorarle y depositar á sus divinas plantas nuestra pobreza.

El anciano no sabia qué responder, porque él lo ignoraba.

Belen, aunque no era una ciudad muy populosa, lo era bastante para hallar de pronto un niño recien nacido á las doce de la noche.

Un acontecimiento sobrenatural les vino á dar conocimiento de lo que buscaban.

Una estrella desde el azul oscuro del firmamento dejaba caer un rayo de luz clara y hermosa sobre el negro pórtico de un establo.

Insensiblemente, y sin poderse dar razon ellos mismos, giraron sus cabezas como movidos por un impulso ageno á su voluntad hácia el punto que reflejaba el rayo.

—Aquí es, exclamaron todos con gozo y con una seguridad que les admiraba á ellos mismos.

—Entremos; y penetraron en el establo.

Reclinado en un pesebre, sin mas lecho que un monton de paja, se hallaban un Niño recien nacido, hermoso como debia serlo el Hijo de Dios fecundizado en las virginales entrañas de María.

Aquel Niño era el Mesías prometido, el Dios-Hombre que bajaba á la tierra á morir mártir por el pecado ajeno.

José y María, junto al pesebre, contemplaban con amorosas miradas aquel sagrado depósito que Dios les confiaba.

La entrada de los pastores les hizo apartar los ojos por un momento de su Hijo.

—Señora, dijo el mas anciano de los pastores doblando la rodilla, Señora; porque Tú debes ser una Reina cuando un ángel del cielo nos envia á que adoremos á tu Hijo, admite estos pobres dones que vienen á depositar á tus plantas estos sencillos pastores. La pequeñez del ofrecimiento supla la voluntad con que lo traemos, y así tus divinos labios al depositar el beso maternal en la santa boca del pequeño Mesías que duerme en la paja, intercedan por nosotros con el enviado de Jehová, con el Salvador del abatido pueblo de Israel.

Al terminar el anciano sus palabras, varios pastores depositaron á los piés de la Vírgen los humildes presentes que le traian, y una doncella, al depositar en su falda un corderillo, exclamó de esta manera.

—¡Oh! Madre de mi Dios ,blanco como las eternas nieves de Ararat es el color de este corderillo que le traigo á mi Señor

EL NACIMIENTO.

tu Hijo. Suave como los cabellos de Absalon, es la lana con que envuelve sus delicadas carnes; pura como la sonrisa de tus labios, dulce como la mirada de tus ojos es su corazon: admítelo, pues, Señora, y con él el gozo y la alegría de mi padre Sof á quien Dios ha concedido el inmenso favor de rendir este corto tributo al Cristo anunciado por los profetas, antes de lanzar el último suspiro.

—Yo acepto, amigos mios, en nombre de mi adorado Hijo, con lágrimas de gratitud los presentes que me traeis: Jehová que os mira y lee en vuestros corazones la fé que os ha guiado, Jehová os premiará como mereceis.

María y José recibieron con dulce y cariñosa complacencia los sencillos dones de los pastores.

Mientras que uno en pos de otro se arrodillaban junto al santo pesebre para besar la paja donde descansaba Jesus, el rabel y el tamboril hacian oir sus campestres acordes, las doncellas danzaban alegres ante el Niño Dios y sus augustos Padres, y los mozos elevaban alabanzas al Dios de Sion.

La luna con sus rayos de plata alumbraba desde el cielo aquel poético y sencillo cuadro, y el Eterno, desde su trono imperecedero, bendecía á los rústicos montañeses que iban á beber la primera gota de la fecunda agua del Cristianismo al pié de la pobre cuna de su Hijo.

Los pastores abandonaron el santo establo despues de adorar á Jesus, y locos de contento corrieron á esparcir *la nueva por todos los contornos de Belen.*

CAPITULO II.

Los árabes.

La luz del dia fluctuaba indecisa entre las sombras de la noche.

Las estrellas, amortiguando sus discos, anunciaban la proximidad del sol que debia eclipsarlas.

Las palomas aun no arrullaban en los frescos lentiscos del Líbano, cuando una árabe caravana que bordeaba las faldas del Carmelo, se detuvo á la voz de su jefe junto á la fuente del profeta Elías.

Los obedientes camellos doblaron sus nudosas piernas, ofreciendo de este modo fácil bajada á sus amos.

Algunos árabes envueltos con sus blancas túnicas de

lana, con las piernas y brazos desnudos, se apearon, y extendiendo sobre la yerba unos lienzos de abigarrados colores, se sentaron en cuclillas junto á unos olivos sin desplegar los labios.

Largas gumías con empuñadura de hueso negro colgaban de sus toscos tahalíes de piel de cabra arrollados á su cintura.

Los camellos estendieron su enroscado cuello y aplicaron su redondo hocico en el fresco manantial que brillaba ante sus ojos, y despues se pusieron á rumiar con calma el pienso de habas secas que habian colocado en unos sacos colgados de sus cabezas.

Uno de los árabes limpió una piedra, y colocando sobre ella algunos puñados de trigo comenzó á triturarlo con otra piedra: luego, haciendo una especie de pasta con agua de la fuente y un líquido extraido de un cántaro de barro, fué á presentar á sus mudos compañeros aquel estraño y frugal desayuno.

Comieron todos cojiendo puñados de aquella masa, y elevando los ojos hácia el Oriente murmuraban en voz baja una oracion.

De pronto los silenciosos árabes interrumpieron su rezo, y apartando sus ojos del cielo buscaron en la tierra algo que sin duda promovia su curiosidad.

—¿Oyes, Hassaf? Dijo uno de los árabes.

—Sí.

—¿Qué opinas tú de esa música campestre, mezclada con el canto de la voz humana, que llega hasta nosotros á través de las sombras silenciosas de la noche y de los palmitos y arbustos de la montaña?

—Opino que ha muerto alguno de esos orgullosos descendientes de Abraham, que sufren el yugo de los romanos, y que sus parientes le conducen al valle de Josafat.

—El eco que llega hasta nosotros no es el gruñido triste y destemplado de las plañideras... Oye sinó.

—Tienes razon... Su canto es alegre, y los ahullidos con que le acompañan demuestran el gozo.

—Parece que las voces se aproximan hácia nosotros, y en ese caso...

Y Hassaf acarició el mango de su gumía.

—¡Bah! Contestó el árabe encogiéndose de hombros. Los judíos han perdido su antiguo valor: fanáticos creyentes de sus tradiciones y sus profetas, su vida es una esperanza, y mientras tanto nacen y mueren esclavos.

—Ibrahim, ¿sabes en dónde nos hallamos? Le preguntó Hassaf á su interlocutor.

—Junto á la fuente de Elías.

—Pues bien: Elías era un rayo del Dios de los israelitas, y ellos vienen á beber de esta agua, porque dicen que endurece el corazon y aumenta el valor.

—Ya sé yo que en las grutas del Carmelo se refugian los terribles discípulos de ese profeta; pero ellos no combaten nunca con los árabes, prefieren á los romanos; nuestras frentes tostadas por el sol de Egipto y el simoun del desierto, les agradan menos que los rostros sonrosados y olorosos cabellos de esos mercenarios del idumeo, que mamaron en la sentina del mundo la leche de sus prostituidas nodrizas.

—Confia menos en tu valor, continuó Hassaf, y piensa que esos camellos que descansan y la pesada carga que los agobia es la única fortuna de nuestros hijos.

—Una carabana árabe que, como la nuestra, cuenta catorce conductores, no se roba tan fácilmente.

—Alá nos torne sanos y con el grano bien vendido á nuestra tierra.

—Él te oiga, respondieron varios árabes que hasta entonces no habian desplegado sus labios.

La gritería, la algazara, el canto de los hombres y los acordes de los pastoriles instrumentos iba aproximándose hácia la fuente donde estaban acampados los árabes.

Las sombras oscuras de la noche comenzaban á replegarse hácia Occidente.

Una línea de tibia é indecisa claridad anunciaba las primeras chispas de la aurora.

Los árabes se pusieron en pié; sus ojos, acostumbrados á distinguir en la oscuridad, habian visto una sombra deslizarse entre las matas.

—¡Quién va! Dijo Hassaf empuñando su largo cuchillo.

—Nada tema el árabe le contestó una voz; é inmediatamente apareció un jóven entre los comerciantes de Egipto.

—¿Qué quieres? Le preguntaron.

—Agua, contestó éste lacónicamente; y sin esperar respuesta aplicó su sedienta boca al fresco manantial que serpenteaba entre los camellos.

—¿Quién eres? Volvieron á preguntarle.

—Un discípulo de Elías, contestó el estranjero que era jóven y fornido.

Entonces Hassaf se acercó á uno de los camellos, é introdujo su mano en una cesta de palma, y sacando de ella un puñado de recortaduras de albaricoque secadas al sol, dijo:

—Toma: los árabes te ofrecen su amistad al darte el fruto de su tierra: ya sabes que cuando un hijo de Agar parte con un forastero su frugal comida, su persona le es sagrada desde aquel instante.

—Lo sé, respondió lacónicamente el recien venido.

El jóven sentóse entre ellos, y comenzó á comer sin recelo alguno.

Su semblante, aunque algo demacrado, era hermoso, pues sus grandes ojos negros tenian una viveza que admiraba.

Un largo sayo de lana oscura cubría su cuerpo, y unas albarcas de piel de lobo preservaban sus piés de las espinas del monte.

Aquel jóven tenia algo de extraordinario.

Hubiera podido tomarse por un demente, y sin embargo su semblante respiraba dulzura y resignacion, rasgos que formaban contraste con la sobriedad de sus palabras y lo descompuesto de su traje.

Los árabes le contemplaron en silencio con esa mirada fria é investigadora de los hijos del desierto.

Mientras tanto el jóven estrangero seguia comiendo sin apercibirse de nada, con la misma indiferencia que si hubiera estado solo en una de las profundas y sombrías cavernas del Carmelo.

El lejano y alegre estruendo de los rabeles y los cantares se iba aproximando cada vez mas hácia la fuente de Elías.

Los árabes comenzaron á distinguir entre los árboles el grupo de alegres y madrugadoras zagalas que hácia ellos se encaminaban.

Los comerciantes egipcios conocieron desde el momento que aquellos nuevos huéspedes eran gente de paz.

—¡Alto!.. . ¡Alto!.... Gritaron los pastores agrupándose junto á los camellos.

—¡Sí.... alto!.... Dijo una muchacha con alegre y atiplado acento. ¡Alto! y á beber un trago de agua santificada por el profeta Elías... y luego á proseguir nuestro viaje; y volviéndose hácia los árabes continuó: digo, si los caravaneros nos lo permiten.

—El agua es del cielo..... Dios la derrama desde las nubes sobre la tierra para aplacar la sed de los hombres..... ¡Maldito sea aquel que la niegue á sus semejantes!.... Ahogado se vea por falta de agua entre las secas arenas del desierto!....

El árabe que pronunció estas palabras presentó con gravedad un cántaro de hierro á la doncella, la cual fué á llenarlo en la fuente, haciéndolo pasar despues de mano en mano entre sus compañeros.

—¿A dónde van los pastores tan alegres y contentos, an-

tes que el sol nos salude desde Oriente? Preguntó uno de los árabes mezclándose con ellos.

—Vamos, respondió un viejo de blanca y venerable barba, á esparcir por los pueblos de Galilea la fausta nueva de la venida del Mesías anunciado por los profetas.

—¿Estás loco, anciano? Respondió sonriendo el árabe.

—Estranjero, jamás he tenido el juicio mas sano que ahora.

—Entonces te chanceas con nosotros.

—No sientan bien las burlas á mis canas.

—Pues por mi rey Aretas, que no te comprendo, hebreo.

—El ángel Gabriél se nos ha aparecido en nuestra choza.... yo lo he visto; estos que me siguen han tenido la misma dicha. La luz celeste de Jehová ha caido sobre nuestras cabezas..... el canto armonioso de los ángeles ha resonado en nuestros oidos. La estrella del cielo ha guiado á los pastores de la sierra hasta el pié de la cuna de su nuevo Rey, que debe librar del oprobio al pueblo israelita.

Los árabes se miraron con asombro los unos á los otros.

Aquel viejo ¿era un visionario, ó un profeta?.... Lo que acababa de relatar ¿era una verdad, un hecho ó una ilusion fingida por el deseo de todo israelita?

La curiosidad de los árabes no podia quedarse en aquellas dudas

—¡Ese Mesías, ese Rey anhelado tantos siglos por vuestra raza y que decís que acaba de nacer, será hijo de un príncipe, y Jerusalen estará de fiesta?

—No, árabe, volvió á decir el viejo pastor: el Rey prometido tiene por cuna un pesebre, por palacio un establo: su Madre no es una princesa poderosa, es María, la Esposa de José el carpintero de Nazareth.

Algunos árabes soltaron una carcajada estrepitosa; otros se quedaron meditabundos.

El misterioso discípulo de Elías se puso en pié, y aprovechando un momento en que los egipcios deliberaban en

voz baja, se acercó al anciano y cogiendo una de sus manos le dijo:

—Anciano, por la honra de tus barbas, por los huesos de tus padres, por la paz de tus hijos, te ruego que me contestes á las preguntas que voy á hacerte.

—Habla.

—¿Es cierto lo que acabas de decir?

—Como la luz del sol al medio dia.

—¿Has visto al ángel de Jehová en la tierra del hombre?

—Cómo te veo á tí.

—¿En donde ha tenido lugar ese prodigio que llenará de júbilo al desdichado pueblo de Israel?

—En Belen de Judá.

—Gracias, buen viejo; y el misterioso jóven, rápido como el gamo perseguido por el tendido escape de los caballos, se perdió entre las espesas arboledas.

Los pastores despues de saludar á los árabes, siguieron monte arriba su camino, amenizándole con sus cantares y el son de sus rústicos instrumentos.

—¿Has oido, Ibrahim?

—Sí, Hassaf; pero me rio de las ilusiones de los judíos: no hay doncella agraciada en Palestina que al parir un niño no lo crea el Mesías.

—Pero esos pastores dicen que han visto y hablado al ángel mensajero de Jehová.

—El hambriento sueña siempre con los delicados manjares del festin de Baltasar; los judíos sueñan asimismo con el Mesías que debe librarles del baldon que sobre sus cabezas ha lanzado un estranjero.

—La duda es indigna de un creyente como tú.

—Cuando veo mis camellos hundirse hasta las rodillas en el desierto agobiados bajo el peso de los granos que trasportan desde Egipto, me digo para mí: ¡Alá es grande! —Cuando el furioso simoun envuelve con sus olas de arena y fuego mi espantada caravana, me digo para mí: ¡Alá es poderoso!

Cuando oigo el canto de las aves del Paraiso, cuando el aroma de las flores de un oasis me embriaga, y el sol sonríe sobre mi cabeza, me digo para mí: ¡Alá es bueno y misericordioso! Entonces lo presiento, le veo á través del espeso velo que me lo oculta á los ojos. Pero el hijo de una judía que nace en un pesebre, solo me dice que ha nacido un esclavo mas de los romanos y ha muerto una esperanza de los israelitas.

Los árabes son muy dados á la controversia; pero despues de las palabras de Ibrahim, Hassaf, su competidor, cruzándose de brazos, exclamó con acento casi imperceptible:

—Yo veré á ese Niño.

Luego pasaron algunos minutos y el dia disipó con sus hermosos rayos las últimas nieblas de la noche.

La caravana se dispuso á continuar su interrumpida marcha, y los obedientes camellos á una voz de sus amos se pusieron en pié.

Dejemos á los árabes caminando con sus camellos hácia Jerusalen, y retrocediendo un poco vamos á encontrar otros personajes que como los pastores eran conducidos ante el Niño-Dios por la voluntad del Eterno.

CAPITULO III.

Los reyes Magos.

Las trompetas lanzan al viento el toque de partida en la populosa ciudad de Seleucia.

Los soldados bárbaros de la moderna Babilonia se agrupan bajo los altivos pórticos del palacio de su anciano rey.

En sus robustos brazos brillan los *buzabens* (1) de oro; sus callosas manos empuñan la pesada lanza ó el ligero arco.

Fuertes como el leon, lijeros como el gamo, tendidos en mitad de la ancha plaza del palacio, esperan los dromedarios la hora de la partida.

Sus chatas cabezas, enjaezadas con borlas de plata y seda, aspiran con delicia el aire puro de la mañana.

(1) Brazaletes.

Los esclavos comienzan á colocar las tiendas, los cajones de víveres y los pellejos de agua para el viaje sobre sus robustos y jibosos lomos.

Los sátrapas con sus blancos ropajes, los oficiales con su marcial y guerrero aspecto se agrupan en las primeras gradas de la escalera esperando á su señor para saludarle antes de partir.

El bélico son de la trompeta resuena por segunda vez al estremo de una de las anchas calles que desembocan en el palacio.

Todos los ojos se dirigen hácia aquel punto.

Los seleucianos abren sus ventanas y asoman sus soñolientas cabezas preguntándose con asombro el motivo de aquellos aprestos militares que les roban el dulce sueño de la mañana.

Los medrosos piensan en la guerra y temen por sus vidas y las de sus deudos, y lanzan recelosas miradas al brillante séquito que pasa por delante de sus cerradas puertas. Los valientes sienten latir su corazon ante el brillo de las armas.

Al frente de la lujosa comitiva cabalga sobre un gallardo dromedario de rojiza piel un jóven ataviado con los ricos ornamentos de la India Oriental.

Rico turbante de crespon blanco recamado de esmeraldas se arrolla por sus sienes.

Un penacho de crin verde sale del centro de un joyel de brillantes que descansa sobre su frente.

Fina es la lana de su encarnado ropon; rico es el chal de seda azul con franja de oro que ciñe su cintura.

Largo puñal de Damasco cuelga de su costado, y las babuchas que cubren sus desnudos piés brillan como la mar herida por los rayos de la luna.

Negro como la noche es el color de su semblante que brilla como las perlas de Basora á los rayos del sol.

Sus gruesos labios tienen el color del granado: sus apre-

tados dientes son blancos como la leche de las camellas.

Sus grandes ojos se asemejan á dos moras colocadas en un círculo de nieve; pero sus miradas son tristes y melancólicas.

Porque Melchor, rey peregrino, ha cometido un crímen horrendo y recorre el mundo implorando su perdon de los cielos.

Por eso ha abandonado la India Oriental que es su patria.

Por eso llegó a Seleucia á consultar con los sábios su nefando crímen

Por eso es triste su mirada, triste su ademan, tristes sus palabras.

Sus sueños son intranquilos, porque siempre oye en ellos la voz de una hermana que le grita sin cesar:

¡Melchor, devuélveme mi honra! ¡Melchor, maldito seas! ¡Maldito seas, infame incestuoso!

Porque Melchor ha deshonrado á su hermana, y ese crímen le oprime el corazon, mata su felicidad y espanta su sueño.

Y así como la errante caravana busca en el desierto la fuente apetecida, el oasis deseado, así Melchor recorre la tierra ansioso de perdon.

Gaspar, el rey Mago, el profundo conocedor de la inmutable ciencia de los astros, le ha recibido con los brazos abiertos, como el padre cariñoso al hijo descarriado.

Sus palabras de consuelo han derramado la esperanza en el angustiado corazon del peregrino rey, porque el viejo caldeo con sus sesenta años, su larga cabellera cana, le inspira una confianza sin límites, y sus palabras resuenan dulces y consoladoras en su corazon, como las suaves notas del salterio en mitad de una noche tranquila.

—Corre, le ha dicho, apresta tu gente y tus dromedarios para un viaje que debemos emprender mañana y cuyo fin ignoro aun; pero esa estrella luminosa que se mece entre las blancas nubes debe conducirnos á los piés del rey de Judá,

del Mesias anunciado por los profetas: porque esa estrella es la estrella que Jacob anunciaba por Balaan.

Melchor obedeció á Gaspar, y seguido de sus negros esclavos desembocó antes que el sol en la ancha plaza que habitaba el rey sábio.

Los soldados de Seleucia saludaron la llegada del estranjero á quien su señor habia recibido como á un hijo.

Poco despues aparecieron en los arcos de la plaza Gaspar y Baltasar.

Sus esclavos se colocaron formando una escala, y los reyes subieron por encima de aquella pendiente humana que les conducia hasta los encastillados lomos de sus dromedarios.

Luego, á una órden del mas anciano, las trompetas volvieron á despedir sus ardientes notas.

La cabalgata comenzó á rebullirse, y por fin tomó por una de las anchas calles que conducian á la puerta de Occidente.

Los tres Magos iban delante departiendo amigablemente.

Detrás de ellos caminaba en silencio el lujoso escuadron.

—¿A dónde van? Se preguntaban los seleucianos.

Nadie lo sabe, y mientras crece la curiosidad, el veloz paso de los dromedarios les aleja de la ciudad sin que la muchedumbre pueda esplicarse lo que vé.

Por fin la comitiva desaparece y las curiosas miradas no ven otra cosa que las pisadas y la nube de polvo que dejan en pos de sí los reyes Magos.

Las preguntas se suceden, los comentarios, los absurdos corren de boca en boca estendiéndose por la ciudad como la mancha de aceite; pero la verdad se ignora y la curiosidad queda burlada.

Gaspar, Baltasar y Melchor, mas que hombres de guerra son hombres de ciencia.

¿A dónde, pues, irán los sabios?

Los grupos se disipan, el sol anuncia con sus rayos de

fuego la hora del trabajo, y Seleucia torna á recobrar su estado normal.

Mientras tanto la lujosa cabalgata camina hácia adelante sin rumbo conocido.

Cuando llegaron á las ruinas de Babilonia, Gaspar detuvo su dromedario y abarcó con una mirada dolorosa los restos de la ciudad favorita de los caldeos.

Solo escombros al rededor de la soberbia torre de Belo. Solo ruinas en derredor de los mármoles que un tiempo sirvieron de pedestal á la estátua altiva de *Bres-Nemrod.*

Ayer seiscientos mil habitantes circulaban alegres por sus calles y cien dioses eran adorados en sus templos de mármol y oro.

Hoy mansion de espanto, monton de escombros que esparce con su poderoso soplo el huracan, sirve solo de refugio á las salvajes fieras del desierto.

Sus frondosos jardines, sus elegantes palacios, ya no existen. Solo en medio de tanta desolacion crece un árbol cuyo nombre es desconocido á los viajeros, y á cuyo tronco atan los caballos, y bajo cuya sombra se acampan las caravanas.

Allí el filósofo medita, el poeta canta, el creyente ora; pero todos piensan en Dios.

Gaspar, á la sombra del solitario árbol de las ruinas, elevó su plegaria al cielo.

Sus soldados le imitaron, porque como él creian oir la voz del profeta Isaias repitiendo en medio de aquella soledad:

Esa Babilonia, tan distinguida entre los reinos del mundo, y cuyo esplendor inspira tanto orgullo á los caldeos, será destruida como Sodoma y Gomorra que derrocó el Señor.

Jamás volverá á habitarse; ni aun los árabes alzarán allí sus tiendas, ni los pastores dejarán descansar en su recinto los rebaños.

Terminada la plegaria como un recuerdo tributado á los señores de aquella reina del mundo, la comitiva tornó á emprender su interrumpida marcha.

Gaspar, el venerable anciano, el sabio conocedor de los

planetas, no apartaba sus penetrantes ojos del cielo, donde una estrella que no han podido apagar los rayos del sol brilla con un fulgor estraño. Planeta misterioso, nuncio divino, que olvidando las leyes invariables que rigen los globos, ahora se suspende en los caprichosos celajes de una nube de nácar, ahora lanza sus luminosos destellos desde el limpio horizonte que se estiende en lontananza como un inmenso trozo de raso blanco.

Con marcha irregular se dirije hácia Occidente.

Los reyes caminan en pos de ella atraidos por una fuerza misteriosa.

—No me engaño, Melchor, dice Gaspar estendiendo su brazo en direccion á la hermosa estrella que como un pequeño sol caminaba siempre delante de ellos, como si quisiera marcarles el camino que debian seguir. No hay ningun planeta en el globo celeste que marque ese rumbo; esa estrella es completamente desconocida á todos los astrólogos caldeos.

—Sigamos... sigamos su hermosa luz... exclamó con gozo Melchor. Ella es mi esperanza, noble anciano.

—No la perdamos de vista, y ella marcará el término de nuestra peregrinacion, dijo á su vez Baltasar.

—Yo os lo aseguro, volvió á decir Gaspar: esta es la estrella de Jacob anunciada por el profeta Balaan..... Valor, amigos mios, ella será para nosotros como la columna luminosa que guió á los israelitas á las desiertas playas del mar Rojo.

Y los Magos siguieron con la fé en el corazon y los ojos en el cielo la caprichosa marcha de su radiante guia.

Los dromedarios de la Arabia caminan mil estadios (1) de sol á sol (2). La estrella guiadora de los Magos, colocada siempre á una misma distancia de las ligeras cabalgaduras, seguia su marcha, sujetándola á la de sus perseguidores.

(1) Mil estadios son aproximadamente cuarenta leguas.
(2) Aristóteles.

Cuando la noche estendia su manto de sombras sobre la tierra, el divino faro, suspendiendo su marcha, indicaba á los viajeros que la hora del descanso habia sonado.

Entonces, al verle inmóvil, suspendido sobre sus cabezas, los reyes mandaban á sus esclavos levantar las tiendas, y despues de la frugal cena se entregaban tranquilos en brazos del sueño reparador que habia de rehabilitar las fuerzas para el dia siguiente.

Pasaba la noche; el sol nacía, y la estrella tornaba á emprender su silenciosa marcha siempre hácia Occidente.

La oriental cabalgata seguia al faro misterioso una y otra jornada sin desfallecer, pues Dios alentaba sus esperanzas.

La estrella, como una reina, indicaba la hora del descanso, el momento de la partida.

Y así pasaban los dias y las semanas.

¿Cuál era, pues, aquella estrella que jamás habia aparecido en medio de los astros, y que despues nadie ha podido encontrar en el firmamento? ¿No era esto un lenguaje magnífico del cielo para cantar la gloria de Dios y el alumbramiento de una Virgen? (1)

El nacimiento de Jesus fué grande, como debia serlo el de un Dios.

Los pastores abandonaban sus rebaños para adorarle.

Los reyes de Oriente dejaban sus régios palacios para emprender una peregrinacion cuyo término les era desconocido.

Seleucia, la nueva Babilonia, les miraba partir con asombro.

Jamás el hijo de un conquistador de la tierra se vió tan honrado como Jesus, el Hijo de un pobre carpintero cuya cuna era un pesebre y su lecho un monton de paja.

Los hijos de los reyes reciben el vasallaje de real órden.

Todas las frentes que se humillan ante su cuna, son tributarias forzosas del poder de su padre, ó esclavos que lamen-

(1) San Agustin.

la mano que fraguó sus cadenas esperando la hora de poder despedazar al mismo ante quien se humillan.

La incredulidad de algunos filósofos no ha podido esplicarnos aun los asombrosos acontecimientos que rodearon la venida del Dios Hombre.

Herodes, rey poderoso y altivo que asesinaba á sus hijos y á su esposa sin que ni uno de sus músculos se conmoviera; sabedor del nacimiento de Jesus, *turbóse en sí mismo, y toda Jerusalen con él* (1), y reunió á los doctores y sacerdotes para consultar lo que debia hacerse, porque su espíritu intranquilo veia levantarse ante su poder la vengadora imágen de un Dios fuerte, que iba á trastornar el órden de las cosas y á arrebatarles la corona á sus descendientes.

Los falsos dioses iban á caer rodando en pedazos de los idólatras altares.

Los esclavos iban á romper sus cadenas. Los verdugos de la tierra iban á comparecer á dar cuenta de sus crímenes ante la presencia del Dios del cielo.

Jesus, el hijo de José venia á recordar á Joas el hijo de Ochozías, y el recuerdo de Athalía espantaba el sueño del verdugo de Galilea. (2)

(1) Los Evangelios.

(2) Athalía, hija de Acab, rey de Samaria, y de Jezabel, se casó con Joram, rey de Judá, é hizo degollar á todos los príncipes de la raza de David, y de este modo se colocó en el trono el año 876 antes de J. C.; pero librándose de su furor Joas, hijo de Ochozías, fué proclamado rey de Judá seis años despues, y el pueblo israelita asesinó á Athalía porque quiso oponerse á este triunfo.

CAPITULO IV.

Jerusalen.

Antes de penetrar en el recinto de la ciudad santa lancemos una ojeada sobre su pasado.

Este capítulo debe ser el itinerario que nos guie en el trascurso de esta obra.

El pueblo hebreo necesitaba fundar una ciudad fuerte, que fuera la capital donde se sentara el trono de sus señores, el refugio de aquellas huestes que desde la salida de Egipto iban errantes en busca de la tierra prometida.

Adonisech, uno de los cinco reyes vencidos por Josué, se fortifica con su pueblo, los jebusianos, en el monte Sion.

Desde esta fortaleza inexpugnable desafía y se burla del ejército de David.

—Los cojos y los ciegos, les grita Adonisech, son los que mandaré sobre tí. Ellos bastarán á exterminarte.

David, el rey de la guerra, el elegido del Señor, desprecia las bravatas del jebuseo; asalta la fortaleza, pasa á cuchillo la guarnicion segun la bárbara costumbre de entonces, y el ejército vencedor acampa sobre los montes de Sion, Acra y Moria.

El rey poeta contempla desde la cumbre á su ejército acampado.

La luna ilumina con sus rayos de plata aquel cuadro sublime.

David empuña el arpa y eleva á Jehová el canto de triunfo. Los dulces acordes del instrumento, las vibrantes melodías de la voz privilegiada del rey, van á perderse en alas de la brisa nocturna, entre las florestas de Gaboad y en las cóncavas rocas del despeñadero de los Cadáveres.

El dulcísimo eco de aquel canto ha llegado hasta nosotros. Dice así:

«Los reyes de la tierra han conspirado reunidos contra nosotros; se han dicho en secreto:—Venid y los destruiremos. Dejarán de ser una nacion; haremos desaparecer el nombre de Israel de la superficie de la tierra;—pero el Dios fuerte ha preparado mi brazo para la batalla: he perseguido á mis enemigos, y he avanzado siempre hasta que los he aniquilado; han caido por fin bajo mis piés; los he dispersado como el polvo al soplo del viento; he sometido pueblos que no conocia; se han humillado ante la fama de mi nombre; el estranjero se ha escondido y ha temblado en el fondo de su retiro.»

David deja el arpa y se goza en la contemplacion del poético paisaje que se estiende á sus piés.

Sus ojos se fijan en aquellas tres montañas entrelazadas, que tienen fosos gigantescos creados por la palabra del que

hizo brotar el mundo de la nada, del que ha suspendido el sol en el firmamento, del que ha marcado límite á las turbulentas aguas del Océano.

Entonces, viendo al Oriente el profundo valle de Josafat arrastrando por su lecho las rojizas aguas del Cedron, al Mediodía el escarpado barranco de Gehennon, y al Occidente el monte de los Cadáveres, exclamó con un gozo inesplicable:

—*Jerousch al Aim, mansion de paz*, tu serás la ciudad fuerte de Israel; yo te engrandeceré hasta el punto que las naciones han de envidiarte. Yo elevaré por el Norte tu parte mas flaca, una triple muralla (1) donde se estrelle la codicia de tus enemigos.

David, el rey de la guerra, edificó á Jerusalen. Salomon, el rey de la paz, la engrandeció.

El jóven hijo de David se ciñó la corona el año 2970 de la creacion del mundo.

El monte de Gabaon vió correr por sus resbaladizas pendientes la sangre de mil víctimas sacrificadas á Jehová ante el altar de bronce de Moisés.

El Señor se le apareció en sueños y le dijo:

—«Pide lo que quieras, amado mio.»

Salomon le pidió la sabiduría, y Dios le concedió además la belleza, la riqueza y la gloria.

Salomon sobrepujó á los cuatro hijos de Mohol, los primeros poetas de los tiempos.

Compuso tres mil parábolas, cinco mil cánticos y un libro gigantesco sobre las plantas y los animales. *Desde el cedro que crece y perfuma las cumbres del Líbano hasta el hisopo que se estiende por las quebraduras de los muros. Desde el águila que desafía al sol con su mirada altiva hasta el diminuto pececillo que se oculta en las esponjosas rocas del Océano.*

(1) Solo por el Norte puede ser atacada Jerusalen, y á pesar de la triple muralla de David, por esta parte la atacaron sucesivamente Nabucodonosor, Alejandro el Grande, Pompeyo, Tito y Godofredo de Bouillon.

Muchos de estos libros se han perdido en el trascurso de los trescientos siglos que han rodado sobre ellos, pero nos quedan los *Salmos* y el *Cántico de los Cánticos*, cuya poesía aventaja en perfume á los lirios de Gaalbó, en galanura á las rosas de Saaron, y en brillantez á los diamantes de Golconda.

Estos libros bastan para inmortalizar á su autor.

Salomon llegó á ser el hombre mas rico, mas feliz, mas glorioso del mundo; pero le faltaban artistas constructores para llevar á cabo el pensamiento de su padre: edificar un templo á Jehová sobre el monte Moria.

Hisan, rey de Tiro y Sidon, le envió los fundidores de bronce, los arquitectos, los artistas que le faltaban.

Diez mil hombres comenzaron á devastar del Líbano los olorosos cedros, y siete años despues el templo estaba concluido.

Los jonios necesitaron doscientos veinte años para construir el templo de Diana en Efeso.

Dios le habia cumplido su palabra, porque aquella maravilla del arte era verdaderamente un milagro (1). La fama llevó por la dilatada tierra el nombre del rey poeta.

Las naves de Salomon recorrieron los mares, trayendo á su *ciudad amada* todo lo mas grande, lo mas rico, lo mas sorprendente de los estensos paises del universo.

La reina de Sabah, la hermosa Micaulis, atraida por la fama de Salomon, quiso conocerle y deslumbrarle con su riqueza.

La soberana del Mediodia llegó á la ciudad santa seguida de un séquito deslumbrador.

Al pisar el pavimento del palacio de Salomon, se alzó la falda de su vestido cuajado de pedrerías temiendo mojarse sus diminutos piés cubiertos de diamantes y zafiros.

El rey se sonrió viendo el temor de la princesa, pues lo

(1) En otro lugar haremos la descripcion del templo de Sion.

que ella habia creido que era agua, no era otra cosa que cristal bruñido.

Entonces Nicaulis le dijo:

—Dichosos los que alcancen tu sabiduría, ¡oh rey! Dichosos los que te sirvan, ¡oh señor!

Nicaulis salió de Jerusalen cargada de regalos. La que habia querido deslumbrar, habia sido deslumbrada.

El reinado de Salomon duró cuarenta años con una paz inalterable. Su pueblo fué rico y feliz.

El reinado glorioso de David, su padre, lo empañó una mancha: el adulterio cometido con Bethsabé, mujer de Ulíes, á quien mató avergonzado de su infamia.

El reinado floreciente de Salomon fué tambien manchado por los vicios y las falsas religiones que predominaron.

La riqueza atrajo á Jerusalen multitud de mujeres hermosas de otros paises, y Salomon, adorándolas á ellas, acabó por adorar sus impíos dioses.

Las samaritanas le hicieron postrarse ante el becerro de oro; pero Jehová, reprendiendo la impiedad de Salomon anuncióle que su reino iria á parar á manos de un siervo suyo. (1)

Entonces el pueblo hebreo se dividió: Judá se mantuvo obediente á Roboan hijo de Salomon; Israel proclamó á Jeroboan.'

La decadencia del pueblo elejido por Dios comenzaba á pasos de gigante.

Roboan, Abia, Asa, Enjudá, Jeroboan, Nadab, Baasa, Ela, Zamrí y Achab, en Israel, pasaron sobre la tierra como

(1) Salomon fué para los árabes algo mas que un hombre. Le llamaron el *Encantador*. Ellos no podian persuadirse que aquel que conocia el secreto de las plantas y la historia de los animales, que el que sabia lo que significaba el graznido del cuervo, el silbido de la culebra y la poderosa voz de las tempestades, fuera simplemente un pobre mortal, y solo se convencian de lo contrario cuando visitaban el sepulcro del sabio donde estaba enterrado en pié el real cadáver apoyado en un baston, y roido por el gusano devastador de las tumbas.

las débiles aristas que arrastra con su empuje el poderoso soplo del huracan.

Josefat fué una tregua poderosa para el pueblo hebreo. Pero pronto la inhumana Athalía cayó sobre las tribus como un azote del cielo.

En vano Elías, rayo de Dios, procura reunir á aquel pueblo descarriado.

Sus palabras, sus milagros, son desatendidos. Los descendientes de Abraham caminan hácia el abismo como un torrente desbordado.

Detrás de Elías, aparecen sucesivamente Jonás, Oseas, Amós, Isaías.

La venida del Salvador es anunciada, pero los oidos se cierran para escuchar las proféticas palabras.

Ezechías, rey piadoso y valiente, levanta la bandera de Judá contra los asirios. Los ángeles ayudan á sus huestes; Dios vuelve sus ojos compasivos hácia el pueblo elegido como en tiempo de *los fuertes* de David.

Los nombres de Hachamoní, Bamias, Semma, Jesboan y Fesdomoni (1) se recuerdan y la esperanza renace.

Muerto Ezechías por sus dos hijos, el impío Manasés ocupa el trono de su padre.

Cobarde, malvado y sangiunario, huye ante el ejército

(1) La historia cuenta cosas fabulosas de estos cinco capitanes de David. Bamias, entrando en una cisterna del desierto de Boad agoviado por la sed, vió á dos leones que bebian agua tranquilamente, y no queriendo esperarse á que aquellos animales feroces abandonaran el sitio, luchó con ellos y los mató. Hachamoní, dicen que en un combate mató él solo ochocientos filisteos, é hirió á trescientos. Fesdomoni paró cara, y detuvo él solo un ejército, y Semma y Jesboan, oyendo que David en una batalla pedia una copa de agua de la cisterna de Betleen, atravesaron el ejército enemigo y le trajeron cada uno una copa de agua con mano tan firme, que á pesar de haberse batido con la derecha y haber recibido muchas heridas, se la entregaron llena á su rey. David, viendo el valor de sus capitanes exclamó:—*Con peligro de la vida me habeis traido este agua. No beberé la sangre de mis valientes.* É hizo una libacion con ella á Jehová.

asirio, se oculta entre unas zarzas, pero es hallado y conducido esclavo á Babilonia. Amon le sucede, tan impío, tan miserable como él, y veinte años despues Nabucodonosor cae sobre Israel devastando con su ejército la tierra de las doce tribus.

Jerusalen es la esclava del bárbaro babilonio.

Nabuzardan, uno de los principales del ejército de Nabuco, incendia por órden de su señor el templo de Sion y la casa real.

A los cuatrocientos veinte y cuatro años, tres meses y ocho dias de su fundacion por el rey de los cantares.

Este dia era sábado. Tambien en sábado debian destruirlo los romanos, como veremos mas adelante.

Nabuco se llevó cautivo al pueblo de Israel, y robó los vasos sagrados al templo de Sion.

Jehová quiso castigar aquel sacrilegio, y apagó la luz de la razon en la mente del feroz babilonio.

Nabucodonosor vivió siete años como las bestias inmundas.

Setenta años de esclavitud rodaron sobre el afligido pueblo de Israel.

El profeta Daniel consolaba la amargura de sus hermanos; pero las arpas de las doncellas de Judá colgaban de los árboles, no tenian melodías para el Santo de los santos.

Una noche el afeminado Baltasar celebraba un banquete. Los vasos sagrados iban á profanarse por los labios de las impuras cortesanas, por los torpes adoradores del dios Belo y los serviles sátrapas del rey Nabonido. (1)

Sobre el muro del salon donde se celebraba el banquete, una mano misteriosa, al intentar el primer brindis, escribió estas tres palabras con letras de fuego: *Mane thecel phares.* El pánico aterró los impuros cortesanos, las luces se apagaron

(1) Este rey es mas conocido por Baltasar, nombre que le puso el profeta Daniel.

el trueno mugió en el espacio, la tierra se estremeció bajo sus plantas, y Baltasar acobardado llamó á su amigo el profeta Daniel para que le descifrara aquel misterio.

El profeta le dijo:

—Esta noche es la última noche de tu vida.

Dario y Ciro, con un ejército de medos y persas, pasaban pocas horas despues á cuchillo á los habitantes de Babilonia.

Ciro fué bueno y clemente con el pueblo judáico; concedióle la libertad y el permiso para reedificar el derruido templo de sus mayores.

Zorobabel guió á su pueblo hasta la ciudad santa, y al año siguiente volvieron á echarse los cimientos al nuevo edificio destinado al Santo de los santos.

Doscientos años vivieron los judíos sujetos á los persas.

Una noche llegó hasta Jerusalen el estruendo de la guerra que sobresaltó á sus tranquilos moradores.

Era Alejandro el Grande, el hijo de Filipus, el rey de Macedonia, el gran devastador del universo, que se acercaba á sus murallas con su triunfal bandera desplegada para esterminar al pueblo hebreo, para derruir á Jerusalen como habia derruido á Atenas (1).

El nombre de Jerusalen estaba inscrito en la tablilla donde el conquistador macedonio apuntaba las ciudades que debia destruir.

Jaddus, el gran sacerdote, oyó los gritos lastimeros de Tiro y Sidon, vió las rojizas llamas de la incendiada Gaza, y apercibió el estruendo fatal de las trompetas macedonias.

Entonces corrió al templo á implorar el favor de Dios, y Dios le dijo:

—*Sal al encuentro de Alejandro; arroja flores y palmas á sus piés; ábrele las puertas de la ciudad santa, y nada temas.*

Jaddus obedeció, y el conquistador envainó su espada

(1) Alejandro arrasó á Atenas, dejando solo en pié la casa del poeta Píndaro.

amenazadora, viendo á aquel pueblo que se prosternaba ante su paso, y se arrodilló á su vez á los piés del sumo sacerdote.

Permenion, su general, le reprendió diciéndole:

—¿Es acaso ese sacerdote del templo de Júpiter que has visitado en el oasis de Aunnor?

—Escucha, le dijo Alejandro: cuando estaba en Macedonia pensando en la conquista de Asia, mi dios se me apareció en sueños. Vestia como ese anciano; en su frente giraba una corona de luz en la que reconocia la divinidad. «No temas, me dijo, cruza sin miedo el Helesponto. Yo caminaré á la cabeza de tu ejército, y te haré dueño del imperio de los Persas.»

Despues de Alejandro, trascurrieron ciento sesenta años. Sus principales capitanes se habian repartido los pueblos conquistados por él.

Antioco, del linaje de los Eleneidas, se propuso la total ruina del pueblo de Abraham.

Aquí vuelve á elevarse hasta la epopeya el pueblo de Israel.

Los hijos del anciano Mathatías, los gloriosos Macabeos, vencieron en valor á los fuertes de David.

A estos cinco hermanos les faltó un Homero que cantara sus gloriosas hazañas, mas dignas de renombre que las del inmortal Aquiles.

Su bandera, que ostentaba estas cuatro letras por lema, M. C. B. I., de donde se cree que tomaran el nombre de Macabeos, paseó triunfante por las doce tribus.

Hé aquí los nombres de los cinco héroes, que nos ha conservado la historia: Juan, llamado *Eadis*; Simon, llamado *Thasis;* Júdas, llamado *Macabeo;* Eleazar, llamado *Abdon,* y Jonatás llamado *Apphus.*

Para describir los heróicos esfuerzos de estos cinco mártires de la independencia hebrea, entre los cuales figuraba su padre Mathatías, anciano de ciento cuarenta años, seria preciso escribir un libro de mil páginas.

Por fin sucumbieron á la fuerza numérica, que despues de muchas derrotas envió contra ellos Demetrio el Macedonio.

Judas Macabeo habia enviado embajadores á Roma pidiendo la proteccion de ese gran pueblo que empezaba á asombrar al mundo.

Cuando regresaron, Judas habia muerto rodeado de sus valientes.

El que habia destrozado hasta el último soldado del formidable ejército de Demetrio, el que habia clavado la cabeza y la mano de Nicanor á la vista de Jerusalen, el héroe, el inmortal hijo de Palestina ya no existia.

Desde entonces los romanos comenzaron á influir en los destinos de Israel, acabando por hacer á los judíos tributarios del Capitolio.

Pompeyo, general romano, asaltó la ciudad santa y colocó á Hircano, protegido suyo, en el reino de Israel, prohibiéndole que usara diadema.

Las profecías de Jacob iban á cumplirse: la venida del Salvador no podia tardar; el cetro de Judá habia pasado á manos estranjeras.

Algunos años despues un idumeo ocupaba el trono de David y Salomon.

Jerusalen, en tiempo de Herodes, conservaba en gran parte su antiguo esplendor.

La muralla de Nehemía la rodeaba con sus robustos brazos de piedra, y sus trece torres y doce puertas aun podian desafiar el enojo de los estranjeros.

Por el frente oriental, costeando el valle de Josafat, y á la vista del monte de los Olivos, se hallaban las cuatro puertas del *Fiemo*, la del *Valle*, la *Dorada* y la de las *Aguas*.

La primera caia sobre la fuente del Dragon, la segunda conducia al pueblo de Gethsemani, la tercera á Engaddi y al mar Muerto, y la cuarta al Jordan y á Jericó.

El frente meridional de las murallas tenia dos puertas:

una conducia al monte Erogo; la otra á Belen y Hebron.

Dominando el despeñadero de los Cadáveres por la parte de Occidente, se hallaban las puertas de los *Pescados*, la puerta *Judiciaria* y la puerta *Genath*.

Saliendo por la primera, se encontraba á una distancia de cincuenta pasos el camino que conducia indistintamente á Belen, Hebron, Gaza, Egipto, Emaus, Joppé y al mar.

La segunda conducia á Silo y Gabaon tomando la derecha, y á la izquierda al sepulcro del pontífice Ananías, y á la derecha el monte Calvario.

La tercera era una dependencia del palacio de Herodes: permanecia casi siempre cerrada, pero á través de su magnífica verja de hierro, los curiosos podian contemplar los elegantes jardines del Idumeo, con sus bosques de pinos, palmas y sicomoros, sus caprichosas fuentes, sus magníficos estanques por donde se paseaban perezosamente escuadrones de cisnes, y se veian correr bandadas de gacelas por enmedio de aquellas deliciosas florestas.

Por último, al Septentrion se hallaban las puertas de las tres torres de las *Mujeres*, la de *Efrain* y la del *Angulo*.

La primera de estas conducia á unas plantaciones de árboles frutales muy frecuentadas en aquella época por la gente jóven en los dias festivos; la segunda á Samaria y Galilea; la tercera á Anattol y Bette, dejando á su izquierda el estanque de las Culebras y á su derecha el monte del Escándalo.

Como hemos dicho, las torres eran trece, á saber: la de los *Hornillos*, la *Angular*, la de *Hananiel*, la *Torre Alta*, la de *Meah*, la *Torre Grande*, la de *Siloe*, la de *David*, la de *Psefine* y las cuatro restantes se llamaban torres de las *Mujeres*.

Jerusalen se dividia en cuatro ciudades separadas las unas de las otras por una espesísima muralla, para hacerla mas inexpugnable en caso de ataque; pero todas ellas se comunicaban las unas con las otras.

La ciudad de David ó superior encerraba en su circuito la

montaña de Sion, el sepulcro de David y los palacios de los reyes de Judá, de Anás y de Caifás.

La ciudad inferior se enorgullecia con el templo, que ocupaba próximamente una cuarta parte; el palacio de Poncio Pilato; la ciudadela Antonia; el Xisto, especie de puente desde donde arengaban al pueblo los gobernadores romanos; el monte Acra; el palacio de los Macabeos, y el teatro fabricado por Herodes el Grande en honor del César, sobre el que descansaba una águila de oro, ave que tenia desvelados á los verdaderos israelitas.

La segunda ciudad era habitada por las personas de distincion, y en ella tenia Herodes su palacio y sus magníficos jardines.

La última se llamaba *la ciudad de Bezeta,* donde vivian los comerciantes de lana, caldereros, ropavejeros y quincalleros.

Tal era la Jerusalen bajo el poder de Herodes.

Ahora entremos en su glorioso recinto, destinado por la impiedad de sus hijos á ser hasta la consumacion de los siglos un monton de escombros.

Su nombre llena el mundo; pero lo llena con su recuerdo, porque en la cumbre de uno de sus montes fué sacrificado el Salvador del hombre.

CAPITULO V.

Los peregrinos.

El nacimiento de Jesus fué un grito de alarma para las divinidades paganas.

Solo Dios podia conseguir tan inmenso triunfo.

Solo á Dios le era dado arrancar del corazon del hombre la ponzoña que el error habia introducido en él.

Milton, ese gran poeta, ese sábio inglés que tanto honra á la patria que le sirvió de cuna, ese gran orientalista que admiran las naciones civilizadas, en una de sus primeras poesías ha descrito con esa robustez admirable que poseia, los errores del paganismo antes de la venida al mundo del Redentor del hombre.

Vamos á estractar algunas de sus estrofas, sirviéndonos de la traduccion del abate Orsini.

Dicen así:

« Los oráculos enmudecen; ninguna voz, ningun murmu-
» llo siniestro hace resonar palabras falaces bajo las bóvedas
» de los templos.

» Apolo, abandonando con un grito de desesperacion la
» colina del Delfos (1), no puede pronosticar lo futuro.

» Ningun éxtasis nocturno, ninguna inspiracion secreta,
» saliendo de una caverna profética, se hace sentir al sacer-
» dote de ojos espantados.

» Sobre las montañas sólitarias y á lo largo de las mur-
» muradoras riberas, solo se escuchan llantos y lamentos.

» El genio se vé forzado á alejarse de los valles que habi-
» taba en medio de los pálidos chopos.

» Las ninfas, despojadas de sus guirnaldas de flores, gi-
» men á la sombra de los espesos matorrales.

» Los lares (2) y los larvas (3) hacen oir sus quejas noc-
» turnas en la tierra consagrada y sobre los santos hogares.

» Las urnas y los altares despiden sones lúgubres y
» desfallecidos que espantan á las flámides (4) ocupadas en sus
» servicios, y el mármol helado parece cubrirse de sudor
» mientras que cada deidad abandona su sitio acostumbrado.

» Peor y Baal huyen de sus opacos templos con el Dios
» arrojado de la Palestina.

» Astaroth, bajo el nombre de la Luna, reina y madre
» del cielo al mismo tiempo, ya no brilla cercada del santo
» resplandor de las antorchas.

(1) Antigua ciudad de la Fecide en Grecia, célebre por el monte Parnaso y el templo del oráculo de Apolo. Los antiguos creian que Delfos era el punto céntrico de la tierra.

(2) Dioses latinos, protectores de las casas y las familias.

(3) Divinidades de los etruscos y romanos que segun las creencias de los antiguos, eran las almas de los malos que venian á atormentar el sueño de los justos.

(4) Diosa egipcia, personificacion del poder y de la fecundidad.

» El Hammon de la lidia oculta sus cuernos, y los hijos » de Tiro lloran en vano su Thamuz herido.

» El sombrío Molok se escapa dejando en la sombra á su » ídolo reducido á negros carbones: en vano el ruido de los » instrumentos y de la danza llama á un rey feroz cerca de » un horno ardiente.

» Los dioses del Nilo, de la raza de los brutos, se alejan » tambien rápidamente, y el perro de Annubio sigue á Isis y » á Osiris.» (1)

Por fin los reyes magos, despues de trece dias de marcha, vieron á lo lejos los altivos minaretes, las gallardas torres y las fuertes murallas de Jerusalen.

Cerca del camino que seguian murmuraba el claro arroyo de una fuente, y los viajeros ilustres se detuvieron. (2)

A una voz del jefe del convoy los dromedarios se echaron en el suelo y los reyes se apearon.

Entonces cuatro esclavos africanos estendieron una rica alfombra de paño de grana recamado de oro sobre la fresca yerba, y sentándose en ella los Magos, les sirvieron en delicados canastillos de palma sabrosos dátiles y enroscados *mich mich* (3), desayuno frugal de los orientales.

Otros esclavos encargados de los dromedarios, dieron á éstos su pienso de habas secas.

De repente, y cuando mas tranquila se encontraba la lujosa caravana de los reyes, Gaspar se puso en pié y exclamó con asombro:

—¡La estrella, la estrella ha desaparecido!

Melchor y Baltasar se pusieron en pié, apartando de su boca las frutas que iban á conducir sus manos.

La estrella habia desaparecido entre las flotantes nubes que se mecian sobre la ciudad tributaria.

(1) Divinidad suprema de Egipto, hija de Saturno y Juno.

(2) Esta cisterna lleva todavía el nombre de pozo de los Reyes.

(3) Albaricoques recortados y secos al sol.

Los reyes vieron con dolor que su radiante y misterioso guia les abandonaba, y como el náufrago á quien se le escapa de entre las manos la tabla en que ha creido ver su salvacion, lanzaron un grito de dolor.

Pero uno de ellos estendiendo el brazo hácia Jerusalen, interrumpió la silenciosa meditacion de sus amigos diciendo:

—Prosigamos nuestra noble peregrinacion: la estrella ha desaparecido; pero no importa: ante nosotros se levanta una gran ciudad digna de servir de cuna al Rey de los judíos: marchemos á Jerusalen.

—Sí, sí, prosigamos nuestro camino: la misteriosa estrella que nos ha conducido desde el Tígris al Jordan, no puede habernos abandonado sin un poderoso motivo; exclamó Baltasar.

—Y despues, ¿quién habrá en la ciudad de los pretores, que no sepa dónde ha nacido el Mesías? Con solo preguntar al primer transeunte que encontremos, estoy cierto que nos conducirá al pié de la cuna de ese Rey á quien buscamos.

Acordes los Magos, volvieron á montar en los ligeros dromedarios, y poco despues entraban en Jerusalen por la puerta *Judiciaria*.

Pero, ¡ay! la ciudad no presentaba el bullicioso y alegre cuadro que esperaban.

Las calles se veian desiertas, y las rosas, el mirto y el laurel, no alfombraban su duro pavimento.

Las arpas de los hebreos no entonaban alegres melodías; las doncellas de Sion no elevaban sentidos cantos á Jehová.

La mirra y el incienso no se derramaba ante los altares del templo.

El óleo no ardia en los pebeteros; y las lámparas de oro no alumbraban los ricos trajes de los sacrificadores.

Jerusalen muda, silenciosa, casi desierta, recibió en su recinto á los peregrinos de Oriente.

Algunas mujeres curiosas, envueltas en sus ligeros mantos se asomaban á las azoteas para ver pasar á los viajeros.

Los reyes, tristes, desalentados, caminaban calle adelante.

La esperanza se iba enfriando en su corazon.

Poco á poco fueron agrupándose en torno de la oriental cabalgata algunos curiosos.

Entonces Gaspar, que iba delante, se inclinaba sobre el nervudo cuello de su dromedario, y dirigiéndoles la palabra á los curiosos espectadores, les decia:

—Decidme, jerosolimitanos, vosotros sabreis en donde se halla el Mesías prometido por los profetas, el Rey de los judíos que acaba de nacer.

Entonces el populacho se miraba con asombro, y no hallando palabras qué responder á los viajeros, hacia un movimiento de hombros.

Baltasar á su vez preguntaba á los que tenia mas cerca:

—¿Dónde está el Mesías, el Rey de los judíos?

—En Jerusalen no hay mas rey que Herodes el Grande, nuestro señor, le respondia un alcabalero con fosco acento.

—Nosotros hemos visto una estrella desconocida en el cielo, replicaba Gaspar, y esa estrella, no nos cabe duda, es la que predijo Balaan.

—La estrella de Jacob aun no ha nacido para los israelitas, le replicó un fariseo.

—Locos deben ser, murmuró un soldado romano mirando con desden á los Magos.

—Demos parte á nuestro rey Herodes, repuso un escriba.

—Sí, sí, démosle parte, exclamaron varios herodianos que se hallaban entre la apiñada multitud.

Los reyes, viendo que eran inútiles sus preguntas, pues nadie les indicaba la casa del Mesías, torcieron por una ancha calle que conducia al antiguo palacio de David, y se instalaron en uno de sus ruinosos patios.

Aquel palacio, un tiempo encantadora mansion de un rey sabio y poderoso, no era en la época del nacimiento de Cristo mas que un monton de ruinas; pero los Magos sabian por

la tradicion hebrea y por los vaticinios de los profetas, que de la rama de David debia nacer el Mesías libertador del pueblo de Israel.

Perdida la estrella que con tanta insistencia venian siguiendo desde sus lares, les quedaba una esperanza:

—Tal vez bajo los pórticos del rey David, se dijeron, encontraremos al Mesías prometido; tal vez junto aquellos derruidos torreones, donde el arpa del rey poeta acompañaba con melancólico gemido los cantares del vencedor de Goliat, hallemos algun indicio que nos oriente; y una vez allí, mandaron levantar las tiendas, y encerrándose en una de ellas se pusieron á deliberar.

CAPITULO VI.

Herodes el Grande.

La historia ha llamado Grande á Herodes; nosotros creemos que el verdugo de Belen no fué digno de tan honroso calificativo.

En el año del mundo 3932, y 68 antes de la venida de Jesucristo, nació el sanguinario Herodes, terrible plagiador de la inhumana Athalía.

Su patria fué Escalon, ciudad marítima de la Turquía Asiática en Palestina.

Negra como su alma, fria como su impiedad, tempestuosa como las pasiones que dominaron su corazon, fué la noche en que desde el seno de su madre nació para ser el azote de Galilea, el oprobio de su raza.

Los huracanes desencadenados saludaron su venida al mundo haciendo estremecer los edificios con su poderoso aliento.

Las olas mugidoras de los mares bramaron como si legiones infernales se agitaran en medio de sus aguas.

Los vientos irritados hicieron temblar con el veloz empuje de su carrera los altos cedros y las robustas higueras de las cercanías de Escalon.

Los rios salieron de madre, y desbordando por los campos sus turbulentas y rojizas aguas , llenaron de pavor y de miseria á los infelices moradores de las aldeas.

La naturaleza entera lanzaba un gemido de dolorosa agonía saludando al futuro tirano.

Herodes fué como el torrente desbordado que todo la arrolla ante su paso; como el rayo que todo lo incendia con su caida; como la peste que todo lo mata con su aliento.

Esclavo de sus pasiones, imperioso y colérico, llegó á la edad de veinte y cinco años, cruzando por una senda de crímenes y de escándalos.

Su padre Antipater, que habia prestado al César vencedor de Pompeyo y señor de Roma, servicios importantes en el cerco de Alejandría, alcanzó del dictador romano el gobierno de Galilea para su hijo Herodes.

Su edad frisaba en los veinte y cuatro años cuando subió las primeras gradas que debian conducirle al trono de Jerusalen.

Herodes era arrojado y ambicioso.

Los obstáculos no existian para él.

Habia soñado una corona, y el crímen, el oprobio, la bajeza, no detuvieron su paso.

Por lograr su fin no hubiera retrocedido, aunque se hubiera visto precisado á pasar por encima del cadáver de su padre, de sus hermanos, de su raza entera.

Una corona, solo una corona anhelaba su ambicion, y despreciando los obstáculos siguió el camino que podia con-

ducirle á la realizacion de sus sueños con la frente erguida.

Pero la suerte le fué contraria: vencido por Antígono su rival, rey de Judá, se vió precisado á refugiarse con su familia y su riqueza en un castillo de Idumea.

Herodes se ahogaba en aquel rincon de la Arabia Petrea.

Cuando algunas tardes desde los altos torreones de su inexpugnable fortaleza, con los brazos cruzados sobre su pecho, la mirada torva, estendia sus sangrientos ojos por aquellas soledades de estéril arena y calcinadas rocas, lanzando un rugido desde el fondo de su agitado corazon solia exclamar con bronco acento:

—¡Idumea! ¡Idumea! Mansion de los chacales, patria de los lobos, tú no eres mas que un esqueleto, y solo presentas á mis hambrientas fauces huesos que devorar; pero yo necesito una tierra donde el hueso esté unido á la carne, para aplacar este apetito que me consume. ¡Jerusalen! ¡Jerusalen! Tú eres el plato que ambiciono en el festin de mis sueños... yo seré tu rey y tú mi esclava; sobre tus altivas torres ondeará mi pendon de escarlata y oro; tus hijos besarán el polvo que levante la fimbria de mi régio manto, y tus doncellas cantarán himnos de gloria ante las aras de Sion, por su señor Herodes.

Por fin el desterrado de Idumea abandonó una noche su fortaleza, y arriesgando mucho en su atrevida empresa, pasó á Egipto á captarse la voluntad de Cleopatra.

Herodes habia calculado bien confiando sus ambiciosas esperanzas en la reina de Egipto, tan célebre por su hermosura como por sus crímenes.

Solo una pantera podia comprender los instintos de un tigre.

Las hienas acuden siempre á los gritos de los chacales.

Herodes, recomendado por Cleopatra á Marco Antonio, pasó sin perder tiempo á la orgullosa y degradada ciudad de Roma.

El senado, resentido con Antígono porque habia pedido

auxilios á los Partas, enemigos acérrimos de Roma, se puso de parte del ambicioso idumeo que llegaba á las puertas del Capitolio á implorar su proteccion.

El viento de la fortuna comenzó á orear los dorados ensueños del verdugo de Belen.

Antonio apadrinó las ambiciosas aspiraciones de Herodes, y accediendo á los ruegos de la que mas tarde debia compartir con él su tálamo nupcial y su sepulcro, ofreció á su recomendado la corona tributaria de Jerusalen.

Herodes al aceptarla se convirtió en el primer esclavo del Capitolio.

El César romano era desde entonces su señor.

¿Pero qué le importaba cuando iba á sentarse sobre un trono? ¿Cuando sus sienes iban á coronarse con el verde laurel que entretejia el senado para sus favoritos?

Activo en demasía y anhelando el momento de su elevacion al trono, levantó tropas sin pérdida de tiempo, juntó con su oro legiones de mercenarios en la ciudad del Tiber, y acatando las órdenes irrevocables de Antonio, dió el mando de sus tropas á Verutidio, favorito del César.

Hechos los aprestos militares y hambriento de venganza, salió con sus soldados de la corte de Roma, y se encaminó á marchas forzadas sobre Jerusalen.

Antígono, avisado por un amigo de los preparativos de Herodes y el favor que le dispensaba el César, aprestó su gente y se dispuso á castigar la osadía de sus enemigos desde las altas murallas de la ciudad santa que debia maldecir mas tarde el Mártir del Calvario.

Herodes atacó con fiereza aquellos baluartes de piedra y acero que se colocaban ante él como un obstáculo, como una valla á su ambicion.

La sangre corrió á torrentes. José, hermano del sitiador, exhaló su último suspiro en uno de los asaltos.

Por fin el cortesano de Cleopatra, el adulador del Capitolio, el esclavo del César, entró triunfante en Jerusalen, y

el águila romana fué colocada sobre el templo de Zorobabel.

Miles de habitantes perecieron bajo el sangriento filo de las espadas de sus parciales.

Ni uno solo de los partidarios de Antígono se libró de su furor, sobre todo si tenian bienes que confiscar.

Roma pedia oro, y Herodes era esclavo de Roma.

Queriendo entonces asegurar la corona sobre sus sienes, repudió á su mujer y se casó con Mariamna, nieta de Aristóbulo, rey de Judea y prisionero en Roma, á donde fué llevado por Pompeyo, su vencedor.

Tintas sus manos aun con la sangre del feroz degüello, corrió al templo á unirse con la bella y jóven princesa.

Los jerosolimitanos enjugaron por una órden de su nuevo señor las lágrimas que enrojecian sus ojos, y se vieron precisados á cantar y danzar en las fiestas reales que celebró el tirano.

Un rostro afligido era una sentencia de muerte.

Una lágrima deramada costaba una cabeza.

Maquinador astuto y receloso, para mayor seguridad concedió la alta dignidad de sumo sacerdote á Aristóbulo, su cuñado, á pesar de sus pocos años.

Aquel jóven gallardo y querido de los israelitas, aquel desgraciado hijo del cautivo de Roma, habia nacido para ceñir la corona que le usurpara el esposo de su hermana.

El pueblo comenzó á demostrarle el amor que por él sentia, y Herodes, celoso de aquel cariño que él no habia sabido inspirar, mandó ahogar á su cuñado en un baño de Jericó, y fingiendo despues un dolor hipócrita por su muerte, supo justificarse á los ojos de los fariseos y altos dignatarios de Jerusalen.

El senado de Roma atendió en esta ocasion mas á los regalos del asesino que á la justicia que reclamaba la inocencia sacrificada.

Jamás monarca alguno sobre la tierra derramó tanta sangre inocente, ni dió cabida en su pecho á tan bajas pa-

siones, como Herodes el idumeo, á quien la historia dió el dictado glorioso de Grande.

Fué poderoso, careciendo de todas las virtudes que honran y engrandecen á los monarcas.

Cruel y sanguinario, se gozaba en el dolor de sus víctimas.

Hizo morir al viejo Hircano, abuelo de su esposa, el cual le habia salvado la vida siendo gobernador de Galilea.

Los años y la alta dignidad de Hircano no detuvieron el brazo de su ingrato asesino.

El delito del pobre anciano no era otro que el de sospechar su verdugo que habia recibido algunos dones del rey de los árabes.

Su esposa Mariamna, la princesa mas bella de su tiempo y que poseia un talento nada comun, murió asimismo asesinada por órden de su marido, y poco despues cupo la misma suerte á Alejandra, madre de la desgraciada Mariamna.

Temeroso de que su hijo Felipo vengara á su madre, le dió muerte, sin que la voz de la naturaleza se levantara para detenerle desde el fondo de su corazon.

El pueblo, indignado viendo aquel rio de sangre que hacia correr un bárbaro opresor, comenzó á agitarse como un campo de espigas sacudido por dos vientos encontrados.

Herodes, protegido siempre por Roma, cortó aquellas cabezas que se erguian ante su paso desafiando su poder.

Una corona de laurel comprada en el Capitolio con el oro del rico y la indigencia del pobre, manchaba su frente llena de remordimientos.

Porque su vida era un remordimiento contínuo.

Sus intranquilos sueños siempre se veian poblados de fantasmas aterradores, de visiones horribles, que girando en infernal tropel por su cerebro, le amargaban sin cesar una por una las sangrientas horas de su maldita existencia.

Herodes no tenia para oponerse á la abierta rebelion de su pueblo mas que sus sicarios, sus cortesanos y la secta

baja, despreciable y reducida de los herodianos, que al recibir de su señor el oro á manos llenas, habian pretendido elevarle sobre el altar de Sion y adorarle como á un Dios.

Los fariseos, potentes y atrevidos, le negaban el juramento de fidelidad.

Los indómitos *Esenios* seguian el ejemplo de los fariseos.

Los jóvenes entusiastas, los valientes discípulos de los doctores de la ley de Moisés, llenos de noble indignacion, conspiraban desafiando á la muerte, en mitad del dia, soñando siempre en el delicioso momento de la venganza, en el venturoso instante de libertad.

Porque en Herodes sólo veian á un verdugo estranjero, á un enemigo cruel, y ansiaban exterminarle.

La vida del rey tirano de Judá era un contínuo sobresalto.

El puñal homicida le amenazaba por todas partes.

Un dia corrió de boca en boca la falsa noticia de su muerte, y el pueblo encendió fogatas en señal de regocijo.

Herodes apagó aquellas hogueras con la sangre de los que habian tenido el atrevimiento de encenderlas.

En lo mas fuerte de estas discordias civiles fué cuando los reyes Magos llegaron á Jerusalen preguntando por el rey de Judá que acababa de nacer, por el Mesías anunciado por los profetas, por el salvador del pueblo de Israel.

CAPITULO VII.

La carta de Roma.

Herodes habia trasladado á Jerusalen el lujo y las costumbres de la ciudad de los Césares.

Los artífices griegos, de cuyas obras tanto gustaban entonces los patricios romanos, se veian con frecuencia contratados por el rey tributario para embellecer los salones de su palacio.

Se hacia servir por un crecido número de esclavos etíopes, de esos hijos de la abrasada Libia, que fieles como los perros é inmutables como el bronceado color de sus mejillas, adoran á sus señores como á los dioses paganos de sus templos.

Para contrarestar con estos, tenia otros de raza siriaca, de sonrosado cútis y dulce espresion.

Daba el nombre de *Cubículo* á su cámara, y el de *Ginneo* á la pieza destinada á guardar las joyas y la corona real.

Cuando, rodeado de sus mercenarios, se entregaba á los placeres de Baco para ahogar en los vapores del Falerno y el Chipre los gritos de su conciencia, se complacia en invocar á todos los dioses paganos del olimpo de Homero, echando de ménos las libres *bacantes* de los bosques de *Baya* y el delicioso Creta que le servian en largos cuernos de plata cuando celebraban sus embriagadores banquetes.

Durante su permanencia en Roma, las sibaríticas costumbres de los libertos le habian fascinado, y quiso trasladarlas á Jerusalen.

Roma era entónces la señora del mundo; sus patricios se hallaban hastiados de apurar goces.

Sus cortesanos tenian circos, teatros, juegos de palestra, en donde el ingenio podia lucir sus galas delante de la hermosura; ejercicios de Marte, donde el valor era aplaudido por la belleza.

Contaba en sus tiempos más de cien dioses á quienes quemar incienso, circos donde los gladiadores luchaban hasta morir ó vencer, alimentando el sangriento instinto del pueblo con tan bárbaro espectáculo.

La vida era allí un torrente de placeres, un delirio embriagador, era un lujo gastarla.

Su afan se reducia á saciar los apetitos del cuerpo, olvidándose por completo de el alma. La materia estaba sobre el espíritu.

La guerra y el amor eran sus únicos desvelos, sus ocupaciones favoritas.

Las orgías su paraiso terrenal.

El lujo su pasion dominante. Morir en el campo de batalla con la espada en la mano, la mejor de las muertes, el mas apetecido triunfo, la fortuna mas codiciada. El hastío, el cansancio, los inseparables compañeros de sus viciados corazones.

¿Cómo, pues, trasladar á Jerusalen ese desórden que marca siempre la decadencia de un imperio poderoso?

La ciudad santa, serena y tranquila como el mar de Galilea en una noche clara del estío. La madre de los sóbrios descendientes de Abraham y de Jacob, cuyas modestas hijas, despues de adorar al Dios de sus padres con la pura fé de sus sencillos corazones, abandonaban el sagrado templo cubierto el pudoroso semblante con el tupido velo, y regresando á sus casas, se ponian á hilar el lino y adorar los hijos que habian criado con la leche de sus pechos.

¿Podia nunca ser una imitacion de Roma, de esa sentina del mundo, la ciudad santa, la pudorosa paloma del Jordan, la modesta Jerusalen?

Herodes nunca consiguió la motamórfosis que se proponia llevar á cabo.

Esparta nunca hubiera sido Atenas, aunque todos los tiranos del mundo se lo hubieran propuesto.

El Gólgota estaba destinado á Jesucristo. Delfos á Apolo.

. . . . . .

Entremos en el palacio de Herodes y cruzando unos salones, nos hallaremos en un aposento lujosamente adornado.

En un lecho de marfil, tendido sobre mullidos almohadones de paño grana, se halla el rey de Jerusalen.

Una mesa triangular de mármol de Paros, blanca como la nieve que corona eternamente la cumbre del Sabino, sostiene una lámpara de oro que tiene la forma de una águila con las alas extendidas.

Una luz clara y viva sale del pico del animal, símbolo de Roma.

Una corona de laurel, colocada sobre un pequeño cojin, se halla junto á la lámpara.

Herodes, apoyada su cabeza entre las manos como si quisiera ocultar su semblante, se agita convulsivamente, víctima de los agudos dolores que le destrozan las entrañas.

El rey viste un túnico talar de un color amaranto, el

cual se ciñe á la cintura formando anchos pliegues por un cinturon de cuero con pequeñas estrellas de plata.

Un casquete negro bordado de oro, sujeto á la coronilla como un solideo, cubría la parte superior de su abundante cabellera negra poblada de ásperas canas.

Entre los enmarañados rizos que iban á descansar sobre sus hombros, brillan dos gruesos anillos de oro que cuelgan de sus orejas.

La barba cana, sus pobladas cejas, sus ojos hundidos y chispeantes, su color escesivamente moreno y su huesudo y arrugado semblante, le dan un aire de ferocidad increible.

Basta mirarle para convencerse de que aquel hombre es cruel, de que aquella naturaleza de acero puede muy bien presenciar la muerte de toda su raza, sin estremecerse ni mudar el color de su semblante.

Sus piés, estremadamente grandes, calzan la caliga romana sembrada de pedrerías y botones de oro.

No muy distante de su lecho se hallan dos personas reclinadas perezosamente sobre ricos divanes de seda con franja y bordados de plata.

Son un hombre y una mujer.

La mujer es Salomé, hermana de Herodes; tiene cuarenta años y es hermosa; pero sus facciones participan de la dureza de las de su hermano.

El hombre es Alejo, esposo de Salomé, de rostro dulce y mirada fria, de estatura mediana y estremadamente blanco.

Ambos guardan silencio como si temieran interrumpir la silenciosa inmovilidad del monarca.

Alejo tiene en sus manos un rollo de papiro. Salomé de vez en cuando se levanta de su sitio para derramar en un pequeño braserillo de plata polvos aromáticos de yerbas del Líbano, que llenan de grato y penetrante perfume la habitacion.

Luego todo vuelve á quedar en silencio: solo el agitado

resuello del idumeo ó el gemido de dolor que se escapa de su pecho, interrumpe de vez en cuando aquella quietud.

Por fin Herodes se incorpora un poco sobre sus almohadones.

Aquel movimiento ejecutado por el señor, pone en pié á los esposos favoritos que le asisten.

El asesino de Hircano aparta las manos de su rostro, y separando algunos mechones de grises cabellos que caen por su torvo semblante, lanza una mirada feroz en torno suyo.

Aquellos ojos parecen los del tigre que busca una presa que devorar.

Su rostro se vió alumbrado entonces por la brillante luz de la lámpara.

Por su ancha y tostada frente cruzan multitud de arrugas.

A través de cada una de ellas se oculta un crímen, se agita un remordimiento.

Sus pómulos abultados, su nariz corva, su irsuta barba y sus pequeños y vidriosos ojos, le dan á su semblante una espresion de ferocidad que enfriaba la sangre del que tenia la desgracia de contemplar é incurrir en su enojo.

Sesenta años se sepultan en aquella naturaleza embotada de crímenes.

Su vejez es repugnante, asquerosa.

Redondas y amarillentas manchas salpican su rostro, emanaciones mortíferas de la terrible enfermedad que le consume: aquellas manchas parecian los crímenes que, cansados de devorar el corazon, salian á la cara para que de este modo fuese tan feo su semblante como su alma.

Herodes, despues de haber abarcado con una mirada recelosa y cobarde todo cuanto le rodeaba, la detuvo en la corona de laurel que se hallaba sobre la mesa, y luego de contemplarla algunos segundos exclamó con acento cavernoso y como si hablara consigo mismo:

—Mis hijos quieren ceñirse cuanto antes mi corona... Los empíricos de esta ciudad ingrata son sus cómplices... ¡Oh!

Si mañana vivo, si la ciencia es impotente para conmigo, yo mandaré colgar de los pórticos de mi palacio á toda esa caterva de avaros vendedores de salud que dejan á su rey morirse en un ricon de su cámara.

Y luego, dirijiendo la palabra á su cuñado continuó:

—¿Lo oyes Alejo? Mañana, que no te se olvide, quiero que ahorques á todos los médicos, porque la ciencia es impotente, porque sufro mucho, mucho; estos dolores son terribles; creo que tengo un áspid en el estómago, otro en el corazon y otro en el cerebro que me roen y roen sin cesar: ¿de qué me sirve ser rey sufriendo tanto?

Salomé, cojiendo entonces un frasco de plata, derramó algunas gotas en una taza del mismo metal y fué á presentársela á su hermano diciendo:

—Esto te calmará, bebe, hermano mio.

El enfermo cogió la taza y despues de lanzar una mirada al líquido que le presentaban, dijo con pausado acento:

—Ya sé que tú no me harás daño, porque tu me quieres y tu esposo tambien: vosotros sois mi única familia; yo deseo pagaros vuestros servicios; allá veremos; y apuró el contenido de la taza en un solo trago.

—Pero mis hijos, continuó, que están en Roma, ¿porqué no sacrifican de buena voluntad una gallina negra en el altar de Esculapio para que yo recobre la salud?

—Tus hijos, dijo Alejo con gravedad acercándose hácia el lecho del enfermo, en vez de anhelar tu restablecimiento, te acusan ante el César Augusto.

—¡Que me acusan! repuso Herodes sentándose en la cama, ¿y de qué?

—Este papiro te enterará; y Alejo presentó el rollo que tenia en la mano.

Herodes se acercó cuanto pudo á la luz de la lámpara, y desarollando el papiro murmuró:

—Veremos qué reclaman mis queridos hijos contra su padre.

Una sonrisa infernal cruzó por sus labios al decir estas palabras.

Luego recorrió con la vista las líneas escritas, diciendo al terminar, con un acento estraño y cruel:

—¡Ah!.. Me acusan ante el César de sanguinario y cruel; dicen que he matado sin mas motivo que por el placer de matar á su madre Mariamna y á su abuela Alejandra; y como soy un rey tributario, Augusto me dice que vaya á defenderme en persona ante el senado... Iré... iré, hijos mios, pero ¡ay de vosotros!

Dos rayos de fuego brillaron en las pupilas de Herodes al decir estas palabras.

Sus dientes produjeron un ruido ágrio y estraño al chocar los unos con los otros, impulsados por la rabia; y sus descarnadas manos estrujaron aquel rollo de papiro que reclamaba justicia desde Roma.

—Hermano mio, exclamo Salomé con voz dulce y cariñosa, olvida á tus hijos y al César, piensa solo en tu salud.

—Tiene razon Salomé... Alejo no debia haberme entregado esta carta; y Herodes la arrojó léjos de sí con marcadas muestras de desprecio.

—Era del emperador, contestó bajando la cabeza su cuñado.

—Sí, el emperador me ha empujado para escalar el trono que ocupo; pero yo le he mandado montones de oro á buena cuenta. Soy pues el rey de Judá y solo yo administro justicia en la tierra que es mia. Si crímenes he cometido, razon tendria para ello... pero yo iré á Roma á defenderme cuando pueda... ¿Qué puedo yo temer de mis hijos rebeldes?.. Nada. Si Augusto desoye mis razones y los protege, entónces... lucharemos, y Dios decidirá.

Un esclavo etíope, negro como una gota de tinta y ricamente vestido, apareció entre las cortinas que cubrian la puerta de la estancia.

—¿Qué quieres, Cingo, le preguntó Herodes, necesita de su señor mi esclavo favorito?

—Verutidio el liberto romano, general de las legiones estranjeras, dice que tiene precision de hablarte.

—Verutidio es mi amigo predilecto; pero yo estoy enfermo: no quiero nada, ¿lo oyes? Quiero descansar, estar solo.

—Eso le he dicho, señor; pero se ha obstinado en entrar, diciendo que era de alta importancia lo que tenia que comunicarte.

—Que pase, pues, ese importuno adorador de la Cibeles, que nunca ha depositado una paloma en los altares de la castidad, y que no tiene compasion de su doliente soberano.

Herodes dijo estas palabras en tono de mofa, y el etíope salió á comunicar la órden de su señor.

Poco despues entraba el general romano en la cámara del rey judío, y éste le tendió una mano que besó el liberto, mas por ceremonia que por respeto.

Su aire era marcial; altivo su semblante, y rico el manto que sujetaba un grueso floron de oro incrustado de diamantes colocado sobre el hombro izquierdo.

Verutidio cojió con desfachatez un mullido almohadon que colocó cerca del lecho del rey, y sentándose en él exclamó haciendo antes un saludo:

—Marte en la guerra, Apolo en la paz, protejan al amigo y aliado del César mi señor.

—Ellos te oigan, le contestó Herodes; y luego continuó: ¿qué importante mision te conduce hasta mi estancia?

—Rey de Jerusalen, deja tu lecho, olvida tus dolencias, porque en tu ciudad acaban de penetrar tres reyes Magos seguidos de un brillante séquito, que guiados por una estrella, dicen que vienen en busca del Rey de Judá, del Mesías anunciado por los profetas que acaba de nacer.

Herodes se estremeció, y deslizándose de su lecho quedó en pié al lado de Verutidio.

Salomé y Alejo se acercaron para sostenerle; pero él les rechazó, y cogiendo una varita de metal que tenia oculta bajo de un cojin de su cama, dió dos fuertes golpes sobre una

plancha de acero, la cual produjo dos sonidos agudos y vibrantes que fueron á perderse por los dilatados ámbitos del palacio.

Inmediatamente Cingo, seguido de una multitud de esclavos, aparecieron como por encanto en la habitacion del rey.

Cingo, el esclavo favorito de Herodes, era un africano, negro como las alas del cuervo, fornido como un atleta.

Para aquel hijo del lago de *Schiat*, no habia mas Dios, mas ley ni mas pasion que su señor.

El monarca de Jerusalen amaba á su esclavo como á un miembro de su cuerpo; Cingo era su brazo. Algunos enemigos de Herodes intentaron comprar la fidelidad del feroz africano, que dormia á los piés del lecho de su señor, con la mano puesta en el mango de su cuchillo y el oido atento como un perro leal; pero solo habian comprado su muerte, porque Cingo era incorruptible como las aguas del mar.

Cuando Herodes le vió aparecer en la puerta de su cámara se sonrió, pues sabia que para llegar á él era preciso antes pasar por encima del cadáver de Cingo.

El ĭdumeo le hizo un ademan indicándole que esperara. El esclavo se inclinó en señal de acatamiento.

—¿Dónde están esos reyes que dices? Preguntó Herodes á Verutidio.

—Han levantado sus tiendas junto los derruidos pórticos del palacio de David.

—Cingo, enciende las teas resinosas, reune á mis herodianos y tráeme á esos estranjeros.

Cingo salió seguido de los esclavos.

—Alejo, tu reune á los sumos sacerdotes y escribas de la ciudad, á esos sabios conocedores de las profecías hebreas, y los conducirás á esta pieza.

Alejo obedeció sin decir una palabra.

—Tú, mi bravo Verutidio, junta tus legiones, y acámpalas en los pórticos de mi palacio; y tú, mi querida herma-

na, mi buena Salomé, consulta á los médicos de la ciudad sobre la salud de tu pobre hermano.

Todos partieron á ejecutar las órdenes del señor de Jerusalen.

Herodes se quedó solo, y despues de una breve pausa durante la cual permaneció inmóvil como si estuviera clavado en la alfombra de su habitacion, lanzó un suspiro, y dejándose caer en su mullido lecho, murmuró estas palabras:

—¿Qué Rey será ese que acaba de nacer?... ¡Oh, pobre de Él si cae en mis manos! Y luego estendiendo la mano sobre la corona que se hallaba en la mesa de mármol, continuó: esta corona es mia, solo desearla cuesta la cabeza. ¡Pobre de Él si la mira con codicia, si quiere arrancarla de mis sienes!

CAPITULO VIII.

La semana de Daniel.

Herodes turbóse en sí mismo y toda Jerusalen con él.—(EVANGELIO.)

Una hora mas tarde Cingo volvió á entrar en la cámara de su señor.

—¿Dónde están esos estranjeros? Le preguntó.

La luz del alba les hallará á la puerta de tu real palacio, contestó Cingo con un laconismo admirable.

—¿Qué gente llevan?

—Poca, señor: basto yo con los esclavos de tu casa para esterminarlos, si te place.

Herodes respiró.

—¿De dónde vienen?

—Dos de ellos de Persia ó Seleucia, y el otro de la India Oriental, segun me han informado sus soldados.

—¿Con que es decir que los patriarcales persas no quieren abandonar sus tiendas durante la noche?

—El dia no está lejos.

Herodes se deslizó de la cama, y encaminándose á una ventana la abrió para mirar al cielo.

—Está bien, dijo: pero aquí no estamos bajo los arcos de su palacio; no pende la campana de los *Suplicantes* que anuncia con su timbre sonoro que un hombre pide justicia á su señor. Aquí estamos en Galilea: yo soy el rey de Jerusalen y puedo castigar su desobediencia.

Herodes mientras decia esto se paseaba ocultando su agitacion por la cámara.

Cingo, inmóvil como una roca de los Alpes, seguia con su mirada las evoluciones de su señor, esperando una órden para ejecutarla.

Una puerta secreta se abrió dejando un hueco en las preciosas tapicerías.

Su chirrido imperceptible hizo que Herodes volviera la cabeza con rapidez, porque por todas partes veia el puñal del asesino.

Cingo empuñó el mango de la ancha cuchilla que pendia de su cintura, y avanzó dos pasos.

Alejo apareció entonces en la puerta.

—Esos hombres esperan tus órdenes, dijo dirijiéndose á su cuñado.

Poco despues Herodes, con la corona de laurel sobre su frente, y afectando una tranquilidad de espíritu que no sentia, se hallaba rodeado de los doctores de la ley y los príncipes de los sacerdotes.

Absortos los nobles ancianos ante su rey sin poderse esplicar la causa de aquella reunion, esperaban sentenciosos y graves á oir de boca de su señor lo que ellos no podian acertar.

Despues de una ligera pausa, durante la cual Herodes procuró leer con una mirada escrutadora en el corazon de aquellos ancianos, dijo con dulce acento y la sonrisa en los labios:

—Ilustres sabios, sagrados sacerdotes que trasmitís á vuestros pueblos las profecías de los profetas, si os he llamado á tal hora á mi palacio, es porque en Judea, yo vuestro rey, soy el primer súbdito de las sagradas leyes de Moisés, y deseando rendir vasallaje á vuestro Dios invisible, quiero preguntaros: *¿en qué lugar debe nacer el Mesías?*

Los sabios conocedores de las Sagradas Escrituras, aunque absortos ante la inesperada pregunta, respondieron sin vacilar:

—*En Belen de Judá.*

Herodes se turbó en sí mismo, permaneciendo algunos instantes como aturdido y sin saber qué decir, pues aquellas profecías que veia casi realizadas le desorientaban.

Los ancianos de Israel se apercibieron del efecto que su respuesta habia causado al tirano de Jerusalen, y deseosos de sujetar al favorito de los romanos, uno de ellos continuó de este modo:

—Herodes, sábelo, ya que segun dices eres el primer súbdito de la ley de Moisés.

La semana del profeta Daniel se halla próxima á espirar. Los dias del Mesías, nuestro Salvador, están cercanos. La aurora feliz que debe alumbrar con sus templados rayos la libertad de los descendientes de las doce tribus de Israel, ya comienza á asomar su refulgente disco en el cielo de Palestina. Las profecías van á cumplirse, y Jehová dirije sus compasivos ojos sobre la tierra de David, y hace nacer la estrella de Jacob en Oriente.

A estas palabras proféticas pronunciadas por el mas anciano de los jueces, siguieron algunos instantes de sepulcral silencio.

La duda y el miedo luchaban en el corazon del monarca,

que no encontrando palabras con que responder á aquel augurio, se habia encerrado en un vergonzoso silencio.

Por fin, sacudiendo las ideas que le subyugaban tartamudeó estas palabras:

—Gracias, sabios doctores, habeis complacido una curiosidad que me preocupaba hace algunos dias. Jehová cumpla vuestros deseos: ahora podeis retiraros.

—Nosotros, contestaron los sacerdotes, somos tus súbditos: hasta que el Mesías aparezca entre los hombres manda y serás obedecido.

Estas palabras podian tomarse por una amenaza, pero Herodes, ó no lo comprendió así, ó preocupado con la idea del *nuevo Rey de Judá que acababa* de nacer, no quiso hacer caso de aquel insulto que le arrojaban al rostro sus súbditos.

Los hebreos, saludando respetuosamente, salieron de la cámara de su rey.

Herodes se quedó solo.

Por su mente pasaron en tropel tomando forma las profecías de los sacerdotes.

Vió al Mesías, al nuevo Rey de Judá, llevar triunfante su glorioso estandarte desde el Oriente al Ocaso. Recordó las innumerables víctimas sacrificadas en el altar de su desmedida ambicion para consolidar su poder, y gruesas gotas de sudor comenzaron á deslizarse por su rugosa frente.

La sangre ilustre de los Macabeos habia corrido en arroyos durante su monarquía.

El carro de hierro del despotismo habia paseado en triunfo á su orgulloso señor por los dilatados confines de Judá, aplastando bajo su peso á los descendientes de Abraham.

Montes de oro depositados á los piés de Roma para conquistarse su proteccion, habian cruzado los mares de Escalon á Gaeta.

Sus hijos, su esposa, sus amigos y parientes, sacrificados bajo el filo de su terrible hacha á la menor desobediencia.

Perdida su alma, su honor, su reposo.

Ver eternamente en sus sueños las ensangrentadas sombras de sus víctimas.

Oir sin cesar por todas partes la maldicion de su pueblo.

Sentir en su cuerpo la maldicion de Dios con los terribles y prolongados padecimientos de una enfermedad mortal.

¿Y todo esto para qué?

Un Rey de la descendencia de David acababa de nacer.

Y ese rey poderoso y vengador se iba á levantar delante de él, y á espulsarle de su trono como á un leproso inmundo.

Esto pensaba Herodes midiendo á grandes pasos su cámara.

El sanguinario idumeo tenia miedo, y ese miedo fué su verdugo en los últimos años de su vida.

—¡Oh! ¡No será!... exclamó con reconcentrado furor, deteniéndose delante de la corona, cuyas hojas brillaban á los rayos claros de la luz que despedia la lámpara. ¡Tú serás mia, y solo mia, hasta mi última hora!... Y si es preciso para eso sacrificar á la raza israelita, yo armaré mis legiones, mis lanzas tracias, mis valientes germanos; mis nobles aliados saldrán de Jerusalen, y las trompetas de degüello anunciarán su último instante.

Sí, yo os esterminaré como Nabucodonosor: ni los muertos del valle de Josafat se han de librar de mi furor; dicen que el mar Muerto se formó sobre las ruinas de Sodoma y Gomorra con la lluvia de azufre y fuego que el cielo indignado lanzó sobre ellas; pues bien, la arenosa Palestina con la sangre de sus soñadores hijos se convertirá antes de mucho en otro mar que denominarán los venideros con el nombre de mar de sangre.

Y Herodes, como si hubiera agotado las últimas fuerzas de su enfermizo espíritu, se dejó caer desplomado sobre un almohadon, contraido el semblante y tembloroso el cuerpo.

De esta abatida situacion vino á sacarle su esclavo Cingo.

—Los estranjeros esperan, dijo con su habitual laconismo.

—¿Vienen solos?... Preguntó el idumeo girando en torno suyo los recelosos ojos.

—Así lo has mandado. Tu órden es ley para mí, respondió el esclavo.

—Tú eres bueno, Cingo amigo... Tú amas á tu señor, y tu señor no ha de olvidar en su última hora, que no está lejana, lo que te debe.

—Mi vida es tuya: dime que muera y me verás expirar sereno á tus plantas.

El rey estendió una mano á Cingo que éste besó con respeto.

Era tal vez el único sér que le amaba en Palestina.

—¿Qué respondo á los caldeos? Volvió á decir el esclavo despues de una ligera pausa.

Herodes se deslizó de su cama y fué á colocarse delante de un espejo, y cogiendo una redoma y una esponja, comenzó á teñirse los cabellos y la barba, que adquirieron instantáneamente una brillantez y un negro admirable. (1)

—Esos caldeos podrian despreciarme viendo mis canas; porque los viejos son débiles... Es preciso engañarles, ¿no es verdad, Cingo?

El esclavo se inclinó.

Cuando el idumeo vió terminado su tocador, una sonrisa de satisfaccion asomó á sus labios.

—Ahora soy otro hombre... Que entren, pero que entren solos, sin sus soldados, ¿lo oyes? Ellos solos.

Cingo salió.

Herodes, procurando sereñar su semblante despues de ceñirse la corona y colocar sobre sus hombros un rico y lujoso manto romano, fue á sentarse en uno de los divanes tomando una actitud noble, majestuosa.

Cuando los tres Magos aparecieron en la puerta de la cámara, Herodes era otro hombre del que acababa de verse solo con su conciencia.

(1) Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, libro I, capítulo XVIII.

Antes de hablarles les estuvo observando con detenimiento como si quisiera leer en sus corazones.

Los Magos, que con los brazos cruzados sobre el pecho habian saludado al señor de Jerusalen, esperaban sus órdenes junto á la puerta, inmóviles y silenciosos.

Cingo leia en los ojos de su amo, y fué á ocultarse con algunos compañeros de su esclavitud entre los anchos pliegues de las colgaduras de la puerta.

Allí esperaba con la mano puesta en la empuñadura de su puñal una órden de su amo.

Herodes por fin se dirijió á los Magos diciendo con pausado y melífluo acento:

—Pasad y sentaos, ilustres estranjeros.

Los peregrinos de la estrella obedecieron *al rey de Jerusalen.*

LIBRO CUARTO.

CAMINO DE EGIPTO.

13. Un ángel del Señor apareció en sueños á José y le dijo: levántate y toma al Niño y á su Madre, y huye á Egipto y estáte allí hasta que yo te diga; porque ha de acontecer que Herodes busque al Niño para matarle.

14. Levantóse José, tomó al Niño y á su Madre, de noche, y se retiró á Egipto.

15. Y permaneció allí hasta la muerte de Herodes para que se cumpliese lo que habia hablado el Señor por el profeta Osaias que dice: de Egipto llamaré á mi Hijo.—(*Evangelio de* San Mateo, capítulo II.)

CAPITULO PRIMERO.

Los cuatro reyes.

El se informó minuciosamente, no del Niño, sino de la estrella.—(S. JUAN CRISÓSTOMO).

—Sabios de Iran que habeis llegado á mis tierras en busca de un Rey que acaba de nacer, yo os saludo. Dijo Herodes despues de contemplar un breve momento á los caldeos.

Los discípulos de Zoroastro, los gentiles adoradores del sol, se inclinaron respetuosamente, y Gaspar, el mas viejo de los tres, y conocedor de la lengua hebrea, dijo:

—La esperanza de encontrar á ese Rey, nos trae desde las orillas del Tígris á tu ciudad, que los dioses protejan;

pero nuestras esperanzas se desvanecieron como un sueño.

—No os comprendo, caldeos; respondió Herodes que con melosas palabras y hábiles giros queria saber cómo habian llegado aquellos reyes á sus tierras; pero siempre he admirado á los sabios de Persia. ¿Por qué, pues, no habeis venido á hospedaros en mi palacio que es el vuestro? ¿Por qué habeis levantado vuestras tiendas antes de verme, en los derruidos pórticos del Rey de los Cantares?

—Dios, el gran Peregrino del cielo, tiene su tienda en el sol: nosotros, mortales peregrinos de la tierra, hemos levantado nuestras tiendas junto al derruido palacio de David, porque de ese tronco ha de nacer el Salvador de Israel.

—¿Por ventura á los ilustres babilonios les interesa la suerte de un pueblo que no es el suyo?

—Lo que se anuncia á los hombres con signos del cielo, interesa á la humanidad entera.

—¿Se os ha anunciado á vosotros de ese modo?

—Balaan predijo una estrella que debia aparecer en la época del nacimiento de un Gran Rey, el cual estaba destinado á pasear su vencedor estandarte desde el Oriente al Ocaso.

—Pero esa estrella no la hemos visto en Judá: mis sabios nada me han dicho. ¿Cómo, pues, me esplicais una cosa tan estraña? ¿Cómo, pues, el Dios invisible de los hebreos, el verdadero Jehová, se anuncia en la tierra de los paganos, y no en la de sus fieles?

—Nadie puede esplicar á los incrédulos las misteriosas revelaciones del Creador del universo.

—La fé no falta á Herodes.

—Entonces cree que ese hermoso astro ha brotado en Oriente.

—¿Durante la noche?

—Noche y dia ha brillado sobre las cabezas de nuestros dromedarios, guiando con su misteriosa luz nuestros incier-

tos pasos, á través de la arenosa Palestina, desde Seleucia á Jerusalen.

—Enseñadme el punto del cielo en que se encuentra esa estrella, quiero verla.

—Es imposible: el hermoso astro nos ha abandonado al divisar los altos minaretes de tu ciudad.

—¿Y qué augurais vosotros de esa desaparicion?

—Que aquí ha nacido el Rey que buscamos.

—¿Y para qué quereis encontrarle con tanto empeño?

—Para depositar á sus plantas oro fino, recogido en las orillas de Nínive la grande, como á un príncipe; mirra como á hombre, é incienso como á Dios. Besar sus santos piés, rendirle vasallaje y adorarle como se merece un Anunciado de los cielos.

—Sabios caldeos, yo admiro vuestra ciencia, yo respeto vuestra fé. Nada es tan grande para Herodes sobre la tierra, despues de Dios, como un sabio... Ya que el destino os conduce por fortuna á mi palacio, perdonad si mi ignorancia os molesta pidiéndoos pormenores acerca de esa estrella que habeis seguido hasta Jerusalen.

Herodes, hábil, político, fingió aquella admiracion, aquel acatamiento á la ciencia, porque queria saber de los mismos Magos todo lo acaecido desde su salida de Seleucia.

Sagaz y astuto, procuró que no entendieran los régios estranjeros el sangriento plan que bullía en su cerebro.

Sabia que los reyes de Persia lo primero que aprendian en su infancia es á decir la verdad. (1)

La mentira se tiene como un oprobio, como una mancha hedionda que empaña la sangre y el blason de los caballeros.

Seguro Herodes de lo verídico del relato que iba á oir de

(1) Á los persas, desde la edad de cinco años á los veinte, solo se les enseñan tres cosas, á montar á caballo, á tirar al arco, y decir la verdad; porque lo mas vergonzoso para ellos es mentir, y despues de la mentira contraer deudas.

los caldeos, se propuso sacar armas para su plan de todos los pormenores.

Gaspar esplicó científicamente la ley invariable que rige á los globos celestes.

Le hizo comprender asímismo que el rumbo marcado por la estrella que habian seguido hasta allí, era estraño y sobrenatural.

Dijo que nunca en las regiones celestes se habia visto un astro de las dimensiones y brillantez de aquel que les tenia preocupados.

Herodes escuchó con profunda atencion las palabras de Gaspar.

Amable y zalamero, mas de una vez mostróse asombrado ante las profundas palabras de los reyes.

Mientras tanto los Magos nada sospechaban.

Como todos esos sabios que ilustran al mundo con sus luces, eran buenos é ingénuos, y en sus corazones nobles y generosos no daban cabida á la desconfianza y la malicia.

El idumeo les habia tendido un lazo, y satisfecha su curiosidad despidió á los reyes de un modo cortés y zalamero diciéndoles:

—*Id á informaros exactamente de ese Niño y cuando le habreis hallado, hacédmelo saber para que yo tambien vaya á adorarle* y celebrar un banquete de nacimiento á usanza de vuestro pais. (1)

Los Magos salieron del palacio de Herodes encantados del bondadoso carácter del protegido rey del capitolio.

Bajando la escalera, Gaspar dijo á sus compañeros:

—Si el rastro de sangre humana que enrojece la tierra de Israel no le hiciera un asesino despreciable, creería que este hombre no es lo que dicen.

(1) Los persas celebran el dia de su nacimiento de un modo estraño: despues de abundantes manjares, los ricos se hacen servir un caballo, un buey, un camello ó un asno enteros asados en un horno.—(Herodoto).

Apenas los persas habian abandonado la cámara del rey de Judá, abrióse una puerta, y apartando una mano invisible las colgaduras que la cubrian, asomó por ella una cabeza cubierta de blondos y suaves cabellos negros, cuyo risueño y espresivo semblante contrastaba con la torva y taciturna faz del rey tributario.

El nuevo personaje que así se introducia sin anunciarse en el dormitorio del verdugo de Mariamme, era un niño de doce á catorce años, de altivo y hermoso semblante.

El traje romano que vestia sentaba perfectamente á su esbelto talle.

A pesar de sus pocos años, colgaba el arco de su brazo, la aljaba de sus espaldas, y la espada corta de su cintura.

La toga *pretesta* (1) guarnecida de púrpura caia con majestad sobre el cuerpo del adolescente, dejando adivinar bajo sus anchos pliegues la naciente musculatura de un atleta.

Su frente era altiva, su mirada serena y majestuosa, y á través de la fina epidérmis de su rostro veíanse las azuladas venas por donde circulaba su sangre real.

Este niño se llamaba Achiab y era uno de los innumerables nietos de Herodes.

En la familia se llamaba *el Favorito*; se habia educado en Roma con la esplendidez de un príncipe, á espensas de su abuelo, que le amaba de un modo indecible, avivando con este cariño los celos de sus hijos, y en particular de Archelao, padre de Achiab.

(1) En Roma los jóvenes, hasta la edad de diez y siete años, no se quitaban la *toga pretesta*; pero al cumplirlos se ponian la *viril*, enteramente blanca, saliendo de la vigilancia de sus *superiores*.

CAPITULO II.

Achiab.

Herodes el Grande tuvo nueve mujeres, veinte hijos y un número mas considerable aun de nietos.

Doris fué repudiada y desterrada de Jerusalen, donde solo podia entrar en los dias festivos por Mariamme.

Sucesivamente les cupo la misma fortuna á Maltaca, Palada, Olimpiada, Fedra, Elpide, Roxana, Salomé y otras dos cuyos nombres no recordamos.

Estas esposas, arrojadas villanamente del palacio del monarca, llorarón en sus destierros la indiferencia del bárbaro idumeo, estrechando á sus hijos contra sus pechos heridos por el dardo cruel de la infidelidad de su esposo.

Un dia las lágrimas se agotaron, y el deseo de venganza

brotó robusto y animoso en los pechos mujeriles de aquellas ex-reinas postergadas.

Aquellos ojos enrojecidos por el llanto, buscaron con codicia una corona para sus hijos: vieron la de Herodes, á la que todas tenian un derecho, y entonces con las manos, crispadas aun por la rabia, comenzaron á acariciar el puñal ó la pócima que debia vengarlas y exterminar al tirano.

Herodes vió el peligro que le amenazaba; tuvo miedo á su numerosa familia; vió cien puñales sobre su cabeza prontos á descargar el golpe fatal, y se dijo:

—Matemos: los muertos no se vengan.

Sin embargo, era preciso buscar un pretesto para disculparse á los ojos de César, su aliado, y de Israel, su esclava.

Entre las princesas repudiadas, Mariamme era la mas temible por su claro talento y su deslumbrante belleza.

Mariamme fué acusada de haber mandado un retrato á Marco Antonio, con quien se la supuso en relaciones amorosas, y fué muerta.

Poco despues su hijo Alejandro, el mas querido de el pueblo hebreo, el mas á propósito para ceñirse la corona, sufrió la misma suerte de su madre.

La sangre derramada comenzó á espantar los sueños del verdugo de Israel; la desconfianza se encarnó en su alma, y solo se rodeaba de esclavos fieles, á los que enriquecia su miedo.

Tres eunucos que no se apartaban nunca del lado del rey, llegaron á ser sus favoritos.

Siloe su copero, Ratt que cuidaba de su comida, y Fararax (1) de su cama.

La familia de Herodes vió que aquellos tres servidores formaban un muro impenetrable ante el cuerpo del tirano, y los compró.

(1) Este eunuco dormia abrazado á Herodes cuando los terribles miedos le asaltaban durante la noche.

Cingo descubrió esta venta la misma noche que estaba destinada como la última de su señor.

Los eunucos sufrieron el tormento y declararon la conspiracion. Alejandro, hijo de Mariamme, era el jefe, y murió con sus cómplices.

Mas tarde, como verá el lector en el trascurso de este libro, cayeron bajo el filo del cuchillo sangriento de Herodes seis hijos mas.

El tirano quiso ahogar el grito incesante de su conciencia, que le recordaba su crueldad para con sus hijos, prodigando toda clase de cuidados á sus nietos.

Muchas veces, en la prolongada agonía de sus últimos años, hizo que aquellos niños que su mano habia dejado huérfanos rodearan su lecho, y se entretenia en disponer los matrimonios de aquellos infantes para mas adelante.

Entre sus nietos, el favorito era Achiab, hijo de Archelao, á quien destinaba la corona de Jerusalen.

Solo siete personas rodeaban al rey: Salomé su hermana; Alejo, su cuñado; Cingo, su esclavo; Verutidio, general legionario: Archelao su hijo, y Ptolomeo, viejo guardasellos.

Despues de estos, todos los habitantes de Israel eran tenidos como enemigos, si se esceptúan los soldados mercenarios y los viles herodianos.

Para Herodes la vida era un sueño de muerte.

El último de los súbditos era mas feliz que su señor.

Hechas estas aclaraciones, volvamos á encontrar á Achiab en el momento que penetra en la cámara del rey.

—Gracias á Marte que te dejan solo, querido abuelito; dijo el mancebo entrando precipitadamente en la habitacion.

Herodes volvió la cabeza, y al ver á su nieto apareció una sonrisa en sus lábios.

—¿Cómo me encuentras? Le preguntó con aturdimiento el niño, dando una vuelta en redondo para que le viera mejor.

—Estás hecho un capitan del César. ¿Pero á qué vienen esos aprestos militares en tiempo de paz? ¿Por qué abandonas tu lecho antes de que el sol salude con sus rayos las tumbas del valle de Josafat?

—Si me prometes no enfadarte conmigo voy á decírtelo.

Y el jóven se detuvo, temeroso de que su abuelo le reprendiera por lo que iba á revelar.

—Habla y nada temas, Achiab: ya sabes que soy harto condescendiente contigo.

—Pues bien, señor: Cingo, tu esclavo favorito, es muy amigo mio desde que tú le nombraste mi maestro, y yo te lo agradezco, porque Ptolomeo, el viejo guarda-sellos de tu corona, maldito lo que me enseñaba: uraño y regañon jamás clavaba una saeta en el blanco, nunca puede desarmar á un esclavo, y siempre que ha prentendido montar tu yegua siriaca, el ardiente animal lo ha arrojado por las orejas. Díme, abuelito, ¿cuándo teníais guerra, era valiente Ptolomeo?

Herodes, el feroz verdugo de Belen, era débil ante aquel niño como Sanson á los piés de Dalila.

—Ptolomeo es un servidor fiel, y te prohibo que le quieras mal, le respondió con dulzura Herodes.

—Pues entonces dejemos á tu guarda-sello. Hoy no quiero que te enfades conmigo; y volviéndote á hablar de Cingo, el cual viendo ayer que clavaba cuatro flechas seguidas en el blanco, exclamó dando una patada en el suelo. «¡Por vida de Júpiter Olímpico, príncipe mio, que de todo corazon siento dejarte ahora que con tanta rapidez adelantas en el ejercicio de las armas!

—¡Que me dejas! le dije.

—Mañana nos trasladamos á Jericó; y los dioses solo saben cómo encontraré á mi discípulo cuando regrese á Jerusalen.

—¿Por qué no me llevas contigo? Volví á decirle.

—Príncipe Achiab, Cingo no es mas que un esclavo, me

respondió: tu abuelo es mi rey: pídele su vénia, que yo estaré muy contento si te veo cabalgar á mi lado.»—Siguiendo, pues, sus consejos y mis deseos vengo á decirte:—Abuelo, yo quiero acompañarte á Jericó: ¿verdad, que tú tambien quieres que te acompañe Achiab?

—Es preciso que tu padre Archelao lo consienta.

—¡Ah! pues entonces de seguro no voy... Pero tú eres el rey: aquí todos te prestan obediencia ¿quién osará contradecir una órden tuya?

Herodes, que como todos los aduladores era débil ante la adulacion, cogiendo cariñosamente á su nieto Achiab por la barba le dijo:

—Vendrás.

El niño dió un salto, y colgándose de los hombros de su abuelo, y cubriendo de besos aquellas barbas canas que hacian temblar á los hebreos, exclamó con infantil entusiasmo:

—Tú eres bueno, rey y señor, muy bueno para conmigo; pero yo te prometo ser un muchacho obediente y aplicado.

Archelao, hijo de Herodes, entró en este momento en la cámara real.

Traia triste la faz y la mirada inquieta.

Su hijo Achiab perdió la alegría á la vista de su padre.

—Señor, dijo Archelao con voz agitada dirigiéndose á Herodes; desde la torre de Hipicos al valle de Josafat, desde la puerta de Efrain al templo de Sion se ha levantado una voz de alarma, producida por la llegada de unos reyes estranjeros que vienen en busca del Rey de Judá que acaba de nacer. Padre, quién es ese rey que viene á usarparnos la corona?

Herodes, que se estremecía á cada palabra que pronunciaba su hijo, procuró dominarse diciendo:

—Nada temas, Archelao: los sueños de los judíos deben inspirar desprecio á los herederos de Herodes; y luego dirigiéndole la palabra á su nieto, continuó: Achiab, corre

decirle á mi esclavo Cingo que deseo partir al instante: tu me acompañarás.

Achiab besó la mano de su abuelo y salió de la cámara saltando de alegría.

Cuando Archelao y Herodes se quedaron solos, éste dijo á su hijo bajando la voz:

—Tú, hijo mio, te quedas en Jerusalen; yo parto á Jericó á hacer los aprestos de un viaje á Roma, donde tus rebeldes hermanos me acusan; pero antes de partir, escucha bien lo que voy á decirte, y no olvides que de el cumplimiento exacto de mis órdenes depende que esta corona que descansa sobre mis sienes pase mañana á tu cabeza.

Esos sabios caldeos que han sembrado la alarma en nuestra ciudad, tornarán á darme noticia de ese Rey que buscan. Entonces te apoderarás de ellos y me los mandas á Jericó presos entre dos muros de lanzas.

—Serás obedecido, contestó con gozo Archelao, en cuyas venas ardía la podrida sangre de su padre. Mientras tanto duerme tranquilo: tú reinarás en Galilea aunque sea preciso para ello llenar el Cedron de sangre humana.

Herodes, asomándose á la ventana por la que comenzaban á entrar los rayos del sol naciente, agitó un pañuelo, y al instante resonó en la plaza el toque de las trompetas.

Despues, cogiendo la varita de metal, volvió á arrancar de la plancha de acero tres sonidos vibrantes.

Salomé, Alejo y Verutidio se presentaron en la puerta.

—¿Y los médicos? Preguntó Herodes á su hermano.

Esperan en la plaza y te acompañarán á Jericó.

—¿Pero qué te han dicho?

—Como siempre, te aconsejan los baños templados de Calliore.

—¡Bah! Los médicos siempre acaban por lo mismo: cuando se ven perdidos entregan el cuerpo en brazos de la naturaleza. Vamos.

Y salieron de la cámara.

Verutidio, el general romano, iba delante.

Herodes, apoyado del brazo de su hermana y de Alejo, bajaba en pos la ancha escalera de palacio.

Detrás, grave y cejijunto, seguia el guarda-sello del palacio, Ptolomeo.

Cuando llegó á los pórticos, una riquísima litera le esperaba.

Cingo abrió la portezuela, y puso una rodilla para servir de estribo á su señor.

A su lado se hallaba Achiab montado en una gallarda yegua de raza siriaca.

Un grito de *¡viva el rey!* resonó en la plaza.

Herodes, despues de saludar con una sonrisa á su nieto y con el pañuelo á sus soldados, dijo á su esclavo Cingo:

—A Jericó.

—A Jericó, repitió Cingo al guarda-sello, el cual trasmitió la misma órden á un centurion romano.

Entonces Salomé subió en otra litera con su esclava favorita.

Alejo montó un fogoso caballo, y fué á colocarse á la derecha de la litera de Herodes.

Poco despues el tirano de Judá salia por la puerta Doria rodeado de sus lanzas mercenarias, y tomando el camino de Bethanía se encaminó hácia las orillas del Jordan en busca de su ciudad favorita.

Dejemos al idumeo proseguir su camino abismado en sus sangrientos planes, y volvamos á encontrar á los peregrinos de Oriente, á los sabios de Seleucia.

CAPITULO III.

La adoracion de los Magos.

Cuando los peregrinos persas salieron del palacio de Herodes, el dia se hallaba indeciso en los celajes de Oriente.

Inmediatamente mandaron levantar tiendas, y con la esperanza en el corazon abandonaron la capital de la Judea, saliendo por la puerta de Damasco, mientras que la cabalgata de Herodes se encaminaba á Jericó por la puerta Doria.

Dos horas de marcha llevaban los caldeos, cruzando valles y trepando empinados desfiladeros, ya el sol en toda su plenitud, lanzaba sobre la tierra de Palestina la vivificante y clara luz de sus rayos, cuando se detuvieron junto á una

cisterna (que hoy aun existe conocida con el nombre de *la cisterna de los Magos*), dejando beber á sus dromedarios de sus frescas y trasparentes aguas.

De repente, y cuando mas distraidos se hallaban, aparece en el cénit un astro luminoso que desciende como una exhalacion sobre sus cabezas.

Los viajeros, sin poderse contener, hacen un movimiento de terror, y cierran los ojos, creyendo que un rayo caia sobre ellos para esterminarlos.

Pero el fuego del cielo no llega á la tierra, quedándose suspendido en el espacio, á corta distancia de sus cabezas, les envia las cambiantes irradiaciones de sus hermosos rayos, que esmaltan cuanto tocan con sus brilladoras chispas.

—¡La estrella, la estrella! Repiten con loco entusiasmo los esclavos y soldados de la caravana.

—¡La estrella! ¡Nuestra estrella! exclamaron con gozo los reyes, elevando los brazos al cielo con religioso ademan.

—¡Prodigio de los cielos! Misteriosa revelacion de un Dios, que no hemos adorado los discípulos de Zoroastro, exclamó Gaspar con fervoroso acento, guíanos hasta la cuna de tu Santo Hijo, y yo besaré sus piés y adoraré su cuerpo)

Entonces la estrella, como si hubiera esperado las palabras del rey idólatra para emprender su marcha, comenzó á deslizarse por el espacio. Los reyes la siguieron.

Dejando la tierra á sus dromedarios fijos sus ojos en la hermosa estrella, caminaron dos horas mas entre barrancos y precipicios sin ocuparse del peligro que les amenazaba á cada paso.

Por fin el divino astro se detuvo encima de una ciudad pequeña que descansaba en la cima de una colina.

Aquella ciudad era Belen de Judá, patria inmortal, cuna santificada del Redentor del hombre.

Los reyes se disponian á entrar en Belen, cuando la estrella, como si se hubiera desprendido de la mano misterio-

sa que le sujetaba en el espacio, cayó del cielo y fué á colocarse sobre la desmoronada y ruinosa puerta de un establo.

Los reyes creian encontrar en un palacio al Mesias; pero aunque les asombró el sitio miserable que la mensajera del cielo elegia para detener su paso, echaron pié á tierra, y haciéndose descalzar las sandalias por sus esclavos, llenaron sus frentes con el polvo del pobre umbral y entraron en el establo.

El Niño Dios se hallaba tendido sobre su humilde lecho de paja; su Santa Madre, á su lado, contemplaba con dulce veneracion á la prenda de su amor.

El astro de los cielos la enviaba sus hermosos rayos, que caian como un arroyo de luz sobre la Madre y el Hijo.

Los reyes avanzaron hasta el pié del pesebre con profundo respeto.

Grande era la fé que les animaba cuando doblando la rodilla fueron á besar con respeto los pequeños piés de aquel Niño pobre y abandonado que habia nacido en un establo.

Los poderosos reyes de Seleucia y Oriente, á cuya voz doblaban la cabeza sus leales esclavos; los idólatras babilonios, los sabios de Persia, rendian vasallaje ante el Niño de un pobre carpintero de Nazareth. ¡No era esto un sueño del *Gimnastan*, mas inverosímil, mas estraño que la existencia fabulosa de esa raza de *Dives* y *Peris*, de esos gigantes que habitaban una ciudad formada de un solo diamante, y que las caprichosas hadas del *Cáucaso* y del mar *Caspio* convertian en torrentes de cambiantes colores y en mares de luz brilladora con solo tocarla con su varita misteriosa?

¡Postrarse ante el Hijo de un pobre jornalero tres poderosos reyes de Oriente, en el tiempo de la *venida de Jesucristo*, era tan inverosímil, tan portentoso, como desaguar el Océano á fuerza de brazos, y convertir el desierto de Zahara en un verjel frondoso de las orillas del Eufrates!

Solo Dios podria llevar á cabo tan portentosa trasformacion.

Solo el hijo de Dios pudo conducir junto á su cuna con los piés descalzos y el polvo en la frente, á Gaspar, Melchor y Baltasar

Puestos de hinojos ante Jesus los poderosos reyes, adoraron al recien nacido como los príncipes de Oriente adoraban entonces á sus dioses y á sus príncipes.

Abrieron los ricos cofrecitos que traian, y sacaron para depositar á los piés del Mesías oro puro de Nívine la grande y perfumes árabes del *Yemen*.

El sacrificio de la sangre comenzó á abolirse por los mismos paganos que lo veneraban.

La blanca becerra, el inocente corderillo, no doblaban su humilde cuello ante el cuchillo del sacrificador, ni dirigian su dulce y dolorosa mirada al tiempo de espirar hácia el Dios que les quitaba la vida.

Jesus, desde la cuna, desterraba de la Sinagoga la sangre y las víctimas.

El Dios del perdon, de la caridad, de la tolerancia, nacía entre los hombres para sacrificarse por ellos.

Solo una víctima reclamaba la humanidad estraviada, para librarse de su infalible perdicion; esa víctima descendió de los cielos para salvar al mundo.

La civilizacion cristiana, el derecho de gentes, la libertad del hombre, nacieron en un establo.

Por inspiracion divina, tres reyes bárbaros pusieron su piedra fundamental.

Los idólatras caldeos dieron el primer paso sin podérselo esplicar ellos mismos, al ofrecer como tributo de su vasallaje al Hijo de María, oro como príncipe de la tierra, mirra como hombre, incienso como á Dios.

María contemplaba con gozo indefinible aquella adoracion que los poderosos reyes de Asia tributaban á su hermoso Hijo.

Madre enamorada, derramaba dulces y agradecidas lágrimas ante aquellos nobles estranjeros que desde tan apar-

tados climas venian á besar los pequeños piés de su adorado Hijo.

José no se hallaba en el establo cuando tuvo lugar la adoracion de los reyes Magos.

¡Con cuánto gozo hubiera contemplado aquella escena tierna y asombrosa el casto y sencillo carpintero de Nazareth!

Pero el Eterno lo habia dispuesto así.

Su presencia en aquel sitio, tal vez hubiera sembrado la duda en el corazon de los reales peregrinos.

Gaspar y sus compañeros eran hombres de ciencia, y poseian el hebreo; y despues de adorar al Niño y ofrecer su respeto y valer á su Santa Madre, salieron del establo, caminando de espaldas hácia la puerta, y montando en sus dromedarios se pusieron en marcha.

Antes de la salida de los Magos, un árabe entrado en años y un jóven hebreo, confundidos entre los esclavos de los caldeos, se habian introducido en el santo establo.

Durante la adoracion no apartaron los ojos de la misteriosa estrella, que suspendida de las bóvedas de la cueva, lanzaba sus radiantes rayos sobre el pesebre en que dormia el niño Dios.

Apenas los reyes abandonaron la caverna, el árabe se encaminó hácia el lecho de Jesus, y doblando una rodilla y cruzando los brazos sobre su pecho con veneracion, besó la paja que servia de lecho, murmurando estas palabras en voz baja:

—Tú eres el Mesías prometido... Tú eres mi Dios. Tu nombre glorioso se grabará en mi corazon eternamente y en el de mis hijos y en el de los hijos de mis hijos.

Y luego salió del establo del mismo modo que lo habian hecho los reyes Magos.

El jóven hebreo hizo lo mismo que el árabe: entró, se arrodilló, y besó la paja del pesebre.

Despues salió de la cueva murmurando estas palabras:

—El Mesías ha nacido; Jehová se ha apiadado por fin de los descendientes de Jacob; yo creo en Él, yo le adoraré mientras viva.

El árabe se encaminó hácia Jerusalen abismado en sus reflexiones.

El hebreo con la fisonomía rebosando felicidad, dirigióse hácia el monte Carmelo.

El árabe era Hassaf, el caravanero de Egipto.

El hebreo, Agabús, el pretendiente de María, el misterioso personaje de la fuente de Elías.

Mientras tanto los reyes Magos, fieles á su palabra, dirigieron la cabeza de sus dromedarios hácia Jericó, con el objeto de revelarle á Herodes todo lo que les habia acontecido.

Dios, que lee en el cerrado libro del corazon humano, vió la fé sencilla, la honradez de los caldeos, y la miserable hipocresía del tirano de Judá, y quiso salvar del peligro que les amenazaba á los primeros, mandándoles un emisario misterioso que les enteró de los sangrientos planes del rey de Jerusalen.

Esta revelacion fué hecha en sueños segun el Evangelio, y al dia siguiente *los discípulos de Zoroastro dieron gracias á Aquel cuya tienda está en el sol*, y en vez de tomar las playas infecundas del *lago Maldito* para encontrar el Jordan, hicieron torcer el rumbo á sus dromedarios hácia el Gran Mar, y cruzando las perfumadas llanuras que besa con sus frescos lábios el *Ben-buier*, se dirigieron confiando en Dios á las riberas pintorescas de la Siria.

Para terminar el cuadro de los reyes Magos, cuya importante mision junto á la cuna de Cristo es de tanta monta para el cristianismo, acabaremos este capítulo dando á conocer á nuestros lectores algunos datos que sobre el fin de los ilustres peregrinos hemos podido adquirir.

Santo Tomás apóstol pasó á la India á predicar el Evangelio, y los reyes caldeos que con esta mision recorrian el

mundo hacia algunos años, recibieron el bautismo de manos del discípulo de Jesucristo.

Mas tarde, llenos de fé, instruyendo en los misterios santos de la nueva ley á los moradores indómitos de los bosques de la India, Gaspar y Baltasar sufrieron el martirio, muriendo á manos de una horda de feroces y descreidos idólatras.

Melchor, el mas jóven de los tres, el que nos han representado las Escrituras *de color negro ú oscuro*, librándose de la muerte, se encaminó á la India Oriental, su patria, y fué á refugiarse en la ciudad de Cangranora.

Una vez allí, con sus riquezas fundó la ciudad de Caleencio, y lleno de fé cristiana el corazon, erigió un templo soberbio en honor y gloria de la Vírgen María, y su glorioso Hijo.

Desde entonces los calencios se consagraron al culto y la piedad de Maria, aumentando de dia en dia con la influencia de Melchor el respeto y veneracion hácia la Reina de los cielos.

Culto que de generacion en generacion, y siempre en aumento, se ha trasmitido hasta el siglo actual para que en todo se cumplieran las profecías de los libros sagrados, que dicen: *que del Oriente habia de nacer la verdadera fé del Mesias anunciado por los profetas.*

CAPITULO IV.

El anciano y la profetisa.

Y luego que fueren cumplidos los dias de su purificacion por hijo ó por hija, llevará un cordero de un año para holocausto y un pichon ó una tórtola por el pecado.—(EL LEVÍTICO, Cap. XII, versículo VI.)

La ley de Moisés prescribia á la mujer hebrea la purificacion en el templo cuarenta dias despues del parto.

María, para cumplir con la ley, abandonó la ciudad de David y se trasladó á Jerusalen.

La Vírgen con el niño Jesus en brazos y acompañada de su esposo, llegó á las gradas del templo.

La nazarena era pobre, y solo podia ofrecer al sacrificio una humilde tórtola.

La Santa Familia esperaba bajo los altos pórticos de la

sinagoga la hora del rescate de su Primogénito, cuando un anciano venerable, á quien el Evangelio llama *Simeon el hombre justo,* abriéndose paso entre la gente, llegó hasta donde estaban los Esposos, y despues de arrodillarse á sus pies, tomó el niño Jesus en brazos, y elevándolo á la altura de su rostro, exclamó con indefinible gozo:

—*Ahora es cuando Vos, Señor, dejareis morir en paz á vuestro siervo; pues que mis ojos han visto al Salvador que Vos nos habeis dado y á quien destinais para estar expuesto á la vista de todos los pueblos, como la luz de las naciones y la gloria de Israel.*

Los Santos Esposos escucharon absortos las palabras proféticas del anciano Simeon, que con los ojos arrasados en lágrimas permaneció estático contemplando el candoroso semblante del niño Dios.

—¡Oh Madre feliz! Prosiguió el anciano despues de una pausa, tu Hijo Santo será el sol resplandeciente que espante las tinieblas de Israel. Objeto de gloria para unos, motivo de perdicion para otros, su santo nombre será el alimento del débil, el temor del fuerte; y Tú que le llevaste en tu seno, verás traspasada tu alma maternal por la acerada punta de cien espadas.

Cada vez mas admirada María de las palabras del anciano, le miraba sin desplegar los labios, como si á través de sus misteriosas palabras viera el doloroso porvenir que los cielos le destinaban.

Habia entonces en Jerusalen una mujer entrada en años llamada Ana (1) la Profetisa.

Esta virtuosa viuda pasaba la vida entre la penitencia, el ayuno y la oracion; vivia contínuamente en el templo, y era respetada por los judíos por su saber, como uno de sus sacerdotes, como uno de sus profetas.

Ana llegó al templo en ocasion en que el niño Jesus se hallaba aun en los brazos del anciano.

(1) Ana la Profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser.

La profetisa detiene su paso ante Simeon. Su rostro se inmuta, su corazon se conmueve de gozo dentro de su pecho, y exclama absorta de lo que siente:

—¡Qué es esto, Dios invisible!...

Entonces sus ojos se fijan en Jesus... Un grito de gozo se escapa de su boca, y cayendo postrada á los piés de María dice extendiendo sus brazos:

—Tú eres la Madre del Mesías: deja que bese las plantas de tu Santo Hijo.

Los jerosolimitanos, que respetaban el saber de Ana, fueron agrupándose en torno suyo, ansiosos de oir las palabras de gozo que la vista de aquel tierno Niño le arrancaba.

—¡Oh pueblo de Israel! exclamaba la inspirada mujer derramando lágrimas de gozo y elevando sus ojos al cielo. ¡Oh pueblo de Israel!... Venturosos descendientes de Abraham y de Jacob... Ya sobre la tierra afortunada de Judá ha descendido el Dios fuerte, el Dios poderoso que ha de llevar vuestro estandarte glorioso por todo Oriente. Miradle... Este es... El vaso humano que contemplan vuestros felices ojos, encierra el Sér inmortal y poderoso de Jehová. Sembrad flores y palmas ante el paso de su Santa Madre... elevad cánticos de Hossanna... por la gloria del Hijo... ¡Corred, piadosas mujeres, justos arconitas, sabios sacerdotes, poderosos escribas, esparcid tan fausta nueva por los dilatados confines de Palestina!... ¡Hijos de Jerusalen, engalanaos como en la fiesta de los *ázimos*, cantad como en la fiesta de los *Tabernáculos*, derramad óleos y esencias como en las bodas de los príncipes: porque aun todo eso y cuanto hagais en honor de su anhelado advenimiento, será pobre y mezquino para obsequiar al Mesías Salvador de nuestra oprimida raza!

Y Ana, la inspirada profetisa, la virtuosa viuda, abandonando el templo de Sion, comenzó á correr por las calles de la ciudad sacerdotal pregonando la venida del Mesías, el nacimiento de Dios.

Las mujeres y los ancianos que se hallaban en las gradas del templo, absortos ante las palabras de Ana, se apresuraron á besar el humilde y tosco manto de la Vírgen María que no hallando frases su lengua para demostrarles su gozo maternal, un mar de perlas preciosas se deslizan por sus frescas y sonrosadas mejillas, y les paga con una sonrisa de dulcísima bondad su respetuoso acatamiento.

« No solamente (dice San Ambrosio) los ángeles, los pro-
» fetas y los pastores publican el nacimiento del Salvador del
» mundo, si que tambien los justos y los ancianos de Israel
» hacen brillar esta verdad.

» Uno y otro sexo, jóvenes y viejos, autorizan esta creen-
» cia, confirmada con santos milagros.

» Una vírgen concibe, una mujer estéril pare, Elisabet
» profetiza, el Mago adora, y una viuda confiesa este suce-
» so maravilloso, y el justo lo espera. »

La hora de presentar al Niño en *la sala de los Primogénitos* sonó, y José, dejando á su santa Esposa en los átrios del templo, entró en la casa de Dios con su Hijo en brazos.

Pero ¡ay! Allí Jesus fué tratado como el último de los hebreos.

El sacerdote que recibió la ofrenda de manos del padre, ni siquiera se dignó dedicarle una mirada al Dios-Niño.

El judío avariento y mal sacerdote miraba con desprecio el pobre don que el honrado carpintero venia á ofrecer ante el altar de los holacaustos.

La sed de oro endurecía el corazon de la mayor parte de los rabinos de aquella época gloriosa é inmortal. Jesus era pobre, y por consiguiente, fué mirado como *basura del mundo.*

El egoista sacrificador recibió de manos de José las inocentes aves destinadas por el levítico, murmurando palabras groseras é intempestivas, á las que el glorioso Patriarca cerró los oidos, preguntándose á sí mismo por qué aquel hombre pretendia humillarle tan duramente, cuando á po-

cos pasos de allí, á la entrada del Templo, su glorioso Hijo habia sido la admiracion de los que le rodearon.

Segun Josefo en sus *Antigüedades judáicas*, y Besnage en su *Historia de los judíos*, el lujo y la avaricia de los príncipes de los sacerdotes de Jerusalen era inconcebible.

Los pontífices enviaban á sus satélites por los campos á arrebatar los diezmos: esto reducia á los simples sacerdotes á vivir pobremente sin otro alimento que higos y nueces, y sin embargo, sus labios no podian producir una queja, porque entonces á los pobres y desatendidos levitas se les acusaba de insubordinacion y eran entregados á los romanos.

El gobernador Félix encerró un dia cuarenta en una cárcel, solo por complacer á los príncipes de la Sinagoga.

Otra bajeza, otra úlcera moral se habia encarnado en el corazon de los judíos, mas repugnante, mas despreciable si se quiere que la avaricia: la venganza. *Aquel que no alimente su ódio y no se venge, es indigno del título de rabino.*

Esta máxima horrible y cruel la practicaban con una escrupulosidad criminal.

La venida de Cristo al mundo era una necesidad, porque la ruina, el caos estaban próximos.

Jesus fué el Salvador del hombre, la antorcha divina que vino á derramar los claros rayos de su luz sobre las espesas tinieblas que envolvian á la sociedad.

El inmortal Balmes lo ha dicho; nosotros lo repetimos con él:

«Sombrío cuadro (1), por cierto, presentaba la sociedad «en cuyo centro nació el Cristianismo. Cubierta de bellas «apariencias, y herida en su corazon con enfermedad de «muerte, ofrecia la imágen de la corrupcion mas asque«rosa, velada con el brillante ropaje de la ostentacion y de «la opulencia.

«La moral sin base, las costumbres sin pudor, sin freno

(1) *El Protestantismo y el Catolicismo.*

«las pasiones, las leyes sin sancion, la religion sin Dios, flo-«taban las ideas á merced de las preocupaciones del fana-«tismo religioso y de las cavilaciones filosóficas.

«Era el hombre un hondo misterio para sí mismo, y ni «sabia estimar su dignidad, pues que consentia que se le re-«bajase al nivel de los brutos.

. . . . . .

«Mientras una gran parte del linage humano gemia en la «mas abyecta esclavitud, se ensalzaban con tanta facilidad «los héroes y hasta los mas detestables mónstruos sobre las aras de los dioses.

. . . . . , .

«El Cristianismo apareció, y sin proclamar ninguna al-«teracion en las formas políticas, sin atentar contra ningun «gobierno, sin ingerirse en nada que fuese mundano y ter-«renal, llevó á los hombres una doble salud, llamándolos al «camino de una felicidad eterna, al paso que iba derraman-«do á manos llenas el único preservativo contra la disolu-«cion social, el gérmen de una regeneracion lenta y pacífica, «pero grande, inmensa, duradera á la prueba de los trastor-«nos de los siglos, y ese preservativo contra la disolucion so-«cial, ese gérmen de inestimables mejoras, era una ense-«ñanza elevada y pura derramada sobre todos los hombres «sin escepcion de edades, de sexos, de condiciones como una «lluvia benéfica que se desata en suaves raudales sobre una «campiña mústia y agostada.» . . . . . .

. . . . . .

José terminada la ceremonia prescrita por la ley salió del templo, y reuniéndose con su santa esposa abandonó la ciudad sacerdotal, y tomando el camino de Galilea se encaminó á Nazareth.

CAPITULO V.

El bosque hospitalario.

Muy corta fué la permanencia de los Santos Esposos en Galilea.

Simeon habia vaticinado á la gloriosa Madre que un puñal traspasaria su pecho; y escrito estaba en los cielos que las palabras del anciano debian cumplirse muy en breve.

El mes de Febrero se hallaba próximo á la mitad de su carrera, cuando una noche José se levantó azorado de su lecho.

La voz de Jehová habia interrumpido su tranquilo sueño.

Estas palabras misteriosas habian llegado á su oido: «Levántate y toma el Niño y á su Madre, y huye á Egipto

y permanece allí hasta que yo te avise sobre tu vuelta, porque Herodes va en busca del Niño, con intencion de matarle».

Aun el eco misterioso de la divina revelacion zumbaba en los oidos de José, cuando precipitadamente llegó á la puerta del dormitorio de su Esposa y le dijo con agitado acento:

—María, despierta y deja tu lecho, coje en tus brazos al inocente Niño, y disponte á emprender un viaje largo y penoso.

María, que se hallaba junto á la cuna de su Hijo, corrió á abrir la puerta sobresaltada.

—¿Partir de Nazareht? preguntó la Vírgen. ¿Y á donde?

—A Egipto: Dios nos lo ordena; Herodes busca á nuestro Hijo para matarle.

María dió un grito y precipitándose sobre la cuna abrazó á Jesus como si en su seno se hallara mas seguro del puñal asesino el Hijo de sus entrañas.

El Niño despertó enviando una angelical sonrisa á su aterrada madre.

Esta sonrisa, cual el rayo de sol despues de la tormenta, tranquilizó el agitado espíritu de la Vírgen, y luego, volviéndose hácia el Patriarca que permanecia respetuosamente junto á la puerta, dijo:

—Entra, José, y no temas: Jesus sonríe, y su sonrisa es como el arco iris de la tarde que disipa las cargadas nubes.

—Dios nos ordena ejecutar lo que te he dicho, repuso el anciano.

—Partamos pues, y desde el cielo Jehová vele por nosotros durante el viaje, dijo María con santa resignacion.

Los esposos dispusieron precipitadamente lo mas necesario para el viaje.

Pero, ¡ay, eran tan pobres!... La Santa Vírgen colocó en un saco de lino algunos pañales y piezas de ropa indispensables, mientras que José, buscando en el cajon de una

mesa de pino sus pobres economías, las guardó cuidadosamente en una bolsa de cuero.

Luego entró en el establo y aparejó la hermosa pollina blanca que les habia conducido á Belen dos meses antes; colocando sobre sus pacientes lomos una cesta con víveres y un pellejo de agua, y abriendo sin ruido la puerta de su casa dejó bajo el emparrado al manso animal, y fué á avisar á su Esposa que todo estaba dispuesto.

La Trinidad de la tierra salió de Nazareth con las lágrimas en los ojos y el dolor en el corazon, cuando los astros de la noche se hallaban en la mitad de su misteriosa carrera.

El Angel les habia anunciado un gran peligro, pero no les habia dicho la manera de salvarlo.

De Nazareth á Egipto mediaba una distancia de ciento sesenta leguas.

¿Y despues, cómo atravesar el desierto con sus olas de de arena, sin mas cabalgadura que una modesta pollina?

Los árabes, que como bandas de buitres se lanzaban sobre las caravanas armadas que podian resistirles, ¿no les amenazaban tambien con sus largas lanzas y sus corvos puñales, á ellos, pobres, indefensos y abandonados viajeros que no podian presentar contra el hierro enemigo mas que sus lágrimas y sus súplicas?

Pero dejemos estas reflexiones para colocarlas en accion mas adelante.

Ya muy entrado el dia, los viajeros, temerosos de que la luz del sol les entregara á sus enemigos, se ocultaron en un bosquecillo de palmeras de la tribu de Zabulon, cuya solitaria y abundosa sombra les ofrecia un abrigo durante las horas del dia.

El murmurio de los arroyuelos que nutre el Cison durante las tempestades del equinocio, y el suave gemido de las brisas que se mecian entre las gallardas copas de las sabrosas palmeras, el canto tierno y cadencioso de los pajarillos,

el doliente arrullo de la tórtola silvestre, acompañaron con sus melodiosos ecos la permanencia de los fugitivos en aquel valle hospitalario.

La sonrisa del inocente Niño, el trasparente cielo, el aura embalsamada de los campos, comenzaron á tranquilizar el agustiado corazon de María; cuando José, que se hallaba ocupado en los preparativos de la frugal comida, paralizó sus brazos y quedóse inmóvil con el oido atento.

—¿Has oido, María? Le preguntó á la Vírgen.

La jóven Nazarena escuchó un momento.

Sus sonrosadas mejillas palidecieron, é instintivamente apretó á su Hijo contra el corazon.

El Niño no sonreia; las tórtolas no arrullaban; los pajarillos del bosque suspendieron los arpados trinos en sus gargantas, y una nube sombría oscureció el ardiente disco del sol.

—Oigo, murmuró María en voz muy baja, así como ruido de armas y pisadas de caballo al estremo opuesto de este valle.

—Sí, hácia la montaña, por el camino romano que conduce á las riberas de Hepha: tal vez son mercaderes de Tolemaida ó Tiro que regresan á sus puertos.

—¡Si fueran herodianos!... Y María apenas pronunció las últimas sílabas, amedrentada Ella misma de tal pensamiento.

—Tranquiliza tu espíritu; este valle se halla apartado del camino.

Luego siguió una breve pausa.

Las pisadas de los caballos se iban aproximando.

María ocultó maquinalmente á Jesus entre los flotantes estremos de su manto hebreo, y alzó los ojos al cielo en ademan suplicante.

José, estaba á su lado, mudo, triste, y con la dolorosa mirada fija hácia el punto del camino por donde debian aparecer los viajeros que tan terribles temores derramaban en su corazon.

De pronto una voz varonil, ardiente y vibradora llegó á sus oidos.

Esta voz humana era acompañada por un canto armonioso y guerrero, cuyas notas llegaban claras y sonoras á los oidos de los fugitivos, quebrándose en las altas copas de las palmeras.

—Son romanos, murmuró José: aunque no comprendo bien las palabras, creo que cantan la cancion del famoso gladiador.

María no desplegó sus lábios; solo pensaba en su Hijo, que oprimia cariñosamente contra su seno.

La voz se iba aproximando, y poco despues las brisas del campo llevaron hasta los oidos de la Santa Familia esta cancion romana:

Pan y circo pide el pueblo
Al César su emperador;
Que de Minerva y Saturno
Está muy próximo el sol.
Ya las trompetas convocan
Con su belicoso son,
Sobre la arena del circo,
Al valiente gladiador.
Ya por la puerta del sótano
Sale el airoso escuadron:
Delante de todos marcha
El invencible Agenor.
Júpiter lleva en sus brazos,
A Marte en su corazon,
Hércules en su presencia,
En su mirada á Moloch.
Jóven es, pero su frente
Cien veces se engalanó
Con la corona de palmas
Y las cintas de color.
El pueblo olfatea sangre

Al ver á su campeon,
Y en el ancho afiteatro
Se agita y muge feroz.
Desde el olimpo de Homero
Le envian su proteccion
Los dioses á que consagra
Las víctimas que venció.
Los patricios le saludan,
El César le da pension,
El senado le respeta
Y Roma canta en su honor.
Porque él, con red y tridente.
Siempre á los tarcios venció,
Con áureo carro á los galos,
Con el caballo al breton;
Pues no hay quien venza en la arena
Al invencible Agenor,
Desde la orilla del Tíber
A los campos del Hermon.

Cesó la voz, y las pisadas de los caballos se oyeron á muy corta distancia del bosquecillo.

Los fugitivos apenas respiraban.

Un momento despues los cascos romanos y las lanzas tracias de los ginetes brillaban como el mar de Galilea herido por los rayos de la luna entre las verdes espesuras del bosque.

María tuvo miedo, y elevando sus dulces ojos al cielo, exclamó con dolorido acento:

—¡Oh dulce palmera que elevas tu gallarda copa hácia los cielos! Tú que te hallas más próxima á Jehová que esta pobre Madre, dile que no abandone á mi inocente Hijo.

Entonces sucedió una cosa estraña, sobrenatural: el árbol inclinó hácia la tierra sus largas y poderosas ramas, cubriendo con su verde bóveda á la Santa Familia.

Los soldados de Herodes pasaron por junto á la palmera

protectora sin ver á los que se ocultaban entre la espesa cárcel de sus hojas. (1)

Como á unos treinta pasos de aquel sitio, murmuraba entre el césped el hervidero de un manantial de agua cristalina.

Los romanos se detuvieron, y algunos echaron pié á tierra.

—La consigna no nos prohibe beber agua cuando tengamos sed y hallemos ante nuestro paso una fuente, dijo uno de los ginetes quitándose el casco y llenándole en el manantial.

—¡Por Júpiter que la pena infamante de las baquetas (2) no habia de detenerme si tuviera sed y hallara un manantial tan claro como ese que se arrastra á los piés de mi caballo.

—¿Qué opinas tú de nuestro mensaje, amigo Cayo? Dijo uno de los soldados despues de beber agua, alargándole el casco lleno á otro que permanecia aun sobre la silla de su corcel.

—Opino, Octavio amigo, que el tributario Herodes aullará como un perro rabioso cuando nos vea regresar á Jericó sin los reyes Magos.

—La tierra, sin duda, se ha tragado á esos estranjeros.

—Me alegro, voto á Esculapio. Los soldados de la invicta Roma no hemos venido á Palestina á perseguir chiquillos y á encarcelar indefensos peregrinos.

(1) Esta tradicion de Oriente afirma que desde este dia todos los huesos de los dátiles tienen por la parte lisa que no tiene canal una O. Nosotros nos servimos de la tradicion sin comentarla, pero debemos decir que no hemos visto aun un hueso de dátil que no lleve marcada la letra O.

(2) La pena de *vergis cædi* ó baqueta, era la mas grave de la disciplina militar de los romanos. Para ejecutar esta pena un tribuno comenzaba dando suavemente con una varita de sarmiento al reo, lo que servia de señal para que todos los soldados de la legion se echaran sobre él dándole palos hasta dejarle muerto; pero si tenia la fortuna de escaparse (porque le era permitido el huir) jamás volvia á presentarse en su patria, porque nadie, ni aun sus parientes, se hubieran atrevido á recibirle.—(ADAM, *Antigüedades Romanas*, T. III, pág. 174.)

—Herodes paga y manda en Judea, repuso un herodiano de la comitiva.

—Roma le protege, volvió á decir el romano con imperio. El César mi dueño, será siempre el señor de Oriente.

El herodiano se mordió los lábios de rabia, y fué á ocultar su turbacion en el claro manantial de la fuente.

—César Augusto y sus cortesanos duermen en perezosa paz arrullados por los placeres de la imperial ciudad. Vénus domina en vez de Marte. El triunfo de los vencedores no inflama la sangre de los hijos del Tíber. Los sagrados bosques no se ven despoblados de sus verdes laureles para ornar la frente de las legiones. La corva espada se enmohece en la vaina, y la bolsa va enflaqueciendo por la falta del botin codiciado. El mundo no se atreve á respirar temeroso de que Roma irritada pasee sus águilas vencedoras sobre sus cobardes naciones. Pero esto, amigos mios, no puede durar: el soldado del Capitolio necesita la guerra como el ciego la luz, como las fieras la sangre de las víctimas, como el hambriento el pan. César debe darnos batallas, si no quiere que antes de mucho empuñemos la rueca y el molino.

El soldado que habia pronunciado las anteriores palabras era casi un anciano. Su mirada de águila, su rostro tostado por el sol y el relente de los campamentos, su barba gris y su aire marcial, decian claramente que aquel viejo militar era uno de esos veteranos de las legiones romanas que tomaban la profesion de soldado á los diez y ocho años y no la dejaban sino al perder la vida.

Para ellos la mejor muerte era la que se recibia por el hierro enemigo en el campo de batalla.

Un casco de cobre que bajaba por detrás hasta los hombros dejándole en descubierto toda la cara, una coraza de cuero con apretados anillos de acero, un calzado especie de sandalia con gruesos clavos de bronce, y un manto prendido por ambas partes sobre el hombro, sesgado con una hebilla de plata, era su traje.

En su nervudo brazo brillaba un brazalete; en la asta de su larga lanza flotaba una flámula de estofa de varios colores donde se veian bordadas dos coronas de laurel.

La cimera de su casco tenia la forma de un pez, por cuya boca salia un penacho de clin negra que se mecia sobre el bruñido capacete al menor soplo del viento.

Sus compañeros vestian poco mas ó menos el mismo uniforme, esceptuando que los cascos estaban forrados de pieles de varios animales, y no llevaban banderolas en la lanza.

El viejo militar montaba sin estribos, y de su costado izquierdo pendia una espada corta y ancha.

—Hola, lobo carnicero, ¿cuándo se hartará tu vieja espada de sangre? Le preguntó uno de los jinetes que hasta entonces no habia desplegado los labios, en cuyo bruñido casco de acero brillaba una cepa de oro que era el distintivo de los centuriones romanos. ¿No te basta, continuó, los premios militares que ondean en tu flámula y brillan en tus brazos?

—El soldado de pura sangre es como el avaro de raza, contestó el viejo haciendo un saludo militar con el escudo de cuero que pendia de su brazo: cuando un avaro posee un óbolo ambiciona un sestercio; cuando tiene un sestercio sueña en adquirir una onza; y una vez poseida esta, se desvela por una mina con el solo deseo de que así sucesivamente se vaya aumentando su caudal hasta llegar á ser dueño de un talento hebreo. Yo llevaba cinco años de legionario en los *principales* (1), y una simple flor me habia regalado mi *manipulo* (2) por órden del Senado; cuando un dia salvé á un ciudadano de una muerte cierta y me dieron en el capitolio la *corona civica*; esto me hizo ambicioso, y en el cerco de Jerusalen me dije: Ea, Cayo, á ver si subes tu el primero á su muralla, porque tu corona se muere de fastidio viviendo

(1) Principales, soldados vigorosos de los que se formaba la primera fila en las batallas.

(2) Manípulo, capitan ó jefe de dos centurias.

sola sobre tu casco y necesita una compañera; y efectivamente subí el primero y el general me premió con la *corona mural*. Despues, por no se qué otra bagatela el emperador me premió con este brazalete, el Senado con la flámula de colores que ondea á la punta de mi lanza; pero mi brazo es fuerte y jamás he vuelto de la pelea sin el escudo; y soy franco, ambiciono mas. Soy *decurion*, mando diez hombres; pero puedo si hay guerra y los dioses no me abandonan mandar ciento como tú.

—Mucha es tu ambicion, amigo Cayo, le dijo sonriendo el centurion.

—Marco Antonio de simple soldado llegó á cónsul: ya ves que cónsul es algo mas que centurion.

—Tambien era mucho mas Marco que Cayo.

Los soldados se rieron, no tanto del chiste como porque lo decia su jefe, y Cayo, que como todo militar valiente era jovial y poco rencoroso, rió tambien con sus compañeros, ofreciéndoles su proteccion para el dia en que el Senado le llamara al capitolio á regir los destinos de Roma.

El centurion dió poco despues la órden de partir, y tomaron á buen paso el desigual y quebrado camino que conducia á las playas de Cesárea, á donde les enviaba Archelao, el hijo de Herodes, para evitar que los reyes Magos se embarcaran en aquellas costas.

Conforme iban alejándose las pisadas de los caballos, las caidas hojas de la palmera tornaban á tomar su posicion natural.

Entonces pudo verse á la Santa Familia, reclinada sobre el calloso tronco del árbol protector, que dormia con el sueño tranquilo y dulce de los justos.

Dios, sin duda para evitarle á la afligida Madre una hora de horrible y matadora angustia oyendo á pocos pasos de Ella la conversacion de los perseguidores de su Hijo, hizo que descendiera sobre ellos el fluido misterioso y reparador del sueño.

CAPITULO VI.

El Buen Ladron.

Al despertar María y José del dulce y reparador sueño que habian disfrutado á la sombra de la hospitalaria palmera, la luna traspasando con sus plateados rayos las apiñadas hojas del árbol que les servia de tienda, bañaba con su luz clara y tranquila la sonrosada frente de Jesus.

Una sonrisa de indefinible ternura vagaba en los rojos lábios del Santo Niño, y una mirada amorosa dirijida á su Madre infundió á la Vírgen Nazarena todo el valor que en tan penoso viaje necesitaba su espíritu.

—¿Es esto un sueño? Decia la Vírgen estrechando á su Hijo contra su corazon. ¿Vive aun la vida de mi vida?...

Dios de bondad, ¿sus impíos perseguidores no han derramado su preciosa sangre?

—Sí, María, sí, le contestó su esposo. Los ángeles del Señor nos anuncian el peligro, y ellos lo evitan con su infinito poder. Pero el tiempo es precioso, y la noche debe ser nuestra amiga hasta que lleguemos á las riberas de Siria, pues solo allí comenzaremos á estar seguros.

La Vírgen, delicada azuzena de frágil y quebradizo tallo, se revistió de ese valor que solo poseen las madres cuando de él depende la vida de sus hijos, y abandonando el bosque hospitalario donde tantos temores habian esperimentado, siguió á su esposo con la resignacion de una mártir.

En tan penoso viaje, ¡cuántas amarguras, cuántas penalidades, cuántos sinsabores aguardaban á los Santos Esposos!

La enfermedad de Herodes, el ódio de los israelitas á los soldados mercenarios de la opulenta Roma, habian exacerbado los ánimos, y de dia en dia se engrosaban las bandas de malhechores que infestaban el pais.

Por todas partes se cometian robos escandalosos, asesinatos horribles. Trasladarse de una tribu á otra era correr un peligro inminente.

Los hombres se agrupaban y armaban para emprender un viaje insignificante.

Mas que caravanas de pacíficos comerciantes, parecian destacamentos de soldados; y sin embargo, aun así no se hallaban libres del peligro que les cercaba por todas partes.

María y José llegaron despues de mil penalidades á la rebelde y hostil Samaria.

Durante las horas del dia se refugiaban en las profundas é ignoradas cuevas, y no pocas veces tuvieron que dejar el paso libre á los inmundos animales que en ellas habitaban, y que la Santa Familia desalojaba para hospedarse.

La Vírgen lo sufria todo con la resignacion de los ángeles, con el valor de los mártires: porque aquella afligida

Madre solo tenia un deseo, solo la alentaba una esperanza: salvar á su Hijo del furor de sus enemigos.

Por eso cruzaba á favor de las sombras de la noche los espesos bosques y los calcinados barrancos de Palestina.

El estridente ahullido de los lobos era mas grato á sus oidos que el estruendo de las armas y el galope de los caballos.

Por todas partes su asustadiza imaginacion creia ver un soldado romano que con feroz sonrisa estendia sus nervudos brazos para arrebatarles á su amado Jesus.

Errantes, fugitivos cual criminales perseguidos por la ley, cruzaron la Galilea y parte de la Samaria, huyendo de las ciudades, evitando el contacto de las gentes, caminando de noche y refugiándose en las profundas cuevas de los montes durante las horas del dia.

Jamás madre alguna sufrió tan contínuos recelos, tan terribles temores por su hijo, como la Santa Vírgen por Jesus.

Parecia que el cielo les retiraba su proteccion, ó ponia á prueba su paciencia y sufrimiento.

Cada paso que avanzaba la Santa Familia hácia el término de su viaje, hallaba un peligro, un obstáculo, y sin embargo, de todos estos contratiempos la misteriosa mano de la Providencia les sacaba ilesos.

¡Pero cuántas penalidades les quedaban aun que sufrir antes de llegar á Egipto!...

Despues de atravesar las tribus de Palestina, cuando ya casi libres del furor de Herodes se hallarán en las playas de Siria, ¿no les esperan los arenosos desiertos de Egipto?...

¿Por ventura los Santos Viajeros podrán cruzar aquellas inmensas sábanas de arena que cual un mar embravecido sepulta entre sus cálidas olas caravanas enteras de viajantes tan luego como el simoun (1) estiende por el desierto su poderoso soplo?

(1) Viento seco y abrasador.

Aquellos caminos sembrados de cadáveres; aquellas vias marcadas por los esqueletos de los camellos y los comerciantes; aquellas soledades terribles infestadas de bandidos cien veces mas salvajes y crueles que los de Samaria; donde no se halla ni un árbol, ni una gota de agua, ni un pájaro que cante á la venida de la aurora.

Donde no se escucha mas que el graznido del cuervo que se cierne sobre el agonizante pasajero, ó el bramido de la pantera que desde sus ignoradas cuevas ha olfateado el cadáver del abrasado caminante.

¿Cómo podrán los castos Nazarenos cruzar tan dilatado camino, sin mas auxilio que su modesta cabalgadura, que se hundirá en la movible arena como el cadáver en su fosa, para no volver á salir más de ella?

Pero no adelantemos los sucesos, y volvámonos á Samaria, donde en una noche cruda, fria y lluviosa caminaban los Santos esposos y el Divino Jesus por un profundo y solitario barranco, cuando San José, que iba delante llevando á la modesta pollina del ronzal; se detuvo ante una voz áspera é imperativa que con brusco tono gritó desde el hueco de una peña.

—¡Alto, ó eres muerto!

José se detuvo asombrado; María se estremeció, y temerosa de que aquel hombre tratara de robarle á su Hijo, procuró ocultarlo en el rebozo de su manto.

Era la primera vez desde su salida de Nazareth que habia visto interrumpido su misterioso viaje por la voz de los hombres.

Antes que los modestos viajeros se dieran cuenta de lo que les acontecia, se vieron rodeados por una multitud de hombres que fueron saliendo de entre las matas y las quebraduras del barranco.

Los puñales se hallaban levantados sobre sus cabezas cuando San José con una entonacion dulce y suplicante les dijo:

—¿Qué mal os han hecho esta pobre Madre y su inocente Hijo para que levanteis vuestros puñales contra Ellos?...

—Tienes razon, anciano, dijo una voz varonil: estos bandidos no tocarán ni un hilo de vuestra ropa; me lo han jurado, y estoy seguro que ninguno de ellos faltará á su juramento aunque los satélites del feroz Herodes les enseñaran una cruz clavada en el Gólgota. (1)

Dímas (pues él era el que habia pronunciado las tranquilizadoras palabras) se abrió paso por entre sus compañeros, y acercándose á San José, que estaba absorto sin desplegar los lábios, volvió á decirle:

—Nada temas, anciano; las canas de tu barba son una garantía para tu persona, y en cuanto á esa pobre Mujer que oprime á su tierno infante temerosa de que le ofendan, puedes tranquilizarla, que ningun riesgo corre entre nosotros: si alguno se atreviera á ofenderla, nuestro puñal daria buena cuenta de él. Pero la noche es fria, y veo que esa infeliz se halla calada de agua: toma, ofrécele mi *matelot* para que se abrigue, y Dímas se quitó sin afectacion el manto de pelo de cabra que llevaba sobre sus hombros y se lo alargó á José.

—¡Oh! Gracias, gracias, hombre bueno y caritativo; Jehová te premie en la hora de la muerte como mereces. Y José, derramando lágrimas de agradecimiento, cubrió á su Esposa y al Niño con la capa del bandido.

(1) Gólgota: se llama así un monte vecino á Jerusalen, ó por figura redonda á manera de cabeza, derivacion de la palabra caldea que los hebreos corrompiéndola pronunciaban *Gulgoleth*, que significa *cabeza*, ó segun San Gerónimo por las muchas calaveras que allí habia de los que eran ajusticiados, siendo aquel sitio el lugar destinado para ello. La tradicion afirma que se llamó así por haberse encontrado enterrado allí el cráneo de Adan por disposicion del Señor, y que el segundo Adan (Jesucristo) lo eligió para sufrir la muerte y rescatar al género humano. San Gerónimo desecha la tradicion, pero apóyanla otros respetables padres de la Iglesia, como Orígenes, San Atanasio, San Ambrosio, San Basilio, San Epifanio, San Juan Crisóstomo y otros muchos, siguiendo la misma opinion el P. Scio.

—Ahora, buen viejo, síguenos con tu Esposa; mi castillo está cerca y creo que admitirás el hospedaje que te ofrezco hasta que se despeje la tempestad que aun muge sobre nuestras cabezas.

Los Santos Viajeros aceptaron el ofrecimimiento del bandido y algunas horas despues se hallaban instalados en la cocina del castillo, donde Dímas hizo encender una fogata para que se secaran la ropa.

El hospitalario facineroso obsequió á sus huéspedes con una solicitud admirable.

Sirviólos una cena abundante, y por su misma mano les hizo dos leches formados de pieles y mantos para que descansaran de la fatiga del viaje.

Al dejarlos solos para que se entregaran al sueño, pidió permiso á la Madre para besar al Niño, y María le presentó á Jesus diciéndole:

—Besa, señor, pues tú le proteges.

Dimas imprimió un ruidoso beso en la frente del Mesías, y luego saliendo de la habitacion con sus compañeros, les dijo:

—No se lo que he sentido en mi pecho al tocar con mis labios á ese Niño; pero parece que respiro mejor y me hallo como si toda mi sangre se hubiera purificado.

Poco despues todos dormian en el castillo; tan solo las nocturnas cornejas revoloteaban sobre los bordes de las murallas y en las grietas de las rocas.

Cuando á la mañana siguiente Dímas se encaminó á la habitacion de sus huéspedes, la Santa Familia le recibió con una sonrisa de agradecimiento.

El bandido hospitalario mandó disponer una abundante comida, y suplicó á la Santa Familia que saliera á tomar el aire á la plataforma del castillo.

—El dia está hermoso, les dijo; subid conmigo para que vuestro Hijo aspire el aire puro de la montaña.

Los huéspedes siguieron á Dimas admirándose de la benevolencia del bandido.

Dimas, fascinado ante la mirada de Jesus, no apartaba sus ojos de aquel hermoso Niño.

Viendo que nada le decian del motivo de aquel viaje que les obligaba á caminar durante la noche como gente perseguida por la ley, no quiso preguntarlo, respetando aquel secreto que no le revelaban.

Llegaron á la muralla, y trepando por una estrecha y empinada escalera, subieron á la plataforma del castillo.

Dimas cogió en sus brazos á Jesus y, asomándole por las troneras, le enseñó unas ovejas que pacian junto á los fosos del castillo, diciéndole con afable y complaciente entonacion:

—Esas ovejas que pacen tranquilamente á la sombra de los muros, son nuestras, y aquel cabritillo blanco como la leche de su madre es tuyo: yo te le regalo para que te acuerdes del hospedaje que te ha ofrecido el facineroso de los montes de Samaria

Jesus se sonrió como si hubiera comprendido aquellas palabras, y sus pequeñas y delicadas manos comenzaron á acariciar la crespa y larga cabellera del bandido.

La tierna Vírgen derramaba en silencio preciosas lágrimas de gratitud al contemplar aquel hombre envuelto con las pesadas redes del crímen que con tanta benevolencia trataba á su Hijo.

José, acercándose á Dimas, le dijo con suplicante acento:

—Si eres bueno, si en tu corazon no se ha estinguido aun el amor á los desgraciados, ¿por qué no abandonas esta vida de sobresaltos y crímenes que puede conducirte á la perdicion?

—Buen anciano, le contestó Dimas enviándole una sonrisa benévola: el camino del crímen es una pendiente muy resbaladiza, y cuando el hombre da el primer paso, le es imposible detenerse. Yo era bueno; los hombres me hicieron malo y rencoroso... ahora es tarde.

La Santa Familia permaneció en el castillo hospitalario hasta la caida del sol.

Durante su permanencia fuerón obsequiados por el caritativo capitan de una manera delicada.

Cuando San José se encaminó á buscar su modesta cabalgadura, un bandido, por órden de Dímas, la sacó del ronzal á la puerta de la fortaleza.

Mientras José ayudó á subir á la Vírgen sobre la pacífica pollina, Dímas cogió al Niño en brazos.

Jesus, como si hubiera querido despedirse del hombre que con tanta bondad le habia recibido en su casa, rodeó sus bracitos al rededor del cuello del facineroso.

Entonces Dímas oyó una voz dulce y melodiosa, como el sonido de una arpa aérea herida por el céfiro nocturno, que le decia al oido:

—Tu muerte será gloriosa... y morirás conmigo.

Dímas quedóse absorto, demudado, como si del fondo de un sepulcro se hubiera levantado la voz de su padre.

¿De quién era aquel acento misterioso? ¿Quién habia pronunciado aquellas palabras?

El Niño que tenia en sus brazos contaba apenas cuatro meses de edad.

Dímas sintió que las fuerzas le abandonaban, y temeroso de que aquel misterioso Niño se le cayera de sus brazos, fué á depositarlo en los de su Madre, que ya se hallaba montada en la pollina.

María recibió de manos del bandido con una sonrisa de bondad el precioso tesoro de su corazon, y despues, despidiéndose de cuantos la rodeaban, abandonó el castillo hospitalario.

Dímas, inmóvil como la estátua del espanto, con la vista fija en los Santos Viajeros creyendo aun oir las misteriosas palabras, permaneció en el muro del viejo castillo hasta que los últimos rayos del sol se ocultaron detrás de la alta cima del Líbano.

Dímas, siempre preocupado con aquel acento que no pudo producir otra lengua que la de Jesus, viéndose ro-

deado de tinieblas y oyendo la voz de sus compañeros que le llamaban para salir como de costumbre á recorrer los caminos de Samaria, estendió los brazos en direccion á la tortuosa senda por la cual habian desaparecido sus misteriosos huéspedes, y exclamó con fervoroso acento:

—*¡Oh Tú el mas hermoso y bien aventurado entre todos los Niños, si se ofreciese otro tiempo en que sea preciso tengas otra vez misericordia, acuérdate de mí entonces y no te olvides de esta ocasion!* (1)

Treinta y dos años despues Cristo, sobre el Calvario, recompensaba con estas palabras la caridad hospitalaria del Buen Ladron: *Hoy estarás conmigo en el Paraiso.*

La tradicion sobre la cual hemos basado la leyenda que antecede dice así.

TRADICION.

«La Santa Familia habia pasado mas allá de Anathot, y » caminaban de noche á fin de sustraerse de una peligrosa » vecindad, cuando vieron desembocar de una oscura bar- » ranca unos hombres armados que les impidieron el paso.

»El que parecia ser jefe de esta tropa de bandidos se ade- » lantó del grupo hostil para reconocer á los Viajeros.

»El salteador que buscaba sangre ú oro, lanzó una mirada » de asombro sobre el viejo sin armas, muy parecido á un » patriarca de los antiguos tiempos, y sobre aquella Mujer » encubierta con un velo que ocultaba á su pequeño Hijo » entre los pliegues de su manto.

»Ellos son pobres, se dijo el bandido para sí despues de » detener su mirada algunos segundos sobre el santo grupo » que tenia ante los ojos; y viajan de noche como unos fu- » gitivos...

»Tal vez aquel bandido tenia un hijo en la cuna, tal vez » la atmósfera de dulzura y misericordia que rodeaba á José » y María obró sobre aquella alma feroz: porque el terrible

(1) San Anselmo.

» salteador bajó la punta de su arma, y tendiendo una mano
» amiga á José le ofreció hospedaje para la noche en su for-
» taleza, suspendida en el ángulo de una roca como el nido
» de una ave de rapiña. (1)

»Este ofrecimiento hecho con franqueza, fué aceptado
» con una santa confianza, y el techo del bandido fué para la
» Santa Familia en esta ocasion hospitalario como la tienda
» del árabe.

»Al dia siguiente, hácia la mitad del dia, la Santa Fami-
» lia abandonó la morada de los bandoleros y se encaminó
» hácia Jerusalen buscando los barrancos mas solitarios, los
» bosques mas desiertos.»

Esta tradicion, que segun creemos fué San Anselmo el primero que la admitió, en nada afecta al dogma apostólico: por eso la hemos dado cabida en este libro.

El reverendo padre Ludolfo de Sajonia y el abate Orsini lo han admitido tambien en sus escritos, y nosotros al darle mas dimensiones y adoptar la forma de leyenda, es porque está muy lejos de nuestro propósito y de nuestras fuerzas el hacer un libro filósofico, pues solo aspiramos á que sea ameno, sin faltar en nada á los sabios escritores que nos han precedido y lo que encierran las Sagradas Escrituras.

Esperamos que esta aclaracion servirá para el resto de la obra, cortando de una vez interrupciones enojosas siempre para los lectores cuando se emplean en mitad de una narracion.

(1) El sitio donde la tradicion local ha colocado esta escena, y en el que se ven todavia las ruinas de la fortaleza del bandido, continúa teniendo muy mala fama: durante las Cruzadas los francos, á quienes era amiliar esta tradicion, habian trasformado al jefe de bandidos en un señor feudal.

Es raro, sin embargo, dice el padre Nau con una severidad admirable, que un señor de marca se convierta en un ladron de caminos reales: los cruzados entendian mejor la historia que el padre Nau. Hase añadido á esta leyenda, que parece auténtica, un cuento que nosotros no garantizamos pretendiendo que el bandido hospitalario era el *buen ladron* en persona.—(El abate Orsini.)

CAPITULO VII.

La caravana.

Gaza, ciudad marítima de Oriente, perla preciosa de los filisteos, á cuyos piés se arrastran perezosas las azuladas ondas del Mediterráneo, y en cuyos altos minaretes gime el cálido soplo del desierto.

Las caravanas respiran con avaricia el perfume de tus campos y la fresca brisa de tus tardes, antes de internarse en las inmensas soledades de arena de *Etham* y *Pharaam*.

Porque Gaza es el último jardin de Palestina y el primer oasis del desierto.

Las palomas torcaces le envian sus lastimeros y dulces

arrullos desde las grietas de sus desmoronadas torres donde anidan eternamente.

Los ruiseñores cantan en sus florestas, las gacelas blancas corren en sus montes, y las cabras de largas lanas pacen en sus praderas.

Cuando el árabe con las piernas cruzadas sobre el arqueado lomo de su dromedario lanza una mirada investigadora por el horizonte rojizo y sin fondo; cuando vé á sus piés estenderse seco, infecundo, maldito, aquel vasto arenal que le espanta; cuando la sed acrece y la esperanza de hallar un manantial se estingue, entonces reanima con un grito salvaje su cabalgadura, cierra los ojos y sueña en los arroyos, en la floresta amena, en los jardines de Persia.

A través de aquellas olas de fuego y arena que le secan las fauces y le queman las pupilas, suele ver á Gaza con sus campiñas, con sus palmeras, con sus frescos manantiales y sus pacíficos habitantes, tan hospitalarios, tan inofensivos, tan amigos del forastero.

Y el árabe entonces canta, arrulla aquel sueño delicioso para infundir aliento á su paciente cabalgadura.

Gaza, entonces, es para el árabe tanto como su patria, y ama sus muros como á su tienda y á su caballo.

Pero por el contrario, cuando la abandona para trasladarse á Egipto; cuando al llegar á las llanuras de Siria vuelve la cabeza para darle el adios de despedida, y no vé sus palmeras y sus minaretes, y el cálido ambiente del desierto se estrella sobre su tostada frente, anunciándole los peligros y las penalidades que le aguardan, entonces un suspiro doloroso se escapa de sus labios, y tal vez una lágrima resbala por su bronceada mejilla.

Porque la ciudad de Gaza es desde tiempo inmemorial el punto de reunion de las caravanas que van y vienen á Egipto.

Puede decirse que es la colmena de los caravaneros; todos se reunen y plantan sus tiendas en sus riberas. Su

puerto (1) es el bazar de venta y compra; desde allí se esparcen como las abejas en busca de flores que libar para nutrir con sus esencias el rico panal de su negocio.

Gaza está situada en la loma de un monte bajo, cuyas faldas se ven eternamente acariciadas por las olas del mar.

Miradas desde lejos sus blancas casas, parecen una manada de ovejas que se encaminan á tomar un baño.

Ciro, rey de Persia, la cercó y tomó despues de dos meses de asedio (599 años ántes de Jesucristo), y desde entonces sus torres derruidas sirven de asiento á sus pacíficos habitantes cuando en los calurosos meses de la canícula van á respirar la brisa de la tarde á la sombra de sus hermosas palmeras.

A esta ciudad, pues, fué á donde llegó una mañana al despuntar el dia la Santa Familia.

Las penalidades que los viajeros galileos sufrieron durante su travesía, fueron incalculables.

Su refugio durante las noches eran los desiertos é inmundos silos, las oscuras cuevas, los húmedos barrancos, los incultos bosques.

La tradicion marca una gruta en las cercanías de Belen (2), donde la Vírgen pasó sola todo un dia mientras su esposo entró arriesgando su existencia en Jerusalen.

Ignórase lo que buscaba el patriarca en la ciudad de Herodes, su perseguidor: tal vez alguna caravana que no encontró; tal vez vender alguna alhaja de su Esposa para ayudar con su valor á los gastos de tan penoso y largo viaje.

José se detuvo junto á un sicomoro, y ayudando á su

(1) El puerto de Gaza, que hoy se halla cegado é inútil, fué en otro tiempo muy concurrido por todos los marinos del mundo.

(2) Esta gruta se llama *la gruta de la leche de la Vírgen*, porque se cree que mientras daba de mamar al Niño cayeron algunas gotas sobre una peña. Los cristianos han elevado un altar en la gruta.—(ORSINI, *Vida de la Vírgen.*)

Esposa á bajar de la modesta cabalgadura la hizo sentar al pié del árbol.

Entonces descargó la pollina de todos los enseres modestos, único patrimonio de la Familia Nazarena, y fué colocándolos al rededor del árbol.

Dímas habia cumplido su palabra, porque un blanco corderillo comenzaba á saltar junto á María, la cual con dulce y maternal solicitud le enseñaba á su hijo el regalo del bandido.

—María, le dijo José despues de terminado su trabajo: Dios ha querido conducirnos buenos y salvos á la puerta del desierto. Dios nos sacará con bien de las terribles soledades que vamos á cruzar en breve.

—En Dios recae todo el poder; de Dios viene todo lo grande y maravilloso que admira á los mortales, murmuró la Vírgen.

—Mucho me consuela tu resignacion; pero voy á dejarte por unos instantes. Es preciso que pongamos algo de nuestra parte para que el viaje sea menos penoso. Pobres somos... pero confio que aun reuniremos lo suficiente para poder pagar tu pasaje al primer caravanero que salga para Egipto.

José entonces, llevando al modesto herbívoro del ronzal, se encaminó hácia la ciudad de Gaza que alzaba sus destrozados muros como á unos trescientos pasos del sitio en que se hallaban.

María se quedó sola con su adorado Hijo sentada al pié del sicomoro.

De sus ojos azules llenos de bondad se desprendió una lágrima.

Aquella lágrima era la muda y silenciosa despedida que la Vírgen enviaba á la pacífica cabalgadura que tan buenos servicios le habia prestado durante el viaje, y de la cual iba á separarse para siempre, pues su esposo se encaminaba á Gaza con intencion de venderla.

La Vírgen se quedó sola, y despues de enjugar aquella lágrima que humedecia sus mejillas, estendió una piel sobre el cesped, y sobre esta modesta cama acostó al Niño.

Luego comenzó á disponer sobre sus ruedos de palmas algunas frugales provisiones para que al regresar su esposo pudiera servirse el desayuno.

María, distraida con estas ocupaciones, no reparó que á poca distancia del árbol que le servia de albergue se alzaban dos tiendas árabes, á cuyos alrededores descansaban diez ó doce dromedarios.

Tampoco observó que unos hombres iban y venian á una fuente cercana, y llenando grandes pellejos de aquella agua los colocaban cuidadosamente sobre los arqueados lomos de las lijeras cabalgaduras.

Entre estos hombres se hallaba un árabe entrado en años y que al parecer debia ser el jefe de los demas, pues les dictaba órdenes en voz baja sin ocuparse del ímprobo trabajo que hacia gotear de sudor la frente de sus compañeros.

El anciano se paseaba con los brazos cruzados desde las tiendas hasta unas ruinas cercanas junto á las cuales brotaba el manantial.

En uno de estos paseos sus ojos se fijaron en el sicomoro que servia de tienda á la Vírgen.

El árabe vió á María y se estremeció visiblemente como si en Ella hubiera reconocido alguna persona allegada.

Luego permaneció un momento indeciso, pero sin apartar los ojos de la galilea, la cual, tan abstraida se hallaba con su Hijo, que no habia reparado en que era objeto de un exámen detenido por parte del árabe.

Por fin el silencioso observador de la Vírgen hizo un movimiento particular con la cabeza como el hombre que acepta una resolucion que le ha tenido indeciso por algunos momentos, y luego se encaminó hácia el árbol donde se hallaban María y Jesús.

—Mujer, la paz sea contigo, le dijo inclinando ligeramente la cabeza.

—Arabe, ella te sea propicia, le respondió la Vírgen tranquilamente.

—Perdona si con mi pregunta te parezco indiscreto, volvió á decir el árabe; pero á juzgar por tu traje me pareces galilea.

—Nazareth es mi patria.

—Nació tu Hijo tambien en la flor (1) de Galilea.

—Belen de Judá fué su cuna.

—Entonces, tú eres María, la Madre venturosa á quien los ánjeles de Abraham saludan y los reyes de Oriente rinden vasallaje.

—Mi hijo fué el que mereció tanta honra.

—Perdona si vuelvo á dirigirte una nueva pregunta: ¿qué esperas en este sitio, tan apartada de tu patria? ¿A dónde te encaminas?

—Espero á mi esposo. Voy á Egipto.

—¡A Egipto! exclamó el árabe con asombro; no veo los camellos ni el guia que deba conducirte.

—Dios es grande y misericordioso. ¿Quién puede leer sus designios? Solo sé que voy á Epigto.

Las misteriosas palabras de María, la dulce y modesta dignidad de su acento, conmovieron al viejo árabe, el cual respondió de este modo:

—Venturosa Mujer á quien los reyes rinden vasallaje, y que moras en un establo y te dispones á entrar en los inmensos arenales de *Etham* y *Pharaam* á pié y sin guia, yo te venero, aunque no te comprendo. Dile á tu esposo, cuando regrese de la ciudad, que Hassaf el árabe parte hoy para Heliópolis, la ciudad del sol, desde donde se encaminará á Alejandría, y le ofrece su amistad y sus camellos. Si lo acepta, ahí en mi tienda le espero.

(1) Flor.—Nazareth.

Hassaf, que era el mismo árabe de la fuente de Elías y de Belen, saludó á la Vírgen y fué á reunirse con sus compañeros.

Una hora mas tarde José regresó de la ciudad de Gaza y se reunió con su esposa

El anciano estaba triste y meditabundo.

María le recibió con la sonrisa de bondad eterna en sus divinos lábios preguntándole la causa de aquella melancolía.

—¿Qué tienes, esposo mio? Le preguntó con dulzura.

—Es preciso que hagamos el viaje solos, sin un guia que nos marque los desconocidos caminos del desierto, sin un camello que acorte las inmensas distancias que hemos de atravesar.

—Dios no olvida á los buenos, le contestó la Vírgen con esa entonacion de las mujeres virtuosas que tiene que trasmitir una buena noticia; mientras tú buscabas una caravana que nos admitiera mediante un puñado de dinero que tal vez sea el resto de nuestra fortuna, Jehová nos ha enviado á un mercader caritativo que te ofrece conducirnos á la ciudad del sol.

—¿Será posible? exclamó José con asombro.

—Mira, continuó la Vírgen, ¿ves aquel anciano que se pasea con los brazos cruzados sobre el pecho por delante de aquellas tiendas? Pues ese anciano es el jefe de la caravana que está acampada junto á las ruinas: parte hoy para Heliópolis, y se ha brindado á conducirnos.

José, lleno el corazon de alegría, fué á encontrarse con el árabe, y éste, con ruda franqueza ofrecióle un camello para su esposa y su Hijo sin retribucion alguna.

—Judío, le dijo Hassaf, no te ofrezco mas que un camello porque no tengo más; todos los que ves acampados en derredor tuyo son mios, es verdad; pero los tengo alquilados á los mercaderes de Gaza que conducen sus mercancías á Heliópolis, el Cairo y Alejandría; mucho lo siento, pero tu tendrás que caminar á pié con mis criados.

—¿Qué me importa, respondió José con alegría, si mi Esposa y su Hijo caminan sin fatigarse?

El patriarca se olvidaba de las penalidades que le aguardaban en el desierto.

María y Jesus tenian un bagaje, y esa era toda su ambicion.

El galileo colocó sobre el animal que le prestaba el árabe su modesto equipaje, entre el cual se hallaban las herramientas de carpintero, pues en Egipto no contaba con otro recurso para alimentar sus necesidades que el que tenia en Nazareth, esto es, el trabajo.

Poco despues todo estaba dispuesto; los comerciantes de Gaza se reunieron con los egipcios, y Hassaf el árabe mandó levantar las tiendas y emprender la marcha.

CAPITULO VIII.

El desierto.

La tradicion poco ó nada dice del largo y peligroso itinerario que siguieron los Santos Viajeros desde Nazareth, su patria nativa, hasta Matarieh la pintoresca aldea de Egipto que eligieron como patria adoptiva durante sus siete años de destierro.

Si se consultan los eruditos cálculos de los cronologistas de la Vírgen, se hallarán distintas opiniones sobre el modo ó manera de hacer la peligrosa travesía del desierto.

Desde las costas de Siria hasta Heliópolis emplea un camello diez ó doce dias, y aunque nada hay imposible para Dios, un viajero no podrá cruzar las inmensas soledades de

arena del desierto, á pié, sin emplear un mes en el viaje, é indudablemente hallaria entre aquellas abrasadas arenas su sepultura.

Siguiendo, pues, la opinion de los sabios escritores que creen mas verosímil que la Santa Familia se reuniria en las costas de Siria con una caravana para emprender el peligroso paso del desierto, y atendiendo á que este viaje debió llevarse á cabo por el mes de marzo y que el equinocio de la primavera estaba próximo, tiempo en que el simoun arrolla con su mortífero aliento las soledades del desierto, nosotros hemos adoptado este medio por creerlo mas verosímil.

La caravana abandonó los arrabales de Gaza, y algunas horas despues los callosos cascos de los dromedarios pisaban los infecundos campos de Siria.

Apenas las primeras ráfagas del ambiente cálido del desierto se estrellan sobre el tostado rostro de las caravaneros, el arabe suspende su conversacion, su mirada se oscurece, su frente se puebla de arrugas, y su ademan se torna grave y meditabundo.

Entonces, cruzando las piernas sobre el tosco cuello de su cabalgadura y los brazos sobre el pecho, cierra los ojos por no ver aquellas inmensas sábanas de arena que se estienden ante su vista, cuya sequedad da sed con solo mirarla, y se dispone á soñar despierto en algun fértil y pintoresco oasis, en los trasparentes y claros arroyos de los jardines de Meka, ó en el dulce amor de su ansiosa familia que le espera para recompensar las penalidades de tan larga travesía con sus cariñosos cuidados.

Porque el árabe, como todos los hijos de Oriente, es propenso á soñar. Teme al desierto como ama sus costumbres.

La historia le recuerda que las arenas de Etham, de Pharaam y de Sara son hambrientas sepulturas que reciben diariamente los desgraciados cuerpos de sus hermanos á

quien el simoun arrolla con sus olas tempestuosas de ardiente polvo.

La sed que abrasa las entrañas, el simoun que sepulta bajo los montes de arena que arrastra con su empuje poderoso, la certera y mortífera flecha de los *boucoles* (1), las fieras hambrientas que acechan ocultas entre las calcinadas rocas, el sol abrasador que derrite con el fuego de sus rayos, la peste tan comun en el desierto, son los poderosos enemigos con que luchan las caravanas que cruzan el desierto.

El árabe conoce los peligros á que se espone, y sin embargo los acepta con ese valor peculiar del hijo de la naturaleza.

Su cuerpo es tan fuerte como fantástica su imaginacion. Sóbrios hasta la inverosimilitud cuando sus modestas provisiones se agotan, les basta un puñado de habas secas para pasar un dia.

El dromedario, ese dócil y ligero trasportador del árabe en el desierto, no es menos fuerte ni menos sufrido que su dueño.

Con ese instinto del animal, que no se esplica, sabe que ha nacido para sobrellevar un trabajo penoso é ímprobo. Desconoce la pereza y nunca un gemido de dolor se escapa de su abrasado pecho.

Cuando sus fuertes piernas vacilan bajo el peso de la inmensa carga que le abruma, cuando su chata cabeza cae desfallecida hácia la tierra y sus melancólicos ojos comienzan á cerrarse hundidos por la fatiga, entonces un lijero temblor agita su cuerpo: ese temblor indica á su dueño que la vida de su fiel cabalgadura vá á estinguirse.

Entonces el árabe exhala un suspiro y espera impasible algunos segundos. El camello dobla las piernas y el dueño

(1) Boucoles, de una palabra griega que significa boyero ó vaquero; estos vaqueros conservaron una actitud hostil contra los romanos durante la dominacion en Egipto de esos conquistadores del mundo. El desierto fué su abrigo, y salian á asaltar las caravanas del Cairo y Palestina apoderándose de las mercancías.

baja y trasporta en silencio toda la carga de su cabalgadura á las otras que le siguen en pos. Fija su penetrante mirada en los cerrados ojos de su *haghin* (1), saca el largo puñal que cuelga de su cintura y lo sepulta en el cuello de su noble animal, y luego, apartando los ojos de aquella sangre, corre á reunirse con sus compañeros y salta ligero como el gamo sobre el lomo de otro camello.

Ni torna su cabeza para mirarle, ni abriga la menor duda sobre si su noble conductor está muerto. Sabe que su puñal le ha evitado con la muerte padecer, porque los chacales y las fieras del desierto le devorarian en vida, y el árabe evita á su fiel compañero, ya que no pueda otra cosa, que sienta las rabiosas mordeduras de sus implacables enemigos.

Una hora despues los chacales y las hienas, esos cobardes perseguidores de las caravanas, que nunca atacan á los vivos hasta que el repugnante olor de un cadáver hiere su delicado olfato, se lanzan sobre el pobre y abandonado cuadrúpedo y le devoran sin piedad.

El nuevo dia alumbra un esqueleto, y aquellos huesos esparcidos por la arena que blanquea los rayos del sol, van poco á poco convirtiéndose en blanca ceniza que marca á los pasajeros una línea cenicienta sobre la roja arena del desierto, indicando el camino que debe conducirle al puerto deseado.

Los huesos insepultos son las carreteras del desierto, y no siempre sirven de itinerario los de los dromedarios: tambien se hallan otros mas pequeños y de otra forma que han pertenecido en otro tiempo á séres humanos.

. . . . . .

Llegó la noche y cesaron los insufribles ardores del abrasador sol.

La luna tendió su disco de plata por aquellas imponentes soledades, y los árabes hicieron alto.

(1) Dromedario.

Levantaron la tienda los mercaderes, y luego los conductores descargaron los camellos, y atándolos en un círculo á unas estacas clavadas profundamente en la arena, comenzaron en silencio su modesta cena de dátiles y tortas de trigo asadas á las brasas.

La Santa Familia estendió junto á unos secos matorrales un trozo de estera de palma, que era su única cama.

Su tienda era el dilatado firmamento coronado de estrellas que brillaban sobre sus cabezas.

Pobres, abandonados, desvalidos, hasta del último de los criados de la caravana, se hallaban, tal vez elevando su oracion de la noche al dios de Sion cuando el anciano árabe que se habia demostrado su protector desde Gaza se acercó á ellos con una cacerola de hierro en la mano.

—Galilea, le dijo á María, el árabe en el desierto es sóbrio por necesidad, pero ama á los niños, respeta á las madres y es hospitalario. Toma, hoy parto contigo mi racion de leche de camella. Tal vez mañana no pueda darte ni una gota de agua. Y sin aguardar respuesta, el árabe fué á reunirse con sus compañeros.

María aceptó la fineza del anciano egipcio agradeciendo en el fondo de su alma tanta generosidad.

La Vírgen Galilea no pudo cerrar los ojos durante la noche.

La próxima vecindad de las hambrientas fieras del desierto oprimian su sensible y miedoso corazon.

Sus ahullidos, sus interminables lamentos llegaban hasta Ella amedrentándola por la suerte que podia caber á su adorado Hijo.

Los árabes, mas avezados que la Vírgen á la estridente y monótona armonía que producen las fauces de las hienas al chocar una con otra, dormian envueltos con sus capas al lado de sus camellos sin recelo alguno.

Uno solo velaba paseándose al rededor de una grande hoguera que alimentaba de vez en cuando con las secas reta-

mas, que pobres y ponzoñosas crecen de trecho en trecho, para ahuyentar con su llama á las vecinas fieras.

La claridad de la fogata se estendia sobre aquella soledad, bañando con su roja luz como una aurora boreal un círculo bastante estenso, y la Vírgen mas de una vez creyó ver los vidriosos ojos de los chacales brillar en la oscura sombra que proyectaba el último término donde la llamarada de la hoguera se estingue.

De vez en cuando la Madre fugitiva se estremecia de espanto y apretaba sobrecogida contra su pecho al Hijo de sus entrañas.

Era que la arena se removia bajo su cuerpo, abriéndose por fin para dar paso á un repugnante lagarto ó á una asquerosa culebra, reptiles inmundos que tanto abundan en el desierto y que el ojo perspicaz del árabe tiene el instinto de conocer solo con el rastro que dejan, *no solo á la familia qne pertenecen, sino tambien su edad, su volúmen, su fuerza, y lo que es mas extraordinario todavia, si aquellos vestigios son de la víspera ó de pocas horas antes.* (1)

¡Cuántas amarguras, cuántos sobresaltos, cuántas penalidades debió sufrir durante la peligrosa y larga travesía la delicada y tierna Nazarena!

Cuando despues de un dia abrasador por aquellas horribles soledades de arena, sobre las cuales se desploma un cielo de fuego, aquel palpable viento del desierto azotaba su delicado rostro con sus pesadas ráfagas de arena hasta el punto de hacerle brotar sangre; cuando sus hermosos ojos quemados por los rayos del sol, su boca abrasada, su mente entontecida por la sed y el calor insufrible, creia ver allá á lo lejos en lontananza un lago claro y trasparente como el de Galilea rodeado de palmeras y sicomoros, un delicioso oasis que le brindaba con la sombra de sus árboles y las frescas aguas de sus manantiales, y sin apartar su afanosa mi-

(1) A. Danzats, *Viaje al Sinaí.*

rada de aquel panorama engañador seguia y seguia las voluptuosas ondulaciones del follaje, creyendo oir entre el césped el dulce murmullo del arroyuelo que se deslizaba á sus piés (1), y la noche llegaba y la caravana se detenia y las tiendas se alzaban, y entonces á la pálida luz de la luna sentia la fresca brisa de la noche que al orear su pura frente la despertaba de aquel sueño halagador; entonces María lanzaba un doloroso suspiro é inclinaba su hermosa cabeza sobre el pecho virginal de su hijo, como la débil azucena que se dobla á la aproximacion de la lluvia temerosa de no poder resistir con su cáliz delicado los manantiales que van á desprenderse de las nubes que se mecen sobre ella.

José entonces alentaba á su delicada compañera, y ambos con los ojos fijos en el Niño Jesus, elevaban sus preces á Jehová.

Pobres y humildes viajeros á quienes la caridad de un árabe habia prestado un camello, carecian de todo en el desierto; solo la fé les alentaba para soportar las penalidades de la travesía.

Por eso cuando el grito salvaje del egipcio conductor de la caravana exclamaba con el gozo inesplicable del náufrago que ve aproximarse á la frágil tabla que le sostiene sobre las espumantes olas el buque salvador *¡Mokalteb! ¡Mokalteb!* (2), grito que todos repiten con un gozo indefinible, grito

(1) Este es el fenómeno conocido bajo el nombre de *mirage* ó reverbero. Durante la espedicion de los franceses á Egipto en 1797, los soldados, recorriendo los áridos desiertos de este país abrasador, devorados por la sed, eran con frecuencia engañados por esa cruel ilusion. Todos los objetos que sobresalian de la tierra ó se ofrecian á sus ojos en medio de esos mares de arena les parecian cascadas de agua: así un montecillo que descubrian á lo lejos les parecia que se alzaba en mitad de un lago trasparente. Entonces corrian allí empujados por la rabiosa sed que les devoraba; pero al llegar al sitio anhelado reconocian su error: el lago habia huido, pero volvian á verlo mas lejos sus ávidos ojos.— (FELLENS, *del Mirage*, art. VI.)

(2) Especie de cuevas en donde se refugian las caravanas durante las terribles tempestades del simoun, y en las cuales por lo regular existen pozos de agua potable.

ante el cual los sedientos dromedarios parten á galope tendido abriendo sus abrasadas narices, estirando su encorvado cuello ansiosos de aplicar sus robustos belfos en el claro manantial que barrunta su delicado olfato.

Entonces, hombres y animales, amos y criados se arrojaban con el desórden irremediable de la avaricia, con la rabia natural del sediento, ante el agua sobre aquel charco salvador.

La Santa familia era la última en aplacar la sed. La Madre de Dios, la Reina universal, aplicaba los sonrosados lábios despues que los animales se habian hartado y removido con sus pisadas el inmundo cieno de su fondo, convirtiendo en un asqueroso lodazal lo que antes era un pozo de agua clara y destilada.

Por fin, despues de innumerables fatigas, los Santos Viajeros divisaron á lo lejos las llanuras de Gizeh, de cuyo centro se alzan esos gigantes de piedra cuyas frentes no han podido desmoronar los cuarenta siglos que la destructora mano del tiempo ha hecho rodar sobre ellas, esos monumentos que el orgullo y la soberbia de los poderosos de Egipto edificaron con el sudor y la vida de sus vasallos: las pirámides. (1)

A la vista de esas masas gigantescas, de esos colosos, de esas historias de granito que pregonan la grandeza de sus antiguos fundadores, las caravanas lanzan un grito de gozo. porque muy en breve los callosos piés de sus dromedarios se deslizarán sobre hermosas y fértiles praderas esmaltadas de flores, y el perfume embalsamado de los campos les hará olvidar el cálido y pesado soplo del simoun.

(1) La gran pirámide de Cheops tiene 4,174 piés de elevacion perpendicular, y la longitud de su base es de 716 piés, 6 pulgadas; estaba grabado el gasto que se habia hecho de ajos, cebollas y rábanos para el alimento de los obreros. Ascendia á treinta y cuatro millones de reales y algo mas. Su inscripcion existia en tiempo de Herodoto.—(Escosura, D. Gerónimo, *Historia de Egipto.*)

Entonces el árabe entona su monótono canto, su rostro desecha las sombrías tintas, y sus ojos negros y penetrantes buscan el fecundo Nilo, el rio santo que convierte con sus inundaciones el Egipto en un hermoso jardin, porque Dios y las negras arenas del Nilo derraman sobre aquella tierra privilegiada todos los dones, todas las riquezas de una vegetacion robusta y poderosa. (1)

La Santa Vírgen comenzó á respirar con alguna tranquilidad despues de doce dias de incesantes angustias: porque allá en lontananza comenzó á distinguir el cielo de Egipto; cielo sin nubes, horizonte triste, por donde irradia un sol de fuego como el ojo de un horno.

La patria de los Faraones, donde los cadáveres disputan la materia á la nada, donde la eternidad se hace palpable.

Los campos del Nilo con sus negras arenas; tumba colosal socavada en la tierra, donde ni el roedor gusano turba el frio y prolongado silencio de la muerte.

Las llanuras de *Gizeh*, donde el soberbio Cheops levantó el palacio de la muerte, colosal monumento dedicado á su real cadáver; gigante de granito donde cien mil hombres trabajaron por espacio de veinte años.

El Egipto, donde las adúlteras llevan escrito su crímen en el rostro (1), donde el perjurio era castigado con la muerte. (2)

(1) El labrador egipcio espera tranquilo el mes de Mayo en que el Nilo empieza á hincharse. El desborde ó salida de madre se manifiesta en el mes de Junio y continúa hasta el mes de Setiembre. De la mayor ó menor subida de las aguas depende la abundancia de las cosechas. Unos pozos que sirven de escalas, y el famoso nilómetro ó *mikyas* del antiguo Cairo marcan su acrecentamiento diario. Cuando el Nilo se retira, es decir, en los meses de nuestro invierno en Europa, el aire se perfuma, las praderas se esmaltan de flores, el Egipto se convierte en un inmenso vergel y el labrador, sin cuidado ni esmero, confía su semilla á la tierra y recoge una y otra cosecha. —(Escosura.)

(2) Los jueces les cortaban la nariz.—(Horodoto).

(3) Diodoro de Sicilia.

El Egipto, donde el pueblo adora á su rey en vida como á Dios, y le juzga despues de muerto como al último de los plebeyos, negándole muchas veces, segun sus creencias, hasta los honores de la sepultura; donde en los banquetes se paseaba un cadáver de madera metido en un rico ataud, y enseñándolo á los alegres convidados les decia el jefe de la casa: *Mirad este hombre, á quien os parecereis despues de muertos. Bebed, pues, ahora y divertios.* (1)

El Egipto, mezcla de ilustracion y barbarie donde se creia en la imortalidad del alma, y se adoraba á un mismo tiempo multitud de dioses con cabeza de gato, vientre de cocodrilo y garras de milano.

El Egipto, donde el arte habia llegado á lo mas sublime, y la degradacion á lo mas abyecto; donde el hombre hilaba y se entretenia en las ocupaciones domésticas, y la mujer en los negocios de fuera; donde *todo era Dios escepto Dios* (1), y *donde lo grande estaba confundido con lo pigmeo.*

El peligro habia terminado. Heliópolis, la ciudad del sol, con sus esbeltos obeliscos, sus gallardos minaretes y las bruñidas cúpulas de acero de sus templos paganos, donde los rayos del sol arrancan mares de luz que en cambiantes caprichosos se estendian sobre la ciudad como una inmensa cabellera de plata y fuego.

Heliópolis, la ciudad favorita de Cleopatra, con sus agujas sutiles de piedra y bronce que se escondian entre los risueños celajes de su cielo, como su hermosa y caprichosa fundadora ocultaba entre la púrpura de Tiro de su rico turbante las doradas hebras de sus blondos cabellos.

Heliópolis, donde el fénix resucitado acudia á depositar los restos de su padre sobre el altar del sol.

Heliópolis, en cuyo centro se alza el famoso templo de On, en donde Putifar ejercia el sacerdocio del sol.

Heliópolis, perla de Egipto, ciudad natal de Moisés, en

(1) Herodoto.
(2) Bossuet.

LA HUIDA A EGIPTO.

donde el profeta Onías habia levantado un templo á Jehová, procurando que la arquitectura egipcia se asimilara lo posible á la Casa Santa de Jerusalen; solo que en señal de inferioridad, el famoso candelabro de siete brazos del templo de Sion, era en Egipto representado por una lámpara de oro.

María, la poética flor de Galilea, estendió sus dulces ojos por aquellos bosques de palmeras y aquellos campos cuajados de violetas silvestres.

Una lágrima se desprendió de sus azules ojos. Era la lágrima del desterrado que recuerda á la vista de una ciudad populosa su humilde aldea, su pobre casita, sus amigos de la infancia.

La caravana, antes de penetrar en la ciudad de Cleopatra, se detuvo un momento.

El sol molestaba lo bastante, y José, cogiendo de la brida el dromedario sobre el cual cabalgaba la Madre de Dios con su Hijo en los brazos, le condujo bajo las frondosas hojas de un corpulento árbol.

Al acercarse la Santa Familia, el árbol ídolo bajó lenta y graciosamente sus sombrías ramas como para ofrecer un pálio de verdes hojas al jóven Dueño de la naturaleza que María llevaba en sus brazos (1).

Despues de algunos monmentos de descanso, la caravana penetró en la ciudad.

Al pasar la Santa Familia por bajo los arcos de granito en la puerta principal de Heliópolis, *todos los ídolos de un templo vecino cayeron de rostro contra la tierra* (2), saludando al descender de sus profanos pedestales, al verdadero, al único

(1) Existe en la Arabia un árbol majestuoso del género de las *sensitivas*, que baja sus ramas al acercarse un hombre. Los árabes del Yemen establecidos á las orillas del Nilo le dan el nombre de *árbol hospitalario*, y le tienen en tanta veneracion que no permiten que se les arranque una hoja.

(2) Este hecho lo atestiguan multitud de escritores, tanto sagrados como profanos.

Dios que llegaba fugitivo á pedir hospitalidad á los idólatras egipcios.

Los divinos Viajeros solo se detuvieron en la ciudad para dar las gracias á su protector y descargar del camello sus modestos enseres.

José cargó sobre sus espaldas las herramientas de su oficio y todo lo que poseia. María cojió la ropa y el precioso Niño, y saliendo de la populosa Heliópolis, donde la vida era demasiado cara para su pobreza, tomaron el camino que conducia á la cercana aldea de Metarieh, hermoso pueblo sombreado de sicomoros, y en el que se encuentra la única fuente de agua dulce que hay en Egipto. (1)

Los fugitivos Galileos se detuvieron como á unos doscientos pasos del pueblo: á nadie conocian, pobres desterrados que iban á pedir hospitalidad entre los idólatras.

Un espeso sicomoro (2) les sirvió de tienda durante la primera noche, porque José, como llegó á la caida de la tarde á Metarieh, no quiso entrar en un pueblo en donde á nadie conocia, hasta la mañana siguiente.

Poco despues la Santa Familia habitaba una humilde choza debida á la caridad de los egipcios, y allí, en aquel nido miserable de golondrinas, la virtuosa Galilea respiró en paz lejos del terrible Herodes, del inhumano perseguidor de su hermoso Hijo.

(1) Orsini.—Esta fuente lleva todavía el nombre de fuente de la Vírgen, y una antigua tradicion refiere que la Vírgen bañaba en ella al Niño Jesus. Se alza sobre esta fuente una pequeña mezquita, objeto de veneracion para los cristianos y musulmanes.

(2) Segun los mismos mahometanos, al amparo que prestó á la Madre de Cristo, debe este árbol su milagrosa longevidad y su verdor eterno.—(A. Danzants, *Viage al Sinaí.)*

LIBRO QUINTO.

LA DEGOLLACION.

Entonces Herodes, cuando vió que habia sido burlado por los Magos, se irritó mucho; y enviando hizo matar todos los niños que habia en Belen y en toda su comarca de dos años abajo, conforme el tiempo que habia averiguado de los Magos.—(San Mateo, *Evangelio*, capítulo II, versículo 16.)

CAPITULO PRIMERO.

Los hijos de la Vestal.

Mientras tanto, Herodes esperaba impaciente las noticias que su hijo Archelao debia trasmitirle de los Magos.

Los dias pasaban, y el feroz escalonita rugia en su cámara como el leon que olfatea la carne y vé que se le escapa la presa que ha soñado devorar.

Los soldados recorrian la Palestina: diariariamente se enviaban nuevos destacamentos de mercenarios en busca de los caldeos, y de Jesus el Hijo de la Nazarena; pero todo era inútil: la tierra los ocultaba á sus pesquisas; Dios estendia sobre ellos su manto protector é impenetrable.

Sin embargo, una esperanza alentaba aun el vengativo

corazon del asesino de Mariamme: esta esperanza era que su hijo no le habia noticiado definitivamente la evasion de los caldeos.

En el momento que volvemos á encontrarle, Herodes se hallaba inclinado sobre unos almohadones de damasco, en su camarin de Jericó.

Su nieto Achiab, de pié, á su lado, se entretenia mirando un mapa del mundo conocido de los antiguos.

Esta carta geográfica estaba estampada sobre una piel de ternera adelgazada primorosamente.

Con una tinta roja se veian marcadas las provincias conquistadas por los romanos.

Herodes, que cuando se hallaba con su nieto solia olvidarse hasta de su dolencia, con un punzon de oro se entretenia en marcarle los puntos por donde el ejército romano habia marchado durante su conquista.

Achiab demostraba una profunda atencion á las guerreras esplicaciones de su abuelo.

—Me gustaria mucho, exclamó el adolescente despues de algun momento de meditacion, que tú fueras un rey tan poderoso como nuestro aliado Octaviano Augusto.

El idumeo se sonrió. El niño inocentemente habia halagado un deseo que Herodes hubiera realizado á costa de su honra y aun de algunos años de su vida.

—Mira, le dijo Herodes colocando el punzon sobre las líneas encarnadas, y como si no hubiera oido las palabras de su nieto: estas pequeñas águilas marcadas con tinta azul, demuestran los límites ó fronteras del imperio romano. Por el Poniente el Océano Atlántico, por el Oriente el Eufrates, por el Norte el Danubio y el Rhin, y por el Mediodia las cataratas del Nilo, los desiertos de Africa y el monte Atlas (1). Esto es la Italia, que tanta sangre ha costado á los

(1) Augusto encargó á su sucesor en su testamento que no pasara esta frontera que él habia marcado á su imperio.

romanos desde Numa Pompilio hasta el César Augusto, nuestro poderoso amigo. Aquí está España, pais rico y poblado cuyos hijos han ostentado siempre un valor heróico y un cariño á su independencia sin ejemplo. Esto es Sagunto, ciudad grande y populosa, la aliada mas fiel de Roma. Una mañana Aníbal se presentó ante sus muros con un ejército de 150,000 cartagineses, y les intimó la rendicion. En plena paz como se hallaban entonces, aquella era una infame traicion. Sagunto era un pueblo de héroes, y se defendió esperando socorros de Roma. Por fin vió que le era imposible mantenerse entre aquellas ruinas, que el Senado no corria á protegerles, y antes de rendirse encendieron los saguntinos una inmensa hoguera en mitad de la plaza, y se arrojaron á ella hombres, mujeres, ancianos y niños. Cuando entró el vencedor Aníbal, Sagunto era un monton de cenizas formado con los huesos de sus habitantes.

Achiab, al oir el rasgo heróico de los saguntinos exclamó enardecido:

—Pueblo valiente, yo te saludo y te venero, tu nombre se grabará en mi memoria.

—No concluyó ahí el valor increible de los hijos de España, continuó Herodes mudando el punzon de sitio. Aquí está Numancia que, sitiada poco despues por Scipion el Africano, tuvo el mismo valor que Sagunto. Los romanos fueron entonces tan inícuos como los cartagineses.

Herodes, siempre bueno y condescendiente con su nieto, se entretenia enseñándole de este modo ameno la historia militar de las naciones.

—Siguiendo mi punzon, continuó Herodes haciendo correr sobre el mapa el marcador de oro que tenia en la mano, puedes ver los dilatados reinos que posee Roma y que pagan tributo á nuestro amigo Augusto. Esto es Africa, donde el atroz Masinisa, al frente de sus ligeros *Númidas*, hizo huir al vencedor Aníbal quemando dos campamentos y apoderándose de la ciudad de Zama. Aquí está la Macedonia: el des-

venturado Perseo, su último rey, fué conducido á Roma por Paulo Emulio, su vencedor, en donde murió de hambre entre las negras paredes de un calabozo. Esto es la Grecia y esto las islas Británicas. Júlio César fué el primero que desembarcó sobre las encrespadas rocas de sus riberas, sometiendo poco despues la Galia, Asia, Siria, el Ponto, la Bitinia y el reino de Pérgamo. Siguiendo esta línea encontrarás á Egipto, donde Marco Antonio, el amigo del César, llegó como conquistador y terminó siendo el esclavo de la reina Cleopatra, que supo adormecerle con sus hechizos. Y esto, por fin, es nuestra hermosa Judea, reino que yo legaré á tu padre y que tú regirás algun dia como dueño y señor.

—Y dime, querido abuelito, exclamó Achiab, en un arranque de infantil curiosidad colocando los codos sobre el mapa y acariciando la áspera barba de Herodes: ¿esos reyes de Roma que son hoy dia dueños del mundo, fueron siempre tan poderosos?

—No, hijo mio, sus dominios se han ensanchado por sus conquistas. El orígen de Roma tiene una historia fabulosa, es casi un cuento.

—¡Oh! Pues ya sabes que yo me muero por los cuentos y por las historias.

—Oyelo pues, hijo mio, y no olvides que un rey, por pequeño que sea su reino, puede con su valor y con su prudencia convertirlo en grande y poderoso.

Herodes abandonó la mesa, y tendiéndose en su mullido lecho, hizo que su nieto se sentara á la cabecera sobre unos almohodones, y luego continuó de este modo:

Amullio reinaba en la ciudad de Alba, situada en el Lacia, provincia de Italia. Sus fértiles campos, su cielo azul y sereno, y el mar Mediterráneo que besaba sus hermosas playas, la hacian una de las más pintorescas y ricas provincias del mundo. Amullio habia usurpado el trono á su hermano Numitą, el cual lloraba su desgracia en un calabozo con sus dos hijos Laso y Rea Silbia. Amullio hizo asesinar

á Laso, heredero de Numita, y encerró á Rea en un templo donde se adoraba á la Diosa Vesta. Las vestales tenian la obligacion de alimentar contínuamente el fuego sagrado, y á la que lo dejaba apagar se la condenaba á ser enterrada viva. Ademas, las vestales no podian casarse.

Por este medio Amullio aseguraba la corona sobre sus sienes. Pero los dioses habian dispuesto que la hermosa Rea fuese robada del templo por un mancebo valiente que algunos dan en decir que era el dios Marte á quien adoraban en forma de lanza los hijos de Alba.

La desgraciada Rea cayó segunda vez en poder de su tio Amullio, y poco despues dió á luz en un calabozo dos niños que les pusieron por nombres Remo y Rómulo. El rey ordenó á uno de los criados de su confianza que arrojara al Tiber aquellos dos niños.

El criado partió de noche á cumplir la triste comision que le confiaba su amo; pero al llegar á las orillas del rio que debia servirles de tumba los dejó sobre el mullido césped, á tiempo que la luna desde el cielo, quebrando el tupido celaje de una nube, dejó caer su luz de plata sobre las inocentes cabezas de los recien nacidos. El criado, viendo las dulces fisonomías de aquellos niños, se turbó y tuvo miedo de cometer un crímen tan horrible.

Entonces vuelve á cojerlos en sus brazos y se interna en un bosque vecino, dejándoles sobre unos matorrales, y corre al palacio de su señor á decirle que sus órdenes estaban cumplidas. La Providencia veló desde aquel instante por los dos niños abandonados. Una loba que habia perdido sus lobeznos, en vez de devorarlos, los condujo á su cueva, donde los alimentó con su leche, hasta que un dia fueron hallados por unos pastores.

Remo y Rómulo crecieron entre los pastores ocupándose de apacentar las cabras.

Pero Rómulo era violento: por el motivo mas fútil armaba una pendencia con los guardas de Amullio. Un dia se

llevaron preso á Remo, que inmediatamente fué encerrado en un calabozo.

Rómulo, hambriento de vengar á su hermano, y perseguido por los soldados del rey, vagaba por las cercanías de Alba, cuando una casualidad hizo que se encontrara un dia con el viejo Faustulo, que era el mismo criado que les habia perdonado la vida engañando á su señor.

Se hablaron, y entonces, al saber Faustulo quién era Rómulo, le contó su historia.

Rómulo, al saber su nacimiento, rugió como la hiena encerrada en un círculo de fuego, y ardiendo en deseos de venganza, logró reunir algunos pastores atrevidos como él, y entrando una noche en la ciudad asesinó á su tio Amullio y abrió los calabozos de su hermano y de su abuelo Numita, que hacia cuarenta años que se consumía en su lóbrega cárcel.

Acostumbrados á una vida salvaje y libre se ahogaban en la ciudad, y dejando la corona á su anciano abuelo, salieron al campo ansiosos de llevar su antigua é independiente vida de cazadores.

Un dia que los dos hermanos no sabian qué hacer, se les ocurrió fundar una ciudad para vivir en ella con sus compañeros á su antojo.

Buscaron y eligieron el sitio que debia ocupar, y ambos, con el ardor natural de la juventud, comenzaron á ahondar el foso que debia marcar el muro del nuevo pueblo.

Entonces se les ocurrió una duda: cuál de los dos le pondria el nombre; y convinieron que aquel que viese mayor número de buitres al volver la cabeza.

Remo dijo que habia visto diez; Rómulo aseguró que habia visto doce. De aquí surgió una disputa acalorada, y Rómulo, arrojando sobre la cabeza de su hermano una maza de hierro, le dejó muerto en el acto.

Los primeros cimientos de la ciudad de Roma se empaparon con la sangre fratricida.

Poco tiempo despues Rómulo fué proclamado por sus compañeros el primer rey de Roma. Tenia diez y ocho años.

La ciudad nueva fué el asilo de todos los vagabundos y criminales de los paises vecinos.

Ni una sola mujer se atrevió á penetrar dentro de aquellos muros, en donde vivieron los hombres solos hasta que una estratégia de Rómulo dió orígen mas tarde al robo de las Sabinas.....

CAPITULO II.

Las víboras del esclavo.

Embebecidos se hallaban en su relato histórico el viejo y el niño, cuando una mano apartó la pesada colgadura que cubria la puerta de entrada del camarin de Herodes, y detrás de esta mano apareció entre los ondulantes pliegues de seda la figura de Verutidio, general romano.

El valiente mercenario llevaba el traje de campaña, con sus inmensas botas de cuero y su casco de bronce.

Su barba y cabello negro como las alas del cuervo, se hallaban cubiertos de polvo, y el manto de lana azul arrugado y medio desprendido del grueso clavo de oro que le sujetaba sobre el hombro.

Todo indicaba en él que habia hecho una jornada larga y á caballo.

Herodes, al verlo entrar, apartó suavemente á su nieto que se hallaba á su lado, y se incorporó sobre los blandos almohadones.

El romano se acercó con ademan familiar hácia el lecho, y besó por cumplido la mano que le estendia el rey de Judá.

—¡Ah! Por fin te dignas venir á ver á este pobre rey enfermo, mi valiente general. Supongo que me traerás nuevas de esos caldeos.

—Señor, le respondió Verutidio, los babilonios, á quienes Júpiter confunda, protegidos tal vez por su dios Belo, han logrado escapar de nuestras pesquisas. Los silos del Carmelo, los bosques de Samaria, el desierto de Judá, la via Sangrienta y las riberas del mar Occidental, han sido registrados con escrupulosidad por mis valientes soldados. Pero todo en vano: les ha sido imposible tropezar con su rastro.

Herodes abarcó con una mirada al romano. De sus pardas pupilas se desprendieron dos chispas de ira, y deslizándose del lecho, se acercó á Verutidio apoyándose en el hombro de su nieto, que con la curiosidad peculiar de los niños escuchaba sin comprender las palabras del general y sentia la agitacion nerviosa que la mano de su abuelo comunicaba á su cuerpo.

—¿Y Archelao, mi hijo, qué dice? Preguntó el idumeo de un modo estraño, pero que heló la sangre de su nieto.

—Tu hijo, le contestó el romano, se halla en tu palacio de Jerusalen entregándose á todas las furias del averno.

—¡Oh, la enfermedad me hace impotente!.... Y Herodes se llevó la mano al pecho rasgándose el magnífico túnico de escarlata, como si un áspid le hubiera mordido en el corazon.

—Que la diosa Céres aparte de mí sus favores si tu hijo Archelao no siente en este momento tanto como tú la misteriosa desaparicion de los Magos. Yo le he visto arrancarse las barbas de rabia cuando tus herodianos han regresado sin

ellos. Yo le he oido poner un precio exorbitante por sus cabezas. Créeme, señor, á tu hijo nada le disgusta tanto como hallar obstáculos en el cumplimiento de las órdenes que le comunicas.

—¡Ah! los caldeos me han faltado á su palabra, murmuró Herodes con nervioso acento; yo pretendia burlarles y he sido el burlado. Tanto peor para ese Niño á quien apellida el vulgo el Mesías. Por fortuna aun no se ha perdido todo... los reyes se han fugado, pero el Niño caerá en mi poder... Cingo aun no ha vuelto... y Cingo tiene ojos de lince y es intencionado y precavido como los chacales. Estoy seguro que él me traerá buenas noticias.

Y como si estas palabras hubieran sido pronunciadas por una pitonisa, como una evocacion, se descorrió un tapiz de la pared, y la oscura y feroz figura de Cingo el etíope apareció en la cámara de Herodes.

Cingo llevaba el pintoresco traje de los árabes de Nigricia: su alquicel listado de vistosos colores, su túnico negro con ramos de grana, su turbante de lino, le daban un aire salvaje á su negro y reluciente semblante, cuyas pronunciadas facciones tenian una dureza feroz.

Sobre su pecho cruzaba un cordon de seda verde á cuyo estremo colgaba una calabaza pequeña simétricamente tapada con una plancha de oro. Sus piés descalzos se hallaban salpicados de barro y cubiertos de polvo. Su mano derecha empuñaba un grueso baston de acebo. Por su cintura se rollaba un cinturon de piel de gamuza del que pendia una pequeña cadenita de bronce, y de esta un puñal ancho y corto que se perdia entre dos profundos pliegues de su alquicel.

Cingo era el ejecutor secreto de Herodes, el espía de confianza del idumeo.

Cuando el rey tenia necesidad de saber algo ó de llevar á cabo una venganza, le llamaba á su cámara, y despues de enterarle de sus deseos, el fiel esclavo dejaba su traje de córte y corria á vestirse del modo como le hemos descrito, y

con este traje y la bolsa bien repleta de onzas romanas, á pié ó á caballo segun las circunstancias, recorria los dominios de su señor como un simple mercader.

Si la víctima designada por su rey debia morir sin escándalo, entonces Cingo se deslizaba como una culebra hasta el lecho del sentenciado que debia morir, alzaba la plancha de oro de su calabaza, y depositaba sobre su cuello una de las víboras que encerraba el vientre de aquella redoma de la muerte.

La mordedura era mortal; Cingo, sin embargo, permanecia por los alrededores de la casa hasta que por sus ojos veia el cadáver de su víctima.

Entonces regresaba á palacio á participarle á su señor que estaba servido.

Herodes, al ver á su esclavo, se sonrió con una ferocidad indescriptible. Cingo permaneció impasible como una estátua. Ni un solo músculo de su rostro se conmovió.

—Verutidio, amigo mio, exclamó Herodes, espérame en la antesala, tal vez necesite de tus servicios.

—Y tú, Achiab, ya es hora de tomar el baño, véte.

Achiab besó la mano de su abuelo y se salió. Verutidio hizo lo mismo, pero no sin lanzar antes una mirada de desprecio al esclavo negro, cuyo favor con el rey le disgustaba altamente en su calidad de general y de romano.

Herodes y Cingo, se quedaron solos.

—Habla, le dijo el primero.

—Malas son las nuevas que traigo, señor.

Herodes lanzó un rugido, pero indicó con un gesto á su esclavo que continuara.

—Los judíos creen llegada la hora de su libertad; por todas partes se habla de la venida del Mesías.

Y sin embargo, si se esceptúa á unos pastores de Belen y alguno que otro hebreo, nadie lo ha visto, todos ignoran donde se halla. Jesus es el nombre del Niño, y dicen que es el Rey de Judá; ha nacido en un establo de Belen. Pero de-

bemos tener en cuenta que hace como seis meses nació otro niño en Ain que goza de tanta ó mas popularidad entre los israelitas que Jesus. Este niño se llama Juan, y es hijo del sacerdote Zacarías. Se cuentan cosas pasmosas, entre la plebe, de estos dos Niños.

—Pues bien, Cingo, emplea tus víboras con esos dos Niños.

—¡Oh! Eso no me ha sido fácil esta vez. Toda mi astucia, todo el dinero invertido para averiguar su paradero, ha sido inútil: no puedo encontrarle: he recorrido casa por casa toda la ciudad de Belen, y todos sus habitantes me han dado por respuesta encogiéndose de hombros: «no sé de quién me hablais... no le conozco...» En cuanto á Juan, el hijo de Zacarías, ese me ha sido mas fácil saber donde está, y espero tus órdenes.

—¿Con que es decir que los belemitas se han propuesto ocultarle?... Pues bien... tanto peor para ellos... Yo pensaba arrancar solo una espiga, y ellos se oponen... Cingo, será preciso segar todo el campo.

El esclavo inclinó la cabeza en señal de acatamiento, aunque no comprendia las palabras de su señor.

—La historia es el gran libro que debe regir á los reyes, ella es el sabio maestro que les aconseja en las situaciones críticas de su vida. Los hombres adulan al poder ó por miedo, ó por ambicion; pero la historia, franca como la verdad, aconseja sin miedo y sin codicia. Sus ejemplos deben servir para evitar las grandes catástrofes que amenazan las cabezas de los monarcas. Amullio y Rómulo, Athalía y Joas, vosotros sois mis consejeros en esta ocasion... os tendré presentes, vuestra sangre guardará la mia, y vuestras coronas derribadas conservarán la mia sobre mis sienes.

Herodes se decia todas estas palabras para sí mismo como si estuviera solo, y dando largos paseos por su cámara.

La presencia de Cingo no le impidió murmurar aquellas reflexiones históricas que enseñaban sin máscara el fondo

de su alma, porque Cingo era sordo y ciego. Su lealtad probada en cien ocasiones le habia demostrado que aquel negro terrible, aquel esclavo sin corazon se hubiera sepultado en la garganta el puñal que pendia de su cinto, si su señor se lo hubiera mandado.

Por desgracia los tiranos que han cruzado sobre la tierra con la frente coronada como una maldicion, como un azote del cielo, han tenido siervos leales; ejecutores fieles de sus horribles designios, que no han vacilado en dar su sangre por ellos.

Porque la ferocidad, el crímen, el asesinato, suele tener tambien sus admiradores. Almas empedernidas, séres degradados y repugnantes que lamen cariñosamente la ensangrentada mano del verdugo y se sonríen con desprecio ante las lágrimas de la inocente víctima que implora arrodillada á sus piés una clemencia que desconocen.

Cingo era una de estas criaturas. Por su señor hubiera sacrificado á su padre. Herodes estaba seguro de ello; por eso no tenia secretos para aquel negro, para aquel terrible y mudo agente de sus sentencias privadas.

El señor y el esclavo permanecieron algunos momentos sin pronunciar ni una palabra. Herodes combinaba tal vez en aquel momento el plan de un crímen monstruoso que llenó de asombro á las naciones: la degollaciou de los niños belemitas. Cingo esperaba en silencio las órdenes de su señor.

El uno, paseándose por la estancia agitado y descompuesto el semblante. El otro, clavado en la alfombra, inmóvil junto al rico tapiz de la puerta, parecia una figura de las que adornaban la pared, que habia adelantado un paso cansada de su eterna inmovilidad.

De esta situacion vino á sacarle el ardiente y penetrante sonido de un clarin, al que siguió poco despues ruido de armas y pisadas de caballos.

Herodes se acercó á la ventana que daba á la plaza del

palacio, y descorriendo un poco la pesada cortina de damasco lanzó una mirada; pero antes que tuviera tiempo para formarse una idea de lo que sucedia en los pórticos de su palacio de Jericó, una voz que pronunciaba el nombre de ¡padre! ¡padre! con alguna precipitacion, le hizo volver la cabeza hácia el interior de su cámara.

Aquella voz era la de Antípatro, el segundo de sus siete hijos á quien van á ver nuestros lectores por la vez primera, y del que nos hemos de ocupar en el trascurso de este libro.

Antípatro tendria unos veinte años de edad: era rubio, afeminado, y de estatura menos que mediana. En sus ojos azules, claros y rasgados, brillaba algo siniestro. Su nariz recta y bien formada; sus cejas, arqueadas y estremadamente pobladas, se juntaban sobre el estremo inferior de su despejada frente formando una punta aguda que caia sobre la nariz.

Sin pelo de barba aun, enseñaba sus labios sonrosados y en estremo sutiles; sus dientes claros revelaban la falsedad y la astucia: era, en fin, un jóven hermoso, cuyo semblante hubiera inspirado desconfianza á un fisonomista.

Su traje usual, y al que mostraba mas predileccion, pues de nada servian las reprensiones de su padre, era el de los babilonios, porque gustaba lucir sus diminutos piés, blancos como la leche, en cuyos dedos se colocaba profusion de sortijas preciosas, pues el calzado se reducia á una plantilla de metal sobre la que se colocaba el pié, que sujeta por el empeine con una correa incrustada de piedras preciosas, dejaba en descubierto los dedos.

Un saco de cachemir blanco, adornado de pequeñas borlas de oro y sujeto á la cintura por dos cinturones de paño de grana, cubría su cuerpo bajando hasta la garganta de la pierna.

Este saco sin mangas y abierto por el sobaco algunas pulgadas dejaba completamente el brazo en descubierto, en

el que llevaba Antípatro como adorno gruesos brazaletes de oro.

Un cintillo de brillantes á manera de diadema sujetaba sus blondos cabellos, del que caian dos cintas verdes que flotaban sobre sus espaldas. De sus orejas pendian gruesos arillos de oro que se ocultaban entre los flotantes rizos.

Antípatro no llevaba arma ninguna; pero en cambio su traje estaba perfumado como el de una cortesana de Roma.

Herodes odiaba á Antípatro, hijo de su primera esposa Doria, la jerosolimitana, víctima de sus sanguíneos instintos. El afeminado príncipe se habia educado en Roma, donde aun permanecia Aristobulo y Felipo, como tributo de baja adulacion vendido al César Augusto.

Archelao era su favorito: Antipas era honrado con su benevolencia.

Herodes tenia ademas un hijo del que nos ocuparemos mas adelante.

El rey, al volver la cabeza y hallarse con su hijo Antípatro á su lado, frunció al entrecejo; pero éste, antes de darle tiempo para que le hiciera la pregunta que sin duda estaba formulando en la garganta, exclamó con voz melíflua:

—Padre mio, Augusto te manda desde Roma un emisario á quien acompañan varios soldados pretorianos, ¿quieres recibirle?

Herodes se quedó un momento suspenso; luego acercándose á Cingo le habló en voz baja, y este desapareció por la puerta secreta.

Antípatro, para quien no habia pasado desapercibido el aparte de su padre con el negro, se mordió sus delgados labios mirando disimuladamente la puerta por donde acababa de salir el etíope.

—Que entre ese enviado de Roma, dijo Herodes sentándose en sus almohadones despues de colocarse la corona de laurel sobre sus sienes y el manto de púrpura sobre sus hombros.

Antípatro hizo un saludo acompañado de una sonrisa, y salió de la cámara de su padre.

Poco despues cuatro esclavos levantaban la pesada y ancha cortina de la puerta del camarin de Herodes para que pasara el mensajero de Roma.

CAPITULO III

La ley de las Doce Tablas.

Era éste un hombre de cincuenta años de edad. Su rostro espresivo y bondadoso se hallaba estremadamente afeitado. Por su frente despejada cruzaban esas arrugas tan peculiares de los hombres estudiosos que, olvidados de los mentidos placeres del mundo, les sorprende la primera cana encorvados sobre sus libros.

Su cabello entrecano caia descompuesto sobre sus hombros, demostrando con su aspereza indómita que el hierro de los peluqueros romanos no se habia introducido nunca en él para domarle en caprichosos rizos segun la costumbre de la época.

Su traje era estremadamente sencillo, pues se reducia á la túnica *laticlavia* de los senadores, de un color oscuro, guarnecida por delante con una franja de púrpura; el coturno negro, especie de calzado que le llegaba hasta media pierna adornado con una C de plata puesta en la parte superior del pié.

Una bolita de oro hueca, en la que se veia grabado un corazon, pendia de su cuello de una cadenita del mismo metal descansando sobre su pecho.

Su brazo izquierdo se ocultaba bajo los pliegues de su túnica, que como las togas, se hallaba sujeta sobre el hombro derecho por un broche de plata formando multitud de pliegues sobre el pecho, en donde colocaba como en un bolsillo el pañuelo.

Su brazo derecho, completamente desnudo, salia por la abertura de su vestido.

Su mano oprimia un libro bastante grueso, en cuyas tapas se leia en gruesos caractéres romanos esta inscripcion: *Ley de las Doce Tablas.*

—Salud al César Augusto, exclamó Herodes viendo entrar en su cámara al enviado de Roma.

—Contigo sea la paz, rey de Judá, respondió el *patrono* colocando la mano sobre la bolita de oro que pendia de su cuello; Octaviano me envia, continuó, con esta carta para tí; y colocando un rollo de papiro á cuyo estremo colgaba un sello de cera donde se representaba la imágen de una esfinge (1) sobre las tapas del libro, se la presentó á Herodes.

Este hizo una reverencia, y cojió el rollo de papiro, el cual comenzó á desdoblar con pausa.

La segunda carta de Octavio Augusto, el emperador de Roma, decia así:

«Al rey de Judea por nuestro favor;

»Herodes el Escalonita, desde el Capitolio, salud.

»Mi querido Idumeo: Roma tiene una ley conocida por

(1) La esfinge simbolizaba la astucia.

» sus ciudadanos con el nombre de la *Ley de las Doce Tablas*
» *ó de los Decenviros*; por si no la conoces te envio al *patrono*
» Mario Cucio el Severo: es un sábio á quien desde ahora te
» aconsejo que tomes por defensor en la acusacion que tus
» hijos Aristobulo y Felipo entablan en contra tuya por la
» muerte de su madre Mariamme. Sé su cliente, pues, y
» confia en que los dioses no te han de abandonar. Roma te
» concede el tiempo necesario para el viaje, y el emperador
» tu amigo te aconseja que no lo demores, porque ningun
» acusado, ni aun el César, puede evadir su persona ante los
» magistrados. Mario puede enterarte de la ley IV durante
» el viaje, para que te tranquilices. Te espera tu emperador
» —*Augusto.*»

Herodes terminó la carta, procurando dominar las encontradas emociones que agitaban su corazon.

Por una parte el César, el poderoso Octavio, el gran Augusto, el dueño del mundo, le llamaba *querido* y *amigo*, y por la otra sus hijos le acusaban ante los tribunales de Roma como asesino de su esposa.

—¿Conque mis hijos me acusan y reclaman mi presencia en Roma?

—Y Roma no puede negarles lo que piden. Patricios y libertos, nobles y plebeyos, militares y sacerdotes; todos, en fin, cuantos en las dilatadas provincias donde estiende sus alas el águila romana acatan la autoridad del César y de los magistrados de su imperio, deben acatar la ley, que justa é imparcial descansa escrita en las tablas del Capitolio.

—Pues bien, romano, yo acato la ley, y te nombro mi patrono; léeme la ley cuarta de los Decenviros.

—Antes de que yo te acepte por mi cliente, es preciso que conozcas los deberes que unen hasta el dia de su muerte al defensor y al defendido.

—Habla, pues.

El romano dejó el libro sobre una mesa, y con su ademan indicó á los esclavos que podian retirarse.

Cuando se quedó solo con Herodes le dijo:

—Puesta tu mano sobre estas leyes que nos rigen y tu conciencia en los dioses que nos protegen, vas á jurar que desde este instante en que me tomes por tu patrono verás en mí la persona de tu hermano, que nunca me acusarás ante los tribunales, ni por ningun pretesto podrás ser testigo en cosa que en mi daño recayere, y que tu vida estará siempre dispuesta á salvar la mia.

—Lo juro, exclamó Herodes estendiendo la mano sobre el libro.

—Yo juro tambien sin violencia de ninguna especie, no acusar y aun no ser testigo nunca en contra tuya, y á defenderte aun á riesgo de mi vida y mi fortuna, siempre que necesitares de mí... Si uno de entrambos falta á su juramento, su cuerpo ensangrentado sirva de víctima consagrada á Pluton y á los dioses infernales. (1)

Mario Cucio hizo una pausa durante la cual abrió el libro de la ley que habia dejado sobre la mesa.

—Tus hijos te acusan, dijo el patrono con voz grave, porque dicen que has asesinado á tu esposa, su madre; pero tus hijos; cliente amado mio, desconocen que Roma y sus leyes miran con horror al hijo que se rebela contra la autoridad paterna. Oye, pues, la ley cuarta de los Decenviros; y luego disponte á seguirme.

Tabla cuarta. Ley sobre los derechos del padre de familia.

Herodes oia á su patrono con una atencion profunda; apenas respiraba; hubiera dado la mitad de su corona por poder ahogar por sus propias manos á sus rebeldes hijos.

(1) Esta institucion originó una conmutacion recíproca de afecto y de fidelidad entre patronos y clientes. El que faltaba á su juramento podia ser muerto impunemente por cualquier ciudadano. Durante mas de seiscientos años, apenas se vió en Roma cosa que manifestase disgusto entre ellos. Virgilio compara al crímen de haber apaleado á su padre el de haber engañado á su cliente.—(*Eneida*, VI.)

—La tabla cuarta, ley sobre los derechos del padre de familia (1), volvia á decir el patrono, concede á los padres el derecho de vida y muerte sobre los hijos. El padre por esta ley puede *condenar á sus hijos á prision, á ser azotados*, á que trabajen en las labores del campo, y aun si lo merecieren al suplicio que creyere oportuno. (2) El hijo no podrá adquirir sin el beneplácito de su padre ninguna propiedad ni empleo público, y si lo hiciere será mirado el dinero que produzca como el peculio de los esclavos. Los hijos no se verán libres del poder paterno, hasta la muerte de estos, aunque llegaran á tener nietos. *Las hijas casadas dependen solo de sus esposos.*

—¡Ah, pues entonces!... Exclamó Herodes sin poderse contener...

—Tus hijos son tuyos á pesar de su acusacion.

El idumeo se puso en pié, y cogiendo una varita de metal, descargó un fuerte golpe sobre un timbre que se hallaba en la mesita de noche que en forma de águila se veia á la cabecera de su lecho.

Cingo apareció en la cámara.

(1) Muchos eruditos han procurado en vano juntar los fragmentos de las Doce Tablas; pero segun las sábias investigaciones de Jacobo Godofredo, se debe creer que la tabla I trataba de los procesos, la II de los robos y latrocinios, la III de los préstamos y acciones de los acreedores contra sus deudores, la IV de los derechos del padre de familia, la V del modo de suceder y de las tutelas, la VI del derecho de propiedad y de sucesion, la VII de los delitos y daños causados á otro, la VIII de las posesiones campestres, la IX del derecho comun del pueblo, la X de los funerales y formalidades relativas al fallecimiento de las personas, la XI de todo lo concerniente al culto de los dioses y á la religion, la XII de los matrimonios y de los derechos de los casados. No puede dudarse de que varios jurisconsultos comentaron estas Tablas: entre ellos Eneron y Plinio; pero sus obras se han perdido.—(Adam, *Antigüedades romanas*, tomo, II, pág. 49.)

(2) Ley bárbara, increible, que subsistió en Roma y otros paises por mucho tiempo, y que la venida al mundo de Cristo abolió para bien de la humanidad, honra del hombre y gloria del cristianismo, que la rechaza con su influencia benéfica y humanitaria.

Convoca inmediatamente á mis hijos, á mis hermanos, al general de mis legiones y Ptolomeo mi guarda sellos.

—¿A dónde han de acudir, señor? Preguntó el esclavo bajando la cabeza.

—Aquí, le contestó Herodes con laconismo.

—Debo advertirte, señor, dijo el patrono, que en la Cesárea nos espera un navío, que es el que me ha conducido á á esta plaza, y que me acompaña un *manipulo* (1) de Valites (2) á las órdenes de Paulo Atme el Atrevido (3): el César Augusto lo ha previsto todo para que los aprestos de viaje no te robaran el tiempo.

—Descuida, partiremos mañana al despuntar el dia.

Algunos momentos despues se hallaban reunidos en uno de los espaciosos salones del palacio de Jericó, la familia de Herodes el Escalonita y algunas dignidades de su corona.

El rey les espuso brevemente el motivo de su viaje: dió la órden á Ptolomeo de que lo dispusiera todo, indicándole las personas que debian acompañarle. Encargó á su hijo Archelao el gobierno de su reino, para cuyo efecto escribió una carta que entregó al general Verutidio, pues Archelao se hallaba en Jerusalen.

Entre los que las órdenes de Herodes habian reunido en el salon, se hallaba Paulo Atme, jefe del *mañipulo* que desde Roma habia escoltado á el patrono Mario.

Paulo era uno de esos hijos de la guerra que crecen dentro de su coraza encima de su caballo en los campos de batalla, jóven aun, pues no contaba mas que treinta años, y

(1) Doscientos hombres de guerra.

(2) Valites, tropa ligera; sus armas eran el arco, la honda y siete azagayas cuyas puntas estaban aguzadas como las de las flechas, la espada española que tenia corte y punta, un escudo redondo de madera de cerca de tres piés de diámetro forrado de cuero, y en la cabeza llevaban un casco que por lo comun era de piel de alguna fiera para parecer mas fieros.—(ADAM, *Antigüedades romañas*, tomo III, página 108).

(3) Despues del nombre propio y nombre de raza ó apellido, los romanos usaban el sobrenombre, derivado de alguna cualidad ó defecto físico.

desde simple soldado habia llegado á general legionario.

Como todos los guerreros romanos de aquella época, tenia la mirada altiva y desdeñosa del conquistador.

Era ambicioso, porque la historia le recordaba que la guerra habia elevado á muchos soldados á las primeras dignidades del estado.

Su uniforme era la *clámide* de viaje, especie de capote de grana guarnecido de púrpura.

De un ancho cinturon que sujetaba su vestido pendia una espada española sobre su costado izquierdo. Su pié derecho calzaba un borceguí de metal (1), mientras en el izquierdo llevaba simplemente un calzado ligero guarnecido de clavos, conocido con el nombre de *caliga*, del que tomó su nombre el feroz y sanguinario Calígula.

Paulo estendió desdeñosamente su mirada por los ámbitos del salon mientras Herodes daba las órdenes necesarias para el viaje, y cruzándose de brazos quedóse en actitud indiferente.

Al estremo opuesto del que Paulo ocupaba, el afeminado Antípatro, vuelto de espaldas al hueco de una ventana, se hallaba con los codos apoyados en el alfeizar escuchando con suma atencion las palabras de su padre.

De repente sus ojos tropezaron con la desdeñosa figura de Paulo, y el sonrosado semblante de Antípatro se conmovió.

Su primer movimiento fué inclinarse hácia adelante como el hombre que se dispone á marchar: pero al instante se detuvo volviendo á tomar la actitud indiferente que tenia.

Pasaron algunos minutos, durante los cuales el hijo del rey no apartó su dulce mirada de su padre.

Despues, afectando una indiferencia intencionada, abandonó la ventana y se puso á pasear por el salon cambiando algunas frases hipócritas sobre la temeridad de sus herma-

(1) El uso de la espada hacia sacar á los combatientes el pié derecho mas que el izquierdo, por lo que estaban mas espuestos á ser heridos: por eso se lo cubrian con una bota ó armadura fuerte.—(ADAM.)

nos con los que hallaba á su paso, procurando alzar la voz cuando se acercaba á su padre para que éste las oyera.

Así continuó hasta llegar á donde estaba Paulo, y entonces, colocando su mano familiarmente sobre el hombro del hijo del Tíber, le dijo en voz muy baja:

—Yo te hacia en el campo de Marte venciendo hombres y conquistando hermosas.

—¡Cuerpo de Baco... Antípatro! Por Júpiter Stator que me place encontrarte; te hacia en la ciudad santa de los Macabeos, pero celebro que te halles en la ciudad de las rosas.

Debemos decir que Antípatro, como todos los hijos de Herodes, se habia educado en Roma; rasgo de adulacion servil que el rey tributario de Judá rindió á Octaviano Augusto el emperador.

Paulo le conoció en la ciudad pretoriana y se hicieron íntimos amigos. Además, Atme habia por dos veces acudido á Jerusalen á cobrar el tributo del César: de modo que eran antiguos conocidos.

—Si Paulo no ha olvidado, continuó Antípatro bajando la voz, nuestras antiguas costumbres sibaríticas; si aun prefiere el Chipre y el Falerno al agua; si recuerda aquellas deliciosas noches que pasábamos en la pequeña casita de campo de la via *Apia*, desde cuya azotea se veia el sepulcro de los Scipiones; si aun es el amigo de Antípatro, esta noche al comenzar la vigilia media me esperará junto á la cuarta columna de los pórticos de palacio. Y Antípatro sin aguardar respuesta se separó de Paulo, temeroso que su padre sospechara algo de aquella familiaridad con que trataba al romano.

—Siempre el mismo, se quedó murmurando Paulo; fino como una dama y fuerte como un gladiador del César cuando se trata de beber y de reñir. Pero ese muchacho se olvida que he llegado hoy y debo partir mañana. ¡Bah! Un soldado no debe rehusar nunca media docena de botellas de Falerno

aunque se las ofrezcan en la hora de su muerte. Iré, iré, los desaires hechos á Baco suelen costar caros.

Herodes despidió á su corte con el pretesto de que deseaba descansar.

Achiab, fué el último que le besó la mano.

—¿Con que partes mañana, abuelito? Le dijo.

—Sí, pero mi permanencia en Roma será corta.

—¿Y qué vas á hacer en la ciudad del César?

—Voy á hacer con tus tios Aristobulo y Felipo lo que Amullio no hizo con Remo y Rómulo, para que no me suceda lo mismo que le sucedió á él.

Y Herodes, dándole á su nieto un golpecito en la espalda le indicó que se marchase.

Al quedarse solo se encaminó hácia su lecho murmurando:

—Con mis hijos me servirá de ejemplo Amullio; con el nuevo Mesías, con el rey de Judá, tomaré por modelo á Athalía.

CAPITULO IV.

—

El nido de un príncipe.

Jericó dormia. Solo el cadencioso murmullo de las aguas del Jordan, al lamer el verde césped de sus orillas, con sus húmedos besos alteraba la quietud sepulcral en que se hallaba envuelta la ciudad favorita del idumeo.

La luna habia emigrado del cielo, pero en cambio ni una sola estrella habia dejado de asistir á aquel concilio nocturno, y extendiéndose en numerosos escuadrones por el oscuro y dilatado horizonte, lanzaban sus templadas chispas sobre la sombría tierra, como si pretendieran encontrar en ella á la reina de la noche, que no estaba en el firmamento.

El ambiente, embalsamado con las emanaciones de las

plantas olorosas, buscando un abrigo entre los invisibles pliegues del céfiro nocturno, se derramaba por los campos, gimiendo con dulce melancolía entre las copas de los árboles y el cáliz entreabierto de las flores.

Un hombre envuelto con una de esas capas triancuales de los hebreos salió del palacio de Herodes, y encaminándose hácia los arcos de la plaza contó las columnas, mas con las manos que con los ojos, y al llegar á la cuarta se detuvo.

Una vez allí, dirigió una mirada en torno suyo como si quisiera investigar á través de la oscuridad de la noche todo lo que le rodeaba.

Persuadido despues de algunos momentos de que se hallaba solo, se recostó sobre la columna tomando esa actitud del hombre que está resuelto á esperar.

Al principio el misterioso y nocturno personaje se mantuvo inmóvil como si estuviera incrustado en la dura piedra de los pórticos; pero luego, sea que la impaciencia comenzara á molestarle ó que el relente no le fuera muy grato, se rolló sobre la cabeza una de las puntas de su capa ó manto, á cuyo estremo colgaba una borla, como lo hacian los hebreos con su thalet de lino al entrar en el templo, y se puso á dar paseos por debajo de los pórticos.

Así trascurrió como una media hora, hasta que por fin otra figura humana apareció en el estremo opuesto de la plaza.

Este mudo paseante nocturno ocultaba su cuerpo bajo los numerosos pliegues de una toga romana de un color oscuro.

—¡Paulo! Dijo el primero al ver junto á sí al segundo, pero en voz muy baja.

—¡Antípatro! Le respondió el de la toga.

—Ya desconfiaba.

—Soy poco fuerte en el conocimiento de las estrellas, y suelo equivocar las horas.

—Lo mismo da; vamos.

—Vamos á donde quieras; pero te advierto que al amanecer tengo que estar dispuesto á partir.

—Antes de que termine la vigilia matutina habremos terminado nosotros.

El hijo de Herodes, el afeminado Antípatro, cruzó su brazo con el de Paulo, el soldado romano, y ambos se encaminaron por las tortuosas y estrechas calles en busca de uno de los barrios mas solitarios y apartados de la ciudad, donde se detuvieron delante de una casita de modesta pero aseada apariencia.

—Aquí es, dijo Antípatro.

—En hora buena, respondió Atme con indiferencia.

El hijo de Herodes llamó de un modo particular con los nudillos de la mano derecha sobre las tablas de la puerta, que como si por dentro hubiera estado alguno esperando, se abrió al momento.

—Buenas noches, Enoe, dijo Antípatro al entrar en la casa á una muchacha que con una lámpara en la mano alumbraba á los dos amigos.

—La paz sea contigo, señor, y con el que te acompaña, respondió Enoe con esa entonacion melodiosa de las judías.

Paulo lanzó una mirada á la hija de Israel, y luego otra á su amigo como si quisiera preguntarle: ¿quién es esta muchacha?

Antípatro se sonrió: aquella sonrisa era una respuesta á la mirada de Paulo.

—Esperad, buenos señores, volvió á decir Enoe: el pasillo está oscuro, y voy á alumbraros.

La judía cerró la puerta sin hacer ruido, y pasó delante deslizándose por un estrecho corredor.

Los dos amigos seguian en silencio á su jóven conductora y así caminaron como unos veinticinco pasos, hasta que tropezaron con una pared que les cerraba el paso.

La hija de Israel colocó su mano sobre la pared, y esta,

como si obedeciera al contacto de una varita mágica, se abrió para dar paso á los dos amigos.

—Pasad, les dijo Enoe.

Paulo y Antípatro atravesaron aquel hueco que daba paso á otra habitacion.

Entonces se hallaron en un camarin profusamente alumbrado que contrastaba agradablemente con la oscuridad de la primera pieza.

Enoe habia desaparecido.

—¡Oh! Exclamó con marcado asombro Paulo, esto es maravilloso: la luz sucede á las tinieblas; la ostentacion á la pobreza; y el hijo de Marte comenzó á mirar los objetos que le rodeaban con el mismo asombro del hombre que despues de una pesadilla horrible se encontrara al despertar en el camarin de una diosa de la mitología egipcia.

Veamos nosotros lo que causaba la admiracion del soldado pretoriano.

Era una habitacion pequeña adornada con ese gusto refinado de los griegos, y que los romanos esparcieron por el mundo antiguo paseando su águila triunfadora.

Las paredes, tapizadas con nacarada seda de las Galias, brillaban como la flor del granado herido por los rayos del sol poniente.

Cuatro lámparas de oro suspendidas del artesonado techo vertian las claras ráfagas de sus llamas, alimentadas con aceite de Mitelete, sobre una mesa de aloe con incrustaciones de marfil.

La mesa era redonda y de un solo pié ó *manupudium*, como la llamaban los romanos, cuya forma caprichosa demostraba el buen gusto del artífice constructor.

Un lecho de forma triangular se estendia al rededor de la mesa, donde los mullidos almohadones de raso azul convidaban al descanso y á la pereza.

Algunas pieles de leopardo arrojadas por el suelo servian de alfombra, y en los cuatro ángulos de la habitacion ar-

dian cuatro braserillos de plata, embalsamando el ambiente con el perfume de la mirra y el nardo, que exhalado en blanca y caprichosa columna de trasparente humo se elevaba en espiral hácia la bóveda artesonada, desapareciendo, despues de perfumar la habitacion, por un ancho tragaluz.

La mesa estaba servida para la cena: la ausencia del mantel (pues no se empezaron á usar hasta mediados del reinado de Augusto) la suplia la estremada limpieza de la madera que relucia como el ébano pulimentado.

Veíanse colocados sobre ella cuatro jarrones de tierra, de dos asas, blancos como la leche, y finos como el nácar.

En su seno los vinos se mantenian frescos y claros como los manantiales del Líbano.

Estos jarros tenian cada uno un pergamino cuadrado, en donde se leia la clase de vino, el año de su cosecha, y el nombre del cónsul ó dictador que gobernaba la república romana cuando se cojió la uva.

Sobre una inmensa torta de harina de trigo descansaba un cervato rubio como el oro, embutido de yerbas aromáticas y pajaritos de pequeñas dimensiones.

Al rededor de este plato seguian otros de vidrio que contenian dulces en conserva y preciosas frutas.

Una ánfora de ámbar llena de agua y vinagre (bebida de que gustaban mucho los romanos) se hallaba al estremo de la mesa, y junto á los lechos dos grandes copas de oro de ancha boca incrustadas con caprichosas figuritas de realce que se quitaban y ponian durante la conversacion alegre y animada de los postres.

A un estremo de la habitacion veíase una pila de mármol blanco, y encima de esta dos perchas de madera de naranjo de las que colgaban dos tohallas de finísimo lino.

Paulo, despues de haber pasado revista con la mirada á todo cuanto le rodeaba, fijó sus ojos en los manjares, y estendiendo sus brazos sobre ellos, exclamó con entonacion cómica:

—El dios Pan, protector de los ganados, prolongue tu familia, inocente cervatillo. El alegre Baco fecundice con su calor divino los regalados campos de Italia, en donde brota entre verdes pámpanos el Sorrento, el Lágrima, el Falerno, el Másico, el Calvi, el Cesabo y el Sezano. Y tú, bulliciosa Comus, diosa de los banquetes y las francachelas, derrama sobre Antípatro, mi anfitrion, todos tus dones, y concédele un estómago fuerte é incansable como el de los avestruces, para que nunca sienta los horrores de la indigestion en sus gloriosas batallas civeríticas.

—Así sea, exclamó el hijo de Herodes soltando una carcajada.

Entonces los dos amigos se despojaron de aquellas prendas de ropa que podian molestarles durante la comida, y despues de lavarse las manos en la pila de mármol, se arrollaron la tohalla por el cuello y fueron á tumbarse en el lecho, quedando apoyado su brazo izquierdo y la cabeza levantada en proporcion á la mesa; comenzaron á comer con los dedos del sabroso cervatillo (1), arrancando con el índice y el pulgar pedazos de carne con una facilidad asombrosa.

—Pero ¿y Enoe? preguntó Paulo que hasta entonces no habia echado de menos á la judía, ¿Por qué no cena con nosotros?

—Enoe, amigo mio, ha desaparecido como un sueño fantástico: pero yo te juro por la diosa Cibeles que la volverás á oir como una realidad encantadora.

—Los dioses saben lo que siento su ausencia.

—¡Bah, qué te importa á tí esa esclava!

—Soy romano, y como tal supersticioso, y en todo banquete que el número de los convidados son menos que las

(1) En el tiempo á que nos referimos aun no se habia introducido el uso del tenedor, la cuchara y el cuchillo en las mesas: y sin embargo, segun atestiguan varios y respetables autores, dejaban con solo los dedos y la ayuda de las uñas, limpio y pelado el armazon de una ave ó de un carnero.

gracias, ó mas que las musas, antes del año el vino suele tornarse sangre.

—A la salud tuya, Paulo, y á la salud mia que soy tu amigo, exclamó Antípatro levantando una copa á la altura de su frente, y como si no quisiera dar oidos á la supersticion de su compañero, que sin embargo le habia hecho palidecer.

—A la salud del César Augusto. Por la gloria de Roma y por la prosperidad de los hijos del Tíber.

Los dos amigos vaciaron de un solo trago las copas.

—Delicioso Falerno; y Paulo cojió otra jarra para volver á llenar las copas.

Sus ojos se fijaron en el pergamino que contenia el nombre y la edad del vino, y exclamó lleno de gozo leyendo la inscripcion:

—¡Poder de Baco! «Sorrento puro, año 636 de la fundacion de Roma. Siendo dictador Lucio Cornelio Sila.» Tirano ilustre que obligaste al general Mario á que muriera de hambre en los pantanos de Africa. Tú que con tu *Tabla de proscripcion* anegaste de sangre las calles de Roma, robando el sueño á los patricios, y fuiste devorado por los gusanos antes de ser cadáver, ¡álzate de tu fosa y saluda á un contemporáneo que ha sabido sobrevivir á tu sanguinario reinado!

Y Paulo, despues de este discurso histórico, tomó aliento y dijo con voz hueca y burlona:

—¡A la salud del dictador Sila!

Antípatro bebió sin hablar: indudablemente alguna idea preocupaba al afeminado hijo de Herodes.

—¡Por los sagrados bosques del divino Julio, volvió á decir Paulo acercándose un plato de conserva, que á no verte á mi lado, á no saber que mi caballo cordobés rumiaba su pienso en las cuadras del palacio de Jericó, á no estar plenamente convencido que el Jordan se arrastra sobre su lecho de arena á pocos pasos de nosotros; creería, al aspirar

los gratos perfumes que me embriagan, que me hallaba en el aromático y fascinador baño de una patricia romana!

En este momento el silencioso Antípatro, sin que su alegre y hablador compañero lo observara, apoyó el dedo índice de su mano derecha sobre una de las molduras de su cama, y la aguda vibracion de un timbre de acero se estendió por los ámbitos de la sala.

—¡Ah! dijo Paulo girando los ojos en torno de sí, como si buscara aquel eco de metal que resonaba en sus oidos. Ese timbre me anuncia otra nueva sorpresa; pero te advierto, querido Anfitrion, que un romano del tiempo de Augusto no se admira tan fácilmente cuando los humos del Sorrento y el Falerno comienzan á embriagarle la cabeza.

—No trato de sorprenderte, solo quiero cumplirte mi palabra; le respondió el hijo de Herodes: ¿recuerdas que te he ofrecido que volverías á oir á Enoe como una encantadora realidad?

—Es cierto.

—Pues bien, escucha y juzga.

En este momento se comenzaron á oir las dulces y melodiosas notas de un salterio.

Su poética y sentida cadencia, sus melodiosos acordes, se estendieron con adormecedora vaguedad por los ámbitos de la habitacion. Diríase que aquel melancólico instrumento, herido por la mano de un ángel, derramaba desde los cielos torrentes de armonía sobre los dos amigos.

Paulo suspendió el manjar que iba á llevarse á la boca. Estaba estasiado. Aquello era un sueño, un canto de Homero puesto en accion ante sus ojos, una poesía de Virgilio recitada por un coro de diosas.

El salterio suspendió un instante sus notas, que inmediatamente volvieron á oirse; pero esta vez acompañadas de una voz humana: voz de mujer, pero tan melodiosa, tan dulce, tan melancólica, como el gemido que arranca el céfiro á las

arpas aéreas suspendidas de las dolientes ramas de un sauce del bosque de Efraim.

Aquella voz cantó lo siguiente:

Yo soy el ruiseñor del bosque umbrío,
Y á la pálida luz de las estrellas
Exhala el pecho mio
Dulcísimas querellas.

Yo soy el colorin que vió su nido
Del rio santo en la feraz ribera;
Mi canto es un gemido,
Mi amor una quimera.

Yo soy la pobre tórtola que errante
En las rocas del Líbano se anida;
¿Por qué quereis que cante
Si tengo el alma herida?...

Dejad que de su amor el pecho mio
Viva muriendo en soledad dichosa
Sin sol y sin rocío;
No le pidais perfumes á la rosa.

El canto y la música cesaron, los ecos del salterio y los gemidos armoniosos de la voz de la mujer se perdieron como los sueños impalpables de una alma enamorada, dejando solamente en pos de sí un dulce recuerdo, vago, melancólico, indefinible, como el ruido de un beso de despedida enviado en alas del céfiro al objeto de nuestro amor.

CAPITULO V.

En el que dos ambiciosos forman castillos en el aire al rededor de algunas botellas.

—¿Quién es esa mujer que canta como una bacante de los bosques de Baya herida por la flecha del dios ciego? exclamó Paulo en un arranque de entusiasmo musical, tan pronto como el eco de la última nota se hubo perdido en el espacio.

—Esa mujer, le respondió su amigo, es Enoe, mi esclava favorita, la solitaria guardiana de esta casa, refugio en mis ratos de hastío, consuelo de la eterna melancolía que me devora, nido en fin de un príncipe desgraciado.

—¡Tú melancolía!... ¡Tú, el bebedor incansable digno

rival de Marco Antonio, que encareció los vinos de Egipto en los banquetes de Cleopatra!

—La sonrisa de los labios no tiene nada que ver con las amarguras del corazon. El vino embriaga y adormece las penas.

—Tienes razon, bebamos; el mofletudo Baco embellece el presente y borra el pasado; pero hablemos de Enoe: me interesa tu esclava, cuéntame su historia.

—Enoe no tiene historia: es una violeta silvestre nacida en las márgenes del Nilo y trasplantada á Judá antes de abrir su perfumado broche: yo la compré á unos árabes, y la tengo en esta casa tratándola como una hermana cariñosa, y estoy seguro que esa pobre niña se dejaria matar por ahorrarme un suspiro de dolor.

—¿Tu hermana? Preguntó con alguna duda Paulo.

—¡Mi hermana, Atme, mi hermana! Te juro por la memoria de mi desgraciada madre que no profanaré esa bella sensitiva sin darle antes el nombre de esposa.

Y Antípatro, al invocar el recuerdo de su madre, se estremeció visiblemente.

—¿Qué tienes? Le preguntó Atme.

—Nada, amigo mio; cuando recuerdo á mi madre, veo sangre ante mis ojos... pero hablemos de otra cosa. ¿Te gusta el oro?

A Paulo le admiró esta pregunta; pero dió esta respuesta:

—La vida es cara en Roma, y la paz empobrece al soldado.

—Pues bien, yo puedo enriquecerte.

—Ofrecimiento es ese que me admira. Sepamos lo que me cuesta la fortuna que me ofreces.

—Júrame antes que, si no aceptas mis condiciones, morirá contigo el secreto de mis planes.

—Lo juro por mi espada de soldado.

—Ahora cambiemos los puñales y las copas, y escucha,

pues desde este momento Paulo Atme el Atrevido, será el hermano de Antipatro.

Los dos amigos descolgaron á un tiempo sus dagas del tahalí y las trocaron; despues, llenando las copas, se las ofrecieron mútuamente.

—Que el sombrío Molok... que el terrible Ariman turbe los sueños y emponzoñe la sangre del primero que quebrante la santa alianza que nos une, exclamó el hijo de Herodes apurando la copa que le habia presentado el romano.

—Que el sombrío Molok... que el terrible Ariman turbe los sueños y emponzoñe la sangre del primero que quebrante la santa alianza que nos une, repitió Paulo imitando á su compañero.

—Muy en breve el sol bañará con sus rayos matutinos los altos minaretes de la ciudad y los ámbitos del palacio de Jericó. Entonces las trompetas de los legionarios anunciarán á los dormidos habitantes con sus lenguas de metal la partida del rey mi padre. Tú, Paulo, al frente de tu *manipulo* debes escoltarle hasta Roma. ¿Sabes á qué va mi padre á la ciudad del César?

—No á fé mia. Me mandaron escoltarle y obececerle. Esta es mi consigna.

—Pues bien, Paulo, mi padre va á Roma, porque mis hermanos le acusan ante el senado como asesino de nuestra madre; pero con esa acusacion han firmado su sentencia de muerte.

—Herodes no matará nunca á sus hijos: es padre.

—No le conoces: su muerte es segura y la mia no está muy lejana; pero yo no soy de los que se rinden sin luchar, y una vez apagada en mi corazon la voz de la naturaleza, la lucha será terrible, y necesito de tí, Paulo.

—Habla; contestó el romano, viendo con disgusto que aquella cena que habia empezado con tan buen auspicio, iba á terminarse con una conspiracion.

—Terminadas en Roma sus gestiones, mi padre tornará

á Judá escoltado por los soldados pretorianos. Si al pisar las riberas de Palestina mi padre deja de existir, la corona será mia y tuyos veinte talentos hebreos. (1)

El soldado de Augusto se quedó un momento pensativo, y luego le dijo:

—Si yo no formo parte de la comitiva de regreso, no puedo servirte.

—Formarás parte.

—¿Sabes de antemano las órdenes del César mi dueño?...

—No, pero puede combinarse que regreses á Judá con mi padre.

—Esplícate mejor.

—Escucha. Los soldados romanos aborrecen la paz: morir en el campo de batalla es la muerte mejor y mas gloriosa para los hijos del Tíber. Roma cuenta un crecido número de legionarios que, cansados de la inaccion que les enerva, se hallan dispuestos á desnudar sus espadas á la voz del primero que les ofrezca un puñado de oro; tú debes ser ese hombre. Si el César no te nombra jefe de la escolta, puedes sin embargo introducirte entre las filas, comprando á uno de los centuriones, y ocupar su puesto; durante la travesía no te será difícil sobornar algunos soldados, y una vez pises la tierra de Judá, no ha de faltarte un pretesto para que uno de los tuyos sepulte su espada en el pecho de Herodes. Yo mientras tanto en Jerusalen reuniré mis parciales, y cuando tú llegues á sus murallas, para tí el oro, para mí la corona.

—Tu plan es arriesgado: ¿te olvidas que el César Augusto es el único que puede concederte la corona de Judá?

—Al César se le compra: mi padre lo hizo así; yo puedo hacerlo tambien.

—En este juego arriesgas la cabeza.

—La muerte de Herodes debe atribuirse á la casualidad; ó motivada por su carácter irascible.

(1) Un talento hebreo equivale á 1,583 pesos duros de nuestra moneda.

—Pero en Jerusalen quedan tres hijos de Herodes, tres hermanos tuyos.

—Haz tú lo primero y deja á mi cargo lo demas.

Paulo se quedó pensativo por algunos momentos.

—¿Vacilas? le preguntó Antípatro.

—Siempre he despreciado la vida.

—Entonces no comprendo tu indecision: veinte talentos hebreos son una fortuna; veo que prefieres vivir pobre toda tu vida á trueque de correr un riesgo de poca monta.

—La cantidad que me ofreces se me irá de las manos como un puñado de humo: no conoces la sed insaciable de oro de mis compatriotas: nada les basta cuando se trata de poner precio á sus vidas: si yo fuera el jefe encargado de la escolta el asunto podia entonces llevarse á cabo con mas economía.

—Fija tú mismo la cantidad, respondió con laconismo el hijo de Herodes.

—Dí mas bien las condiciones. A los hombres de mi temple no les basta el oro.

—Entonces esplícate sin rodeos, y no olvides que ambos hemos jurado guardar el secreto en caso de no convenirnos.

—Si la conspiracion te da á tí por fruto una corona, yo en ese caso reclamo para mí el gobierno de una de las tríbus de Israel.

Antípatro se mordió los labios, pero no dijo ni una palábra.

Paulo continuó con pausada y fria gravedad:

—Tú serás rey, yo gobernador. En cuanto á la suma que debo percibir, se aumentará en doce talentos mas, que son los que deben distribuirse entre los soldados de los apostaderos de Palestina, para que secunden el movimiento.

Esta vez Antípatro fué el que se quedó pensativo por algunos segundos; pero luego, como si hubiera formado una resolucion repentina, dijo sin vacilar:

—Acepto.

—Pues bebamos por el buen resultado de nuestra empresa.

Llenaron las dos copas, y Paulo volvió á decir:

—Por la prosperidad del futuro rey de Jerusalen, y por la fortuna del próximo gobernador de Galilea.

Despues de apurar las copas, Antípatro saltó de su lecho, y encaminándose á uno de los estremos de la pieza, sacó de una especie de armario, embutido en la pared muy disimuladamente, una bolsa de cuero bastante abultada, un tintero de barro y dos pedazos de papiro, objetos que colocó sobre la mesa sin desplegar los labios.

—En esta bolsa hallarás doscientas minas hebreas. (1) ¿Tienes bastante para las primeras distribuciones de Roma?

—Creo que sí; pero...

—Te comprendo. En estos papiros podemos estender las obligaciones: tu guardas uno, yo el otro.

Y Antípatro estendió el papiro y mojó la pluma en el tintero.

—Veo que llevas el trato con toda la legalidad de un patrono: eso me gusta.

Los dos amigos estendieron una obligacion de lo que cada uno debia hacer y percibir en la conjuracion que se urdía contra el rey de la ciudad santa.

Terminada esta operacion, cada uno guardó cuidadosamente el trozo de papiro que le correspondia.

Ambos estaban comprometidos; tal vez los dos habian firmado su sentencia de muerte.

El resto de la cena, que habia sido interrumpida para tratar de lo que saben nuestros lectores, fué silenciosa.

Los dos amigos comieron poco, pero hicieron frecuentes libaciones, tal vez para desvanecer con los vapores del vino las ideas que se agolpaban en las mentes.

(1) La mina hebrea equivale á treinta y un pesos duros de nuestra moneda.

Antípatro pensaba en la corona que, segun su ambicion calculaba debia descansar antes de poco en sus sienes.

Paulo recordaba la frase fatalista de los romanos del tiempo de Augusto: *no te sientes en ninguna mesa en que los convidados sean menos que las gracias ó mas que las musas.*

El penetrante sonido de un timbre que se estendió por la sala, sacó de su profunda meditacion á los dos amigos.

—¿Qué significa ese sonido? Preguntó Paulo.

—Que Enoe nos avisa que el lucero de la mañana ha aparecido en Oriente.

—Entonces es preciso que nos separemos.

—Sí, antes de mucho las trompetas convocarán á la comitiva.

—Salgamos, pues, y Júpiter nos dé buena suerte en la empresa.

—Así lo espero. Valor y confianza.

—Mas fuertemente se arraiga el valor en un corazon que la confianza.

—Pues no olvides que ambas cosas necesitamos.

—Lo tendré presente.

Los dos amigos se estrecharon las manos con cordialidad, y luego tomaron las precauciones necesarias, y se encaminaron á palacio, pero por distinto camino.

Poco despues, la puerta secreta del camarin de Herodes se abrió para dar paso al esclavo Cingo, el cual se encaminó al lecho de su señor. El idumeo no dormia.

—¿Y bien, Cingo? Preguntó Herodes á su esclavo.

—No te habias engañado, señor; Paulo y tu hijo han pasado la noche juntos.

—¿En dónde? Preguntó con indiferencia Herodes.

—En casa de Enoe su esclava.

—Ya lo sabes. Desde ahora tu obligacion es ser la sombra de ese romano ambicioso: en cuanto á mi hijo, le desprecio. ¿Qué hora es?

—La aurora despuntará muy luego en Oriente.

—Avisa á Ptolomeo y disponlo todo para la marcha. Tú vienes conmigo.

Cingo saludó y volvió á salir del camarin por donde habia entrado. Herodes volvió á dejarse caer sobre su mullido lecho como si nadie le hubiera interrumpido.

CAPITULO VI.

Cleopatra y los triunviros.

Antes de penetrar en la orgullosa ciudad del Capitolio, antes de recorrer las calles de Roma, de esa reina del mundo, de ese arsenal inmenso de la gloria y del arte, antes de colocarnos delante de la figura imponente de Octavio Augusto el emperador de los romanos, nuestros lectores nos permitirán que lancemos una ojeada retrospectiva, desde la muerte de Julio Cesar hasta el nacimiento de Jesucristo.

Julio Graco y Pompeyo, despues de formar el triunvirato, se estendieron con sus poderosas legiones por el mundo ensanchando con sus contínuas conquistas las posesiones romanas.

Pero la suerte comenzó á serle contraria al avariento Graco y en las llanuras de Mesopotamia fué destrozado por el rey de los Partos, que sabiendo la sed insaciable de oro que acosaba al feroz romano, hizo que le cortaran la cabeza y mandó que le echaran oro derretido en la boca, diciendo con ironía cruel: *ahora es preciso hartarle de ese metal del que no ha podido saciarse durante su vida.*

Italia recibió con un grito de dolorosa rabia la noticia de la derrota de las legiones de Graco.

El triunvirato estaba deshecho: César y Pompeyo tardaron poco en indisponerse.

Julio se hallaba en las Galias, Pompeyo en Roma, y ambos concibieron el ambicioso plan de gobernar solos la república.

Julio, levantando sus tiendas, á marchas forzadas atravesó los Alpes y detuvo su ejército á las orillas de un riachuelo. (1)

Pompeyo, sabedor de que César avanzaba sobre Roma, sale á su encuentro rodeado de los senadores, entre los que se hallaban Ciceron y Caton de Utica. Ambos dos ejércitos se encuentran en Macedonia en una llanura llamada Farsalia.

Trábase la batalla; la sangre romana enrojece el ancho campo que ocupan los combatientes, olvidando en su furor que son hermanos. César vence á Pompeyo que le salva la velocidad de su corcel. Llega á la ribera, salta sobre una nave, el viento le favorece y llega á Egipto, en donde la reina Cleopatra y su hermano Tolomeo le cortan la cabeza y se la remiten en una caja al vencedor Julio como una muestra de cobarde sumision.

César, clemente, perdona á los partidarios de su enemigo: pero Caton de Utica se da la muerte por sus propias

(1) Se llamaba este arroyo el *Rubicon*, y se dice que durante la noche aquel gran capitan creyó ver ante sus ojos la imágen de su pátria llorosa que le suplicaba que se detuviese.—FLEURI.

manos *por no sobrevivir á la república, que creia perdida en las manos de Julio César.*

Recibe César el sangriento cráneo de Pompeyo, y no pudiendo olvidar que habia sido su suegro y su amigo, lloró sobre aquella cabeza insepulta y castigó á Tolomeo.

Entra en Roma, donde se hace proclamar dictador como Sila, por diez años.

Distribuye trigo y dinero al pueblo. Da espectáculos de gladiadores. Convierte el campo de Marte en un lago inmenso en donde los romanos acudian ébrios de gozo á presenciar los simulacros navales con que los obsequia el vencedor Julio.

El pueblo olvida que la república tiene un señor y le da á este el sobrenombre de divino.

Le adora como á uno de sus dioses, y se cree feliz.

Pero Bruto y Cacio, los amigos de Pompeyo, los rudos y leales republicanos, no duermen y afilan el puñal que debe librar á la patria de un dictador.

César es avisado por sus amigos del peligro que le rodea. Vé á su pueblo feliz, recuerda su clemencia para con sus enemigos, sus conquistas que tanto engrandecian el nombre romano, y vive tranquilo. Pero una noche, en el oscuro azul del cielo de Roma, aparece un cometa.

Marco Antonio y Lépido conducen á Julio á una galería de su palacio, y estendiendo sus brazos hácia el firmamento se lo enseñan *como señal precursora de algun grave acontecimiento.*

El pueblo se agrupa en las plazas y comenta á su modo aquel misterioso signo del cielo.

La noche pasa, el sol nace, y César, con su manto de púrpura, sin armas, se encamina á pié al Senado rodeado de sus amigos.

Mas apenas cruza los pórticos de la asamblea cien puñales salen de entre los pliegues de las togas de los senadores.

César no se conmueve: vé el peligro, lo desafía; pero al

sentirse herido, vuelve la cabeza y vé á su amigo, á su querido Bruto, y exclama con inesplicable sèntimiento:

—¡*Tú tambien, Bruto!*

Entonces se cubre la cabeza con su manto como para no presenciar la ingratitud de un amigo tan querido, y cae atravesado sin vida á los piés de sus asesinos.

Marco Antonio, el rudo y valiente soldado, el amigo de campamento del desgraciado Julio, acude con Lépido al sitio de la catástrofe. Mandan trasladar el ensangrentado cuerpo del dictador á la plaza pública, y le colocan sobre un lecho de marfil para que el pueblo pueda ver á su protector.

El pueblo se enfurece, y los asesinos huyen de Roma para morir mas tarde en la batalla de Felipos en los campos de Grecia.

Ciceron, el sabio orador, se halla ya salvo sobre la popa de una galera; pero teme el mareo y se hace conducir á su casa de campo en una litera.

Los soldados de Antonio le encuentran, le cortan la cabeza y la colocan en el Senado *sobre la tribuna de las arengas.* Sarcasmo cruel y sangriento del feroz Antonio, que arrancó lágrimas de dolor á los sabios de Roma y Grecia. (1)

Marco y Lépido tornan á Roma vencedores de los conjurados. Entonces se les presenta un jóven que apenas contaba diez y ocho años de edad, de carácter tímido y pacífico, de delicada complexion, de rostro pálido y dulce, y que cojeaba del pié izquierdo.

Aquel jóven era sobrino de Julio César, y este le habia nombrado su heredero.

Los feroces soldados le miran con desprecio y le admiten en el triunvirato, que era el segundo de Roma.

Marco Antonio y Lépido admitieron la cooperacion de

(1) Fluvia, mujer de Marco Antonio, traspasó la lengua de Ciceron con un alfiler de oro, antes de colocarla en la tribuna: pero esta cruel mujer, repudiada poco despues por su marido, que se casó con Octavia, la hermana de Augusto, murió de pesadumbre y de rabia al verse deshechada.

aquel niño enfermizo, como una burla. Pero aquel niño delicado como una violeta, hermoso como una sensitiva, se llamaba Octaviano Augusto, y fué mas tarde el emperador mas poderoso del mundo.

Armáronse las legiones; Marco y Octaviano se encaminaron al frente de ellas hácia Grecia, en donde Casio y Bruto habian levantado un poderoso ejército.

Los vencen en la batalla de Felipos.

Lépido entretanto quedóse en Roma; *cobarde, perezoso,* inepto para gobernar aquella poderosa nacion, comete mil torpezas. Convence Octaviano á Marco de que se encamine á Egipto con la mitad de su ejército, mientras él se dirije á Roma; y Marco Antonio que, aunque valiente, era perezoso y gustaba de los placeres de la mesa y los goces de Baco (1), aceptó la proposicion con la idea de descansar de las fatigas del campamento, pues la conquista de las riberas del Nilo era estremadamente fácil para aquel caudillo.

La reina Cleopatra vé amenazada su corona con la aproximacion de los romanos, y en vez de huir ó prepararse para el combate, se embarca en una galera *cubierta de oro y pedrería cuyas velas eran de púrpura y los remos de plata,* y sale al encuentro de la armada enemiga.

Cleopatra, muellemente reclinada sobre ricos almohadones en la cubierta de su nave, bajo un riquísimo palio de brocado de oro, aspiraba con voluptuosa pereza el perfume del incienso que á su lado quemaban cuarenta hermosas mujeres vestidas con todo el lujo y esplendor de Egipto, mientras doce niñas *disfrazadas de amores* agitaban sobre la encantadora cabeza de su soberana, vistosos abanicos de plumas, purificando el ambiente con sus ondulaciones.

Marco Antonio, á la vista de aquella encantadora aparicion, se quedó fascinado como si la diosa de las espumas le hubiera enviado sus ninfas para recibirle.

(1) Marco Antonio fué apellidado el Gran Bebedor.

Desde aquel momento el amor que le brindaron los brazos de la astuta reina le aprisionó en sus redes, y se olvidó de Roma, de su esposa Octavia, de su deber, para pensar solo en Cleopatra.

Augusto, indignado del comportamiento de Antonio, le mandó que castigara á los partos que comenzaban á insolentarse; pero ¡ay! Antonio y sus legiones se habian enervado en la córte de Egipto, y los partos los destrozaron, y Antonio corrió á ocultar su vergüenza en los brazos de Cleopatra. Octavio Augusto se propuso vengar á Roma y á su hermana, y se encaminó con un ejército considerable á Egipto.

Antonio, falto de valor para esperar á su contrario, huyó con su cómplice á la vista solo de la flota de Augusto, retirándose á Alejandría, en donde se atravesó el pecho con su espada.

Cleopatra, temerosa de la venganza de Augusto, encerróse en un sepulcro grande como una casa, á donde hizo conducir á Marco Antonio, que se hallaba mal herido, introduciéndole por una ventana, atándole con unas cuerdas.

Dos horas despues Antonio habia dejado de existir, y Octaviano, su vencedor, se hallaba en presencia de Cleopatra.

—Disponte á seguirme á Roma con el manto de púrpura sobre los hombros y la corona en la frente; te haré entrar por la via Triunfal delante de mi carro vencedor.

La reina nada dijo. Sus ojos, negros como la noche, lanzaron una mirada de ódio y desprecio al romano.

Cuando se vió sola, llamó á Iras, su esclava favorita, y le dijo estas palabras, entregándole un puñado de oro:

—Toma, busca al campesino á quien he encargado el último adorno de mi reinado.

Del fondo del mar comenzaron á alzarse las tinieblas anunciando la noche á los habitantes de Alejandría, cuando Iras, envuelta con un manto, abandonó el grandioso

mausoleo de Cleopatra, y atravesando algunas calles, llegó al campo y se detuvo á la puerta de una choza.

Allí habia un hombre.

—¿Has cumplido las órdenes de mi señora? le dijo.

—Sí, esclava; le respondió el hombre entregándole un canastillo lleno de higos, y cuidadosamente cubierto con pámpanos y flores.

Iras dió al campesino una bolsa de seda llena de monedas de oro, y se retiró.

En los ojos del campesino brilló la alegría y la codicia, y mientras acariciaba con sus callosas manos el bolsillo de la reina, murmuró estas palabras:

—¿Para qué querrá Cleopatra las víboras, y por qué me habrá dado tanto dinero por ellas? ¡Bah! Las reinas tienen caprichos inesplicables.

Mientras tanto, Iras llegó al panteon, donde la esperaba su señora.

La reina cojió el canastillo de higos, y dijo á su esclava:

—Véte, quiero estar sola.

Cuando se fué Iras, Cleopatra reconoció el canastillo.

Entre los higos se hallaba un trozo de caña verde, cuidadosamente cerrado con dos tapones de raiz de sauco.

La reina agitó la caña, que produjo un leve ruido, como si dentro hubiera algun cuerpo pesado.

Una sonrisa de gozo brilló en su hermoso semblante.

Dejó el canastillo sobre los blandos almohadones de su lecho, y se vistió con el traje mas rico, mas resplandeciente.

Púsose la corona y se tendió en el lecho.

Entonces arrancó uno de los tapones de la caña y se aplicó el vejetal á su blanco y mórbido pecho.

Una víbora asomó su verdosa cabeza agitando con rapidez su lengua venenosa.

La reina lanzó un grito. El reptil se habia agarrado á la carne.

Cleopatra cerró los ojos y esperó la muerte, tal vez pen-

sando en su amante, tal vez pensando en el asombro que la presencia de su cadáver causaria á Octaviano su vencedor.

Al dia siguiente los soldados de Augusto la hallaron muerta con la corona de oro sobre la cabeza y reclinada en su lecho, como si estuviera dormida.

Augusto mandó enterrar los cuerpos de Antonio y Cleopatra en el mismo monumento, y tornó á Roma, en donde al verse solo dueño de la república tomó el nombre de emperador.

Aquel niño débil y enfermizo, de mirada dulce y carácter pacífico, cuya cojera imitaba Antonio cuando los vapores del Falerno le trastornaban, reunió en él solo todos los poderes, todas las dignidades de la república.

Agrippa y Mecenas, Horacio y Virgilio, fueron desde entonces sus amigos favoritos.

Restablecida la paz en el mundo, querido de su pueblo, admirado de los reyes sus tributarios, fué bueno y bondadoso para con todos; perdonó á sus enemigos y los colmó de favores; fué, en fin, un gran rey, un padre de su pueblo, un cariñoso y tolerante aliado de las naciones, y un protector incansable de las letras y de los dominios que le pagaban tributo.

En este estado se hallaban las cosas, cuando en un establo de la ciudad de Belen de Judá nació el Redentor del mundo.

En la introduccion de esta obra creemos haber indicado aunque ligeramente, los asombrosos acontecimientos que acompañaron la venida al mundo del Hijo de Dios. Los oráculos enmudecieron. Augusto consultó á la Sibila, y misteriosos signos apareciéronse en el cielo.

Nuestro intento no es por cierto reproducirlos aquí, puesto que pueden consignarse en otro lugar; pero Roma está enlazada con Israel. Augusto y Tiberio, su sucesor, fueron inmortalizados con la venida de Jesucristo.

Herodes el Grande, esa sombría figura de los Evangelios

CLEOPATRA.

y ese azote de Judá, va á penetrar en la ciudad de los pretores, desde donde le veremos salir para llevar á cabo el crímen mas odioso, mas repugnante que ha manchado jamás las páginas de la historia.

Antes, pues, que el terrible idumeo, atravesando la via *Apia* y la antigua muralla de Tulio Hostilio penetre por la puerta *Capena* en la ciudad del Capitolio, antes que se arroje á los pies del emperador Augusto en el monte *Celio*, detengamos nuestra mirada en el palacio del César.

Un grupo de soldados viejos y encanecidos en las batallas se paseaba en el primer átrio del vestíbulo, y en la plazoleta que precedia á la fachada del edificio se veia alguna litera y empleados de la casa.

Un hombre, casi un anciano, vestido modestamente con la toga de los patricios, salió del palacio del César y saludó con amabilidad, levantando el estremo de sus anchas vestiduras, á los que se hallaban en la plazoleta.

Todos se inclinaron con muestras de respeto.

El hombre de la toga cruzó solo el arco del vestíbulo, y se encaminó con paso tranquilo hácia la ancha calle que se estendió delante del monte *Celio*.

Su rostro tenia una espresion de indefinible bondad; su cabeza cubierta de canas, se inclinaba ligeramente sobre su pecho como las ramas de un árbol cargado de fruto.

Su estatura mediana, su físico delicado y su ademan humilde, no demostraban en él nada de estraordinario.

Deteniéndose un poco, podia verse que aquel anciano cojeaba ligeramente de la pierna izquierda.

De vez en cuando algun transeunte se detenia para mirarle como si pretendiera reconocerle.

Entonces el hombre de la toga se sonreia con bondad con fundiéndose entre el gentío, y continuaba su camino procurando evadirse de las miradas investigadoras que le dirijian.

Así cruzó una gran parte de Roma, y atravesando la via *Sacra* llegó al monte *Esquilino* y al *Viminal*.

Al llegar á este cuartel, retirado de la populosa ciudad, el rostro del misterioso transeunte se entristeció visiblemente, y se detuvo lanzando una mirada cariñosa sobre una casa de modesta apariencia que se hallaba cerrada.

Algunos árboles de hojas amarillentas alzaban sus copas por detrás de sus muros, como los cipreses de un cementerio abandonado por los vivos.

El hombre de la toga se llevó la mano á sus ojos, como para enjugar una lágrima, y despues, lanzando un suspiro desde el fondo de su pecho, pronunció estas palabras:

—¡Pobre Virgilio! Tus flores ya no perfuman tu apasionado acento; las aves no cantan sobre las copas de tus árboles, oyendo tus dulces versos. Los dioses inmortales te arrancaron de la tierra para llevarte á su cielo. Ellos te sean propicios.

Despues prosiguió su camino en direccion á una magnífica casa de campo, cuyos estensos jardines se hallaban á corta distancia de la casa de Virgilio.

Del centro del edificio se alzaba una torre (1) que dominaba toda la posesion y gran parte de los catorce cuarteles en que se hallaba distribuida Roma en tiempo de Augusto.

El hombre de la toga entró en los jardines, y cruzando aquella dilatada calle de árboles llegó al vestíbulo de la casa, en donde sobre un pedestal de piedra rústica se alzaba una elegante estátua de mármol.

Aquella estátua tenia algun parecido con el hombre de la toga que pasó por su lado.

Al cruzar la portería, un esclavo que se hallaba sentado en un taburete de madera se puso en pié. (2)

(1) En la parte mas alta de esta torre se hallaba la pieza destinada á comedor, para disfrutar durante la comida de las hermosas vistas que ofrecia.

(2) Por lo general los esclavos estaban tambien atados como los perros en la portería con una cadena, y cuando recobraban la libertad dedicaban aquella cadena á Saturno.

Junto al esclavo se veia un mastin atado con una gruesa cadena de hierro, y encima del clavo que le sujetaba á la pared, podia leerse esta inscripcion: *Guardaos del perro.*

El hombre que entraba acarició la nervuda cabeza del can con muestras de familiaridad, y éste cerró perezosamente los ojos, estendió el cuello y alzó la cola en señal de cariñoso reconocimiento.

Luego entró en la casa y subió por una escalera al piso principal, y despues de atravesar varias piezas en las cuales halló varios criados que se inclinaban ante él, se detuvo ante una puerta, y empujándola se halló dentro de una cámara.

En aquella cámara habia dos hombres: uno de ellos se ocupaba en hojear un volúmen; el otro, tendido en un lecho, parecia enfermo á juzgar por la demacracion de sus mejillas.

Por todas partes se veian gruesos volúmenes esparcidos hasta en la cama del enfermo. Diríase que aquella habitacion era el estudio de un sábio ó de un historiador.

El enfermo era Mecenas; el que ojeaba el libro Agrippa; el que acababa de entrar Octavio Augusto, emperador de Roma.

CAPITULO VII

Octaviano Augusto.

—Salud al César, exclamaron á un tiempo Mecenas y Agrippa.

—Para tí la quisiera yo, mi querido administrador. (1)

—¡Ah! Mi salud, poderoso Augusto, es una niña mal criada que hace algun tiempo anda descontentadiza por dentro de mi sér.

Y Mecenas, diciendo estas palabras, procuró incorporarse en el lecho.

Mientras tanto el César se habia sentado sin ceremonia alguna al lado de Agrippa.

(1) Mecenas fué durante las guerras civiles administrador general de Roma y de Italia.

—¿Sabes, querido yerno, dijo Augusto dirijiéndose á Agrippa, que esta mañana mi hija Julia, tu esposa, me ha reprendido por las horas que te robo de su lado? La pobre Julia no sabe que nos ocupamos en coleccionar las obras de nuestros queridos amigos Horacio y Virgilio para enriquecer con ellas mi biblioteca griega y latina del templo de Apolo.

—Las mujeres son egoistas, señor; ninguna de ellas comprende sacrificar un instante de felicidad por el bien público, dijo Mecenas.

—Y, sin embargo, nada les gusta tanto como exigir sacrificios de los hombres, repuso Agrippa.

—Dejando á las mujeres tal cual ellas son, tengo que daros una buena noticia, dijo á su vez el César.

Los dos amigos del emperador indicaron con un movimiento que deseaban saberla.

—Nuestro muy querido Pison el *perfecto de la ciudad*, continuó Augusto, ha logrado por fin recopilar en un volúmen las *Obras de la sibila Cumea*, y desde mañana los numerosos favorecedores del teatro de Marcelo podrán leerlas en mi biblioteca Octavia.

—Los dioses lares me concedan la vida suficiente para ver terminada nuestra obra, exclamó Mecenas.

—Pues entonces á trabajar.

Y Augusto, Mecenas y Agrippa se pusieron á hojear volúmenes que colocaban luego con órden sobre un estante, formando ántes un índice sobre largos trozos de papiro que se hallaban estendidos en la mesa.

Estos tres hombres pasaron una gran parte del dia en esta ocupacion bibliográfica, enriqueciendo con sus trabajos las dos bibliotecas fundadas por Augusto.

El bondadoso emperador apartaba de vez en cuando sus ojos de los libros para fijarlos en el demacrado semblante de Mecenas.

Luego aquella mirada se encontraba con la de Agrippa su

yerno, y ambos hacian un imperceptible movimiento de esos que anuncian la muerte del enfermo cuando se observan en un facultativo.

Octaviano Augusto lo decia siempre cuando se nombraba á sus cuatro amigos Horacio y Virgilio, Mecenas y Agrippa:

—Mi mayor disgusto será sobrevivirles.

Dios quiso que así sucediera, y les sobrevivió.

La muerte de sus dos poetas favoritos le llenó de dolor, porque hojeando sus versos pasaba las horas mejores de su vida. Cuando algun tiempo despues la muerte le arrebató á Mecenas y Agrippa, que tan buenos consejos le habian dado durante su largo reinado, Augusto lloró, y su desconsuelo fué tan grande que se dejó crecer la barba, y cortando el trato con los hombres, pasó los últimos años de su vida dedicado á instruir á su sobrino Tiberio en los deberes de un buen rey.

Mientras estos ilustres personajes se ocupaban, con el afan y el interés de un anticuario, en coleccionar los volúmenes para trasladarlos á la biblioteca, Herodes, seguido de un crecido número de esclavos y una lujosa comitiva, entraba en Roma por la via Triunfal; y atravesando el Tiber por el puente Junícalo se encaminaba al palacio de César Augusto.

El idumeo llegaba á la ciudad del Capitolio llamado por el emperador para defenderse de la acusacion entablada por sus hijos.

Herodes montaba un caballo de raza siriaca: á su derecha cabalgaba Mario su patron; á la izquierda Cingo, su esclavo negro.

Detrás le seguian algunos esclavos lujosamente vestidos, entre los que se veia una litera recamada de oro con las barras de plata.

Luego seguia Paulo Atme con sus trescientos ginetes romanos, y en último término una récua de poderosos mulos que conducian las tiendas, el bagaje y algunos regalos que el rey tributario le traia desde Palestina al emperador.

Cuando César Augusto regresó á su casa, halló á Herodes y su comitiva esperándole en el ancho vestíbulo.

La humildad, la modestia del poderoso Octavio, que caminaba á pié y vestia como el último de los ciudadanos de la república, contrastaba con el lujo insolente y afectado del escalonita, del rey tributario de Judá, del primer esclavo de Roma.

Augusto recibió á Herodes con la amabilidad que tenia por costumbre, y le hizo que se hospedara en su casa.

El bajo y adulador idumeo, que debia su corona tributaria á Marco Antonio, olvidándose de su protector tan pronto como Augusto se hizo dueño del imperio del mundo despues de la batalla de Accio, imploró y obtuvo á fuerza de oro y de bajezas la proteccion del sobrino de Julio César. Imitando á Aristobulo II, rey de Jerusalen, que despues de cuantiosas sumas regaló una viña de oro (1) á Pompeyo, su vencedor, el escalonita, deseando tener de su parte al dueño del mundo en la cuestion promovida por sus hijos, y sabiendo la insaciable sed de oro que predominaba entre los romanos en su tiempo, trajo infinitos regalos para los jueces y unos racimos de perlas para el César, entre los que se hallaba uno de un gran valor y de un gusto esquisito, pues el artífice habia colocado algunas perlas negras y bronceadas mezcladas con las blancas, imitando de un modo prodigioso la aproximacion de la vendimia.

Herodes, como era astuto, no se olvidó de trasportar de Jerusalen dos grandes cajones de libros hebreos para las bibliotecas del César, regalo que Augusto le agradeció.

Cuando á la mañana siguiente de su arribo á Roma Herodes pidió permiso á Augusto para presentarle los regalos, el idumeo entró en la cámara de su señor,

—Estos racimos de perlas, ilustre César; le dijo, te los he

(1) Esta viña de oro,, trabajo preciosísimo y de un valor crecido, se colocó en el Capitolio.—(POUJOULAT, *Historia de Jerusalen.*)

traido desde Judá para que los mandes colocar en la viña de oro de Aristobulo, mi antecesor, para que vea Roma que la viña de Judea da fruto en las manos del siervo Herodes.

Desde entonces, Augusto se propuso, escudado con la ley IV de las *Tablas*, conceder á Herodes todos los derechos que como padre tenia sobre sus hijos.

Avisados Alejandro y Aristobulo (1) de que su padre se hallaba en Roma para defenderse de la acusacion, se dispusieron para la defensa.

Mario, el patrono de Herodes, era uno de esos legistas que con el poder de la palabra y el ingénio de sus recursos para la defensa, hacen del delincuente mas despreciable el héroe mas simpático y digno de la tierra.

Herodes fué defendido con tal maestría, con tanta elocuencia, con tal lógica, que el tribunal vió en el idumeo un hombre de honor, y en su desgraciada Mariamme una mujer viciada y adúltera.

Se tuvo en cuenta la ley hebrea que manda matar á las esposas que olvidan sus deberes, y Herodes fué absuelto despues de veinte dias de debates.

El tribunal, por consejo de Augusto, y queriendo que se respetara la ley de las *Doce Tablas*, entregó sus hijos al padre para que obrara con ellos segun le aconsejara su corazon.

Aquella entrega era la sentencia de muerte de Aristobulo y Alejandro, como veremos mas adelente.

Mientras esto acontecia, el *manipulo* Paulo Atme no se descuidaba por su parte.

Diariamente concurria al campo de Marte en busca de aventureros que reclutar para su empresa, alistándoles secretamente en su pequeña legion.

Cingo, el esclavo de Herodes, fiel á su señor, astuto

(1) Téngase presente que antes de Herodes hubo un rey en Judá que se llamó Aristobulo.

como una culebra, espiaba al romano sin que él se apercibiera, llegando á tal estremo su astucia y fingimiento, que Paulo, creido en la palabra del etíope, le creia un enemigo irreconciliable de Herodes, y no tuvo inconveniente en confiarle su plan.

Esta confianza le perdió. Todo estaba dispuesto: la partida señalada por el César, era el primer dia de las Calendas de Junio (1), y Paulo estaba nombrado jefe de la escolta que debia conducir á Jerusalen al rey tributario.

Cuatro galeras del César esperaban en el abrigo marítimo de Civita-Vecchia (2) para trasportarlos á las playas de Cesárea.

Todo estaba dispnesto, y la víspera de la partida, Augusto, con su carácter conciliador, quiso que Herodes y sus hijos comieran con él, creyendo que por este medio se conciliarian aquellas rencillas de familia.

El idumeo fingió durante el banquete una bondad, una tolerancia para con sus hijos, que estaba muy lejos de sentir.

Al terminarse el banquete solicitó de Augusto una entrevista secreta, y ambos pasaron á una pieza retirada.

Cuando Herodes se vió solo con Augusto, sacó una hoja de pergamino de entre los pliegues de su túnico y se la presentó al César.

(1) Los romanos dividian los meses en tres partes: la primera la llamaban *Calendas*, la segunda *Nonas*, y la tercera *Idus*.

Hasta el tiempo de Septimo Severo (año 106 de la era cristiana) no se distribuyó el mes en semanas: uso que nosotros hemos tomado de los egipcios, segun asegura Dion, escritor de aquella época.

Alejandro Adam asegura que el uso de la semana lo hemos tomado de los judíos. Pero el citado Dion le da el orígen egipcio. A los dias de la semana, cuando ésta se estableció, se les dieron los nombres de los planetas, y son los mismos que hoy se conocen: *Solis*, *Domingo*; *Lune*, *Lúnes*; *Marte*, *Mártes*; *Mercurii*, *Miércoles*; *Juvis*, *Jueves*; *Veneris*, *Viernes*; *Saturni*, *Sábado*.

(2) Cien años despues el emperador Trajano construyó un puerto cómodo y seguro que mas tarde el Papa Urbano VIII fortificó. Hoy dia el puerto de Civita-Vecchia se considera como el mejor de los Estados Pontificios.

—¿Qué es esto? Preguntó Octavio fijando sus ojos en el escrito; pero ántes que Herodes le respondiera, exclamó con doloroso acento.

—¡Ah! ¡Con que aun hay en mi imperio quien conspira en contra de las órdenes que dicto! ¡Con que esos revoltosos hijos de Marte, confiando en mi clemencia, conspiran contra los reyes que yo protejo!... ¡Está bien, Herodes, está bien!... Yo te doy las gracias por tu descubrimiento, que en honor de la verdad mas le correspondia á Pison, el perfecto general de la ciudad, que á tí, que eres un forastero.

—El nombre de Cingo que aparece en esa lista, debe escluirse del castigo, porque Cingo es mi esclavo favorito. Perdería gustoso su vida por mí, y además, él no ha hecho otra cosa que obedecer mis órdenes: pues previendo yo desde Jericó que mi hijo Antípatro y Paulo estaban de acuerdo, hice á mi esclavo espiar al último durante mi viaje y su permanencia en la ciudad del Tíber.

—En las conjuraciones, amigo Herodes, le respondió Augusto, los reyes que como yo no gustan de derramar sangre, se dirijen á la cabeza para castigarla, los reyes sanginarios son bestias feroces que sus pueblos deberian aplastar como á las víboras venenosas.

Augusto conoció la ferocidad del idumeo, y recalcó las últimas palabras.

Herodes bajó cobardemente los ojos al suelo.

Despues de estas palabras, Augusto se encaminó á la puerta, y alzando el tapiz, llamó á uno de sus líctores que se paseaba en la antesala, dándole algunas órdenes en voz baja.

Una hora despues, el tapiz volvió á levantarse para dar paso á dos soldados romanos: uno de ellos era Paulo Atme, el otro un anciano que vestia el uniforme de centurion.

Augusto detuvo un momento su mirada en el semblante de Paulo, que se estremeció ligeramente, y luego le dijo, alargándole el pergamino que le habia presentado Herodes:

—Por los dioses del Capitolio, por la honra de tus padres

y por la gloria del águila que sirve de cimera al estandarte de tu manuplio, te exijo que me digas si es cierto lo que dice este pergamino.

—Cierto es, César.

—Solo Augusto levanta legiones en Roma, exclamó el emperador con voz amenazadora; nadie mas que yo tiene derecho á conceder las coronas tributarias en mis dominios. Tú faltas á la ley; muere pues como soldado.

Y Augusto, sacando la espada que pendia del cinturon de Paulo, le dijo con voz enérgica, presentándosela por la empuñadura:

—Toma.

Paulo no se hizo repetir la órden: sin vacilar, sin detenerse, comprendiendo lo que el César le queria decir entregándole su misma espada, con un valor digno de mejor suerte, se atravesó el pecho, cayendo ensangrentado sobre la alfombra del pavimento.

—Así deben morir los traidores que amenazan la existencia de los reyes á quienes concedo hospitalidad en mi palacio, volvió á decir Augusto apartando los ojos del cadáver de Paulo.

Y luego, viendo que los dos testigos, Herodes y el centurion nada decian ante aquel drama sangriento, continuó, dirijiéndose al viejo soldado:

—Tú, mi leal Antonino, escoltarás al rey de Jerusalen, obedeciendo sus órdenes como las mias propias. Disponte, pues, para hallarte mañana, cuando la luz de la aurora salude á Roma, con tu centuria, en el embarcadero del Tíber; y volviéndose á Herodes continuó: puedes fiarte de él; es un viejo y leal servidor, que ha peleado conmigo en Egipto.

Poco despues los líctores mandaban enterrar el cadáver de Paulo.

CAPITULO VIII.

Fantasía.

El sol comienza á hundir sus moribundos rayos tras las azuladas montañas que sirven de pedestal al templo de Júpiter.

El bosque del divino Julio, oreado por las brisas de la tarde, sacude sus empolvados laureles, que perfuman el ambiente con su aroma.

La violeta abre su cáliz irguiéndose hácia el cielo, y la magnolia de las Indias inclina su copa de marfil hácia la tierra.

Las palmeras y los pinos estienden sus sombras hácia Oriente en busca de la noche.

Los ruiseñores, ocultos en los frondosos espinos, agitan alegres sus pequeñas alas, sus intranquilas colas, esperando que el céfiro nocturno rize sus plumas para enviarle al Hacedor el canto de las tinieblas.

Los pastores conducen sus inocentes gañados á sus apriscos, y el laborioso campesino regresa á su hogar sentado sobre la dura testuz de los pacientes bueyes con el rostro cubierto de sudor y polvo.

Las montañesas de Albano rodeadas de sus hijos, sentadas bajo el tosco cobertizo de sus chozas, entonan alegres el poético canto de la noche, preludio amoroso que indica el regreso de sus maridos.

Las naves del Tíber ancladas, rollan sobre cubierta los toldos de lona que han librado á sus tripulantes durante el dia de los rayos del sol, y las lijeras golondrinas revolotean alegres en derredor de los gallardos mástiles.

Y allá á lo lejos, cubierta por un cielo de color plomizo, envuelta con una densa niebla, se alza Roma, esa ciudad que llena con su nombre el universo, y de la cual el mundo fué una provincia.

Cien templos paganos se alzan altivos en su seno: el sol los baña á todos con sus postrimeros rayos.

La paz, la molicie ha enervado el brazo de sus soldados.

Vénus ha adormecido el valor de sus héroes.

La via Apia, ese bazar del amor y la galantería, ese punto de reunion donde el soldado se convierte en sibarita, donde el epígrama reemplaza á la espada y el perfume á la coraza, ese paseo favorito de la elegante sociedad de Roma, donde bullia la juventud, superficial, esclava de la moda en tiempo de Augusto es á donde vamos á detenernos un momento.

Si el censor Apio Claudio Craso se hubiera levantado de su tumba en tiempo de Augusto, indudablemente no hubiera reconocido aquel camino que él habia trazado cuatrocientos años antes.

No era ya la via por donde llegaban á Europa las preciosidades de Asia y Africa. era mas bien un elegante arrabal de Roma.

Las casas de campo se habian convertido en espléndidos palacios; las tumbas en elegantes y colosales mausoleos.

El silencio de la muerte, la frialdad majestuosa de las urnas funerarias, importaba muy poco á la elegante y viciada juventud de Roma.

Ciceron habia dicho: *Desde que los hombres no son tan sencillos los orácalos han enmudecido.*

Roma, pues, comenzaba á reirse hasta de sus dioses.

La via Apia se habia convertido en el palenque de sus aventuras amorosas.

Los vivos hablaban de amor sentados sobre las cenizas de los muertos.

El banco de piedra que rodeaba la tumba de Scipion, sirvió mas de una vez de cátedra á Ovidio para recitar á la juventud su *Arte amandi.*

Las patricias se citaban al pié del mausoleo de Apio, sentándose sobre ricos paños de brocado de oro.

Allí esperaban á sus amantes con la voluptuosa mirada en direccion al campo de Marte, y agitando un abanico de plumas y aspirando los perfumes de un tarro de esencia, aguardaban con la cabeza perezosamente apoyada en el mármol del sepulcro.

Los caballeros recorrian la via Apia desde las cercanías de Albano hasta las murallas de Roma, y poco les importaba que el precipitado galope de sus ligeros caballos númidas turbara el pesado sueño de la muerte.

Cupido empujaba los corazones hácia Vénus, y el amor, casi siempre egoista, lo olvidaba todo menos sus goces, sus esperanzas, sus voluptuosos ensueños.

En aquel mentidero de la córte de Augusto se hablaba de modas, se discutian las pomadas y los perfumes que suavizaban y embellecian el cútis, la anchura de los túnicos, el

peso de las sortijas, la dimension de los mantos, los adórnos del calzado.

Allí se mantenian disputas acaloradas sobre el corte de los cabellos y la mas ó menos longitud de la barba.

Por todas partes se veian trascurrir lijeros *cisium* con sus cajas de mimbre, carros tirados por tres mulas enjaezadas con pieles de leopardo y multitud de cascabeles de plata.

Por do quiera se veian los *rhedos* traidos de las Galias con sus cuatro ruedas doradas, sus cojines de púrpura y sus flotantes paños de seda arrastrando por los suelos, donde sentadas con la gravedad de una estátua de piedra, iban las matronas vestidas con su estola blanca como la nieve de Ararat, envueltas en finísimos mantos de escarlata que flotaban á merced del viento, enseñando sus redondos brazos cuajados de brazaletes.

Allí se veian las patricias con sus coronas de diamantes que enseñaban al bajar del carruaje sus diminutos piés desnudos, perfumados con la pasta de lentisco y violeta.

Los esclavos estendian un paño de las Galias junto al carruaje para que su señora no tocase nunca el inmundo polvo de la tierra con sus plantas.

Entonces esas lánguidas sensitivas del Tíber, esas hermosas hijas del amor y la pereza, daban algunos pasos apoyando las manos en las nervudas espaldas de sus esclavos como si les faltara aliento para caminar ellas solas, y sentándose en un mullido almohadon comenzaban á jugar con unas bolitas de ámbar que tenian el doble privilegio de perfumar el ambiente y las manos.

¡Ah! No eran solo las mujeres las que caminaban de este modo: los hombres, los descendientes de aquellos bravos que habian conquistado el mundo, tambien buscaban el apoyo que sostuviera sus cansadas fuerzas. (1)

(1) Mecenas, el amigo de Augusto, el protector de Virgilio y Horacio, caminaba siempre apoyado en las espaldas de dos robustos esclavos.

No era estraño encontrar en medio de aquella alegre y resplandeciente reunion al impasible filósofo, que envuelto en su raido manto miraba con desprecio aquella vanidad de la tierra, y al suplicante mendigo que se gozaba mezclando el repugnante hedor de sus harapos con el aromático perfume de las cortesanas.

Pero estos fantasmas que la ciencia y la miseria hacian pasar ante los soñolientos ojos de las corrompidas cortesanas, se disipaban pronto.

Al mendigo le arrojaban una moneda, al filósofo, una sonrisa de desprecio: despues la nube se disipaba, el placer sonreia sobre sus cabezas, y el dios ciego, haciéndoles olvidar el alma les presentaba de lleno los encantos de la materia.

Así pasaba dos horas la elegante sociedad de Roma, hasta que el sol, hundiéndose por completo tras las espaldas de Occidente, dejaba su imperio á la noche, que estendia su lúgubre manto sobre las tumbas y los palacios de la via Apia.

Entonces aquel sitio quedaba desierto.

Roma tornaba á recibir en su seno á sus alegres hijos.

Los placeres no habian terminado.

La noche tenia tambien sus encantos en la ciudad del Tíber.

Los bufones de Grecia, las bailarinas de Cádiz, los gladiadores de Africa, el cómico Pílade, el mímico Batilo, las boas, los tigres, los leones, los elefantes, los leopardos, llegaban diariamente á la pátria de Rómulo para entretener el ócio de los afortunados hijos de la loba.

Augusto habia fundido su vajilla conservando solamente un vaso, herencia de su tio Julio César, y ciento cincuenta millones de sestercios (1) se invirtieron en teatros, hipódromos y en la via Flamini.

Augusto quiso ver feliz á su pueblo, y el sabio emperador no encontraba obstáculo para conseguirlo.

(1) Seis millones de pesos.

Pero no entremos en Roma; detengámonos un momento en la via Apia.

La luna, clara y radiante, trepaba serena por un cielo sin nubes, bañando con los melancólicos rayos de su frente las desiertas tumbas y los elegantes palacios de la vía Apia, poco antes tan concurridos.

Una mujer, ó mas bien un fantasma en forma de mujer, caminaba en direccion á Roma.

Su larga cabellera roja caia sobre sus hombros, flotando á merced del viento de la noche.

Un túnico negro sujeto á la cintura por un cinturon de acero era su traje.

Por sus sienes se arrollaba una corona de hojas secas.

Su mano derecha se apoyaba en un báculo de abeto, y en la izquierda podia verse una varita de metal á cuyo estremo figuraba una especie de búcaro formado con cinco cabecitas de víboras.

Iba descalza y parecia muy fatigada.

Paróse un momento.

Un rayo de luna cayó sobre su rostro.

Entonces pudo verse que aquella mujer, estremadamente morena, tenia una hermosura salvaje.

Sus ojos negros como la noche, sombríos como el remordimiento, se agitaban en sus órbitas lanzando miradas amenazadoras.

Su frente altiva y despejada, sus labios gruesos y teñidos de un carmin vívisimo, su nariz perfectamente delineada y recta, daban á aquel semblante algo de lúgubre y amedrentador.

Difícilmente hubiera podido decirse la edad de aquella viajera que, con paso moderado, bordeaba las tumbas de la via Apia á tal hora de la noche.

De vez en cuando alzaba sus ojos al cielo, y entreabriendo sus lábios, un rugido de ira se escapaba de su pecho. Pero pronto, como si un poder misterioso hubiera castigado su

LA SIBILA DE CUMA.

soberbia, exhalaba un gemido de dolor, inclinando su frente hácia la tierra, murmurando estas palabras:

—¡Ay de los dioses del Olimpo de Homero! ¡Ay de los augures de la ciudad del Tíber! La laguna Estijia agita sus aguas, la esfinge de Gizet cae de su pedestal y se hunde en las arenas del desierto. ¡Ay de nosotros que no podemos sentarnos sobre el trípode del templo de Delfos!

Despues de esta dolorosa lamentacion exhalaba un suspiro profundo, estenso, y continuaba su marcha, que habia interrumpido entre lamentos.

Así llegó hasta una tumba que se alzaba solitaria al borde del camino, y sentóse en el banco de piedra con la frente apoyada sobre el frio mármol del sepulcro.

El mármol del mausoleo se estremeció al sentir el contacto de la frente de la estranjera; pero ella, profundamente abismada en su dolorosa meditacion, no se apercibió de aquel acontecimiento sobrenatural.

La extranjera seguia exhalando hondos suspiros, cuando una voz que parecia brotar del fondo de la tumba la habló de esta manera:

—¿Quién viene á turbar con sus gemidos el sepulcral silencio de la muerte?...

—Yo, dijo la extranjera irguiéndose como si el eco del sepulcro hubiera reanimado sus fuerzas.

—¿Y quién eres tú?

Volvió á preguntar la misma voz.

—Una extranjera que viene desde el centro del mundo (1), que ha dejado á sus espaldas el golfo de Corinto, y que camina en busca de la orgullosa Roma.

—¿Vienes entónces de Grecia?

—Vengo de Delfos.

—¿Has visto el oráculo de Apolo, has visitado el templo de las musas?

(1) Los antiguos creian que el templo de Delfos era el centro de la tierra.

—Sí, ¿pero quién eres tú que me diriges la palabra desde el seno de una tumba?

—La luna baña con su luz clara la lápida mortuoria de mi tumba... lee si sabes.

La extrangera se separó unos pasos del mausoleo, donde pudo ver esta inscripcion grabada en el frio mármol:

VIAJERO:
DETEN TU PASO, Y SALUDA LAS CENIZAS
DEL CENSOR
APPIO CLAUDIO CRASO.
ÉL TRAZÓ EL CAMINO DONDE
TE HALLAS, É HIZO EL ACUEDUCTO DE LAS
ACUAS APPIAS. ROMA AGRADECIDA
LE HA LEVANTADO ESTE MAUSOLEO.
ADIOS.—APLAUDE.

—¿Tú eres Apio el censor, el que escribió la ley de las Doce Tablas?

—¿Sabes si los romanos se rigen aun por ellas?

—Aun están colgadas de los muros del Capitolio: tus contemporáneos las grabaron en doce tablas de oro.

—¿En qué año nos encontramos de la fundacion de Roma?

—En el año setecientos cincuenta y dos.

—Entonces hace cuatrocientos años que descanso en esta tumba.

—Tú lo has dicho.

—¿Quién rige la república romana?

—Roma no tiene república.

—¡Y lo sufren los patricios!..

—Sí, porque su emperador Octaviano Augusto es señor del mundo.

La voz de la tumba guardó silencio por un breve espacio; luego continuó de este modo:

—¿Quién eres tú que tienes el poder de agitar mis cenizas, y darle voz á mi espíritu; por fortuna perteneces á la familia de los dioses?

—Soy la sibila Cumea.

—¿La sibila Cumea, la sibila de Tarquino el Soberbio, la que llegó á Roma cuando se estaban abriendo los fosos del Capitolio sobre la roca Tarpeya (1) á vender los libros sibilinos?

—La misma soy.

—¿Cómo gozas de una ancianidad tan dilatada? ¿No han cortado las Parcas el hilo de tu vida?

—Sí, he muerto: el viejo Quiron ha conducido mi alma por la laguna Estijia; he visitado la caverna de la muerte y he visto las tres Parcas (2): Lequesis, de cuyos dedos brotan millares de hilos; Cloto, que sostiene eternamente el huso; y Atropos, con sus incansables tijeras de diamante que cortan sin cesar el hilo de la vida. El mio cayó tambien bajo el corte incansable de su arma fatal.

—¿Cómo, pues, oigo tu voz, si dejastes de existir?

—¡Ay! Respondió la Sibila exhalando un doloroso la-

(1) Tarquino el Soberbio, que tanto mal causó á los romanos, quiso halagarlos edificando un templo suntuoso sobre el monte Tarpeyano. A las primeras escavaciones se hallaron una cabeza de hombre destilando sangre. Los ancianos de Roma, á quienes se les presentó la cabeza para ver si la reconocian, aseguraron ser la de un romano llamado *Tolo*, que hacia muchos años habia muerto, y por eso se le puso al templo el nombre de *Capitolio*, lo que significa *cabeza de Tolo*.

Una mujer desconocida se presentó á Tarquino á ver si queria comprar nueve volúmenes, llamados *Libros sibilinos*, pidiéndole una cantidad crecida de dinero. Tarquino despidió á la extranjera. Poco despues volvió á presentarse, y le dijo: He quemado tres volúmenes, vengo á ofrecerte los seis restantes. Tarquino despidió á la extranjera; pero dos meses despues la sibila Cumea tornó á presentarse en el palacio del rey, y le dijo: «Sólo me quedan tres libros: los otros seis los ha consumido el fuego: vengo á ofrecértelos Con ellos sabrás las profecías de lo futuro, y podrás conocer el bien y el mal.» Tarquino, asombrado de la terquedad de la sibila, compró los libros por la misma suma que le pidió al principio, y mandó que se encerraran en una arca de piedra, que fué depositada en el Capitolio, bajo la custodia de quince elevados personajes, prohibiendo que se consultaran sin una órden suya.

(2) Homero llamó á las Parcas, hijas de Júpiter y Temis; Orfeo, hijas de la noche; Platon, hijas de la necesidad.

mento. Thémis ha ordenado á sus hijas que reanuden por breves dias el hilo de mi existencia; pues soy portadora de la última mision del oráculo de Delfos, del divino Apolo, que ya no responde á las preguntas que se le dirijen. Los dioses paganos se estremecen y caen derrocados de sus pedestales, huyendo en precipitada fuga á la caverna de Pluton donde llorarán eternamente su impotencia. El Titan del Cáucaso, el ladron divino, el soberbio Prometeo, ha roto sus cadenas de diamante y ha visto morir sobre su sangriento pecho el cuervo insaciable. Júpiter, rey de los dioses y de los hombres, vacila en su trono de marfil; el cetro cae de sus manos; los rayos han quemado su frente; el águila plega sus alas, y la hermosa Hebe llora sin consuelo á sus piés. Juno, su esposa y hermana á un tiempo, desoye los ruegos de las recien casadas y aparta los ojos de las madres primerizas. Minerva ha cerrado el libro de la sabiduría. Vesta ha visto con espanto estinguirse el fuego sagrado. El escudo de Palas se ha roto en tres pedazos. La corona de espigas de la fructífera Céres se ha secado sobre su frente. Vénus, hija del amor y la hermosura, llora la ingratitud de Eros, su Cupido favorito. Rhea ha visto morir los leones de su carro y caer las torres de su corona. La serpiente de Saturno ya no se muerde la cola, ni la guadaña está en sus manos. Diana recorre los bosques desolada, porque sus flechas son impotentes contra los gamos. Mercurio ha visto caer las alas de su casco y la bolsa de su mano. Marte ha sentido miedo en el corazon. La hermosa cabellera de Apolo ha encanecido en una noche; su sonora lira se ha quebrado, y las nueve musas hijas de Júpiter y Mnemona lloran amargamente recorriendo los montes de Pierio, Helicona y el Parnaso.

—¡Cesa, cesa! exclamó la voz de la tumba, fantasma evocada del averno, espíritu infernal, que vienes á turbar con tus palabras el tranquilo sueño de la muerte. Véte, deja que repose en paz en el seno del mármol frio que encierra mis

cenizas, y no te goces en pintarme la ruina de los dioses del Olimpo.

La extranjera se puso en pié, lanzó un doloroso suspiro, y emprendiendo el camino que conducia á Roma, dijo estas palabras:

—Duerme en paz, Apio; pero si tu alma vaga errante por las regiones de lo desconocido en busca de un perdon que no pueden concederte los dioses paganos, diríjela hácia Israel, la tierra prometida, donde ha nacido el verdadero Dios, el Salvador del mundo, el Mesías anunciado por los Profetas.

—¿Y qué nombre tiene ese Dios?

—Jesus se llama; Redentor del mundo será.

Entonces oyóse un gemido en el seno de la tumba; la luna ocultó su hermoso disco tras los celajes de una nube de ópalo; la estátua de Esculapio que adornaba la cúspide de la tumba de Apio Claudio Craso cayó al suelo rota en pedazos; los mármoles se estremecieron, y la sibila Cumea, inclinada la frente hácia la tierra, apoyado el cuerpo sobre el cayado que le servia de sosten, se encaminó á Roma, exclamando estas palabras:

—¡Ay de los dioses del Olimpo de Homero! ¡Ay de los augures de la ciudad del Tiber! La laguna Estijia agita sus malditas aguas; la esfinge de Gizet cae de su pedestal y se hunde en las arenas del desierto. ¡Ay de nosotros, que no podremos sentarnos en el trípode del templo de Delfos... porque el Dios verdadero ha nacido en Israel; porque el Redentor de los hombres ha bajado á la tierra á derrotar á los dioses paganos.

CAPITULO IX.

El oráculo de Delfos.

Al mismo tiempo que la Sibila Cumea se encaminaba á Roma por la via Apia, dos ginetes atravesaban la ancha calle de Juno en direccion al monte Palatino.

A juzgar por las manchas de barro que salpicaban sus flotantes mantos y las ricas pieles de leopardo de los caballos, la lluvia debía haberles molestado durante el camino.

Uno de los ginetes era jóven: apenas tendria veinticuatro años de edad.

Su estatura mediana, parecia distinguida, segun el aire marcial y desenvuelto con que montaba.

Era de pálido y agraciado rostro, aunque en el conjunto

se notaba cierta rigidez en sus facciones que le daban un aire sombrío y taciturno.

A la claridad de la luna pudo verse que el jóven llevaba una culebra del diámetro de dos pulgadas arrollada por el cuello, cuya chata cabeza acariciaba de vez en cuando con su mano ó con el estremo inferior de su barba perfectamente afeitada.

Este jóven se llamaba Tiberio: era sobrino de Augusto, y estaba destinado á ser emperador de Roma.

El otro ginete que cabalgaba á su lado, mas que un hombre, parecia un atleta. Se llamaba Macron; era el esclavo favorito del futuro tirano, del que mas tarde, baldon de la humanidad, habia de matar á una madre porque lloraba la muerte de un hijo que él habia mandado degollar, y habia de arrancarse los cabellos y lanzar gritos de desesperacion porque Cartucio se dió la muerte en su calabozo antes que le llegara la del tirano.

Los dos ginetes llegaron á los pórticos del palacio de Augusto y echaron pié á tierra.

Los soldados del César rodearon á los forasteros, estrañándoles la franqueza con que se introducian en el palacio de su señor á tal hora de la noche.

—¿Qué, no me conoceis ya, lobos caducos? Les dijo Tiberio con imperio. ¿Tan pronto se ha borrado de vuestra memoria la fisonomía del sobrino de vuestro señor? En ese caso, os aconsejo que depositeis un corazon de paloma á los piés de Esculapio para que os refresque la memoria y os abra los ojos.

Y diciendo esto arrojó las riendas de su caballo á su esclavo Macron.

—Salud á Tiberio nuestro general, exclamaron algunos soldados inclinándose.

—Gracias sean dadas á Júpiter inmortal, les respondió Tiberio. Y quitándose la culebra que se arrollaba por su cuello, se la alargó á su esclavo diciendo despues de acariciarla:

—Macron, toma á mi favorita, guárdala. Mi ilustre tio siente, sin razon, repugnancia hácia estos reptiles. Todos los grandes hombres tienen cosas pequeñas. Julio César, nuestro glorioso pariente, se ocultaba en los sótanos de su palacio cuando las nubes tronaban sobre Roma. Augusto, mi tio, se estremece á la sola vista de una culebra.

Macron, que nada decia, se metió con impasibilidad la culebra en el pecho, y mientras Tiberio subia las anchas escaleras del palacio, se encaminó á las caballerizas seguido de los corceles.

Cuando Tiberio llegó á la antecámara del emperador, dijo lacónicamente á uno de los líctores que salió á su encuentro:

—Dile á César que Tiberio está aquí.

Poco despues, Augusto estrechaba gozoso á su sobrino entre sus brazos.

—Mi querido tio, le dijo Tiberio, tú has querido que abandonara mi roca solitaria (1) para instalarme en tu palacio de Roma, y tus deseos son órdenes para Tiberio; aquí me tienes.

—Los años comienzan á doblar mi cuerpo hácia la tierra, querido sobrino, le dijo Augusto. Necesito un brazo jóven y robusto que dirija el imperio despues de mi muerte, y quiero colocar sobre tu frente mi corona, mi manto imperial sobre tus hombros.

(1) Tiberio, cuyo carácter sombrío le procuraba pocos amigos, vivia casi siempre retirado en la isla de *Rodas*, en una casa situada sobre las rocas escarpadas del mar. Su único placer era consultar acerca de su futura suerte á los pretendidos adivinos, mandando luego á su fornido esclavo que los tirara al mar. Un dia hallábase en la elevada torrecilla de su casa consultando á un embaucador llamado *Tracilo*, el cual le habia dicho *que infaliblemente llegaria á ser emperador.*—¿Qué dicen los dioses y las estrellas de tu futura suerte? Le preguntó Tiberio con marcada y cruel sonrisa al adivino.—*Tracilo* se puso á temblar, pues sabia la suerte de sus predecesores, y respondió:—Que me amenaza una gran desgracia.—Tienes razon, le dijo Tiberio; mi esclavo tenia la órden de despeñarte, pero te perdono porque lo has acertado.

Tiberio se inclinó, mas que por agradecimiento hácia su tio, por ocultar la inmensa alegría de su corazon.

—Yo soy tu primer esclavo, señor, le dijo: manda; pero preferiria la soledad de mi roca de Rodas al estruendo de Roma.

—Te he llamado, pues, continuó Augusto desatendiendo las palabras de Tiberio, porque deseo instruirte en los deberes de un rey clemente y justiciero. La paz, hijo mio, debe ser el primer afan de los reyes.

Tiberio volvió á inclinarse.

Así permanecieron hablando por espacio de una hora. Augusto habia dispuesto que su sobrino se instalara en su mismo palacio en una cámara contígua á la suya.

Cuando el emperador manifestó que podia retirarse, pues al dia siguiente continuarian su interrumpida conversacion, Tiberio le dijo:

—Señor, antes de separarnos quisiera interceder por un desgraciado que gime en un calabozo á orillas del Ponto Euxino, recordando en su soledad los encantos de Roma, los goces de la via Apia.

Augusto frunció el ceño: una mirada de cólera cruzó como un rayo por sus ojos, siempre bondadosos.

Su rugosa mano cojió el brazo de su sobrino apretándole con una fuerza increible á sus años; un temblor nervioso agitó su cuerpo, y luego con una pausa cruel, dijo mirando con severidad á Tiberio:

—Ovidio Nason, el poeta cínico, el corruptor de la juventud romana, aunque dotado por Apolo de un númen fecundo y creador, morirá encerrado en los calabozos de Sarmacia: no vuelvas nunca á interceder en su favor; Roma y sus placeres no existen para él. (1) Augusto despidió con un

(1) Ovidio Nason murió en los calabozos de Sarmacia despues de ocho años de reclusion. No se sabe á punto fijo por qué Augusto, tan protector de los poetas, castigó con tanta crueldad á Ovidio; se cree que fué sorprendido en los brazos de Julia, su hija. Lo cierto es, que muchos intercedieron por Ovidio y nadie alcanzó su perdon.

ademan á Tiberio, que salió de la cámara sin desplegar los lábios.

El emperador quedóse un momento preocupado, taciturno, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada en el suelo, como si el nombre de Ovidio, del cantor inspirado del *Artis amatoriæ*, de *Medea* y del poema *La batalla de Accio* hubieran evocado en su mente recuerdos dolorosos.

De esta actitud vino á sacarle un lictor anunciándole que una mujer estraña y cubierta de polvo, que decia venir de Delfos, mostraba gran empeño en hablarle á pesar de lo avanzado de la noche.

Augusto tornó á reponerse oyendo las palabras del lictor.

—¿Qué quiere de mí esa extranjera? Preguntó el César.

—Dice que viene á hablarte de parte del oráculo de Delfos.

Augusto se estremeció.

—¿Te ha dicho su nombre?

—Sí, pero todos nos hemos reido; debe ser una loca: dice que se llama la sibila Cumea.

—Abridle las puertas, exclamó Augusto estremeciéndose; dejad pasar á la enviada del oráculo de Delfos.

Cumea, apoyada en su cayado entró en la cámara del emperador.

Ocho lictores con sus varas de sarmiento en la mano se quedaron junto á la ancha cortina de la puerta, como esperando la órden de su señor.

La sibila, con paso grave, fatídico, misterioso, llegó á colocarse hasta tres codos de Augusto.

Este miraba á aquella mujer misteriosa con espanto.

—Tú ya no eres, Augusto, le dijo Cumea con una voz que parecia salir de una tumba, el rey mas poderoso y mas grande de la tierra, porque ha nacido tu Señor en Belen de Judá. Hé aquí la última revelacion de Apolo, antes de enmudecer para siempre, antes de bajar al infierno para una eternidad.

La sibila partió la varilla de acero que llevaba en la mano: las víboras de metal que adornaban su estremo se agitaron, y sacando un papiro arrollado lo puso en las manos de Augusto.

El César, sobrecojido, agitado, desrolló el papiro y se puso á leer con voz insegura estos tres versos, últimas palabras del oráculo de Delfos:

ME PUER HEBRÆUS, DIVOS DEUS IPSE GUBERNANS
CEDERE SEDE JUBET, TRISTEMQUE REDIRE SUB ORCUM.
ARIS ERGO LIME TACITIS ABSCEDITO NOSTRIS. (1)

Apenas Augusto habia pronunciado la última palabra de los tres versos del oráculo, cuando Cumea, estendiendo el brazo hácia Oriente, exclamó:

—¡De Israel brota la luz que ha de disipar las tinieblas! ¡Ay de los ciegos idólatras del Olimpo! ¡Ay de los dioses paganos! ¡Jesus les ha mandado enmudecer, y caen ante su glorioso nombre de los soberbios pedestales para bajar al infierno!

Augusto apretaba el papiro entre sus dedos, temblando ante el fatídico eco de la sibila.

Gruesas gotas de sudor caian de su frente.

Cumea continuó:

—Ya he cumplido la última mision del oráculo: ¡Atropos corta el hilo de mi existencia!...

La sibila lanzó un gemido doloroso, extenso.

El cayado se desprendió de sus manos; sus ojos se cerraron, y cayó desplomada sobre la alfombra.

Augusto, espantado, salió de la estancia oprimiendo los fatídicos versos con temblorosa mano.

Los líctores se abalanzaron á recojer á la sibila; pero al

(1) Un Niño hebreo, Dios de dioses, me obliga á dejar mi templo, hasta ahora inmortal, y á volver al infierno.

colocar sus manos sobre el cuerpo de Cumea, solo hallaron un esqueleto envuelto en el oscuro ropon que la cubría.

El pánico se apoderó de los servidores del César, y huyeron de aquella estancia.

Mientras tanto Augusto llegaba al camarin de Herodes; y el idumeo, viéndole entrar con el semblante descompuesto, sentóse sobre los almohadones de su lecho, sobresaltado.

—Díme, le dijo el emperador sin darle tiempo, ¿sabes tú algo de ese Rey poderoso, de ese nuevo Dios de Dioses que los oráculos dicen haber nacido en Belen de Judá?

Herodes, reponiéndose un poco de la sorpresa que aquella visita le causaba, explicó á Augusto la llegada de los caldeos á Jerusalen, el rumor del pueblo hebreo, y las semanas de Daniel comentadas por los rabinos.

El César quedóse pensativo, y despues de una breve pausa, dijo:

—Tú partes mañana; pues bien, búscame á ese Niño, á ese Jesus anunciado por los profetas, y mándale á Roma escoltado como á un Rey poderoso; quiero que entre por la via Triunfal en mi carro de oro, quiero tributarle los honores del triunfo.

Herodes prometió buscar á aquel Niño y cumplir las órdenes del César.

Cuando Augusto poco despues se dejaba caer en su lecho agitado y calenturiento con el papiro en la mano que encerraba los tres versos del oráculo de Delfos, un lictor entró á decirle que la sibila Cumea habia muerto.

—Pues bien, le respondió Augusto, enterrad su cadáver en los fosos de la muralla, y no volvais á interrumpirme: quiero estar solo.

—Señor, volvió á decir el lictor con una entonacion que demostraba claramente el miedo de que se hallaba poseido, no es un cadáver, es un esqueleto.

—Pues bien; enterrad el esqueleto.

Los líctores, aunque con repugnancia, fueron á obedecer las órdenes del César: pero el esqueleto de la sibila Cumea habia desaparecido. (1)

(1) Feijóo en su *Teatro crítico*, tomo II, discurso 4.° sobre las profecías supuestas dice que: «afirman Luidas, Cedrano y Nicéforo, que Augusto, admirado de ver mudo á Apolo Délfico, le instó para que le revelara la causa de su silencio, y recibió por respuesta tres versos anunciándole la venida al mundo de un *Niño hebreo Dios de dioses.*»

Como ningun escritor romano menciona el viaje del César á Delfos á consultar al oráculo mas famoso de aquella época, nosotros nos hemos valido del recurso fantástico de la *sibila Cumea* para describir el estado de desórden y derrota en que la venida de Jesucristo puso á los dioses paganos y á los falsos sacerdotes, especuladores de la credulidad pública de aquella época de fanatismo é ignorancia.

CAPITULO X.

Un corazon de hiena.

Como acontece siempre, á la noche sucedió la luz del alba, y Herodes abandonó la casa de Augusto para emprender su viaje á Jerusalen seguido de sus esclavos, aunque algo sobresaltado con las últimas palabras del emperador.

El idumeo, astuto y precavido, habia solicitado del emperador, alegando su poca salud que le obligaba á permanecer sentado la mayor parte del dia, que el viaje se hiciera por mar, embarcándose en el Tíber.

El César accedió, y dispuso que las galeras se hallaran en el embarcadero de Roma.

Su salud era mala; pero no era esa la causa en realidad de querer hacer el viaje embarcado desde el Tíber.

La acusacion de sus hijos Aristobulo y Alejandro, el complot de Antípatro y Paulo para asesinarle, le habian hecho concebir uno de esos planes feroces que con tanta facilidad se arraigaban en su perverso corazon.

Mis hijos, se habia dicho, me conocen, y durante la travesía por tierra intentarán escaparse, lo que no es muy dificil; pero por mar es otra cosa, pues nadie me impide que les amarre á la proa de la galera, de donde no podrán moverse sin mi voluntad.

Herodes hizo conducir á sus hijos hasta las orillas del Tíber en una litera custodiada por su fiel esclavo.

Una vez allí, mandó embarcarlos en la misma galera que debia trasportarle.

Las galeras esperaban á la comitiva para celebrar las ceremonias de costumbre ántes de la partida.

Aquellas naves estaban lujosamente ataviadas como para una fiesta.

Multitud de guirnaldas de flores y vistosas banderolas colgaban del palo mayor, la proa y la popa.

Las tres órdenes de remeros sentados en sus bancos con los palos levantados tres codos sobre la amarillenta superficie del rio, esperaban la señal del cómitre para emprender la marcha.

Sobre el castillo de popa se hallaba el comandante, el piloto y el pollero. Este último tenia una jaula en la mano donde se veian unos pollos de gallina, animales indispensables para celebrarse los auspicios.

Herodes subió sobre el castillo de popa, y dió principio la ceremonia, sin la cual no podia una nave abandonar el puerto.

El cómitre, á una señal del comandante, descargó un fuerte golpe con el grueso baston que llevaba en la mano sobre una tabla.

Todos se pusieron en pié y elevaron su plegaria á los dioses inmortales.

Despues el *pollero* arrojó dos puñados de trigo junto á la jaula y abrió las puertas, dejando en libertad á los inofensivos animales, que se arrojaron con avaricia sobre el codiciado grano que veian ante sus ojos.

Entonces un anciano venerable de blanca barba y de estraño y vistoso traje se adelantó hasta colocarse junto á la jaula.

Su vestido era una arabea listada de púrpura y escarlata sujeta á su cuerpo con unos corchetes de oro. Un bonete cónico de fondo blanco con signos cabalísticos negros cubria su venerable cabeza.

Su diestra empuñaba un bastoncito curvo de metal.

Este anciano era un augur, especie de sacerdotes encargados de profetizar lo futuro, á quien los romanos tenian una veneracion sin límites.

El anciano, despues de una ligera pausa durante la cual examinó con detencion cómo comian los pollos, elevó sus ojos al cielo con fanática y supersticiosa actitud, y luego tocando á uno de los pollos con el estremo de su vara, exclamó con voz robusta para que lo oyeran los tripulantes de las tres galeras que se hallaban al rededor de la que él ocupaba:

—Los pollos comen con avaricia... el grano cae de sus picos esparciéndose por el suelo... ¡Buen agüero!... ¡Buen agüero!

Un grito de gozo resonó en las galeras.

Entonces se sacrificaron algunas víctimas para la felicidad del viaje. Si uno hubiera estornudado durante esta ceremonia á la izquierda del comandante, ó alguna golondrina hubiera cruzado revoloteando por encima de la nave, el viaje se hubiera suspendido.

Tal era en la época que nos ocupa el fanatismo de los romanos.

El augur, en vista que la ceremonia se habia terminado sin que el síntoma mas pequeño viniera á interrumpirlo pre-

sagiando un desastre, y viendo además el cielo limpio y despejado, dió el permiso al jefe de la espedicion para que las galeras salieran del puerto.

Entonces el augur fué trasportado á la orilla en una especie de canoa, y durante la corta travesía le acompañaron las bendiciones y los gritos de los tripulantes.

Luego el comandante dió la órden de marcha. El cómitre dejó caer por segunda vez su baston sobre la tabla, y los palos de los remeros, como si estuvieran dirijidos por una sola mano, se hundieron á un tiempo en las aguas del rio.

Las galeras, empujadas por la corriente y los remos, comenzaron á deslizarse sobre las amarillentas aguas del Tíber en direccion al mar Tirreno.

Apenas desembocaron en el mar, se armaron las velas, porque el viento era favorable.

Herodes, echado sobre mullidos almohadones en el castillo de popa, departía con el comandante á la sombra de un toldo de lienzo que se habia colocado para librar al ilustre pasajero de los rayos del caloroso sol de junio.

Sus dos hijos, vigilados por Cingo y sus compañeros, se hallaban en la proa de la misma galera.

Aunque el tribunal habia pronunciado la sentencia en favor del padre, concediéndole todos los bárbaros privilegios de la ley IV que ya conocen nuestros lectores, Herodes, fingiendo seguir los consejos de Augusto, se habia mostrado con sus hijos durante los últimos dias de permanencia en Roma con una amabilidad tal, que el César, engañado por la falsa conducta del idumeo, creyó terminadas las cuestiones enojosas de familia.

Libre de la conjuracion de Paulo, gracias al incansable celo de su esclavo Cingo, y navegando hácia sus costas, seguro de la gente que le escoltaba, apenas la quilla de su galera rasgó las aguas del Mediterráneo, mandó á sus esclavos que para mayor seguridad pusieran una cadena al cuello á sus hijos.

El comandante de la flota y el centurion Antonino miraron aquella órden con repugnancia, censurando aquel acto de barbarie paternal en el fondo de su conciencia; pero ateniéndose á las órdenes de su dueño, no se atrevieron á oponerse.

Aristobulo y Alejandro conocieron desde aquel momento el desastroso fin que les aguardaba; pero eran jóvenes y valientes, y su padre no pudo ver en sus labios mas que una sonrisa de desprecio, y en sus ojos una mirada de ódio.

La flota llegó sin tropiezo, despues de algunos dias de viaje, á las costas de Fenicia.

Herodes vió desde el castillo de popa de su galera las altas cordilleras del Líbano, y mandó al piloto que atracara las galeras en el puerto de Berito, que cual un ave marina se veia sobre una roca á dos millas del mar en las riberas del Mediterráneo Occidental.

El piloto dirijió la proa de sus naves hácia la costa, y una hora despues los remeros, abandonando sus banquillos, atracaron las naves en las estacas y argollas del embarcadero de Berito.

Herodes manifestó al comandante de la flotilla que queria desde aquel punto hacer el viaje en litera, y despues de distribuir una suma considerable entre los tripulantes, desembarcó sobre la playa, siguiéndole Antonino con su centuria.

Entonces la escolta del rey tributario y los habitantes de Berito, que habian acudido atraidos por la curiosidad, presenciaron una escena terrible, cruel é inhumana.

Herodes habia mandado á sus esclavos que armaran su litera, y se hallaba echado muellemente sobre sus almohadones hablando con su esclavo Cingo, mientras desembarcaban los caballos de la centuria que debian escoltarle hasta Jerusalen.

—Cumple mis órdenes, Cingo, y despachemos, le dijo Herodes á su esclavo; tengo grandes deseos de entrar en Jerusalen y ver á mi hijo Antípatro.

Cingo se separó de la litera y fué á reunirse con los esclavos, que algo apartados de aquel sitio cuidaban de los bagajes y de los prisioneros, esperando las órdenes de su amo.

Sin que nadie comprendiera el motivo, seis de los esclavos, con una prontitud maravillosa, clavaron sobre la movible arena unos caballetes de madera en forma de horcas, y antes de que los espectadores pudieran darse cuenta de nada, aquellos malvados, ciegos instrumentos del feroz escalonita, arrollaron un lazo corredizo á los cuellos de los infelices Aristobulo y Alejandro, y arrastrándolos con increible ferocidad hasta el pié de la horca, fueron colgados á presencia de todos, sin que nadie se atreviera á evitar aquel acto de barbarie.

Aquellos desgraciados príncipes lanzaron horribles maldiciones durante la prolongada agonía de su muerte.

Pero su padre, en cuyo corazon no existia ningun sentimiento bello ni humanitario, presenció la ejecucion con indiferencia.

El pueblo y los soldados romanos, tan pronto como se apercibieron de lo que allí acontecia, lanzaron un grito de horror.

Entonces Herodes, asomando su cuerpo tanto como pudo por la portezuela de su litera, exclamó con voz entera y vibrante:

—¡Romanos! ¡Fenicios! Oid: esta es la justicia que el rey de Jerusalen manda hacer en las personas de sus rebeldes hijos... ¡A Jericó... á Jericó!

Esto dijo Herodes. Sus palabras helaron de espanto á los ingénuos habitantes de Berito y á los rudos soldados del Capitolio.

Luego corrió las cortinillas de la litera y se dejó caer sobre los mullidos almohadones:

La comitiva se puso en marcha por la via romana que cruzando la Galilea y la Samaria conducia á la ciudad favorita del idumeo.

Los dos cadáveres, poco despues, con el pelo erizado, la mirada vidriosa y la faz cárdena y descompuesta se balanceaban en silencio sobre las arenas de la playa.

Los cuervos del Líbano olfatearon la carne muerta y abandonando sus cóncavas rocas, comenzaron á mecerse lanzando estridentes graznidos sobre las horcas.

El padre les brindaba al festin con los cadáveres de sus hijos; pero los habitantes de Berito, repuestos un tanto de su sorpresa, burlaron sus carnívoras esperanzas, dando un sepulcro ignorado y humilde á aquellos dos príncipes infortunados.

. . . . . .

Herodes llegó á su ciudad favorita. Durante el camino, Antonino y su centuria, aterrados con la cruel venganza de aquel padre bárbaro, siguieron tristes y cejijuntos la litera de su nuevo señor como si fuera el cadáver de un general querido, muerto en el campo de batalla.

Su consigna era obedecer á Herodes. Aquellos soldados rudos y curtidos en la guerra obedecian sin replicar, pero con repugnancia.

Cuando el idumeo llegó á Jericó, mandó sin perder un momento á Verutidio con su legion sobre Jerusalen, la ciudad santa.

El general romano debia apoderarse de Antípatro y trasladarlo á Jericó cargado de cadenas; pero el príncipe rebelde, sabedor de que su padre habia frustrado sus planes, antes de que los soldados romanos llegaran á las murallas de Jerusalen, creyéndose perdido, salió de la ciudad, disfrazado, durante la noche, y gracias á la velocidad de su caballo logró salvarse por entonces del peligro que le amenazaba.

Algunos cómplices de Antípatro fueron conducidos á los calabozos de la torre Antonia, cargados de cadenas.

Cuando el feroz Herodes supo que su hijo se habia escapado, tuvo un acceso de cólera terrible.

Aquel mónstruo, olvidándose de la dignidad de un rey,

se rasgó los vestidos, y atacado de los terribles dolores de estómago que padecia, se revolcó por el suelo arrojando espumarajos y blasfemias por su inmunda boca.

Mas que un monarca, parecia un cerdo rabioso; mas que un hombre, se asemejaba á una bestia inmunda devorada por las mordeduras de los insectos venenosos.

Cuando el Escalonita era preso de esos accesos de furor, solo dos personas se atrevian á dirijirle la palabra: su nieto Achiab y su esclavo Cingo; porque era peligroso hablarle en aquellos momentos.

—¡Achiab! ¡Achiab! Gritóle el feroz idumeo clavando sus espantados y vidriosos ojos en el niño que temblaba de miedo á su lado. Si algun dia llegas á colocar una corona sobre tus sienes, recuerda la historia de Amullio y Remo y Rómulo... ¡Mata, hijo mio, mata!... Porque los usurpadores siempre usurpan con el poder la vida á los reyes.

El niño, que era el enfermero de su abuelo, creido que aquellos gritos eran hijos de los agudos dolores que padecia, trémulo y aturdido, cojió una copa, y vaciando en ella el contenido de una botella, fué á ofrecérsela á su abuelo, diciéndole:

—Bebe; esto te calmará.

—¡Ah! Exclamó el enfermo; ¡con que tú tambien quieres envenenarme!

Esta desconfianza hizo ruborizar al jóven. Dos lágrimas se desprendieron de sus ojos, y por única respuesta aplicó á sus lábios la copa, apurando la mitad de su contenido.

—Bebe, abuelito, volvió á decirle.

Heródes, como avergonzado de aquella sospecha, apuró el resto de la copa, y luego le dijo, procurando endulzar su acento:

—¡Vete, Achiab, vete! Quiero estar solo con Cingo.

El niño salió, despues de besar la frente del anciano.

El rey y el esclavo quedaron solos.

Entonces Heródes se incorporó, y clavando sus fosfóricos

ojos en Cingo, le dijo, estendiendo su brazo hácia la puerta:

—¡A Belen, Cingo! ¡A Belen, y que no quede ni un belemita de dos años abajo en todos sus contornos! ¡Soy el rey de Judá, y quiero que á mi muerte mi corona pase á mis hijos y á los hijos de mis hijos!

Cingo salió sin despegar los labios á obedecer las órdenes de su señor.

El idumeo, cuando se vió solo, murmuró estas palabras:

—Augusto quiere que le mande á Jesus como á un rey para tributarle los honores del triunfo... ¿querrá darle mi corona?...

Y comenzó á acariciar la corona que siempre tenia á su lado y á sonreir de un modo feroz, diciendo:

—No irá á Roma, no irá á Roma: los muertos ni reinan, ni hablan, ni se vengan.

CAPITULO XI.

Cánticos de alegría.

Cantad, aves de Oriente, desde las altas copas de los árboles que os sirven de nido.

Extended vuestras alas de pintados colores, que ya el céfiro matinal riza con sus besos delicados vuestra suave pluma.

Rosas de Jericó, aromáticas yerbas del Carmelo, azuzenas delicadas de Zabulon, violetas del Jordan, estended sobre la tierra el aroma de vuestros cálices; porque ya la delicada aurora derrama sobre vosotras el cristalino rocío que os sustenta y embellece.

Perfumad el ambiente, hermosead la tierra, porque el cielo puro y radiante sonríe sobre vosotras, y la brisa murmura melancólica entre las verdes ramas de las palmeras de Jerusalen.

Jamás un dia tan hermoso, tan risueño, ha estendido sobre la fértil Palestina sus radiantes resplandores, su poética y hermosa luz.

Los hombres abandonan sus casas con el primer rayo del sol, que viene á saludarles, y se encaminan alegres hácia sus campos con el espíritu tranquilo y el semblante risueño.

Porque un cielo sin nubes espanta los pesares; porque el sol cuando nace sin manchas que lo oscurezcan, sin nubes que lo oculten, derrama sobre los hijos del trabajo un bienestar, una alegría inesplicable.

A la poética armonía de la mañana que nace, al inimitable canto de las aves que la saludan, al embriagador aroma de las flores que la perfuman, al delicioso soplo de la brisa que gime acariciando las copas de los árboles; á las nubes de púrpura y plata que preceden al sol, se une, para embellecer mas los encantos del dia, el alegre canto de las mujeres de Belen y Ramla que al son de pastoriles instrumentos se dirijen gozosas y engalanadas hácia la ciudad de David, como si fueran á la fiesta de los ázimos de la ciudad santa.

¿A dónde se encaminan con sus mas lujosos trajes?... ¿Por qué llevan todas un tierno infante en sus brazos que sonríe como la luz de la aurora á las dulces caricias y á los alegres cantares de sus madres?

¿Qué novedad ocurre en Belen, que por todas partes se dirijen hácia su empinada cima las mujeres de Judá llenas de gozo?

Un anciano envuelto con el ancho y rayado alquicel de los habitantes de lá ribera del mar Rojo seguia el camino que conduce á la infecunda Idumea; vé á las mujeres que

avanzan hácia él en camino opuesto. Sus cantos, sus gritos de alegría, sus risueños semblantes le llaman la atencion y detiene su paso.

Apoyado en su grueso baston de cedro, se pára sobre el glásis del camino y las espera.

—Mujeres de Judá, les dice con tembloroso acento, ¿á dónde correis en alegre cuadrilla tan de mañana, con vuestros tiernos primogénitos en los brazos?

—Anciano, le responde la mas decidora de todas, ¿quién ignora en Belen y sus cercanías el regocijo de las madres?

—Yo soy extranjero... Mi tienda se alza en la Arabia Petrea, y hoy cruzo por las tribus de Israel como las aves de paso en busca de su nido.

—Dirije tus pasos hácia el templo de Sion; vente con nosotras y te haremos partícipe de nuestra inmensa alegría.

—No puedo... mis hijos y mi esposa me esperan en las orillas del mar Rojo. Cada sol que muere arranca una lágrima á sus ojos... aquella lágrima es un recuerdo tributado á mi memoria... Pero contadme el motivo de vuestro contento... para que yo en las veladas del invierno lo refiera á mis hijos cuando al amor de la lumbre les narre las aventuras de mis viajes.

—No podemos detenernos: en Belen nos esperan antes de que termine la vigilia matutina: de ello depende el porvenir de nuestros hijos.

—Entonces no os detengo... que la paz sea con vosotras.

—Contigo vaya, honrado extranjero.

El anciano se encaminó con tranquilo paso hácia los montes de Judea. Las mujeres volvieron á entonar sus cantares, y alegres y gozosas comenzaron á trepar por las faldas del monte en cuya cima descansa la patria inmortal de David, la cuna santa de Jesus.

Retrocedamos algunas horas para saber el orígen de la alegría y el contento de las belemitas.

A la caida de la tarde del dia anterior, Cingo, el feroz

esclavo de Herodes, llegó con un fuerte destacamento al pueblo de Belen.

El belicoso son de la trompeta anunció á los pacíficos belemitas que iba á publicarse algun edicto del Cesar ó de su rey Herodes.

No se engañaban: un heraldo, con clara y vibrante voz, dijo estas palabras que fueron repitiéndose como un eco por todos los estremos de la ciudad hasta perderse en sus cercanías:

—«Yo, Herodes, rey de Judea, gobernador general de las doce tribus de Israel, por el presente edicto, mando y ordeno: que todas cuantas madres de Belen y sus cercanías que tuvieren hijos varones de edad de dos años abajo, se presenten con sus hijos en brazos en el atrio de la piscina grande de Belen mañana durante la vigilia matutina, á recibir el premio que me place concederlas por el precioso don de primogenitura que el Dios de Sion les concede para honra de sus nombres y aumento y gloria de su raza. La madre que desobedeciendo este edicto faltare á la hora y al lugar citado será castigada con la separacion de su hijo. Cúmplase mi real voluntad.—Yo, *Herodes*.»

Estas palabras recorrieron la ciudad de David y sus cercanías, llenando de gozo los corazones de las madres.

Las ignorantes belemitas soñaron durante la noche en el brillante porvenir que su rey destinaba á sus hijos.

¿Como faltar al llamamiento, cuando la puntualidad era premiada, y la falta castigada con la separacion de sus hijos?

¡Pero, ay, madres infelices, que desconociendo la inaudita barbarie de su rey corrian gozosas á colocar sus blancos corderos bajo la hacha de los verdugos!

El sitio destinado para la horrible matanza era un ancho patio rodeado de muros.

Cingo el encargado de llevar á efecto las órdenes secretas de el Escalonita, rodeado de sus terribles compañeros, esperaba tranquilo el momento de la matanza.

Las inocentes madres comenzaron á entrar en el sangriento matadero.

Los niños sonreian en sus brazos, y ellas saludaban con amabilidad á sus verdugos mostrándoles gozosas el adorado fruto de sus entrañas; y así fueron llegando una tras otra hasta que se llenó el local.

Entonces Cingo estendió una mirada de sangre sobre aquel cuadro de maternal cariño que se agitaba en torno suyo; creyó llegado el momento de ejecutar las órdenes de su señor.

Una madre se le acercó para preguntarle cuándo se les distribuiria el galardon ofrecido.

Aquella infeliz llevaba dos niños: el mas pequeño dormia libando la sabrosa leche del pecho maternal; el mayor, hasta de dos años de edad, sonreia apoyado en su brazo izquierdo, como si el negro y reluciente semblante del esclavo le hubiera hecho gracia.

—¿Cuándo se distribuyen los premios señor? Preguntó la madre inocente. Yo tengo prisa: los quehaceres de la casa me aguardan.

—Ahora mismo quedarás libre y dueña de tu voluntad, le respondió Cingo; y estendiendo su nervuda mano antes de que la madre infeliz se diera cuenta de ello, se apoderó del tierno vástago, y arrancándolo del nutritivo pecho lo estrelló inhumanamente contra el ángulo del muro.

La madre abrió los ojos con espanto, y lanzando un grito horrible, aterrador é inesplicable, cayó sin sentido sobre el palpitante y despedazado cuerpo de su hijo.

Aquel grito fué la señal de la matanza.

¿Dónde hallar colores tan poderosos para bosquejar el cuadro de los Mártires Belemitas, con la verdad horrible y sangrienta, cuando solo con traer á la memoria tan incomprensible barbarie exhala un grito de espanto el corazon y una lágrima de dolor brota en los ojos?

San Agustin, con su fecundo y poderoso genio, con su

santa y elevada inspiracion, con los inimitables rasgos de su inmortal pluma, ha descrito el cuadro de la degollacion con una verdad, con un sentimiento á que es muy difícil aproximarse.

Oigamos, pues, por un momento el africano convertido (1), al poderoso autor de *La Confesion* y *La ciudad de Dios*.

Su relato es gráfico como la luz del dia, sintético como el dolor, inspirado como las lágrimas que brotan de las almas doloridas.

Dice así:

(1) San Agustin nació en Tagasto, ciudad de Africa, el año 319 de la era cristiana; á los treinta años de edad pasó á Cartago, en donde sus costumbres se corrompieron. Pero movido por los discursos de San Ambrosio y los ruegos de su madre Santa Mónica, recibió el bautismo y se convirtió.

CAPITULO XII.

Lamentos de dolor.

«Se ha oido en Ramla una voz de lamen-
»to, de luto, y de gemidos: es la voz de Ra-
»quel que desde su tumba llora á sus hijos,
»y no quiere admitir consuelo porque no
»existe.»—(JEREMIAS)

«¡Gran martirio!... ¡Cruel espectáculo!... Desnúdase el
» alfanje sin haber causa que le desnude.

» Ensangriéntase furiosa la envidia sin que nadie le opu-
» siera resistencia, y recibia la ternura los golpes que no
» habia podido provocar.

» La amarga queja de las desoladas madres superaba al
» gemido triste de los degollados corderillos. Luchaba la na-
» turaleza agraviada en sus mas amorosas prendas, y ape-
» laba á las leyes de la compasion anegada entre sangrien-
» tos girones.

» Arrancábase los cabellos la infeliz madre cuando los » feroces verdugos le arrebataban de sus amorosos brazos » la mitad de su alma.

» Cuantas diligencias empleaba para ocultar al tierno ín- » fante, otras tantas practicaba el inocente niño para des- » cubrirse.

» No sabia callar, porque aun no habia aprendido á » temer, y luchaban á brazo partido el verdugo y la madre: » ésta por retener y salvar á su querido hijo, aquel por ar- » rancar de su seno al tierno mártir.

—» ¿Por qué apartas de mí, le decia al sayon la triste » madre, al que engendré en mis entrañas?...

» Mi vientre le dió el sér, mi pecho le alimentó; nueve » meses abrigué cuidadosamente al que tú despedazas con » mano cruel y sangrienta... ¡Ahora acaba de salir de mis » entrañas y tú le arrojas contra la dura tierra!...

» Otra madre, viendo desconsolada que despedazándole » la prenda de su corazon la dejaban con vida, decíale á su » verdugo:

—» ¿Para qué me dejas sola?... Si hay culpa esa es mia... » ¿Mia, no lo oyes?... Si no hay delito y es solo por el » placer de matarle, entonces junta la sangre mia con la de » mi hijo, y líbrame de este modo del dolor que siento.

« Otra afligida decia: A uno buscais, y á muchos destruís; » y á ese uno que buscais jamás lo encontrareis.

» Mientras que otra infeliz, apretando contra su dolorido » corazon el cuerpo ensangrentado de su hijo, exclamaba » elevando sus llorosos ojos al cielo.

—» ¡Ven ya, Salvador del mundo!... Por mas que te bus- » quen á ninguno temes: véate el tirano y no quite la vida á » nuestros queridos hijos.»

Hasta aquí San Agustin.

La sangre inocente enrojecia la tierra.

El dolor de algunas madres era tan inmenso, tan terrible, que se sentaban en el suelo con los destrozados cuerpos

de sus hijos en los brazos, y comenzaban á mecerles y á cantarles como para dormirles.

Aquellas desgraciadas tenian los ojos sin lágrimas, la sonrisa en los labios, y cantaban, porque habian perdido la razon.

Otras mas varoniles y menos resignadas con su suerte, al ver maltratados á los queridos trozos de sus entrañas, se abalanzaban contra los verdugos como las panteras heridas y hacian presa con sus dientes en las manos de los sayones, cayendo despues de una lucha desesperada, anegadas en su sangre sobre el cadáver de sus hijos.

Mas de sesenta belemitas sacrificados al furor de Herodes yacian degollados en el ancho patio de la piscina.

¡El cuadro era horrible, espantoso! La historia lo recuerda con asombro, sin ejemplo.

La cruel matanza habia terminado, y los verdugos se disponian á abandonar aquel inmenso bazar de sangre y dolor, cuando vieron á una mujer que se dirijia hácia aquel sitio con un niño en los brazos.

Aquella infeliz ignorante de lo que le esperaba, se iba acercando hácia el matadero de los inocentes entonando alegres cantares.

De vez en cuando elevaba á la altura de su frente los delicados piececitos del infante, haciendo que los apoyara sobre su cara, y los besaba.

El niño se reia de las ternezas que le tributaban.

Cingo salió al encuentro de aquella mujer, y sin desplegar los lábios estendió su callosa mano y se apoderó del niño por una pierna.

La inocente criaturilla quedó colgando de la mano del verdugo con la cabeza hácia abajo.

La madre lanzó un grito de sorpresa; el niño prorumpió en un lloro amargo.

—¡Ay de tí, miserable esclavo, exclamó la mujer con los facciones horriblemente contraidas por el asombro y la rabia, si tocas un solo cabello de ese niño!

—Nada temas, le respondió Cingo sonriéndose de un modo feroz; lo que es él no me denunciará á los jueces de Jerusalen.

—Tiembla, infame, volvió á decir la mujer, á quien dos satélites de Cingo habian sujetado: ese niño es el heredero de la corona de Judá, es hijo de reyes, y está destinado á ocupar un trono.

Al oir estas palabras, en el oscuro semblante de Cingo brilló una alegría feroz.

—¡Ah! ¿Con que este niño es el Rey de Judá? Le dijo; pues á este buscábamos: la sangre derramada podia muy bien haberse evitado; y haciendo girar al niño como un molinete sobre su cabeza, lo despidió por el aire con toda su fuerza.

Sus compañeros lanzaron una carcajada horrible y recogieron con sus manos aquel cuerpo que su jefe les enviaba por el aire.

Uno de ellos separó con su espada la tierna cabeza del inocente cuerpo, y se la presentó á su jefe doblando una rodilla en el suelo y diciendo con incalculable cinismo:

—Cingo, yo te presento la cabeza de un rey: no te olvides de darme el galardon.

La infeliz mujer no pudo resistir aquel sangriento espectáculo, y cayó de espaldas sin sentido.

Cingo ató la cabeza del niño á un estremo de su manto y salió de la piscina seguido de sus feroces soldados.

Las madres se quedaron solas en aquel sitio de horror y sangre.

Espantadas, llorosas, sin darse cuenta de lo que les aconcia, permanecieron horas y horas junto á los restos destrozados de sus hijos, como si una mano poderosa les sujetara á pesar suyo en aquel sitio.

Llegó la noche, y la luna clara y hermosa derramó la lluvia de plata que brota de su frente sobre aquel campo de sangre.

Diríase que el astro luminoso de las tinieblas por volun-

tad suprema brillaba con mas claridad que nunca, para que las almas de los inocentes belemitas llegaran al cielo guiadas por sus tibios y radiantes resplandores.

Los padres regresaron á sus casas terminadas sus cotidianas faenas del campo.

Su dolor, su asombro fué grande al saber la horrible trajedia acaecida durante su ausencia.

Pero ¡ay! aquellos infelices é indefensos labradores ¿qué otra cosa podian oponer al furor de Herodes y al poder de los romanos que sus lágrimas?

Lloraron... sí, lágrimas de fuego; lamentos de dolor inesplicable se oyeron en Belen y sus cercanías que llegaron hasta las tumbas de los muertos; y éstos unieron sus lágrimas y sus lamentos con los que les habian sobrevivido para presenciar la inconcebible escena de la Degollacion de los Inocentes.

Belen, patria de David, cuna de Dios, fué la madre de los primeros mártires del cristianismo.

La sonrisa de aquellos ángeles inmolados bajo la cuchilla de un rey sanguinario, cae aun benéfica y fecunda como el rocío matinal sobre las flores, endulzando las amarguras de las almas cristianas que doblan su frente ante el Leño Santo que ha sembrado la fecunda semilla de la libertad del hombre, de la caridad y de la mansedumbre.

Los destinos del Eterno comenzaban á cumplirse desde aquella noche fatal.

Dios se habia salvado para morir mas tarde; la sangre de la redencion fué precedida por la sangre de los inocentes belemitas.

CAPITULO XIII.

La sangre en el rostro.

Los verdugos de Belen llegaron á la ciudad santa á la caida de la tarde.

Cingo distribuyó entre sus feroces compañeros el precio de su horrible asesinato, y aquellos miserables se desparramaron por la ciudad ansiosos de ahogar con los vapores del vino el remordimiento del crímen que acababan de perpetrar.

Aquella noche los habitantes de Jerusalen, á cuyos oidos habia llegado la noticia del sangriento drama, presenciaron escenas de increible cinismo.

Los compañeros de Cingo transcurrian por las calles

beodos, haciendo alarde de su brutal ferocidad y disputándose el número mayor de víctimas que habia inmolado su cruel cuchilla.

Uno de ellos enseñaba su brazo cubierto de heridas á sus amigos diciendo:

—Yo he cortado veinte cabezas, ved aquí los dientes de las madres.

Sus compañeros soltaron una feroz carcajada; pero en medio de aquellas risas salvajes, incomprensibles, flotaba una cosa sombría.

Era el fantasma terrible del remordimiento que clavaba sus envenenadas saetas en los corazones de aquellos miserables asesinos.

Mas tranquilo que sus satélites el esclavo favorito, se encaminó hácia el palacio de su señor.

Como siempre, penetró en el dormitorio de Herodes por la puerta secreta.

El idumeo se paseaba con grandes muestras de agitacion cuando Cingo entró en su cámara.

Una sonrisa feroz apareció en sus labios.

—Cingo...

—Estás obedecido.

—¿Todos?

—Todos; respondió el esclavo con su acostumbrado laconismo.

—¡Ah! Herodes exhaló un suspiro desde el fondo de su corazon.

—Si hemos de dar crédito á una de las mujeres que se quedó llorando en Belen, volvió á decir Cingo con una frialdad cruel, el Rey de Judá no debe inspirarte el menor recelo: hé aquí su cabeza; y el esclavo, desdoblando la punta de su manto, presentó la cabeza del niño que tan cruelmente habia arrebatado de los brazos de la última belemita.

Herodes dejó aquel miembro insepulto sobre una mesa, y comenzó á examinarle en silencio.

Las vidriosas pupilas del idumeo se fijaban con una tenacidad estraña en el lívido semblante de aquella cabeza ensangrentada.

De vez en cuando se restregaba los ojos, como si algun estorbo le impidiera examinar á su placer aquellas facciones inanimadas.

—Es estraño, murmuró despues de una pausa; se me figura que yo he visto esta cara antes de ahora.

Cingo nada decia. Orgulloso con haber desempeñado tan fielmente la terrible mision de su señor, esperaba impasible la recompensa que, segun costumbre, debia seguir al servicio prestado.

Herodes, preocupado siempre con el exámen de la cabeza, y como si una duda le atormentara, cojió por los cabellos ensangrentados el cráneo del niño y acercóse á la ventana, como si quisiera, con los últimos rayos del sol poniente, que iban á morir sobre el cancel, desvanecer las dudas que sentia.

En este momento alzóse el pesado tapiz que cubria la puerta, y una mujer pálida, ensangrentada y con los ojos hinchados por el llanto, se presentó en la sala.

La mujer lanzó un rugido reconociendo á Cingo. Herodes volvió la cabeza.

—¡Tú aquí, Rebeca! le preguntó el rey con estrañeza.

—¡Sí... yo! exclamó la mujer con ronco y nervioso acento. ¡Yo... que vengo á entregarle al rey de Jerusalen el cuerpo de su hijo, para que lo una con la cabeza que tiene entre las manos! Y Rebeca arrojó á los piés de Herodes el mutilado tronco de un niño que llevaba oculto bajo su manto.

—¡Ah! exclamó el idumeo retrocediendo algunos pasos, ¿Con que esta cabeza?..

—¡Es la de tu hijo... del hijo que encomendaste á mis cuidados... que yo he alimentado con el jugo de mi pecho; tu hijo, que ese infame ha asesinado por órden tuya! Y Rebeca estendió su brazo en direccion á Cingo.

Herodes lanzó un grito y dejó caer la cabeza, que rodó por el suelo produciendo un ruido hueco y frio.

Luego se llevó las manos á la cara para ocultar á sus ojos el cadáver del último fruto de su amor; pero aquellas manos estaban tintas con su propia sangre, y aquella sangre le manchó el rostro.

El esclavo no despegó sus labios: esperaba su sentencia, y á través de su negra piel se le vió palidecer.

Rebeca, cual la sombra del remordimiento, terrible, amenazadora, permanecía en medio de la sala, siempre con el brazo estendido en direccion al etíope.

—¡Dejadme!... ¡Dejadme!... Gritó el rey con acento amenazador despues de un momento; pero llevaos ese cuerpo ensangrentado de mi presencia. Su vista me quema los ojos y hace arder mi corazon.

Rebeca recojió el destrozado cuerpo del niño, envolviéndolo en su falda, y luego, lanzando una mirada amenazadora al esclavo, exclamó con tono profético:

—¡Ay del asesino de los primogénitos de Judá! Su nombre será maldito por los siglos de los siglos, y en la última hora de su muerte las furias del averno se gozarán en destrozarle las entrañas con sus lenguas de fuego.

Y Rebeca salió de la cámara del rey estrechando contra su pecho el cadáver del inocente mártir.

Cingo iba á hacer lo mismo, cuando Herodes exclamó incorporándose:

—Espera...

—Señor, castígame: soy digno de tu enojo: y Cingo inclinó la cabeza, como si esperara el golpe que debia vengar á su rey.

—No temas, Cingo... la fatalidad colocó bajo el filo de tu cuchillo el cuello de mi hijo. Culpa es del dios enemigo de mi raza, y no tuya... pero escucha. La sangre derramada será inútil sino logramos apoderarnos del hijo de Zacarías y del rebelde Antípatro: á tu celo encomiendo la tranquilidad

de mi reino. Corre, busca, no perdones medio para que se realicen mis deseos. Mientras Juan y Jesus vivan, mientras Antípatro goce de libertad, la corona vacila en mi cabeza, el poder se escapa de mis manos... el puñal de mis enemigos me amenaza por todas partes... mi sueño es intranquilo, mi vida una agonía lenta y prologada que me consume... Porque tú lo sabes, Cingo... esta enfermedad cruel que me devora, alienta á mis enemigos... Allá á donde dirijo mis ojos les veo alzarse amenazadores codiciando mi cetro y mis tesoros... Por todas partes levanta la cabeza la conjuracion. Los fariseos, los asenios, cada dia mas terribles y provocativos, conspiran hasta en el templo de Sion y en las calles de la ciudad santa. Esos dos Niños que se han librado de mi castigo, les sirven para enardecer los ánimos de los israelitas. Pero tú, mi bravo Cingo, destruirás la esperanza de los hebreos. Corre... corre... pues en tí solo descansa mi trono... Los romanos son indolentes... y se hacen pagar muy caros los servicios que prestan á su señor... y ademas que estos asuntos deben desempeñarse en secreto... y se debe preferir la noche al dia... es mas callada.

Herodes se detuvo... sus hundidos y vidriosos ojos se fijaron de un modo tenaz en el impasible semblante de su esclavo, como si quisiera sorprender el efecto que habian producido sus palabras; pero el etíope, acostumbrado á obedecer ciegamente las órdenes de su señor, inclinó ligeramente la cabeza y encaminóse hácia la puerta.

El rey le detuvo cojiéndole por el brazo.

Aquella familiaridad hizo estremecer al esclavo.

—Si tú logras presentarme la cabeza de Juan y Jesus, yo te ofrezco en recompensa un talento hebreo, y te devuelvo la libertad.

Herodes dijo estas palabras poco á poco y como dejándolas caer en el corazon de Cingo.

El esclavo contestó con impasibilidad:

—Eros, el esclavo de Marco Antonio, ha inmortalizado

su nombre muriendo á los piés de su señor: mi única ambicion es inmortalizar el mio muriendo por tí. (1)

Herodes tendió una mano á aquel bravo y leal servidor, que no tenia mas voluntad que la de su dueño.

Cingo besó aquella mano que su rey le alargaba, y en sus negros y penetrantes ojos, en sus gruesas y toscas facciones pudo distinguirse bien claramente la inmensa alegría en que rebosaba su corazon.

—Parte, y no olvides que te espero.

—Jamás descanso cuando mi señor me encomienda algo que le importa.

El esclavo salió del aposento caminando de espaldas hasta la puerta.

El rey de Jerusalen quedóse algunos momentos inmóvil en mitad de su cámara, como si con la ausencia de su esclavo hubiera sentido un vacío en su corazon.

De repente su semblante tornóse lívido y desencajado, sus ojos se hundieron, y todo su cuerpo se contrajo de un modo horrible.

Algunas manchas de un color purpúreo asomaron á la piel de su rostro, y su boca, contraida por el dolor, se abrió para dar paso á un prolongado gemido.

Llevóse las manos al estómago, y su cuerpo agitado por una convulsion nerviosa se desplomó sobre la mullida alfombra gritando:

(1) Shakespeare, el célebre trágico inglés, ha inmortalizado el nombre de Eros el esclavo de Marco Antonio en su trajedia *Antonio y Cleopatra*. Antonio, el amante de Cleopatra, al verse cercado por todas partes de los soldados de Augusto, llama á su esclavo Eros y le ofrece la libertad á trueque de que le quite la vida; pero su esclavo, con esa serenidad que solo acompaña á los héroes, sepulta su espada en su corazon y cae bañado en sangre á los piés de su señor. *Esclavo, cien veces mas noble que yo*, exclama Antonio, *tú me enseñas, oh bravo Eros, á hacer por mí mismo lo que debo y tú no has querido hacer. Mi reina y Eros, con este ejemplo de valor, se sobrepondrán á mi gloria en las edades venideras.*—(Traduccion de D. Gerónimo de la Escosura, *Historia de Egipto.*)

—¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡Que me muero!

Herodes se revolcaba por el suelo como un condenado.

Por su boca salian borbotones de espuma, y un temblor convulsivo agitaba su cuerpo.

Diríase que el soplo del infierno le estaba quemando las entrañas.

Su familia acudió precipitadamente y le trasladó á su lecho.

Los médicos le rodearon, prestándole los auxilios de la ciencia; pero la enfermedad se habia declarado sin máscara. Tenia un cáncer en el estómago, y este horrible mal debia conducirle al sepulcro muy en breve despues de hacerle padecer de un modo incalculable.

Dios, harto de los crímenes del feroz idumeo, le comenzaba á castigar, dándole una agonía larga y dolorosa.

La Providencia es muda, invisible; pero su mano poderosa y justa, reparte desde el cielo los bienes y los males con una justicia irreprochable.

CAPITULO XIV.

Preludios de la muerte.

Cingo era hombre de clara y rápida imaginacion para concebir y coordinar los golpes de mano que le encomendaba su señor.

Bastáronle algunos minutos para formarse el plan de sorpresa que debia seguir en la árdua comision que se le confiaba.

Llegó á la planta baja del palacio, y cruzando un corredor, entróse en la cuadras destinada á los esclavos.

Una vez allí, eligió cuatro hombres de su confianza, y mandóles que sacaran de las cuadras caballos y que se echaran sobre los hombros el alquicel de los mercaderes árabes, sin olvidar el puñal de Damasco en la cintura.

Hechos los preparativos, esperó impasible que el sol doblara las espaldas de Occidente, y entonces á favor de las tinieblas salió seguido de sus satélites de la ciudad santa.

Una vez en el campo, enteró á sus compañeros de la importante comision que le habia confiado el rey; y despues con ese silencio que preside á los asesinos, se encaminaron hácia el Sur de Jerusalen en busca de la ciudad de Ain, patria del Bautista.

Cingo, como hemos dicho ya, habia calculado el modo de ejecutar su plan.

Se habia dicho:—Juan es estimado en mas por los israelitas que Jesus: apoderémonos primero de Juan.

En cuanto á Antípatro, el hijo de Herodes, tenia la esperanza de hallarle en Jericó, en casa de la esclava Enoe.

Ain dista solo dos leguas largas de la ciudad santa; pero como el camino es de herradura y montañoso, y la noche oscura en demasía, los perseguidores del hijo de Elisabet llegaron casi mediada la noche á los arrabales de la ciudad.

Cingo dispuso que uno de sus compañeros se quedara guardando los caballos en un bosquecillo inmediato á la ciudad, mientras él acompañado de los tres restantes, se llegaban á casa de Zacarías.

El terrible drama de Belen habia alarmado á las madres de Judá.

Cuando la noche cubrió con sus espesas sombras el sangriento cuadro, cuando se hallaron con los mutilados cuerpos de sus hijos en brazos sentadas en uno de los rincones de sus casas, cuando sus ignorantes esposos regresaron del campo ansiando endulzar las fatigas de un dia de penoso é ímbrobo trabajo con la sonrisa y los besos de sus hijos, y se hallaron con la increible realidad ante sus absortos ojos, el dolor, la desesperacion, las lágrimas y los gritos de rabia y venganza fueron incalculables.

Aquellos sencillos israelitas no podian dar crédito á lo que estaban viendo.

Aquel mismo dia, pocas horas antes, cuando el lucero de la mañana asomaba su disco refulgente tras los pelados riscos del valle de Josafat, ellos habian abandonado sus casas para dirijirse al campo.

La mañana era hermosa. El ambiente perfumado con las yerbas aromáticas del Carmelo, el cielo azul y sereno de Judá, la sonrisa de sus hijos que en brazos de sus esposas se asomaron á las ventanas para darles el adios cotidiano, todo les anunciaba un dia de trabajo, pero feliz y alegre.

Pero aquel cielo sin nubes, aquella manaña risueña habia sido reemplazada por una noche de dolor; pero un dolor tanto mas terrible, tanto mas inconsolable, cuanto que estaban muy lejos de esperarlo.

Pero ¡ay! aquellos padres desgraciados, aquellos infelices israelitas acabaron por llorar, como sus esposas, sobre los sangrientos cadáveres de sus hijos.

Pueblo sin caudillo, raza envilecida por el yugo estranjero, puñado de siervos que la orgullosa Roma encadenaba á sus piés, eran entonces los descendientes de Abraham, Isaac y Jacob.

Aquel pueblo privilegiado, aquella familia de héroes elegida por Dios para cuna del Verbo Divino, ya no contaba entre sus hijos á un Moisés que le ilustrara, á un Elías que hiciera llover fuego del cielo sobre sus enemigos, á un David que les elevara, á un Salomon que les enriqueciera y á un Josué que haciendo parar el sol en su carrera les cubriera con los laureles del vencedor.

Su último caudillo, el heróico Júdas Macabeo, el adalid fabuloso de Israel, el caudillo invencible de Judá, al derramar la última gota de su sangre por la independencia de su pueblo, habia forjado las cadenas á las doce tribus de Israel, y desde entonces la ignominiosa mancha de la esclavitud se esculpia con oprobio en sus frentes abatidas.

Las setenta semanas de Jacob se habian cumplido El Mesías anunciado por los Profetas acababa de descender de los

cielos. La raza humana contaba entre sus hijos al Salvador del mundo. Pero los judíos olvidaron á sus Profetas, cerraron sus ojos á la luz y los oidos á la verdad, y escupiendo la santa faz de Cristo elevaron sobre el Gólgota un madero para crucificarle.

Una maldicion terrible pesa desde entonces sobre la miserable raza de los descreidos. Sin patria y sin hogar, sin leyes que les protejan, sin templos santos que les admitan en su seno para implorar ante el Dios ofendido el perdon de sus culpas; raza maldita y despreciable, su suerte es vagar errante sobre la ancha superficie de la tierra hasta la consumacion de los siglos.

. . . . . .

. . . . . .

Hasta la pacífica y tranquila morada de Elisabet habian llegado los dolorosos lamentos de las belemitas.

La noble anciana, temiendo por la suerte de su hijo, comunicó sus temores á una de sus criadas que habia nacido en su casa. Zacarías se hallaba en Jerusalen ejerciendo los oficios de su sacerdocio; pero Elisabet no retrocede en su propósito, y apenas el último destello del dia desapareció tras las montañas de Judá, abandonó su hogar llevando en brazos al pequeño Bautista, y seguida de su fiel sirvienta, llegan al Carmelo y se instalan en una de sus profundas é ignoradas grutas.

Un puñado de hojas secas sirve de lecho á las dos mujeres y al santo precursor de Cristo. Pero nada les arredra: allí al menos se creen libres del furor de Herodes.

Mientras tanto Cingo y sus compañeros llegan á la ciudad de Ain é interrumpen el pacífico sueño de los criados de Zacarías.

Preguntan por Juan el primogénito, y sus preguntas se quedan sin respuesta, porque todos ignoran su paradero. Amenazan con la muerte á los criados, y éstos se arrojan á los piés de sus verdugos derramando un mar de lágrimas.

Cingo necesita una víctima para aplacar la rabia de su señor. Pregunta por el anciano sacerdote, y se le dice que se halla de semana en el templo de Jerusalen.

Parte de Ain, llega á Jerusalen, penetra en la cámara de Herodes por la puerta secreta con el objeto de enterarle en su desgraciada comision, y se detiene á la vista del espectáculo que se le presenta ante sus ojos.

El idumeo se halla tendido en su lecho lanzando horribles blasfemias entremezcladas con dolorosos gemidos. Preso de una horrible convulsion se revuelca sobre los mullidos almohadones.

En pocas horas el semblante del enfermo se ha desfigurado espantosamente.

Su cuerpo exhala un hedor insufrible y repugnante. Multitud de úlceras gangrenosas manchan la lívida piel de su rostro. Un sudor pegajoso inmundo, surca su frente, y sus ojos hundidos y empañados dirijen miradas vagas y amortecidas en torno suyo.

Salomé su hermana agita un abanico de plumas sobre la cabeza del enfermo para refrescar la atmósfera, mientras Alejo su cuñado rocía de vez en cuando con esencias olorosas la cama y el cuerpo de Herodes.

A un estremo de la sala se hallan sentados cuatro ancianos al rededor de una mesa.

Una lámpara de plata derrama su luz sobre un grueso volúmen que se halla abierto.

Estos ancianos son los médicos del rey que deliberan en voz baja.

Oigamos lo que dicen.

—La enfermedad se ha descubierto por fin: es un cáncer en el estómago: el mal es terrible, incurable.

—Nunca deben perderse las esperanzas, repuso otro; el médico tiene el deber de arrebatarle su presa á la muerte.

—En nuestros libros no existe el remedio para el cáncer, volvió á decir el primero.

—Al otro lado del Jordan, volvió á decir el segundo, se encuentran los baños cálidos de Calliroe: sus aguas, que van á caer en el mar Muerto, son medicinales y gratas al paladar: mi parecer es que el rey se bañe en Calliroe. Si esto no le salva, entonces que preparen la sábana de lino para envolver su cuerpo, porque su muerte es segura.

—Aun nos falta intentar, dijo otro, los baños de aceite aromático. Las úlceras de la piel se cerrarán, y el hedor del cuerpo desaparecerá.

—Todo es inútil, replicó el primero; pero nuestro deber es aconsejar, y opto por los baños de Calliroe.

—El rey tiene sesenta años: con esa edad y con ese mal el médico mas sábio solo puede engañar á la muerte algunos dias: aconsejemos, pues, los baños de Calliroe.

Este parecer, que fué el de un anciano que no habia desplegado los labios hasta entonces, fué aprobado por sus compañeros, y despues de mediar algunas frases en voz baja, uno de los médicos se acercó al lecho del enfermo con la sonrisa en los labios.

—¿Qué opina la ciencia, amigo Joaquin, de este pobre enfermo? Preguntó Herodes viendo á su médico favorito que se acercaba.

—La ciencia, señor, opina que debes tomar los baños de Calliroe.

—¡Pero yo sufro horriblemente!.... Es preciso que busqueis algo que aminore mis padecimientos. ¿Para qué sois médicos sinó? ¿Para qué os pago, para qué os tengo en mi casa? Pedid oro, pero dadme salud: ¡ya que habeis estudiado el remedio de los males del cuerpo, apagad este infierno que devora mis entrañas!....

—La ciencia aconseja los baños.

—¿Pero la ciencia me responde del resultado?

—El porvenir está en manos del Dios invisible.

—Entonces no sabeis nada.

—El hombre es imperfecto.

—Entonces dejais mi cuerpo en brazos de la casualidad.

—No; la práctica es nuestro maestro, y ella nos aconseja lo que nosotros te aconsejamos.

—¿Pero no conoces, desdichado, que apenas puedo moverme? Mi cuerpo se hincha por momentos, estas úlceras se agrandan á cada instante, mis carnes se pudren segun el hedor que exhalan... ¿Cómo quieres que me ponga en camino, si todos los tormentos del infierno no serán nada comparados con los que voy á sufrir durante el viaje?

—Una litera conducida por tus esclavos puede trasladarte sin que sufras por ello mas que sufres ahora.

—Está bien, volvió á decir Herodes exhalando un suspiro doloroso: yo me pongo en vuestras manos; haced de mí lo que os plazca, pero salvadme la vida... Porque no quiero morir aun... ¿lo entendeis?..

—Entonces dispon que se prepare todo para el nuevo sol.

—¡Ptolomeo!.. ¡Ptolomeo!.. Exclamó Herodes dirijiéndole la palabra al viejo guarda-sellos; ya lo oyes, disponlo todo: la luz del alba no debe sorprendernos en Jerusalen.

Las órdenes de Herodes nunca se demoraban... todos fueron saliendo de la habitacion para disponerse para el viaje.

De vez en cuando se estremecia, y cubriéndose el rostro con la colcha, murmuraba estas palabras:

—¡Pasad, ensangrentados fantasmas, no quiero veros, no quiero... no, no, no!

CAPITULO XV.

La profanacion.

El rey se quedó solo echado en su lecho.

—La lámpara lanzaba sus rayos melancólicos sobre la faz lívida contraida del enfermo.

El semblante del idumeo daba horror.

Aquel enfermo, á pesar de su lecho de marfil, sus colchas de Egipto y sus almohadones de Damasco, parecia un viejo asqueroso y repugnante.

El remordimiento en la hora de la muerte imprime una mancha espantosa en el rostro del criminal.

Cingo, que habia permanecido oculto tras los pliegues de una cortina, entró en la sala apenas vió que su señor se hallaba solo.

El esclavo, andando de puntillas para no meter ruido, se acercó al lecho de su señor.

En este momento Herodes tenia los ojos cerrados; parecia un cadáver.

El esclavo le contempló unos instantes... Aquel negro infame, aquel hombre cruel y sanguinario que inmolaba bajo su puñal asesino todas cuantas víctimas le señalaba su amo, parecia conmovido ante el lecho de su dueño.

Sus ojos se humedecieron, y un bronco y prolongado suspiro se escapó de entre sus gruesos labios.

El esclavo adoraba á su señor. Su cariño sin límites le hubiera colocado como un Dios en el altar de Sion. Porque para Cingo, el rey Herodes era todo el mundo.

El enfermo abrió los ojos y se halló con la negra y sombría figura de su esclavo á la cabecera de su lecho.

—¡Ah! Eres tú, mi leal Cingo, le dijo con desfallecido acento. ¿No lo sabes?... Los médicos desconfian... la ciencia es impotente... y me dejan morir... Pero ¡ay de ellos!... Mi último suspiro será su sentencia de muerte.

—Señor, le dijo el esclavo: si la salud... si la vida pudiera trasmitirse como la riqueza, tú no moririas...

—¡Cómo!

—Porque yo te daria mi vida y mi salud para salvarte.

—Lo sé, Cingo, lo sé... tú eres bueno y leal; yo no te he de olvidar en la hora de mi muerte, que no está lejos segun creo...

—Vive tú y no te ocupes de otra cosa: tu salud es para mí mas que la libertad y la fortuna.

—Tú no eres mi esclavo... eres mi amigo... mi confidente.

—Señor...

—En cuanto me vea libre de esta horrible enfermedad... te nombraré general de las legiones herodianas... te daré la patente de hombre libre, y tendrás un palacio en Jerusalen y otro en Jericó...

—Déjame tu esclavo. Solo ambiciono servirte, aunque esta noche me ha sido imposible... obedecer tus órdenes.

—No te comprendo.

—Elisabet la esposa de Zacarías ha huido de su casa llevándose á Juan su primogénito.

—¿A dónde? preguntó Herodes incorporándose y como si aquella noticia le hubiera curado de sus padecimientos.

—Lo ignoro.

—¡Ah!

—Pero tengo un medio de descubrir su paradero.

—Habla.

—Zacarías es sacerdote.

—Lo sé, continúa.

—Se halla de semana en el templo.

—¿En la ciudad?

—Sí, en Jerusalen.

—¿Y piensas?...

—Que el padre nos indique el sitio en donde se halla el hijo escondido.

—Se negará: los israelitas son tercos.

—Entonces... y Cingo acarició el mango de su puñal.

—Es verdad, Cingo; con esos soñadores eternos, con esa raza terca y atrevida de Araon, los reyes que ocupen el trono de Jerusalen es preciso que se jueguen el todo por el todo. Solo la muerte estermina á los enemigos irreconciliables... Mata, Cingo... mata si es preciso.

. . . . . .

Al otro dia, los aclamadores de oficio, los bajos herodianos que anhelaban elevar á su señor sobre el altar del santo templo como á un Dios, saludaron á Herodes con furiosos y y repetidos vivas apenas se presentó en la plaza para trasladarse á los baños de Calliroe.

Herodes no era cobarde; pero en los último dias de su vida tuvo miedo á dos fantasmas que se levantaban en su calenturienta imaginacion á todas horas.

La rebelion, que le cercaba por todas partes, y los niños Juan y Jesus, aclamados en voz baja por los israelitas como los próximos libertadores de las doce tribus.

Esto le quitaba el sueño.

Antes de abandonar la ciudad santa, quiso mostrar á sus legiones su munificencia, su esplendidez para con los leales servidores de su trono, distribuyendo cincuenta dracmas á cada soldado y doscientas á cada capitan, sin contar muchísimos dones que distribuyó á sus amigos.

Seguro por esta parte de la fidelidad de sus legiones, porque el ejército entonces aclamaba por su señor al que con mas largueza pagaba sus aclamaciones, salió de la ciudad santa seguido de un brillante acompañamiento, entre el que se hallaba una parte de su familia y los cuatro médicos de cámara.

Cingo se quedó en Jerusalen. El negro debia derramar sangre inocente y manchar con ella la casa de Dios.

El santo sacerdote Zacarías, el padre del Bautista, el sabio preceptor de la Vírgen estaba sentenciado á muerte.

Sus verdugos no retrocedieron ante el horroroso y sacrílego crímen que iban á acometer.

Cingo y sus infames compañeros se presentaron en el templo de Sion con el puñal homicida en la diestra.

El anciano sacerdote se hallaba desempeñando sus santos oficios en el atrio interior de la casa de Jehová.

Los verdugos le preguntaron por su hijo; él, que ignoraba su paradero, respondió sencillamente que estaba en su casa de Ain, y que si allí no se hallaba le era imposible decir su paradero.

Esta respuesta sencilla y verídica fué tomada por una negativa burlona y despreciativa, y el pobre anciano cayó á los piés de sus asesinos bañado con su sangre inocente.

Los fieles huyeron con horror de la casa de Dios ante aquel asesinato sacrílego.

La noticia corrió con la velocidad de la desgracia por todos los ámbitos de la ciudad.

Algunos pacíficos comerciantes cerraron sus tiendas, y ocultos en el rincon mas apartado de sus casas comentaron el hecho en voz baja y amedrentada entonacion.

Las patrullas de soldados romanos pasearon las calles.

Algunos jóvenes mas atrevidos enseñaban á los soldados, en señal de amenaza, sus puños cerrados, porque aquel crímen que manchaba la morada de Dios habia llenado de espanto á los medrosos, y de ódio y venganza á los valientes hijos de la abatida raza de Israel.

Treinta años despues, esta muerte sacrílega é injusta hizo exclamar al Mártir del Gólgota estas palabras: *Sobre vosotros caerá toda la sangre inocente derramada en la tierra; desde la del justo Abel, hasta la de Zacarías á quien habeis quitado la vida entre altar el y el templo.*

La muerte de Zacarías fué el sangriento epílogo con que terminó la terrible tragedia de los mártires de Belen.

La sangre del justo manchaba los mármoles de la casa del Santo de los Santos.

No estaba lejano el dia en que la sangre de Dios debia correr por las ásperas pendientes del Gólgota.

LIBRO SESTO.

EL ÁGUILA DE ORO.

6. Porque ¿cómo podré yo sufrir la muerte y el estrago de mi pueblo?

7. Y respondió el rey Asuero á la reina Esther y al judío Mardocheo: He dado á Esther la casa de Aman, y h mandado que fuese fijado en una cruz, porque se atrevió á estender su mano contra los judíos.—(Libro de Esther. Cap. VIII.)

CAPITULO PRIMERO.

La via Sangrienta.

Herodes llega á Calliroe, y los baños de aquellas aguas medicinales, tan célebres entonces, empeoran su salud.

Una órden real convoca á todos los médicos de Palestina al rededor del augusto enfermo.

La ciencia discute, mientras que el mal avanza y devora el cuerpo.

Por fin se adopta el baño de aceite aromático, y los esclavos conducen á su señor desde su lecho al baño; pero el miserable verdugo de Israel, apenas es sumergido en el suave líquido, pierde el conocimiento, y los que le rodean, creyendo llegada la última hora del enfermo, lanzan desconsolados gritos.

La familia, los médicos acuden: Herodes es casi un cadáver.

Inmediatamente es envuelto en una sábana perfumada y trasladado á su lecho, y allí á fuerza de esmero y cuidados logran reanimarle, y el enfermo, entreabriendo sus vidriosos ojos, exhala un suspiro apagado.

Sus labios cárdenos se agitan convulsivamente como si quisieran hablar, pero todos los esfuerzos son inútiles.

Por fin, despues de una hora de angustiosa y horrible lucha, las palabras que se ahogaban en la garganta llegan ligadas á la lengua, y Herodes exclama con desfallecido acento:

—¡Tengo hambre... mucha hambre!... Dadme algo que comer, porque me muero.

Salomé consultó con una mirada á los médicos; pero éstos que han perdido la esperanza de salvarle y que temen desobedecer las órdenes de un rey bárbaro y cruel que puede mandarles degollar ante su presencia, contestan que se le dé á comer todo cuanto quiera.

Entonces los esclavos incorporan al rey en su lecho y le sirven una comida espléndida.

Herodes se lanza sobre los manjares como una bestia feroz. Cuanto mas come, mas hambre siente y pide mas; y aquel miserable, castigado por la oculta mano de Dios, inspira lástima al último de sus esclavos.

Por fin, rendido se deja caer en la cama, derribando sobre la colcha las viandas y el vino.

Herodes estaba borracho, y en su embriaguez pide á grandes voces que le trasladen á su palacio de Jericó.

Todos temen desobedecerle, y sus órdenes se cumplen al instante. Llega á Jericó, ¡pero en qué estado!

Su boca solo se abre para blasfemar ó decir que tiene hambre y sed, sus estremidades se han hinchado, su piel se ha vuelto cárdena: no puede moverse sin el auxilio de sus esclavos.

Montones de gusanos brotan de las úlceras que manchan

su rostro. Su aliento pestífero demuestra la podre de que está lleno su cuerpo, y su respiracion fatigosa da un claro indicio de que el cáncer va minando interiormente aquella existencia que con trabajosos dolores se despide del maldito cuerpo que la encierra.

Los médicos, accediendo á los ruegos de Salomé, la hermana de Herodes, se disponen á atacar con mano vigorosa la enfermedad aunque la creen incurable.

Prohíbese la entrada en el cuarto del rey á todo el mundo; nadie puede darle, aunque lo pida, mas que lo que los médicos ordenan; y sus esclavos, creyendo que su señor ha muerto, esparcen esta noticia, que corre la Judea, llenando de júbilo á cuantos la oyen.

Dejemos por algunos instantes á Herodes bajo la salvaguardia de los médicos, y fijemos nuestra atencion en un ginete que á galope tendido cruza por una de las tortuosas y pedregosas veredas de los montes de Judá.

Imposible es imaginarse un camino mas tétrico, mas sombrío, mas espantoso.

Profundos barrancos, rocas escarpadas que amenazan con su caida la vida del viajero, profundas cuevas abiertas en el seno de aquellas áridas montañas por las espantosas sacudidas de la tierra, eterno é impenetrable refugio de los bandidos árabes y las salvajes fieras, encuentran por todas partes la intranquila mirada del viajero.

La naturaleza no posee un teatro mas terriblemente dispuesto para el crímen que los barrancos de los montes de Judá.

El puñal del asesino les ha dado un nombre á aquellas solitarias veredas: *la via Sangrienta*:

Célebres por la sangre derramada, el viajero, apenas distingue sus espesos matorrales, sus tétricos barrancos, siente latir su corazon y piensa en Dios y en la muerte.

La noche de que nos ocupamos la luna estaba en su lleno; pero los apiñados escuadrones de blanquecinas nubes que

trascurren por el firmamento ocultan la clara luz de su casta frente, dejando en completas tinieblas la tierra.

El nocturno caballero parece práctico en el camino que cruza, y el caballo le inspira al parecer una confianza completa, pues las riendas flotan al viento sobre su robusto y reluciente cuello.

De vez en cuando el aéreo celaje de una nube se quiebra, y un rayo de la misteriosa soberana de la noche cae desde el cielo, bañando con su dulce y plateada luz las oscuras sinuosidades del camino.

Entonces el ginete se emboza con la flotante tela de su blanca capa ó alquicel, como si temiera ser reconocido por aquellos solitarios árboles y agrestes rocas que se alzan á los costados del camino.

El ardiente corcel, ageno á las emociones que indudablemente agitan el corazon de su amo que á tales horas de la noche cruza tan solitarios caminos, sigue galopando con incansable é imperturbable regularidad.

Así trascurren dos horas.

El noble animal demuestra con sus fatigosos resoplidos que comienza á sentirse fatigado.

Sus ijares laten con precipitada violencia, y un sudor espumoso comienza á manchar la fina piel de su pecho.

De pronto el ginete, que ha lanzado en torno suyo una mirada escrutadora para reconocer el sitio en que se halla, coge las bridas y tira con fuerza hácia sí, y el caballo detiene su galope, y apoyándose con fuerza sobre el cuarto trasero, se queda parado junto á un espeso arbusto á cuyo pié nace una senda angosta que conduce á un barranco.

—Aquí debe ser, murmuró en voz baja el ginete.

Despues echa pié á tierra y, pasando las bridas por su brazo derecho, comienza á descender en direccion al barranco seguido por el dócil animal.

De este modo anduvieron caballero y caballo sobre unos quinientos pasos.

Una vez allí se detuvieron.

El sitio no era por cierto el mas apropósito para visitarle á las doce de la noche.

Se hallaba en el fondo de un precipicio. Multitud de chopos y espinos crecian entre las agrietadas rocas.

Un monte en forma de herradura cerraba el paso al estremo del barranco, y los dos trozos laterales de aquel especie de anfiteatro tenian una elevacion prodigiosa.

Los palmitos, las zarzas y las retamas erizaban las empinadas faldas de aquella montaña circular, que oprimia con sus nervudos brazos el pedregoso y áspero barranco.

Aquella naturaleza salvaje, castigada desde la creacion del mundo por los eternos rayos de un sol de fuego, no habia podido ver alzarse entre sus calcinadas rocas ni un solo árbol que prestara su sombra á los viajeros, y que purificara el ambiente cálido con el cimbreo de sus ramas.

Bien es verdad, que la planta del hombre hollaba muy pocas veces aquel rincon maldito, eterna madriguera de las bestias feroces.

El caballero misterioso, despues de atar su corcel en las ásperas ramas de un espino, se quedó inmóvil como si le importara reconocer el terreno.

Persuadido despues de algunos momentos que era aquel el sitio que buscaba, comenzó á trepar por la empinada pendiente que se alzaba ante su paso cerrando el barranco.

Los primeros cincuenta pasos los dió sin dificultad alguna pero luego se vió precisado á servirse de las manos para no caerse. De vez en cuando suspendia su penosa ascension para tomar aliento.

El sudor caia hilo á hilo por su frente, y algunas gotas de sangre manchaban las pequeñas y blancas manos del nocturno caballero: pero ni un suspiro de cansancio ni un grito de dolor se escapaba de sus labios cuando al agarrarse á alguna roca un espino le heria las manos.

Por tan penosa senda adelantaba poco, porque precipi-

tarse ó querer saltar la distancia con paso ligero hubiera sido despeñarse indudablemente.

El hombre que por tal camino viajaba y á tales horas de la noche, debia ser uno de esos hombres de corazon á los que no les arredra jamás ni las fatigas ni los peligros, por grandes que se levanten ante su paso.

Y sin embargo, en uno de esos cortos intervalos en que la luna, rompiendo las trasparentes gasas de las nubes, mandaba uno de sus claros y argentados rayos sobre la oscura sombra de la tierra, pudo verse que el nocturno viajero era un jóven de rostro dulce y delicado, sin bozo en el lábio, sin dureza en la mirada, casi un niño, rubio y blanco como una doncella del templo de Sion.

Sobre la mitad del monte se hallaria de su subida peligrosa cuando se detuvo, viendo que un arbusto arrancado de las entreabiertas rocas que le dieron el sér, cedió al colocar sobre él la mano.

Reconoció segunda vez el terreno, y como si aquello hubiera sido una señal, sentóse sobre una piedra y sacando un pequeño cañon de metal de entre los pliegues de su vestido, se lo acercó á la boca y se puso á tocar un aire hebreo muy en boga en aquellos tiempos, sobre todo en la popular y tradicional fiesta de los ázimos.

Inmediatamente un ruiseñor cantó á pocos pasos del caballero, y éste se puso en pié, y como si lo evocara la tierra un hombre se alzó de entre las matas.

El ginete, al ver levantarse una sombra á su lado, empuñó como por via de precaucion la espada que pendia de su tahalí.

—El águila tiene alas dijo, el hombre acercándose al caballero.

—Y Abraham venablos, le contestó éste como si fuera una seña convenida.

—Israel quiere la salud, volvió á decir el hombre.

—Porque está enfermo el que la quita, respondió el caballero.

—Ayúdame, repitió el hombre.

—Comienza tú, dijo el caballero.

Entonces el hombre dió algunos pasos, y se agachó, cojiendo con sus robustos brazos una roca.

El caballero hizo lo mismo.

Poco despues la boca de una gruta se halló abierta ante ellos.

—Entra, dijo el hombre; tú solo faltas.

El caballero entró sin desplegar los labios en aquel abismo que se abria ante sus piés; pero la oscuridad era tan completa, que se detuvo sin atreverse á dar un paso.

De esta indecision le sacó una mano que en la oscuridad le cojió por el brazo y comenzó á conducirlo en aquel negro é intrincado laberinto.

El caballero no pudo disimular un estremecimiento nervioso que el contacto de aquella mano invisible le produjo.

—¿Tienes miedo? Preguntó una voz.

—¡Psich!... Estremecerme no es tener miedo: me creia solo, y me ha hecho tu mano al tocarme el brazo el efecto de una víbora: el leon se agita tambien cuando una hormiga le toca los párpados.

—Mas vale así, volvió á decir la voz; creia que te habia asustado.

—Tú juzgarás andando el tiempo.

—Gente dura es la que se alberga en este silo.

—La rudeza nada tiene que ver con el valor: guía y calla, ese es tu deber.

El hombre invisible cerró los labios y continuó guiando al caballero.

Esta marcha subterránea duró próximamente un cuarto de hora.

Por fin se detuvieron, y el misterioso guia empujó con su hombro el ángulo de una roca que giró como si estuviera montada sobre un eje.

—Entra, le dijo al caballero.

Este entró en una cueva espaciosa alumbrada por una inmensa lámpara de hierro de tres mecheros.

La piqueta dirijida por la mano del hombre no habia entrado en el ahuecamiento de aquella montaña, si se esceptúa la puerta giratoria de entrada.

Aquel subterráneo de altas y arqueadas bóvedas que alumbraban las oscilantes llamas de la lámpara, era uno de esos silos, una de esas cuevas que con tanta frecuencia se hallan en los montes de Israel, y que tantas veces han servido de refugio durante las contiendas civiles y religiosas del pueblo hebreo, á los bandidos, á los hombres libres, á los apóstoles de la nueva ley, y últimamente á las cruzadas y á los peregrinos cristianos.

Cuando entró el caballero en la espaciosa gruta, se detuvo: al principio nada vió; pero poco á poco sus ojos, recorriendo los lejanos ámbitos donde no llegaban los reflejos de la luz, pudieron distinguir un grupo de hombres que sentados en el suelo departian en voz baja.

El viajero avanzó algunos pasos, y al ruido de sus pisadas las moradores de la gruta volvieron la cabeza.

—Él es, dijo uno á sus compañeros; y todos se pusieron en pié.

—Caudillos de Israel, empiezo por pediros perdon por mi tardanza, dijo el caballero saludando con una ligera inclinacion de cabeza; el hombre que como yo es perseguido por los perros de Herodes, no dispone de las horas, sino de la casualidad.

—Sabemos, dijo uno de los hombres de la cueva, los peligros que te rodean, y te dispensamos de todo corazon el retraso de algunas horas.

—Yo os doy las gracias.

—Así pueda un dia dártelas á tí el pueblo hebreo.

—Su felicidad será la mia si llego á gobernarle.

—Siéntate entre nosotros, pues nosotros te admitimos

como á un hermano que viene á derramar su sangre en aras de la libertad de su patria.

Nuestros lectores habrán sin duda reconocido en el nocturno caballero á Antípatro, el fugitivo hijo de Herodes.

El jóven príncipe sabia que su cabeza se hallaba puesta á precio por su padre, y procuraba salvarla del peligro que la amenazaba buscando en las cuevas de Judá á los rebeldes y encarnizados enemigos de su perseguidor.

Antípatro, pues, tomó asiento entre aquellos misteriosos revolucionarios

Digno hijo del rey de Jerusalen, buscaba una corona sin importarle pasar por encima del cuerpo de su padre con tal de conseguirla, porque Antípatro no desmentia la raza de Herodes. Tenia su misma sangre, sus mismos instintos, su misma ferocidad.

Pero cambiemos de capítulo para continuar nuestra narracion.

CAPITULO II.

La conjuracion.

Hemos dicho que eran cuatro los hombres que se hallaban en la cueva esperando á Antípatro, el hijo de Herodes, y diremos sus nombres para que el lector no se confunda.

Tres de ellos le son desconocidos, y pasarán por las páginas de este libro rápidos como una exhalacion; el otro es conocido, nos acompañará hasta la cumbre del Calvario.

Los nombres de los desconocidos son: Sedoc, Judas y Matías; los tres son doctores de la ley, y enemigos irreconciliables de los romanos; el otro es el jóven bandido de Samaria, Dimas, el hospitalario malhechor de la Vírgen.

Sedoc, es asenio y tiene fama de adivino entre la gente

del pueblo; pero solo es un anciano que ha encanecido en el estudio y la meditacion.

Su padre le profetizó á Herodes, cuando era niño, que seria rey de Jerusalen, y esta profecía, que se realizó, habia quedado en la familia como hereditaria; todos eran adivinos.

Josefo nos dice que Herodes protegia á los asenios, y la esplicacion que de ello nos da es tan curiosa que nos permitirá el lector que la consignemos.

«Un asenio llamado Manahem vió á Herodes estudiar en la escuela con otros niños de su edad, y le vaticinó que llegaria á reinar algun dia sobre los judíos; y como el jóven estudiante titubease en creerlo, Manahem, dándole un golpecito en el hombro, le recordó su palabra profética, le trazó los deberes de un gran rey, y al mismo tiempo le anunció que su impiedad para con Dios y su injusticia para con los hombres mancillaria la prosperidad y la grandeza de su imperio. Cuando Herodes fué rey, se acordó de la prediccion del asenio, y le envió á llamar para preguntarle si reinaria por lo menos diez años: *Reinarás veinte, treinta,* respondió Manahem; y el nuevo soberano de los judíos despachó á su profeta con grandes honores, y desde entonces se mostró siempre muy favorable á la comunidad asenia.»

Sedoc era el hijo de Manahem, y la fama de su padre habia quedado hereditaria en él.

Judas y Matías tenian grande influencia entre sus discípulos, y en cuanto á Dimas, ya sabemos con la gente que contaba y la fidelidad y respeto que por su valor le tenian sus soldados.

Enterados de quiénes eran los personajes de la cueva prosigamos la narracion.

Sedoc el asenio, como el mas anciano, fué el primero que rompió el silencio.

—Mancebo, tú que vendrás de la ciudad santa, dinos qué pasa en ella.

—Jerusalen llora como siempre, respondió Antípatro; las

hijas de Israel han roto sus salterios y han colgado sus arpas del tronco de las palmeras.

—Los jerosolimitanos llorarán eternamente mientras el águila de los impíos estienda sus alas de oro sobre la casa de Dios, dijo Matías.

—El águila se rompe, y los impíos se esterminan, dijo á su vez Dimas.

—No olvideis que el pueblo de Israel teme á las legiones del César, repuso Sedoc.

—Pero tened presente que el rey tributario se halla èn las últimas horas de su vida, dijo Antípatro, que otro rey debe reemplazarle en cuanto espire, y que yo sé respetar las leyes de Moisés y venerar al templo de Jehová, Dios invisible y verdadero. Los buenos tiempos de Josué, David y Salomon aun pueden tornar para los descendientes de Jacob, si un rey justo empuña el cetro de Judá; yo vengo á ofreceros mi sangre y mis parciales para la empresa; decid, pues, si me admitís como amigo.

—Piensa, jóven, que si Israel desnuda su acero, será la primera víctima tu padre, le dijo Sedoc con voz imponente.

—Mi padre debe haber espirado á estas horas, pero en el caso que viva el dia de la batalla, ¿por ventura no ha sacrificado él á mi madre, á mis hermanos? ¿No me persigue con el intento de sacrificarme á mí? Pues entonces, calle la voz de la naturaleza y hable el ódio que busca en la lucha: ojo por ojo, diente por diente, como ha dicho el legislador de Israel, el sabio Moisés.

—Hermanos, ¿aceptais la fraternidad de este jóven? Les preguntó Sedoc despues de una pausa.

—Que jure sobre las leyes de Israel, dijo Matías.

—Sí, que jure, repitieron Dimas y Judas.

—Sea, murmuró el asenio; y levantándose se encaminó á uno de los estremos de la cueva, de donde volvió al momento con el volúmen de la Ley en la mano.

Este volúmen no era un libro: eran dos cilindros de madera.

Sedoc sentóse segunda vez entre sus compañeros, y Matías bajó la lámpara de modo que la llama bañara con sus rayos la frente del anciano.

Entonces el asenio, cojiendo los cilindros por los pequeños manubrios de su parte posterior, los levantó sobre su cabeza y comenzó á hacer girar sus ruedas de modo que el pergamino ó papiro donde estaban escritas las leyes de Moisés fuera saliendo de un cilindro, y despues de rodar por su frente, iban á esconderse en el otro cilindro.

Esta operacion se hizo con la pausa suficiente para que Matías leyera los versículos hebreos de la ley con voz grave y pausada.

—Estas son, dijo Sedoc, las principales leyes de los hebreos que redujo á diez capítulos el Señor Dios nuestro, y que escritas están en las Tablas de el profeta Moisés. Hay un capítulo para cada dedo de la mano: no los olvides, rodéalos á tu memoria y escríbelos en las tablas de tu pecho.

Matías comenzó á leer las sábias leyes esparcidas por el sábio legislador del Sinaí en el *Exodo* y el *Levítico*.

Antípatro, sin alzar los ojos del suelo, murmuraba con imperativo fervor un *amen* á cada terminacion de versículo.

Sedoc, impasible hacia girar el cilindro; y Judas y Dimas, inmóviles como si fueran dos estátuas de piedra, solo agitaban sus lábios para decir un *así sea* tan luego como el eco de la última letra del *amen* de Antípatro se perdia en las concavidades de la cueva.

Esta ceremonia duraba poco mas de una hora, y por fin el cilindro dejó de girar sobre la frente de Sedoc; la lectura de la ley de Moisés se habia terminado, y Antípatro, colocando una mano sobre el volúmen que le presentaba el anciano y otra sobre su corazon, juró no faltar mientras viviera á aquellos diez capítulos dictados por Jehová.

Entonces los cuatro israelitas se levantaron y, colo-

cando sus manos sobre la cabeza del jóven príncipe, exclamaron:

—Ya eres nuestro hermano... tu carne es nuestra carne, como la nuestra es tuya; y tu sangre nos será tan preciada desde este dia como la que circula por nuestras venas.

—Apedreado sea como los blasfemos, devorado por los perros se vea mi cuerpo como los réprobos, sin luz queden mis ojos, sin armonía mis oidos y sin palabras mi lengua, si falto á esas leyes de mi Dios, que he visto, he oido y he ensalzado; volvió á murmurar Antípatro.

—¡Amen!... Volvieron á decir los cuatro compañeros.

Y despues de esto hubo una pausa.

Y durante esta pausa los cinco conspiradores rezaron en voz baja para que Dios hiciera santo aquel lazo fraternal que en pro de la libertad y de la patria acababan de estrechar.

—Ahora, dijo el asenio, cada cual revele á sus hermanos con lo que cuenta para el dia del alzamiento; y dirijiéndose á Antípatro le dijo: habla tú primero, que eres el mas jóven.

—Yo cuento con mi bolsa bastante repleta de monedas de oro; con este dinero y mi calidad de príncipe, creo reunir algunos parciales en las orillas del Jordan que arriesguen su vida á mi voz por la libertad del pueblo hebreo.

—Yo, dijo Dimas, estaré á donde me designeis con mis terribles compañeros samaritanos, dispuesto á morir á vuestra voz.

—Por mi parte ofrezco, dijo á su vez Matías, los cuarenta discípulos que reciben en Jerusalen mi inspiracion. Gente jóven y atrevida, harán lo que yo les mande en el momento del peligro; su Dios y su libertad les llevará al combate con la espada en la diestra, la sonrisa en los labios y la fé en el corazon.

—Yo tambien, replicó Judas, ofrezco como Matías mis discípulos, y respondo con mi cabeza de su valor y patriotismo.

—Yo por mi parte exaltaré los ánimos del pueblo jerosolimitano, exclamó Sedoc; y cuando otra cosa no pueda este pobre anciano, derramará hasta la última gota de su sangre por su Dios y por su patria. Ahora solo falta señalar el dia, la hora y el sitio en que se debe dar el grito de libertad.

—Tú eres como el mas anciano el mas prudente: á tí te corresponde pues dirijir el movimiento, dijo Dimas.

—Permitidme que os diga, hermanos mios, repuso Antípatro con melosa entonacion, que la enfermedad de mi padre pudiera auxiliar nuestros planes, y no debemos desaprovechar esta ocasion.

—Dentro de cinco dias, dijo Sedoc, debe celebrarse en Jerusalen *la fiesta de las suertes*. Multitud de israelitas acudirán de todas partes para adorar á su Dios en los atrios del santo templo. En estos dias como las ceremonias hebreas permiten que de todas partes lleguen á Jerusalen forasteros, los soldados romanos y los herodianos duermen tranquilos fiados en nuestra fé. En este dia, pues nuestros parciales, con el arma oculta entre los pliegues de sus mantos, confundidos con la muchedumbre que llenará las calles, no es fácil ni que sean reconocidos ni que llamen la atencion de los mercenarios de Herodes: ¿creo que el dia de *las suertes* será á propósito para nuestro plan?...

Los cuatro contestaron afirmativamente con un movimiento de cabeza.

—Sea el dia de las suertes entonces, ya que como á mí os place. Elijamos la hora y la seña para dar el grito de rebelion. Cuando el sumo sacerdote lea en el libro de *Ester* el versículo aquel que dice: *Y así fué colgado Aman en el patíbulo que habia preparado para Mardocheo, y cesó la ira del rey*, entonces los discípulos de Matías y Judas romperán en pedazos el aguila de oro que mancilla la casa de Dios, y esto será la señal del combate.

—Cuando el águila que se posa sobre el pórtico del tem-

plo caiga, mis soldados desnudarán sus aceros por la patria; exclamó Dimas lleno de entusiasmo.

—Lo mismo ofrezco yo, dijo Antípatro.

—Nosotros respondemos al frente de nuestros discípulos derribar ese padron de ignominia que roba el sueño á los justos descendientes de Jacob.

—Ahora que el leon de Judá afile sus garras como en otros tiempos, y que el estandarte glorioso de los Macabeos tremole agitado por el aura de la libertad sobre el abatido pueblo de Israel.

Los cinco conspiradores abandonaron la cueva despues de empeñar su segundo juramento.

Era de dia.

Los cinco compañeros comenzaron á bajar no sin mucho trabajo por la falda de aquel escabroso y sombrío monte.

Llegaron al fondo del barranco y se detuvieron.

Allí debian separarse.

—Que Dios sea con vosotros, se dijeron unos á los otros.

—Que la celebracion de las suertes sea tan propicia á los judíos de ahora, como lo fué para los judíos del tiempo de Ester, exclamó Sedoc.

Despues Dimas, ligero como un gamo, tomó por una vereda, desapareciendo al poco rato.

El bandido se encaminaba á Samaria.

Antípatro, montado en su fogoso corcel, tomó el camino de Jericó; y los tres doctores de la ley se dirijieron con tranquilo paso á la ciudad de Jerusalen.

CAPITULO III.

El templo de Sion

En tanto que el Eterno concedia una morada fija á los judíos para elevar un templo estable, las doce tribus de Israel se sirvieron de uno portátil durante sus largos años de errante peregrinacion.

El pueblo israelita no reconocia entonces mas rey que á Dios. Moisés era la providencia que les dirijia, trasmitiéndoles las órdenes de Jehová.

Por eso alzaban en medio de su campamento el Santo Tabernáculo, como la tienda de un rey.

Por eso, en torno de aquel templo improvisado con lienzos, pieles y ligeras tablas, se colocaban los reales de los le-

vitas, y á sus cuatro estremos plantaban sus banderas, para proteger la casa de Dios, las valientes tribus de Judá, Ruben, Efrain y Dam.

Las ocho tribus restantes dormian tranquilas bajo sus tiendas, viendo flotar los estandartes sobre sus cabezas.

Aquellos lienzos que agitaba el aire del desierto llevaban esculpidas las insignias de las tribus. Judá ostentaba un leon, símbolo de la fiereza. Ruben un hombre, como rey de los animales. Efrain un buey, imágen de la fuerza. Dam un águila con una serpiente enroscada á sus piés, imágen de la astucia y la sabiduría.

Cuando el sábio legislador mandaba levantar los reales, los levitas deshacian el templo con una rapidez prodigiosa, pues cada uno tenia á su cargo un lienzo ó una tabla de las que se formaban sus paredes.

Llegó por fin el venturoso reinado de David.

El jóven monarca conoce que su pueblo necesita una ciudad fuerte que le defienda de sus enemigos. Su mirada de águila se fija sobre las montañas de Sion, de Acra, de Moria, como se fija poco antes armado de su honda en la colosal figura de Goliat el gigante filisteo.

Las escarpardas rocas del valle de Josafat le atraen: arenga á sus tribus, y ofrece el grado de general de su ejército al primero que escale aquellas fortalezas que detienen su marcha.

Las trompetas de plata enardecen á los guerreros; Joab, sobrino del rey, escala el muro en medio de una nube de flechas, y la espada de Israel degüella á la poblacion jebusea.

David queda dueño de Jerusalen; su reinado crece como si la mano invisible de Dios derramara sobre sus vasallos sus eternos dones, y el rey piensa en elevar un templo á Jehová.

Todo está dispuesto: planos, materiales: pero David muere, y su hijo Salomon tiene la gloria de poner por obra el pensamiento de su padre.

El monte Moria es elegido para cuna de la casa de Dios, y siete años despues el templo de Sion brilla á los rayos del sol como una áscua de oro.

Cinco siglos ruedan en torno de sus soberbios muros, que caen convertidos en escombros ante los formidables soldados de Nabucodonosor.

Los babilonios se apoderan de las riquezas del templo, y arrojando una cadena al cuello del desgraciado rey Joaquin, ciegan sus ojos y lo trasladan cautivo con su numeroso pueblo israelita á la orgullosa ciudad de los sátrapas en donde el dios Belo es adorado.

Jeremías llora en sus sentidos y poéticos cantos la esclavitud de su raza; pero al fin Zorobabel logra la libertad de su pueblo, y torna al frente de él á instalarse en la ciudad santa.

Un segundo templo se eleva en el monte Moria en el mismo sitio que el primero. Los israelitas acuden presurosos á adorar al Dios invisible ante sus sagrados altares; pero el tiempo, con su poderoso aliento, desmorona sus altivos pórticos, sus soberbios muros.

Seis siglos han descargado sus tempestades, sus lluvias y sus huracanes sobre el gigante de piedra que sirve de morada al Dios de Sion, y Herodes el Grande se ciñe sobre sus sienes la corona tributaria de Jerusalen, y vuelve á reedificarlo tal como vamos á bosquejarlo á nuestros lectores sirviéndonos de la descripcion que Josefo el historiador judío nos ha dejado. (1)

«Tenia el templo cien codos de ancho y ciento veinte de » alto, altura que andando el tiempo quedó reducida á cien » codos por el desplome de los cimientos.

»Era de maravillar la dureza y blancura de las piedras

(1) Josefo, escritor judío del tiempo de Vespasiano, estuvo en el cerco de Jerusalen y presenció la ruina del templo; nosotros tomamos esta descripcion por creerla mas auténtica siendo de un testigo ocular, siguiendo el ejemplo de Mr. de Poujoulat en su *Historia de Jerusalen*.

» del edificio, no menos que sus dimensiones, pues tenian
» veinticinco codos de largo, ocho de alto y doce de ancho.

»Las artes habian desplegado todas sus riquezas en la ar-
» quitectura de aquel monumento que parecia el palacio de
» un rey y el mas hermoso que se vió nunca debajo del sol.

»Ricos tapices recamados de flores de púrpura decoraban
» los pórticos; en las cornisas de las columnas pendian cepas
» de oro con sus pámpanos y racimos. Tenia el templo diez
» puertas: cuatro al Norte, cuatro al Mediodia, dos al Orien-
» te, y el lado que miraba á Occidente estaba tapiado; todas
» de dos hojas, que tenian cada una treinta codos de alto y
» quince de ancho; estaban los quicios chapeados de oro y
» plata; una sola lo estaba de cobre de Corinto, pero aquel
» cobre superaba en valor á todos los metales; el frontispicio
» del monumento, cuajado de oro, relucia como una ascua
» á los rayos del sol naciente.

»El interior del templo, dividido en dos partes, asombra-
» ba por su rico ornato: sobre la puerta del primer recinto
» sagrado se veia una viña de oro del tamaño de un hombre
» con racimos del mismo metal; un tapiz babilónico de cin-
» cuenta codos de alto y diez y seis de ancho cubria las puer-
» tas, por donde se pasaba á un segundo recinto; el azul, la
» púrpura, la escarlata y el lino, mezclados en aquel tapiz,
» representaban los cuatro elementos: el azul, el aire; la
» púrpura, el mar, de donde sale; la escarlata, el fuego; el
» lino, la tierra que le produce. Ayudado de la ciencia, el
» arte habia representado en aquel gran velo el círculo de la
» esfera celeste, menos los doce signos.

»Pasado el segundo recinto, y en la profundidad del tem-
» plo, se hallaba el *Santo de los Santos.* (1)

« Rodeaban el templo, sostenidas por recias paredes,
» anchas y altas galerías. Un collado al Este del monumento

(1) El Santo de los Santos; que se llamaba tambien *Oráculo,* era una especie de locutorio, desde donde, segun los judíos, hablaba Dios al sumo pontífice que le consultaba.

» religioso se habia convertido en terrado de cuatro fa-
» chadas, cuyas enormes piedras estaban unidas entre sí con
» plomo; una triple galeria, que cruzaba un profundo y
» dilatado valle ó precipio, enlazaba el templo con el barrio
» occidental de la ciudad; ciento sesenta y dos colum-
» nas de órden corintio, de veinte y siete piés de circun-
» ferencia cada una, sostenian en tres hileras aquella triple
» galería.»

Esta última obra, que no hacemos mas que indicar muy incompletamente, porque aun conociendo los sitios nos es imposible desentrañar la oscuridad de la descripcion que hace de ella el historiador judío, debia ser una construccion prodigiosa.

« Al Norte del templo, la torre de los Asmoneos, re-
» edificada por Herodes y semejante á su palacio, tomó
» el nombre de Antonia, en memoria del bienhechor del
» rey (1). Una bóveda subterránea conducia de la torre
» Antonia á la puerta oriental de la casa de Dios: en esta
» fortaleza era donde se custodiaba la vestidura solemne
» del sumo sacerdote bajo los dos sellos del pontífice y el
» tesorero.

« El dia de la dedicacion del templo, Herodes, su res-
» taurador, ofrecia por su parte trescientos bueyes en sa-
» crificio. Una águila colocada sobre la puerta principal
» del santuario turbaba la piadosa alegría de los israe-
» litas, forzados á devorar como un ultraje aquel signo
» profano.»

Con el mayor gusto ofreceriamos la iconografía del templo de Jerusalen para que nuestros lectores pudieran formarse una idea mas aproximada de lo grandioso del templo inmortal que recibió en su seno al Hijo de Dios; pero la índole de nuestro libro no nos permite detenernos en los

(1) Marco Antonio el triunviro.

pequeños detalles descriptivos, por lo que desistimos, contentándonos con el ligero bosquejo que hemos hecho.

Fáltanos ahora penetrar en el santuario de la ciudad santa, para descubrir alguna de sus notables ceremónias religiosas; pero esto lo haremos en el capítulo siguiente, procurando no interrumpir la narracion de los acontecimientos.

CAPITULO IV.

La fiesta de las Suertes.

El sol estendia sobre la ciudad santa los puros rayos de su frente en una mañana del mes de Adar (1), mes que guardaba en los anales de Israel un recuerdo de dolor y otro de placer.

Mes en el que los dias siete y ocho se ayuna por la muerte de su maestro Moisés, y el catorce y quince se celebraba la fiesta llamada *Purim* ó *de las Suertes*, en memoria de haber alcanzado la bella Ester del rey Asuero que revocase la sen-

(1) Segun el calendario de los judíos, corresponde este mes á una parte de febrero y marzo, y es el último de su año eclesiástico y el cuarto civil.

tencia de muerte que contra los judíos de *todas partes* habia firmado por consejo de su favorito Aman.

El favorito habia echado suertes para ver el dia en que habia de comenzar la terrible matanza; pero afortunadamente para el pueblo hebreo, la hermosa reina logra salvarle del cuchillo homicida y perder al iniciador de tan terrible pensamiento.

Los rayos del sol, como hemos dicho caian como hebras de oro sobre la ciudad el dia catorce del mes de Adar, primero de los dos que duraba la fiesta de las Suertes.

Un gentío inmenso circulaba por las calles. Las casas eran insuficientes para albergar á la multitud de forasteros que habian acudido á oir de boca del sumo sacerdote los hermosos versículos del libro de Ester, su salvadora, que debian leerse en el santo templo.

Apiñadas masas de hombres, mujeres y niños se encaminaban hácia *la ciudad inferior*, ansiosos de encontrar un puesto cómodo en los grandes atrios de las naciones, porque en estos dias de solemnidad religiosa no á todos les era permitido penetrar en el atrio de los israelitas.

El pórtico oriental ó de Salomon parecia á vista de pájaro un inmenso hormiguero que se tragaba aquella apiñada cadena de gente que por la puerta Shusan se introducia en los atrios, para detenerse delante de la segunda puerta llamada Corintia, delante de la cual se alzaban las dos terribles columnas cuyas latinas y griegas inscripciones prohibian bajo pena de muerte penetrar en el templo á los gentiles ó inmundos.

Andando un poco mas la muchedumbre se hubiera encontrado con la puerta superior, y detras de ésta el atrio de los sacerdotes: pero en aquel recinto le estaba vedado penetrar al pueblo.

La alegría era general y brillaba en todos los rostros.

La gente fué colocándose lo mejor que pudo y revistiéndose de esa paciencia bulliciosa del pueblo en las festividades

que nada le cuestan, esperando la aparicion del sumo sacerdote.

Mientras tanto, no estaba ociosa la muchedumbre, pues los hombres inscribian con trozos de carbon ó yeso sobre los bancos y sobre piedras que llevaban de propio intento un nombre: este nombre era el de Aman; y las mujeres y los niños comenzaron á agitar sobre sus cabezas pequeñas mazas de madera y martillos de hierro.

Llegó por fin la hora en que debia dar comienzo á la ceremonia el sumo sacerdote.

Era éste un anciano de respetable y noble semblante, de alta y majestuosa figura.

Vestia una túnica talar de color de jacinto guarnecida en su estremo inferior de sesenta y dos campanillas de oro y otros tantos granados que producian un sonido vibrante y armonioso al menor movimiento del sacerdote.

Un paño del grandor de medio codo bordado de torzal blanco cubria su pecho, en cuyo centro brillaban de un modo deslumbrante doce piedras preciosas en las cuales estaban grabados los doce nombres de los doce hijos de Jacob.

Este rico pectoral se hallaba sujeto á la cintura por dos cintas que marcaban el talle, y á los hombros por dos rosetones de oro, en donde tambien se veian incrustados los nombres de los hijos de Jacob, del modo siguiente: en el de la derecha los seis mayores, y en el de la izquierda los seis menores.

Terminaba este traje imponente una especie de tiara ó bonete en el cual se veia encima de la frente una lámina de oro llena de inscripciones hebreas, sujeta por una cinta de color azulado.

En los piés nada llevaba, iba descalzo.

El sacerdote bendijo al pueblo, y abriendo un libro voluminoso que llevaba en la mano se dispuso á leer en voz alta.

La multitud guardó un silencio tan profundo que si un estranjero hubiera pasado en aquel momento por los alrededores del templo, le hubiera creido deshabitado.

El sacerdote, con voz grave y pausada, habló de esta manera á su pueblo:

—Oid, oid, oid el libro de Esther, hija de Abigail, sobrina de Mardocheo de la tribu de Benjamin, mujer de Asuero, rey de Persia.

Aquí hizo una pausa y leyó los dos primeros capítulos del libro, enmedio de un silencio religioso.

Mientras la poética é interesante narracion del libro de Ester solo se reducia á la desobediencia de la reina Vasthi, esposa de Asuero, al decreto para que las mujeres obedecieran á sus maridos, y á la descripcion de la hermosa judía que arrebató de amor el corazon del monarca persa, nadie se movió de su sitio: pero al llegar al final del capítulo tercero, cuando el favorito Aman indignado de que Mardocheo no dobla la cabeza como un esclavo concibe el plan de aconsejar á su señor que estermine la raza judía, y el rey sella el decreto; cuando despues de echar suertes el rencoroso favorito sobre el dia de la matanza, queda consignado el dia *trece del mes duodécimo llamado Adar*, y el sacerdote leyó con las lágrimas en los ojos el versículo 15 que dice: *Los correos que fueron enviados se apresuraron á cumplir la órden del rey... y luego se fijó en Shusan,* corte de Asuero, *el edicto, á tiempo que el rey y Aman celebraban un convite, y todos los judíos que habia en la ciudad estaban llorando;* entonces el sacerdote suspendió la lectura, y todo el pueblo prorumpió en un lamento desconsolador que duró algunos minutos.

Las mujeres se rasgaban los vestidos, los hombres se mesaban los cabellos, los muchachos agitaban en son de amenaza los martillos y las mazas.

Desde entonces, cada vez que de los labios del lector sacerdote salia el nombre de Aman, los asistentes descargaban furiosos golpes con sus martillos sobre el mismo nombre que poco antes habian inscrito con carbon y yeso, exclamando todos con la toda fuerza de sus pulmones.

—*Borrado sea tu nombre: el nombre del malvado sea destruido.*

El dolor de los judios cambió en ostentadora alegría cuando leyó el sacerdote el versículo 10 del capítulo VII en que dice:—*Y así fué colgado Aman en el patíbulo que habia preparado para Mardocheo, y cesó la ira del rey.*

Tocaba á su término la lectura del libro de Ester, cuando un acontecimiento inesperado vino á turbar la solemnidad religiosa de la fiesta de las suertes.

—¡Abajo los ídolos de los impíos! Exclamaron varias voces que figuraban salir de la parte alta de los pórticos del templo.

—El leon de Judá quiere ser libre; respondieron otras voces que salieron de la multitud que llenaba el atrio de las naciones.

En este momento, el águila de oro que Herodes habia colocado como una baja adulacion á Roma sobre la entrada oriental del templo, cayó rodando en pedazos á los golpes de algunos jóvenes hebreos, que armados de martillos se habian encaramado sobre el alto pórtico.

Un clamor universal siguió á este rasgo de audacia.

Este grito tenia varias entonaciones: las unas de gozo, las otras de asombro, las mas de espanto.

Las mujeres, los niños y los ancianos huyeron en alas del miedo á encerrarse en sus casas.

Los soldados de Antípatro, los bandidos de Dimas y los discípulos de Sedoc, Matías, y Júdas se agruparon en los atrios y las espadas ocultas brillaron á los rayos del sol.

Por otra parte la curiosidad habia formado sus grupos de espectadores que esperaban con impaciencia el resultado de aquel motin, indecisos aun en tomar parte.

La noticia, como acontece siempre en semejantes casos corrió con rapidez por todos los ámbitos de la ciudad.

Por fin se detuvo en el palacio de Herodes, y fué á posarse en los oidos de su hijo Arquelao y su general Verutidio.

La trompeta de las legiones reunió á los soldados del Tíber.

Verutidio y Arquelao desnudaron sus espadas y, montan-

do á caballo, se encaminaron al sitio en donde el motin comenzaba á alzar su cabeza, con la sana intencion de hacerles pagar caro su atrevimiento.

Apenas los soldados de Herodes aparecieron delante del templo, los sediciosos se agruparon al rededor de sus jefes.

Los gritos habian cesado; pero el peligro comenzaba.

Los valientes israelitas abarcaron con una mirada aquella legion cubierta de acero que se acercaba hácia ellos.

Comprendieron el peligro que les amenazaba, pues los soldados legionarios del idumeo les quintuplicaban las fuerzas.

Sus enemigos podian presentar sus anchos escudos de cuero ante la punta de sus puñales, mientras que ellos solo presentaban sus pechos cubiertos con la simple túnica, muro humano en donde iban á hundirse para salir ensangrentadas hasta la empuñadura las cortadoras espadas de los romanos.

Dimas comprendió que aquel batallon de aguerridos soldados que avanzaba hácia ellos con su aspecto marcial y amenazador podia enfriar el valor de sus compañeros.

La sangre enardece á los combatientes; el estruendo de las armas, los gritos de los que luchan en el combate reaniman el valor, y Dimas conocia todo esto, y temeroso de que sus parciales retrocedieran ante el peligro, sacando su largo puñal con la mano izquierda, arrojó con toda su fuerza la jabalina, la cual fué á clavarse en el pecho de un centurion que caminaba delante de los soldados del Capitolio.

El centurion lanzó un grito y cayó, bañado en sangre, de su caballo.

Aquel grito fué la señal del combate.

Los israelitas detuvieron la primera embestida de los romanos; por ambas partes se hacian esfuerzos de valor: Israel defendia la casa de su Dios; Roma luchaba por vencer á los profanadores de su águila triunfadora.

La sangre corria con abundancia por los atrios.

Aquella lucha era el último esfuerzo de un pueblo que

combate por su libertad; la última tentativa del esclavo desfallecido para arrancarse la pesada cadena que le sujeta al despótico yugo de su tirano opresor.

La lucha, pues, era desesperada, rabiosa, sin cuartel.

El herido no tenia que esperar la clemencia de su vencedor, porque era inútil.

Por fin, los israelitas fueron cediendo ante la fuerza numérica de los romanos

Algunos combatientes, viendo la superioridad de sus enemigos, comenzaron á buscar su salvacion en la fuga.

Antípatro fué uno de los primeros que abandonaron vergonzosamente el campo de batalla.

Aquel príncipe afeminado y sedicioso perdia por su falta de valor una corona y arriesgaba su vida, que el miedo le hizo mirar en aquellos instantes con mas cariño del que debiera.

Una hora de lucha encarnizada les bastó á los soldados de Herodes para probar á los sediciosos israelitas que su plan habia fracasado.

Mas de cien hombres se revolcaban por el suelo manchados con la sangre que manaba de sus heridas.

Cuando el hombre se persuade que es impotente contra el peligro que le amenaza, el valor se apaga y la idea de la salvacion individual toma grandes proporciones en el ánimo.

A Dimas le bastó una mirada para comprender que todo se habia perdido, y sacando un cuerno de caza que colgaba de su cinturon lo aplicó á sus labios.

Aquel sonido reunió en torno suyo como por encanto á todos los soldados de su compañía que quedaban con vida.

—Todo se ha perdido, les dijo con rabioso acento. ¡A Samaria, á Samaria!... Sígame el que pueda; y derribando con su terrible puñal cuanto hallaba ante su paso, salió del templo seguido de sus compañeros y abandonó la ciudad.

Poco despues todo habia terminado.

Los habitantes de Jerusalen se asomaban con miedo á sus ventanas para ver pasar una legion de herodianos que conducian entre dos filas de lanzas á Sedoc, Judas y Matías, y y cuarenta de sus valientes discípulos.

Estos mártires de la libertad caminaban cargados de cadenas, con el traje en desórden, el rostro descompuesto y manchados con la sangre de sus vencedores.

Arquelao y Verutidio marchaban á la cabeza de la columna: iban á Jericó á presentar al terrible Herodes los prisioneros de guerra.

Aquellos infelices demostraban en sus miradas que todo habia acabado para ellos en la tierra.

Dios era su única esperanza; pero esa esperanza es la última del creyente; por eso cae como un bálsamo santo sobre el corazon de los desgraciados.

CAPITULO V.

La clemencia de Herodes.

Al dia siguiente, cuando el rey enfermo supo que los revoltosos de Jerusalen se hallaban cargados de cadenas en el hipódromo de Jericó esperando sus órdenes, hizo que le vistieran y le trasladaran en una litera á donde estaban los prisioneros.

Herodes, cruel por naturaleza, sanguinario por placer, quiso gozarse en el dolor de aquel puñado de israelitas que habian tenido el atrevimiento de insultar el águila vencedora de los romanos.

Sedoc, Matías y Judas alentaban el desfallecido espíritu de sus discípulos que, jóvenes y llenos de vida, comenzaban

á palidecer ante la muerte que se cernia sobre sus cabezas.

La llegada de Herodes causó una impresion desagradable en los prisioneros.

El séquito real se detuvo á pocos pasos del grupo de los rebeldes hebreos, y Cingo descorrió las rojas cortinillas de seda de Tiro que cerraban la litera, para que su señor asomara la cabeza.

—¿Son esos? Preguntó el rey á su esclavo de un modo despreciativo.

—Esos; respondió el negro con laconismo.

—No veo á mi hijo.

—Se escapó.

—¡Ah! Se escapó... ¿Sabes que esa palabra me incomoda?... Veo con dolor que te vuelves algo torpe en los asuntos mas importantes.

—Cuando la pieza se pierde, el podenco no desconfia mientras no ha perdido el rastro.

—¿De modo que tú tienes el rastro?

—Es mas, señor: confio tropezar con el jabalí antes de mucho.

—¿Cuando?

—Esta noche.

—Pues si es tanta tu fortuna, enciérralo bien y avísame al momento.

—Así lo haré.

—Pero no olvides que los viejos tenemos algo de niños, y nos enojamos cuando no nos cumplen lo que nos ofrecen.

Cingo saludó, y Herodes dirijió su mirada hácia el grupo de los prisioneros, cerrando un poco sus párpados como si quisiera replegar el foco de sus pupilas sobre aquellas cabezas que comenzaban á doblarse ante él abatidas y medrosas.

—¡Ingratos! Exclamó despues de una pausa con una entonacion sentida y bondadosa como las que suelen emplear los padres para reprender alguna inconveniencia del hijo

que mas quieren. ¡Ingratos! Hé ahí el pago que recibo, en cambio de los beneficios que derramo á manos llenas sobre ellos. Yo he reedificado su santo templo, yo abro mis graneros cuando el hambre les cerca amenazadora y cruel, yo sacrifico con la fé del creyente ante el altar del Dios invisible de sus mayores, yo he agotado mis tesoros para pensionar sus poetas, levantar teatros, circos y ciudades engrandeciendo con la ayuda del arte la tierra de Israel; y ellos, hijos desnaturalizados, se rebelan contra su padre enfermo con una ingratitud inconcebible... Mi mano bienhechora, siempre estendida para sembrar el bien, esperaba una lágrima de agradecimiento y un beso de cariño... y como víboras crueles vienen á clavar su venenoso aguijon, emponzoñando los últimos momentos de mi vida... ¡Dios lo quiere!... ¡Dios lo quiere!...

Herodes lanzó un suspiro y aun se cree que asomaron dos lágrimas á sus ojos.

Los prisioneros, ante aquella dulce y paternal reconvencion de su señor, se sintieron tan commovidos que agrupándose en derredor de la litera se arrojaron á los piés del rey pidiendo el perdon de sus culpas.

Sedoc, que no habia inclinado su orgullosa frente ante Herodes, admirado de la extraña clemencia de aquel tirano, le dirijió la palabra de esta manera:

—Yo soy Sedoc, hijo de Manahem el adivino, y te doy las gracias en nombre de estos jóvenes que se postran á tus piés admirados de tu real clemencia.

—¡Ah! Exclamó el idumeo fijando su penetrante mirada en aquel anciano. ¿Por ventura posees tú el mismo don que tu padre? Eres como él de esos inspirados que vaticinan lo futuro y leen en el misterioso libro del porvenir?

—Así lo cree el pueblo, respondió el asenio.

—Pues acércate..... acércate y lee en el libro mio.

Sedoc dió algunos pasos y volvió á detenerse.

Su mirada de águila abarcó con tenacidad el cadavérico

rostro de Herodes, hizo una lijera pausa como si estuviera descifrando algun enigma, y luego estendiendo la mano dijo con voz profética:

—La página de tu vida se presenta muy oscura en el libro del porvenir; sus letras están borradas, pero observo un signo que me dice que antes que la luna nueva aparezca con todo su esplendor sobre las tranquilas aguas de Tiberiades, lanzarás el último soplo de tu vida.

Herodes guardó silencio. Diríase que la profecía de Sedoc habia anudado su lengua.

Tuvo miedo de aquel anciano que precursor de la muerte se alzaba ante él para enseñarle una fosa.

El padre le habia profetizado una corona: el hijo una tumba.

El idumeo arrojó un puñado de monedas de plata sobre aquellos infelices que temblaban á sus piés, y dió la órden de que le condujeran á su palacio.

Al salir del circo, el rey agitó su pañuelo en señal de perdon.

Los conspiradores lanzaron un grito de gozo: pero aquella clemencia de Herodes era un cruel sarcasmo, una burla sangrienta.

El infame idumeo les enseñaba el cielo por el solo placer de hundirles en el infierno; les ofrecia una esperanza para hacerles mas amargo el desengaño.

Porque en los sangrientos cálculos del verdugo de Mariamme jamás habia entrado el perdonar á los rebeldes israelitas que atentaban contra la tranquilidad de sus reinos derribando la enseña triunfadora de sus aliados.

Por eso, olvidando sus padecimientos, preocupado en una idea de sangre tan frecuente en él, llegó á su palacio y llamó á su guarda-sellos diciéndole:

—Oye, Ptolomeo, ¿qué pena te parece que debia imponérseles á esos rebeldes?

—La clemencia es la mayor virtud de los reyes, le respondió el viejo servidor.

—Sí..... lo he oido decir..... la clemencia es una gran cosa; pero con el carácter de los hebreos la clemencia es un inconveniente.

—Salomon ha dicho que la benevolencia es como el rocío; volvió á repetir Ptolomeo.

Herodes le dirijió una mirada terrible, que hizo temblar al guarda-sellos.

—Salomon, dijo con una entonacion fria y cruel Herodes, era un sabio... muy sabio... y pensaba como suelen pensar esa familia de locos pacíficos que divagan por las calles... y que el vulgo denomina con la palabra sabios; pero yo no tengo talento: mas que un hombre de letras, soy un hombre de armas: y mi deber es castigar la rebelion que levanta la cabeza para turbar la paz de mis súbditos.

—Tú eres el señor nuestro: tu voluntad es ley: manda y serás obedecido.

Ptolomeo dijo estas palabras con todo el miedo que podria decirlas un cortesano que ve en riesgo su privanza y su vida.

—¿Cuántos son los sediciosos? Preguntó Herodes despues de una pausa.

—Cerca de ochenta.

—Pues mira, elijes cuarenta, los que mas te incomoden, y hazles morir asaeteados en el hipódromo; y en cuanto á los tres jefes de la espedicion, lo mas prudente es quemarlos vivos y esparcir despues las cenizas. La mala semilla conviene esterminarla de raiz.

Ptolomeo se disponia á abandonar el cuarto de su rey, temeroso que tan terrible sentencia le alcanzara, cuando Herodes le detuvo diciendo:

—¡Ah! Me olvidaba. A los demas puedes dejarles libres para que pregonen la clemencia de Herodes. Vete, y diles á mis esclavos que me sirvan la cena.

El guarda-sellos salió de la cámara real, y media hora despues el rey cenaba tranquilamente con su hijo Arquelao, su nieto Achiab y su general Verutidio.

Las órdenes de Herodes fueron cumplidas al dia siguiente.

Los primeros albores del crepúsculo oriental cayeron sobre el circo de Jericó, bañando las altas columnas del real edificio levantado con el oro de Herodes para entretener al populacho con los feroces espectáculos que tanto entusiasmaban al pueblo del Tíber.

El inocente canto de las aves se mezcló con los dolorosos gemidos de los cuarenta discípulos, que por espacio de dos horas sirvieron de blanco á los tiradores herodianos.

Sedoc, Matías y Júdas fueron quemados en presencia de sus compañeros.

El feroz idumeo habia lavado con un mar de sangre el insulto que los israelitas habian inferido á Roma.

Poco despues, cuando el asesinato de Berito, Belen y Jericó llegó á saberse en el Capitolio, cuando el clemente César Augusto supo que Herodes, despues de asesinar á sus hijos, degollaba á los primogénitos de la ciudad de David, el ilustre vencedor de Cleopatra, el prudente emperador de los romanos, exclamó con indignacion estas palabras que la historia ha consignado como un padron de infamia que mancha las páginas del tempestuoso reinado de Herodes:

—Ese miserable con corona, es un infame sin corazon. *Vale mas ser cerdo que hijo de Herodes.*

Dejemos al rey cenando en su cámara rodeado de sus hijos y su general, y sigamos á Cingo que camina á favor de la oscuridad de la noche por una de las calles desiertas y angostas de Jericó.

El esclavo va solo y envuelto con un manto grís que se arrolla á manera de alquicel por su enorme y áspera cabeza.

Como á unos cincuenta pasos, y siguiendo el mismo camino que Cingo, se destacan cuatro bultos entre las sombras de la calle.

Todos marchan sin meter ruido, como las culebras que se deslizan por las márgenes del rio á sorprender los nidos de las zarcetas.

El esclavo se detiene delante de una puerta de mezquina apariencia y tienta con su diestra las tablas como si buscara la cerradura.

Entonces, con un instrumento que no puede distinguirse por la oscuridad, comienza á forcejear, pero sin que el mas leve ruido interrumpa la calma silenciosa de la noche.

La puerta cede y queda abierta ante el etíope.

Las cuatro sombras se reunen con el negro, y éste les dice en voz baja:

—Entremos.

Los puñales brillan en las manos de los misteriosos compañeros de Cingo, y al momento desaparecen todos en el estrecho y oscuro callejon que comunica con el interior de la casa.

Cingo se detiene como si una idea le hubiera asaltado, y aplicando sus labios al oido de uno de sus compañeros, murmuró una frase que solo pudo oir aquel á quien iba dirijida.

Entonces este se detuvo, volvió á desandar lo andado, y rebujándose con su manto, fué á sentarse en cuclillas sobre el tosco peldaño de la puerta.

Los otros cuatro siguieron adelante, caminando por el oscuro corredor con las manos estendidas como si temiesen tropezar con las paredes que les rodeaban.

¿A donde iban?... Vamos á verlo.

ANTÍPATRO Y ENOE.

LIBRO SÉTIMO.

LA AGONÍA.

Hierve mi carne en gusanos: llagas asquerosas cubren todo mi cuerpo; mi piel seca se vé toda encogida y arrugada.

Si concibo alguna esperanza de hallar algun descanso cuando por la noche me recojo á reposar consolándome con gemidos y buscando alivio á mis males con lágrimas y con suspiros, entonces lleno de sobresalto me veo acometido de espanto con las imágenes y sueños que hurtan mi calma.—(*Libro de* Job, version parafrástica.)

CAPITULO PRIMERO.

La doble cadena.

Retrocedamos algunas horas.

Tomemos el quebrado hilo de nuestra narracion desde el momento en que el príncipe Antípatro, viendo perdida su causa, abandonó el templo, buscando en la fuga la salvacion de su vida amenazada tan de cerca por la vencedora espada de los romanos.

Un hombre, sordo al cercano estruendo de los combatientes insensible al grito de dolor del moribundo, se hallaba sentado junto al poyo de una puerta de miserable apariencia, en una de las callejas del barrio nuevo de Bezeta.

Aquel hombre oprimia con su diestra las riendas de un fogoso corcel que piafaba impaciente á su lado.

El bronceado color de sus mejillas, el ancho alquicel de abigarrados colores con que encubría su cuerpo, y la recelosa y estúpida mirada de sus pequeños y hundidos ojos, decian claramente que aquel hombre era uno de esos séres degradados que arrojó la Arabia de su seno y que arrastran toda su vida la pesada cadena de la esclavitud sin sentirlo ni darse cuenta del afrentoso yugo que como una maldicion del cielo pesa sobre ellos de padres á hijos, siglos y siglos.

El jóven príncipe, cubierto de sangre y sudor, entró precipitadamente en la calle indicada y acercándose al hombre del caballo le arrancó bruscamente las bridas de la mano, y ligero como un lince saltó sobre el robusto lomo del inquieto animal, diciendo al mismo tiempo que arrojaba unas monedas de plata en el suelo:

—Esclavo, ya eres libre, celebra tu gozo y mi desdicha con esos siclos que siembro á tus piés; y hundiendo el acicate en los ijares del corcel partió á galope tendido.

El esclavo arrojóse de bruces en el suelo y comenzó á recojer las monedas con avaricia.

Aquello era una fortuna para él: jamás sus ojos habian visto tanto dinero junto, y aquel dinero era suyo. Tanta emocion le trastornaba, así es que no reparó en dos ginetes que penetraron en la calle y que pasaron por cima de él.

—¡Eh! gritó uno de los ginetes desviando su caballo para no atropellarle.

El árabe levantó la cabeza. Su primer pensamiento al ver dos hombres á su lado, que llevaban las espadas desnudas en la mano, fué creer que eran dos ladrones que venian á robarle, y apretó los puños ocultándolos bajo de su alquicel para que no vieran su tesoro.

—¡Eh! Buen hombre, volvió á gritar el mismo: ¿quién es aquel ginete que desempiedra la calle?

—Lo ignoro, pero debe ser por lo menos hijo de un rey, respondió el árabe.

—Es mi hermano, dijo uno de los ginetes, dirijiéndose al otro.

—Lo mismo creo, respondió aquel á quien iban dirijidas las anteriores palabras.

—Entonces, Cingo, ya sabes tu deber.

—Nunca lo olvido, príncipe mio.

—Que Mercurio le preste á tu corcel sus alas.

—Así lo espero.

Entonces Arquelao hizo volver su corcel en direccion al templo, y Cingo, el exclavo favorito de Herodes, partió como una exhalacion en seguimiento de Antípatro.

El árabe se quedó solo en mitad de la calle mirando con espantados ojos en torno suyo como si quisiera esplicarse todo lo que habia acontecido en su derredor en tan poco tiempo.

Luego, como si aquella pregunta que su curiosidad dirijia en silencio á su entendimiento le pareciera muy difícil de responder, lanzó un prolongado bostezo, y estirando los brazos por cima de su cabeza todo lo que puede un perezoso, se dejó caer sobre un banco de piedra horizontalmente, y cerró los ojos como el hombre que se dispone á dormir despues de un dia de penoso trabajo.

Mientras tanto, Antípatro llegó á la puerta de Damasco, y atropellando á los curiosos que á la sombra de sus cuadradas y robustas torres comentaban el acontecimiento del dia, salió al campo haciendo retemblar con el precitado galope de su caballo los chatos arcos y las huecas troneras.

Poco despues, Cingo el negro salia en seguimiento del hijo de su rey.

—Belcebú os guie, exclamó un hebreo arrimándose al muro por no ser derribado.

—Están locos, murmuró otro.

—Dí mas bien que huyen de la chamusquina, dijo á su vez un mozalvete.

—¿Los has conocido?

—Toma, ¿quién no conoce en la ciudad al afeminado hijo y al sombrío esclavo de Herodes?

La conversacion se hizo general, pero en voz baja, y los ginetes se perdieron entre las revueltas pedregosas que cercaban la puerta de Damasco.

Una hora de carrera desesperada á merced de sus caballos llevaban los dos ginetes, sin que por eso hubiera podido ni el uno evadir la terrible persecucion de que era objeto, ni el otro acortar la distancia que le separaba del que con tanto empeño perseguia.

Cingo conoció que la marcha de los caballos era tan igual que nada adelantaria, pues solo en el caso de que su enemigo diera un tropiezo podria lograr alcanzarle.

Entonces recurrió á un medio muy usado entre los hijos del desierto, y se reducia éste á aligerar á su corcel de carga inútil y tenderse el ginete sobre el cuello del animal, para que su cuerpo al cortar el aire en la carrera no entorpeciera la marcha.

Cingo, resuelto á llevar á cabo su estrategia, agarróse con fuerza á las crines del caballo, y á riesgo de caer logró quitarle la silla y la manta y demas arreos, dejando al poco rato al cansado animal en pelo.

Entonces se echó sobre el cuello del caballo, y éste relinchó como si quisiera decirle á su amo: ahora si que lo alcanzaré.

Pronto conoció Antípatro que su perseguidor ganaba terreno, y creyendo imposible el salvarse y no teniendo bastante valor para revolverse contra él, se le ocurrió la idea de dejarse caer del caballo y ocultarse en uno de los espesos matorrales que por todas partes le rodeaban.

Firme en su resolucion, reconoció el terreno con una mirada, y viendo que un recodo que formaba el barranco

que seguia era el mas á propósito para que su maniobra no fuera descubierta, fué deslizándose hácia el cuarto trasero del animal, y se dejó caer quedando derecho en el suelo.

Esta maniobra fué ejecutada con tanta rapidez que Cingo no pudo verlo á causa de lo quebrado del terreno.

Antípatro tuvo buen cuidado de pinchar el trasero del caballo con la daga que llevaba en la mano á tiempo de dejarse caer, de modo que el corcel, libre del peso de su dueño, y herido por el acero, redobló su volador escape.

El príncipe fué á ocultarse en la maleza, y poco despues vió, oculto entre las ramas, pasar como una sombra fantástica la negra y sombría figura de Cingo tendida sobre su caballo.

Pasó un cuarto de hora, y las pisadas de los caballos se perdieron á lo lejos.

Cingo, siempre tendido sobre el cuello de su corcel, esperaba impaciente el instante en que los caballos se juntaran para apoderarse de su enemigo.

Antípatro comenzó á respirar cuando el eco de las pisadas se perdieron á lo lejos.

Mas tranquilo sobre el peligro que de tan cerca le amenazaba, comenzó á ocuparse del presente.

Negro y borrascoso era el que le cercaba; y mas terrible aun el porvenir que su acalorada mente distinguia en lontananza.

En la terrible noche de su infortunio solo se aparecia una estrella que desde el cielo tempestuoso de su desgracia le enviaba los suaves y tranquilos rayos de su luz pura y hermosa.

Aquella estrella era Enoe, su esclava favorita.

Paloma del Nilo trasladada á las márgenes del Jordan antes que el dulce arrullo del amor hubiera conmovido su corazon, la bella egipcia se unia al príncipe hebreo por la doble cadena del amor y la esclavitud.

Cuando cansada la mente, desfallecido el espíritu, sentia Antípatro que su sér languidecia devorado por el hastío,

volaba al lado de Enoe en busca de una vida que iban consumiendo las discordias de su familia.

Entonces el amor de Enoe era el misterioso amuleto que le reanimaba.

Porque el amor es el rocío celeste que cae sobre el corazon de los que padecen. La sonrisa de los ángeles que viene á ahuyentar los fatigosos ensueños de la vida.

Fecundo en belleza como el Eterno, rico en tesoros como la tierra, hermoso como la luz nacarada de la mañana, él es el maná santo que siglos y siglos llueve sobre los desgraciados, como una recompensa que la invisible mano del Eterno derrama sobre sus dolores.

Amar y ser amado... comprender el balbuciente lenguaje de los besos, descifrar las espresivas frases sin ruido de las miradas, sentir los dulces efectos de un suspiro embalsamado con el aroma del corazon que nos lo envia, tener un seno amigo en donde reclinar nuestra frente cargada con los negros pensamientos que agrupa el infortunio, tener en fin un nido de amor en donde pueda olvidarse la perfidia de los hombres, el ruido del mundo, ¿dónde mayor ventura, para qué mas felicidad sobre la tierra mientras llega la hora de la eterna recompensa?

Por eso Antípatro, que al ocultarse entre la maleza del barranco se creyó el hombre mas desgraciado del universo, comenzó á tranquilizar su tempestoso espíritu, porque el recuerdo de Enoe descendió sobre su frente como un bálsamo consolador, como una armonía celeste.

Pensó en su amor, y se creyó menos desgraciado.

Un pensamiento asaltóle la mente, y se dijo para sí:

—Enoe me amaba: corramos á su lado, su casa será mi puerto de salvacion, sus lágrimas el benéfico consuelo que ambicionan mis dolores; sus dulces y enamorados cantos, tornarán á mi espíritu la paz que tanto necesita. Porque el amor es el remedio universal de las penas del alma.

Formada esta resolucion, salió de su escondite; y como

ningun ruido se percibia al rededor suyo, despues de orientarse sobre el sitio que ocupaba y el camino que debia seguir para llegar á Jericó, se puso en marcha, sirviéndole de guia el perezoso Jordan, que á poca distancia de aquel sitio se arrastraba sobre su lecho de arena.

Algunas horas despues, ya de noche, el príncipe fujitivo llamó á la puerta de su esclava, y ésta le abrió tan pronto como supo que era su amante.

Enoe era, como hemos dicho en otra parte, una niña de diez y ocho años, tan hermosa, tan trigueña, tan llena de vida como puede serlo una doncella nacida en las riberas del rio santo.

Amaba á su señor como acontece á las esclavas egipcias, que se enamoran del que las compra, es decir, con un respeto que tiene muchos puntos de contacto con la adoracion.

Solo un sentimiento agitaba el dulce y tierno corazon de aquella pobre niña: el amor. Solo un nombre sabia balbucear su encantadora boca: Antípatro.

Solia acordarse de su patria; pero una mirada de su dueño tenia el poder de hacérselo olvidar todo.

En cuanto á sus padres, apenas los habia conocido.

Antípatro entró en casa de Enoe, y ésta, cojiéndole de la mano despues de besarla, le condujo á su camarin favorito que ya conocen nuestros lectores.

Solo allí pudo reparar la hermosa egipcia el deplorable estado de su amante.

Roto, ensangrentado, el cabello en desórden, la faz conmovida y pálida, los ojos hundidos y vidriosos, aquel hermoso jóven habia envejecido diez años en un solo dia.

Enoe dió un grito al verle de aquel modo, y se arrojó en sus brazos.

Antípatro pagó aquel recibimiento afectuoso con un beso y una sonrisa, y antes de que su esclava le dirijiera la palabra la dijo:

—Querida Enoe, tengo un hambre horrible: hace mas de

veinte horas que no como, y contra mi costumbre me he visto precisado á correr á pié una distancia considerable. ¡Oh! Mis delicados piés me han dado una prueba de su fortaleza; pero con esa prueba se han hecho pedazos..... mira.

Y Antipatro, que se habia dejado caer sobre un almohadon, señaló sus piés á Enoe.

Esta se arrodilló y los besó respetuosamente.

—¡Eh! La dijo el príncipe levantándola con cariño, deja ahora los piés y ocúpate de mi estómago, querida mia.

Enoe salió de la pieza enjugándose las lágrimas.

La pobre niña no habia desplegado sus labios. Su amor no habia encontrado palabras bastante espresivas para demostrarse con toda la belleza de su sentimiento, y recurrió á la muda elocuencia de las lágrimas y las miradas, patrimonio esclusivo de las almas sensibles, de los corazones amantes.

Antipatro vió salir á su esclava, y la acompañó con una mirada dulce y cariñosa.

—¡Pobre niña, se dijo, solo los dioses lares podrian revelarte tu porvenir, cuando los esclavos de mi padre arrojen á mi cuello la cadena opresora que me preparan!

Un suspiro siguió á estas palabras.

Luego, separando con su pequeña mano los desordenados cabellos que caian por su frente, se tumbó en el lecho, y apoyando los codos en el almohadon, dejó caer la cabeza entre las manos quedándose en aquella actitud por algunos momentos.

CAPITULO II.

Donde se prueba que no es difícil dormirse en los brazos de un ángel y despertar en los de un demonio.

Enoe volvió á entrar en el camarin, conduciendo una bandeja con viandas y dos botellas de vino.

Antípatro no levantó la cabeza: un infierno rebullia en su cerebro, un mundo de ideas le preocupaba; y cuando el hombre se halla en uno de esos períodos críticos de la vida, nada siente, nada ve, mas que lo que le preocupa y aturde en aquellos instantes.

La tímida doncella no se atrevia á interrumpir el silencio, la inmovilidad de su señor.

En vano se afanaba por descubrir el orígen de aquel profundo dolor.

Mujer, y enamorada, participaba de los dolores de su amante sin comprenderlos, sufria con él; pero temerosa de enojarle, sufria en silencio.

Entonces cruzó una idea por su mente. Sus húmedos y hermosos ojos se fijan en una pequeña y ligera arpa que cuelga de un clavo.

Sus manos se apoderan de aquel instrumento, y pronto una dulce melodía que llega al corazon del jóven príncipe le hace volver la cabeza.

—¡Ah! ¿Estás ahí, Enoe?

—Espero tus órdenes, señor.

—Canta pues, hermosa mia: tu dulce voz me hace bien. ¡Soy tan desgraciado!

—El amo indique á su sierva la cancion que mas le place.

—Tú no eres mi sierva, eres mi dulce amiga; puedes cantar lo que te plazca: solo debo advertirte que soy un príncipe muy desgraciado á quien persigue la muerte muy de cerca.

Enoe se estremeció.

Antípatro comenzó á comer distraidamente, y Enoe despues de buscar una cancion análoga á las circunstancias, se atrevió á decir:

—Señor, en la historia de tu pueblo se halla un rey llamado Ezequías que próximo á la muerte salvó su vida por la fé que le inspiraba el Dios de sus mayores. El profeta Isaías le anunció quince años mas de vida, cuando él solo esperaba vivir un instante. A la voz del profeta, el reloj solar de Acaz retrocedió seis grados y el sol subió de nuevo al horizonte por la parte de Oriente. ¿Quieres que preludie el canto de gracia que elevó á su Dios el rey Ezequías?

—Oigamos el canto del rey.

Enoe comenzó un acompañamiento que tenia una dulzura, una vaguedad indefinible, y poco despues su voz argentina comenzó á cantar la poética prosa de Isaías, de esta manera:

« A la mitad de mis dias, entraré por las puertas del se-
» pulcro: privado me veo del resto de mis años.

» Ya no veré yo al Señor mi Dios en la tierra de los que
» viven.

» No veré yo mas á hombre alguno, ni á los que morarán
en dulce paz.

» Se me quita el vivir, y se va á plegar mi vida como la
» tienda de un pastor: mientras la estaba aun urdiendo, en-
» tonces Él me la ha cortado; de la mañana á la noche aca-
» barás conmigo, oh Dios mio.

» Esperaba vivir hasta el amanecer: el Señor como un
» leon fuerte habia quebrantado todos mis huesos; pero por
» la mañana decia: antes de anochecer acabarás, oh Señor,
» mi vida.

» Estaba yo como un pollito de golondrinas; gemia como
» las palomas; debilitáronse mis ojos de mirar siempre á lo
» alto del cielo. Mi situacion, Señor, es muy violenta; toma
» á tu cargo mi defensa.

» Mas, ¿qué es lo que digo? ¿Cómo me tomará Él bajo
» su patrocinio, cuando Él mismo es el que ha hecho esto?...
» Reposaré, oh Dios mio, delante de Tí con amargura de mi
» alma todos los años de mi vida.

»¡Oh Señor! Si esto es vivir y en tales apuros se halla la
» vida de mi alma, castígame, te ruego, y castigado, vivi-
» fícame.

»Ved cómo se ha cambiado en paz mi amarguísima aflic-
» cion; y Tú, oh Señor, has librado de la perdicion á
» mi alma; has arrojado tras de tus espaldas todos mis
» pecados.

»Porque no han de cantar tus glorias todos los que están
» en el sepulcro, ni han de entonar tus alabanzas los que
» están en poder de la muerte; ni aquellos que bajan á la
» fosa esperaban ver el cumplimiento de tus verídicas pro-
» mesas.

»Los vivos, Señor, los vivos son los que te han de tribu-

» tar alabanzas, como hago yo en este dia; el padre anun-
» ciará á sus hijos tu felicidad en las promesas.

»¡Oh, Señor! Sálvame, y cantaremos nuestros salmos en
» el templo del Señor todos los dias de nuestra vida.» (1)

Cesó el canto: Antípatro, preocupado aun como si escuchara el dulce eco de la voz de Enoe, quedóse unos momentos sin desplegar los labios.

Las palabras del rey moribundo habian llegado hasta el fondo de su corazon, y éste latía de un modo estraño para él.

Por fin, deslizándose del lecho y cojiendo un abanico de plumas, comenzó á hacerse aire y á pasearse distraido por la sala.

Enoe le miraba sin hablar.

De pronto los ojos del señor se encontraron con los de la esclava, y entonces el señor fué á sentarse á los piés de la hermosa egipcia, que le presentó su seno para que reclinara su cabeza.

Antípatro aceptó el ofrecimiento enviando una sonrisa á Enoe, y luego le dijo:

—Has hecho bien en recordarme la plegaria del rey Ezequías. Desde este momento te ofrezco ocuparme algo mas de Dios y un poco menos de los hombres.

—Príncipe mio: de Jehová emana todo lo bueno y consolador; de los hombres todo lo aciago y pesaroso. Dios es la fuente del bien que vivifica, el foco de luz que ilumina; piensa en Él y serás feliz, ámale y tendrás dicha sobre el polvo de la tierra.

—Veo, querida Enoe, que tu alma es tan bella como tu rostro. Oh, bendito sea el instante que mis ojos te vieron por la vez primera. Bendito el dia en que formamos este pequeño nido en donde tú, blanca paloma del Nilo, me haces olvidar con tus dulces arrullos de amor, las terribles tempestades que agitan mi vida.

(1) Isaías, Cap. 38.

—La felicidad es la hija predilecta del amor. Las tiernas avecillas son felices porque aman: forman sus tiendas en las flotantes ramas de los árboles, desde donde elevan su canto matinal hácia el Dios que fecundiza el grano que las sustenta. Como nada ambicionan, sus sueños son tranquilos, sus cantos alegres; cuando la noche avanza, mientras la madre da calor con su cuerpo á los frágiles huevecillos, el padre enamorado corre á posar sus delicadas plantas sobre el industrioso nido, y despues de acariciar con su pico la suave pluma con que natura ha engalanado la cabeza de su amada compañera, se quedan dormidos mirándose mútuamente con amor.

Un rayo de sol, una gota de rocío, algunas semillas esparcidas sobre la tierra del paraiso que han elegido para amarse, es todo lo que ambicionan para el dia venidero: y Dios, eterno velador de lo creado, nunca deja sin realizar las esperanzas de las aves, porque todo lo esperan de Él, y solo en Él confian. ¿Por qué, pues, el hombre no imita á las aves para ser dichoso?

—Porque el hombre, Enoe, pertenece á una raza maldita y ambiciosa que mira el amor como un pasatiempo ameno de la vida, y la ambicion como el gran todo de sus aspiraciones. Porque el hombre lucha y se devora para engrandecerse con el despojo de sus víctimas, y su hambriento orgullo nunca queda harto aunque reuna montes de oro, y la vanidad nunca se contenta aunque vea encorvarse su cuerpo bajo el peso de las dignidades. Pero yo te juro, Enoe mia, regenerarme.

Tus palabras han levantado un eco dulcísimo en mi corazon. Esas preciosas lágrimas que se desprenden de tus negros ojos borrarán con sus húmedos rocíos la memoria de lo que fué. Tu amor, y solo tu amor será desde hoy en adelante mi mayor fortuna, mi constante pensamiento. ¡Qué vale una corona de oro, cuando quema las sienes que oprime, comparada con la que tus hermosas manos pueden tejerme de

rosas, embalsamadas con el perfume de tus besos y el aroma de tus suspiros!.... ¡Oh, conozco que he sido un insensato!.. Gocen en buen hora mis hermanos de la herencia maldita de mi feroz padre. Elévense sobre el sangriento trono de Jerusalen los de mi raza. ¿Qué me importa? Mi patria será desde hoy la que tú elijas, mi fortuna tu amor, mi palacio una tienda en donde nos cobijemos los dos, mi ambicion tu felicidad, mi tesoro tu corazon, tus besos y tus hermosos cantos.

—¡Antípatro, Antípatro! murmuró la esclava acariciando la rubia cabellera de su amante con sus pequeñas manos; tu felicidad comienza si tu corazon siente lo que acaba de espresar tu lengua. Porque el amor es el paraiso anticipado de los mortales.

El príncipe hebreo selló con un beso las palabras de su amada.

Enoe, llena de felicidad con el risueño porvenir que le brindaba el amor, apoderóse del abanico de plumas de Antípatro, y comenzó á hacerle aire como si quisiera ahuyentar de la mente de su amado el resto de sombríos pensamientos que le agitaban.

—Mañana, continuó el príncipe, cuando fortalecido mi cuerpo con el descanso, llegue la noche, que es la protectora de los desgraciados, reuniremos nuestra pequeña fortuna y partiremos á Egipto. Como los árabes del Yemen, alzaremos nuestra tienda en las orillas fértiles del rio santo. Tú, mi hermosa Enoe, te engalanarás como las desposadas de Israel, para que yo te contemple eternamente con amor y beba mi felicidad en tus miradas. El color de jacinto, que tanto me gusta, será el de tu calzado. Por tu esbelta cintura colocaré con mis manos el suave ceñidor de lino, y un manto finísimo de blanca lana cubrirá tus delicadas formas. Yo adornaré con joyeles tu nevada frente, y tus orejas con ricos zarcillos de coral. Tus delicadas manos amasarán tortas de flor de harina como las princesas de David; yo á tus piés te adoraré como á la reina de la hermosura y del amor. Por-

que te amo, Enoe, pero de un modo desconocido para mí hasta este momento. Porque tú eres una necesidad de mi vida, un segundo sér de mi cuerpo, la mitad de esta misteriosa alma mia que se agita en mi sér.

La voz de Antípatro iba apocándose poco á poco.

Algunas frases entrecortadas siguieron á las palabras de amor, y luego un beso, un nombre y un suspiro se escaparon de los labios del príncipe.

Despues se quedó dormido en brazos de su esclava. Aquella naturaleza delicada no pudo resistir mas tiempo, y pagó su tributo al sueño.

Enoe siguió abanicando la hermosa cabeza de su amante.

El amor de la contemplacion brilló con todo su fuego en las negras pupilas de la egipcia.

La hermosa estranjera no se atrevia á moverse por no despertar á su dueño.

Así trascurrió una hora.

Antipatro, embriagado de amor; habia hecho promesas que estaba muy lejos de cumplir, porque era ambicioso. Enoe nada le habia preguntado; conocia á su amante y esperaba con la resignacion de la mujer enamorada que el tiempo y sus caricias le hicieran desistir de sus temerarias empresas.

El príncipe se habia dormido en sus brazos, y el sueño iba á revelarle con su ruda franqueza lo que el amor no se habia atrevido á comunicarle despierto.

—Hijo de reyes, balbuceaba en sueños Antípatro, tu puesto es un trono... la vida es nada cuando se arriesga por una corona... ruede mi cráneo insepulto si los anillos de oro de la diadema de mi padre no enrojecen con su contacto la piel de mi frente. Un trono... un pueblo arrodillado á mis piés, y cien legiones que doblen su cabeza y desnuden sus espadas á mi voz... eso ambiciono... Pero la desgracia me acaricia con sus descarnadas manos, y la fortuna me vuelve la espalda enojada... Maldito..... maldito sea el matador de mi ma-

dre... su podrida sangre circula por mis venas y me quema el corazon... pero ¡ah! la muerte sonríe sobre su cabeza... está pálido como un cadáver... tiende sus largos y amarillentos brazos sobre la corona y los retira con horror, porque ha encontrado otras manos que acariciaban sus hojas de laurel... son las manos de su hijo, de mi hermano Archelao... pero yo tengo aun oculto entre los pliegues de mi túnica un puñal cuya punta está emvenenada con la ponzoña que me ha vendido un árabe... y ese puñal se sepultará en la garganta de mi hermano, y su corona será mia... yo seré rey... sí, rey... rey... ¡Oh! ¡Qué hermoso será ser rey!...

Y Antípatro soltó una carcajada, y Enoe comenzó á llorar en silencio; y dos horas rodaron sobre el tiempo, y Enoe aun lloraba, y su amante dormido en sus brazos, preso de una pesadilla horrible, seguia revelándola todos los secretos ambiciosos de su corazon.

La pobre niña estaba tan preocupada, tan absorta en el dolor de su amante, que para ella nada existia en el mundo mas que su amor.

Por eso no se apercibió de que una puerta se abria á espaldas suyas, y un hombre entraba en el camarin andando de puntillas sobre la mullida alfombra para no meter ruido.

Aquel hombre era un negro de feroz semblante. Una sonrisa de gozo horrible partió de sus gruesos labios, dejando ver dos murallas de marfil. Su diestra oprimia un largo cuchillo, su siniestra unos cordones de seda.

Detrás del negro apareció otro hombre, y detrás de éste otro, y detrás otro.

Eran cuatro; el negro iba delante, y llegó hasta donde estaba la esclava.

Antípatro dormia con su hermosa cabeza reclinada en el seno de su amada, y ésta lloraba en silencio y agitaba el abanico de plumas, refrescando la ardorosa frente de su señor.

De repente Enoe exhaló un grito terrible, pero ahogado,

porque una mano ruda y callosa cayó brutalmente sobre su nacarada boca.

Antípatro abrió perezosamente los ojos, y en su semblante se pintó con los colores mas vivos el asombro y el terror.

—¡Ah! Hermoso príncipe, dijo Cingo con insultante entonacion; por fin he logrado ponerme en contacto con tu hermosa persona.

—¡Miserable! Exclamó Antípatro lleno de cólera.

—No hay que enfadarse, amo mio, respondió el negro colocando la punta de su puñal sobre el corazon de Antípatro, y haciendo una seña á los suyos para que le ataran con los cordones.

—Cobardes, ¿por qué no me matais de un solo golpe? volvió á decir el jóven forcejeando para desasirse de sus perseguidores.

—Porque esa es incumbencia de mi señor, tu padre.

Antípatro, á quien sus enemigos habian atado y puesto en pié, dirijió una terrible mirada á su esclava Enoe, que se hallaba llorando á su lado, aturdida con lo que veia.

—¿Y cuánto te ha valido, esclava miserable, le dijo con tono despreciativo, entregar mi persona á mis enemigos? Responde.

—Yo soy inocente, Antípatro, esos hombres han forzado mi puerta, yo nada sabia.

—¡Mientes! ¡Mientes!...

Enoe quiso arrojarse á los piés de su amante; pero el irritado mancebo la rechazó bruscamente diciendo:

—Maldita sea la mujer que olvida sus juramentos de amor y pone precio á la libertad de su amante.

Enoe dió un grito y cayó desplomada á los piés de Antípatro.

Este apartó la vista con desprecio de aquella mujer que él creia culpable, y volviéndose á Cingo le dijo:

—Sácame cuanto antes de esta casa.

—Conducidle donde sabeis, les dijo el negro á los suyos.

Los tres hombres salieron llevándose atado á su prisionero.

En cuanto al negro, quedóse un momento en el camarin y cruzándose de brazos se puso á contemplar el desmayado cuerpo de Enoe.

—Es hermosa como una vírgen del templo de Sion, esbelta como una garza del mar de Tiberiades... Pobre niña... ella ha perdido á su protector... Bah... bien puedo serlo yo desde ahora.

Y diciendo esto cojió en sus brazos á Enoe como si fuera un niño, y salió por el estrecho corredor detrás de sus compañeros.

CAPITULO III.

La manzana y el niño.

Han trascurrido algunos meses desde los últimos acontecimientos que hemos narrado.

La enfermedad de Herodes se agrava de dia en dia. El ilustre enfermo apenas cuenta algunos intervalos de calma, durante los cuales se ocupa en formular su testamento y dar órdenes escéntricas que tienen en alarma á su familia y á los pocos cortesanos que le rodean.

Con asombro de los rabinos y altos dignatarios de Jerusalen y Jericó, el idumeo, cuyo orígen plebeyo le atormenta, ha mandado quemar los libros hebreos en donde se consigna la cronología de los príncipes de Israel.

—Por este medio, dice, la posteridad ignorará que mi raza no era tan ilustre como la de David.

En el momento que volvemos á presentarlo en escena, se halla, como de costumbre; echado en la cama

Ptolomeo, sentado junto á una mesa, escribe en unos grandes trozos de papiro las órdenes que le dicta su señor.

—Léeme el testamento último, le dice con apagado acento.

Ptolomeo leyó lo que sigue con voz grave:

—« Distribuyo mi reino, porque así es mi voluntad, de la » manera siguiente: Dejo por sucesor en el reino y corona » de Jerusalen á mi hijo Antipas. »

—No... no es eso, gritó el enfermo estendiendo la mano.

—Señor, se atrevió á decir el guarda-sellos, hace tres dias tú mismo me dictaste lo que acabo de leer.

—No te digo lo contrario; pero ahora he cambiado de parecer.

—¡Ah! Entonces...

—Entonces coje la pluma y escribe de nuevo, quiero testar en otra forma.

—Obedecerte es mi obligacion.

—Así me gusta; escribe. Nombro por sucesor mio á mi hijo Archelao, el cual es mi volundad y deseo que se ciña la corona despues de mi muerte.

Ptolomeo escribió encogiéndose de hombros y haciendo un gesto de disgusto, pero muy disimulado, temeroso de que lo descubriera su señor.

—A mi hijo Antipas, continuó Herodes, *le nombro tetrarca de Galilea y de la Petrea. A Felipe le doy la Traconitide, la Gaulonita y la Batanea que erijo á la dignidad de tetrarquia; á Salomé mi hermana le doy la Jamnia, Azoto y Fasaclide, con cincuenta mil monedas de dinero contante.* (1)

(1) Ludolfo de Sajonia.—(Testamento de Herodes.)

Ptolomeo, cuando acabó de escribir la última frase, dijo levantando la cabeza:

—Contante...

Aquí hubo una pausa, durante la cual el guarda-sellos permaneció inmóvil con la pluma suspendida sobre el papiro, esperando que su señor dictara.

—Ahora continúa copiando las donaciones que hago á mis amigos y á la emperatriz de los romanos, tal como está en el testamento anterior, pues no quiero variar esa parte.

El secretario escribió, y despues de terminado fué á presentárselo á Herodes.

Leyó el rey con calma su testamento. Luego lo selló y volvió á entregárselo á Ptolomeo, el cual arrollándolo lo introdujo en un cañuto de plata y despues colocó el cañuto en una especie de armario de marfil que habia en la alcoba del enfermo.

El guarda-sellos se quedó inmóvil al terminar, delante de su señor, como el hombre que espera nuevas órdenes.

—Ahora, Ptolomeo, vuelve á tomar la pluma y escribe lo que voy á dictarte; es un pensamiento nuevo que sorprenderá á los israelitas.

El guarda-sellos obedeció.

Herodes hizo una pausa. En su demacrado semblante brilló una sonrisa de salvaje alegría. Sus pequeños y hundidos ojos se inyectaron de sangre y dijo de esta manera:

—Yo: rey de Jerusalen y de todo el territorio que comprenden las doce tribus de Israel, desde las fronteras del Líbano á las desiertas playas de la Idumea, desde las riberas del mar Occidental á las rocas del monte Galaab, mando y ordeno: que en el término de quince dias, desde aquel en que se fije y publique este edicto, que todos los primogénitos de mis estados que desciendan de familias ilustres y nobles acudan á el hipódromo de Jericó en donde deseo trasmitirles mi última voluntad para bien del pueblo hebreo y descanso de mi espíritu, que desfallece agobiado por los males del

cuerpo. Los que desobedecieren mi mandato, serán considerados como reos de lesa majestad, y el rigor de la ley caerá sobre ellos. Cúmplase mi edicto.—Yo *Herodes*, rey de Jerusalen.—Dado en mi palacio de Jericó á los siete dias del mes de Sabat (1) y el año treinta y seis de mi coronacion en el Senado de Roma.

—Ya está, señor, dijo el guarda-sellos.

—Ahora encárgate tú de la publicacion de ese edicto. Hoy mismo pueden estenderse los heraldos por mi reino.

Ptolomeo saludó y salió de la cámara del rey, no sin llevarse en el pecho alguna curiosidad sobre aquella medida estrema que acababa de dictarle su señor; pero el guarda-sellos era todo un cortesano, y dejó al tiempo el derecho de revelarle lo que era un secreto para él entonces.

—¡Oh, qué canto tan sublime hubiera escrito mi amigo Virgilio si existiera! Exclamó Herodes cuando se vió solo. La posteridad podrá admirar mi sublime pensamiento en las graves páginas de la historia. Pero un poema le hubiera inmortalizado mas. Mi muerte no se borrará nunca de la memoria de los israelitas... y quién sabe, tal vez inventen alguna fiesta para celebrar el aniversario. ¡Qué sorpresa va á causarles la realizacion de esta idea que ha nacido en mi cerebro en uno de esos momentos de dolor!... Sí... sí, ellos llorarán mi muerte... ja, ja, ja, la muerte de su rey, de su querido idumeo, como me llaman, ja, ja, ja...

Herodes comenzó una risa convulsiva que dejó sin terminar un fuerte golpe de tos.

Quiso pedir socorro; pero su voz se apagó en la garganta, produciendo un ronquido estraño, como la última blasfemia de un condenado á quien la muerte le cierra la boca antes de terminarla.

Entonces clavó sus uñas en la rica colcha de Egipto de

(1) El mes de Sabat ó Sheveth, es el V civil y el XI eclesiástico de los judíos. Tiene treinta dias y cae entre el Enero y Febrero nuestro.

su cama, y con el rostro cárdeno como el de un ahorcado, y los ojos chispeantes como un hidrófobo, comenzó á deslizarse de la cama haciendo esfuerzos inauditos.

Cayó, no sin trabajo, sobre la alfombra y continuó su difícil marcha arrastrándose por el suelo en direccion á la puerta.

En este momento el niño Achiab se presentó en la puerta de la cámara del rey. Llevaba el jóven príncipe un canastillo de palma lleno de manzanas.

Al ver á su abuelo en aquel estado lanzó un grito, y el canastillo se desprendió de sus manos, rodando por el suelo las manzanas.

—¡Abuelo... abuelo mio!... Exclamó Achiab corriendo hácia donde estaba Herodes, con los brazos abiertos.

El rey, arrojando sanguinosa espuma por la boca, estendió su descarnado brazo en direccion á una mesa en donde se veian algunas redomas de vidrio. El niño, comprendiendo al momento lo que queria decirle su abuelo, vertió parte del líquido que encerraba una botella en una taza, y lo aplicó á los cárdenos labios del enfermo. Éste bebió con avaricia. Al terminar dió un suspiro como si hubiera arrancado el inconveniente que paralizaba su lengua, y al momento gruesas gotas de sudor comenzaron á deslizarse por su frente.

—¡Ah! Exclamó el enfermo despues de la horrible lucha. ¡Todos me abandonan... todos me olvidan!... Creia ahogarme... creí que la última hora de mi vida habia sonado... gracias, Achiab, gracias... tú me has salvado.

Mientras tanto el niño, no sin grandes esfuerzos, pudo colocar al rey en su lecho.

—Yo no te abandono nunca, abuelo mio, y una prueba de ello es que te traia ese canastillo de manzanas, porque sé que es tu fruta favorita. Son muy ricas... yo me he tomado la libertad de probar una. ¡Oh! Cuando yo sea rey, recompensaré á los labradores de los campos de Damasco, que tan ricas manzanas hacen producir á sus árboles, y sobre todo

si son tan coloradas, tan finas y tan sabrosas como esas que ruedan por la alfombra.

La verbosidad del tierno adolescente tenia encantado al viejo monarca.

—Ya sé, hijo mio que me amas, le dijo acariciando la sedosa cabellera del niño, y mirándole de una manera estraña. Tú eres para mí como el rayo del sol que calienta el entumecido cuerpo de los ancianos en un dia de invierno; tu sonrisa aplaca los dolores de mi cuerpo; tu voz ahuyenta los tétricos pensamientos que se agrupan en mi mente: porque yo sufro mucho, hijo mio. Y Herodes cojió las manos del niño con febril agitacion. Tengo sueños horribles, continuó, que se alzan en mi mente como sombras malditas, como espectros evocados de las tumbas... y sobre todo mucha hambre, mucha hambre; pero una hambre devoradora, insaciable, cruel, que no me deja ni un solo instante, que no se aplaca nunca, que no cesa jamás.

El niño callaba, porque las palabras de su abuelo le daban miedo: y despues le miraba con unos ojos tan espantados, tan fosfóricos, y su voz era tan ronca, tan estraña, que el pobre adolescente no se atrevia á respirar.

—Mira, Achiab, continuó el enfermo atrayéndosele hácia él: yo tengo un tesoro grande, muy grande; ese tesoro está sepultado en el fondo de un barranco que nadie conoce mas que yo, porque los cuatro esclavos que me ayudaron á enterrarlo..... les corté la cabeza para que no revelaran mi secreto (1): porque los muertos no hablan, hijo mio... tenlo presente para cuando seas rey... Pues bien, ese tesoro es tuyo... todo para tí, porque con mucho oro los reyes consolidan la corona sobre sus sienes... Ya te diré yo dónde lo hallarás... pero es preciso que tú me cuides mucho y espíes

(1) Este tesoro de Herodes fué buscado con codicia por sus descendientes pero no se ha hallado todavía, ó al menos la historia y la tradicion así lo creen.

á tu padre y á tus tios, y á todos los que me rodean, porque quieren envenenarme.

Herodes miró en torno suyo con recelo. Achiab estaba pálido y temblaba. Sus piernas casi se negaban á sostenerle, porque el hedor horrible que despedia el cuerpo del enfermo le iba trastornando la cabeza.

Fijóse el rey en la agitacion de su nieto, y una sonrisa espantosa cruzó por sus relucientes labios.

—¿Tienes miedo? Le preguntó; ¿y por qué tienes miedo?

—Yo no tengo miedo, señor, le respondió el niño con apagado acento; pero tus palabras me hacen daño.

—¡Ah! Mis palabras te hacen daño... tú venias á traerme un canastillo de manzanas criadas en los campos de Damasco... y esas manzanas... esas manzanas... y Herodes se detuvo un momento y miró á su nieto como si quisiera leer en el fondo de su alma; recoje las manzanas y tráelas... aquí sobre la cama; quiero verlas, tocarlas... y comerlas, porque tengo mucha hambre... ah... dame un cuchillo... anda, trae las manzanas y el cuchillo...

Achiab recojió las manzanas, las dejó sobre la cama, y luego, cojiendo un cuchillo de hoja de plata de la mesa donde se hallaban los medicamentos, fué á entregárselo á Herodes.

—Una, dos, tres cuatro, cinco y seis... seis manzanas, dijo Herodes contándolas y mirando á hurtadillas á su nieto, ¡qué hermosas son, coloradas como la flor del terebinto... finas como la seda de Siria!... ¿No es verdad que son muy bonitas?

—Mucho, abuelito, contestó el niño mas tranquilo y casi repuesto de su miedo.

—Pues mira, tú vas á comerte tres... ¿lo oyes?... tres; yo las otras.

—Pero yo no tengo gana ya de mas, las he traido para tí. Son tan bonitas, que al verlas en ese canastillo me dije: voy á cojerlas y llevárselas al abuelito, y él me lo agradecerá.

Herodes quedó un momento como estudiando las palabras de su nieto... y luego dijo:

—Pues bien, comámoslas los dos... yo lo quiero, ¿lo oyes?...

—Entonces obedezco; y el niño cojió una manzana y empezó á comerla.

Seguro Herodes de que su nieto no trataba de envenenarlo, comenzó á cortar otra y se la comió con la avaricia que tenia por costumbre, y luego otra. Al llegar á la tercera, sus dientes se cerraron y un fuerte dolor de estómago le hizo lanzar un grito desgarrador.

Los recelos volvieron á atormentarle, y obligó al niño á que se comiera la manzana que él acababa de morder.

Achiab obedeció. Persuadido el rey de que los fuertes dolores que sentia no eran hijos mas que de su horrible enfermedad, comenzó á revolcarse por su lecho como un demente en un acceso de furor.

—Sí... sí, exclamó agitando el cuchillo en derredor suyo; este mal que me devora es insufrible: me hará padecer demasiado y de un modo cruel algunos dias, tal vez algunos meses; pero luego me matará, porque no hay esperanza para mí. Tengo hambre, y apenas me llevo el alimento á la boca parece que un puñal me rasga las entrañas. Me devora la sed, y el agua cae en mi estómago como plomo derretido... La vida es una carga enojosa. La vida es un mal cuando no produce un bien... ¡pues entonces para qué la quiero!... Ea, valor y acabemos con ella. Y diciendo esto hizo el ademan de sepultarse el cuchillo que tenía en la mano en el pecho.

Achiab lanzó un grito y se precipitó sobre su abuelo.

Entonces comenzó una lucha desesperada. Herodes procuraba desasirse de los brazos de su nieto para sepultarse el puñal en el corazon, y el generoso adolescente, colgado del cuello de su abuelo, le imposibilitaba el llevar á cabo aquel suicidio.

—¡Socorro, socorro! Gritaba Achiab. ¡El rey quiere matarse! ¡Guardias... esclavos... padre mio... aquí, aquí!...

—¡Calla, imbécil!... La vida me estorba, me cansa, le repetia el rey arrojando espuma por la boca. Calla, ¿no conoces que yo quiero acabar de una vez con esta agonía lenta y dolorosa?

Herodes, aunque debilitado por la enfermedad, era mas fuerte que su nieto; así es que habia, á pesar de los esfuerzos del niño, podido separarle de su pecho, y herirse, aunque levemente, y algunas gotas de sangre mancharon la cama real.

Salomé, Alejo y Ptolomeo acudieron á la cámara de Herodes seguidos por una multitud de esclavos y soldados.

El bondadoso Achiab, rechazado por su abuelo algunos pasos de la cama, ya no podia impedir el crímen; pero afortunadamente Alejo se arrojó sobre el rey, y arrebatándole el puñal de las manos salvó su vida por entonces.

Herodes, viendo frustrada su tentativa, ciego de rabia, lanzó un gemido y cayó sin sentido sobre su lecho.

—Salid vosotros, exclamó la hermana del rey dirijiéndose á los esclavos y soldados; pero haced que vengan inmediatamente los médicos, porque el rey creo que ha muerto.

Los esclavos salieron sin volver la espalda.

Entonces Achiab enteró á sus tios de lo que habia acontecido, y todos rodearon la cama procurando auxiliar al enfermo.

Aquella noche se estendió la noticia por Jericó de que el rey, cansado de sus padecimientos, habia puesto término á su vida clavándose un puñal en el corazon.

Esta nueva voló por todas partes con la rapidez que acontece.

El príncipe Antípatro, que gemia en un calabozo desde la noche que el terrible Cingo le arrancó de los brazos de su esclava, oyó al través de la espesa puerta de su encierro varias voces que hablaban con calor.

Aplicó el oido á la cerradura y oyó estas palabras pronunciadas detrás del muro que le privaba de libertad:

—Algo importante ocurre en la ciudad cuando se ha reforzado la guardia de esta torre con veinte plazas mas.

—Ya lo creo: como que el rey Herodes acaba de poner término á sus dias.

—¿Cómo?...

—¿Cómo?... Muy sencillamente: clavándose un puñal en el corazon.

—¡Ah!

—Yo creo, amigo Cocles, que ese viejo leproso ha hecho bien en matarse: cuando el hombre no puede beber ni amar, la vida es un estorbo.

—Tienes razon, Eraclio... yo les pido á los dioses inmortales de Roma que con el primer síntoma de vejez me envien el último suspiro de mi vida.

—Ah, me olvidaba decirte que el centinela que esta noche se duerma en su puesto tiene pena de la vida.

—Bueno es saberlo.

—Las rondas serán mas frecuentes: ya lo sabes.

—Segun eso, les da un poco de asco el prisionero de la torre alta.

—¡Chist!... Cocles. . el soldado romano cobra su sueldo y obedece.

—Tienes razon, Eraclio, el tiempo dirá por quien deben desnudarse nuestras espadas.

—En Roma, la muerte de un emperador es siempre una fortuna para sus legiones, porque el nuevo rey derrama á manos llenas el oro entre los soldados.

—Nosotros podiamos establecer tambien esa costumbre en Judea: ¿no son tres los herederos?

—Sí, pero...

Aquí se interrumpió la conversacion... se oyeron pasos que se acercaban á la puerta del encierro de Antípatro, y otros pasos que se alejaban.

El príncipe volvió á echarse sobre el monton de paja que le servia de lecho, procurando recojer la gruesa cadena para no hacer ruido.

Poco despues, la pesada puerta giró sobre sus enmohecidos goznes, y un hombre entró en el calabozo, cerrando la puerta tras sí.

Aquel hombre llevaba un farol en una mano y en la otra una cesta de palma.

Era Cingo el negro, y acercándose hácia el miserable lecho del desgraciado príncipe, dejó ambas cosas en el suelo, diciendo con voz pausada:

—Buenas noches, príncipe mio.

CAPITULO IV.

El libro de Job.

Antípatro se incorporó sobre la paja, y como si hubiera despertado en aquel momento, dijo con naturalidad:

—¡Ah, eres tú, Cingo!... Me alegro de verte... esta soledad me cansa... ¡Qué quieres! Soy un hombre afeminado... á quien desde pequeño han acostumbrado á vivir con alguna comodidad... y en este calabozo no tengo muchas por cierto.

—El hombre debe avezarse á todo, señor.

—Sí, es verdad... pero yo no puedo... prefiero una puñalada en el corazon, como la que mi buen padre se ha dado hoy, á dormir en una cama dura y comer alimentos malos.

—¡Ah, con que tú sabes!..

—Lo he oido á través de la puerta, que un soldado se lo contaba á otro.

—¿Y qué efecto te ha hecho la noticia?

—El efecto del estímulo... mi padre ha hecho lo que yo haria si tuviera un puñal.

—¿Tú te matarias, señor?

—¿Y por qué no? La muerte es un instante, y jamás la he temido... pero los sufrimientos físicos me horrorizan. Veo con disgusto que los dioses inmortales me vuelven la cara... me abandonan... Yo no tengo el mal gusto de creer en el Dios invisible de los rabinos de la ciudad santa: el libro de Job me daba un sueño horroroso cuando mi madre me lo leia siendo niño, para inclinarme á la paciencia. Calcula, pues, querido Cingo, el aburrimiento de este desgraciado príncipe, que pasa solo entre estas cuatro paredes, veinte y tres, de las veinte y cuatro horas del dia.

—El rey, mi señor, es justo castigando tus rebeldías.

—¡Por Júpiter, que ni tú mismo crees lo que dices!... ¡Herodes justo, el matador de la virtuosa Mariamme, el asesino de mis hermanos, el verdugo de Belen, justo! Bah, Cingo, tú te chanceas. Aunque su hijo Antípatro hubiera sido tan inofensivo como una alondra, tan manso como un corderillo, su padre se hubiera deshecho de él: estaba escrito.

—Tú exajeras.

—Será como dices..... pero se me ocurre hacerte una pregunta.

—Habla.

—¿Eres ambicioso?...

—¿Quién no lo es? Respondió el esclavo encojiéndose de hombros.

—Ocasion tienes de enriquecerte si te place.

—A curiosidad me mueven tus palabras, señor, y te ruego por la estrella matinal que seas tan claro como la luz que la precede, pues no te comprendo.

—Voy á ser claro contigo. Los enemigos deben atacarse de frente.

—¿Yo soy tu enemigo?

—Al menos lo has sido hasta ahora.

—Servia á mi rey.

—No te acuso. Cuando el esclavo cumple con su deber, es tan honrado como su dueño. Tú puedes alzar la frente sin vergüenza.

—Volvamos á la fortuna.

—Pues ganada la tienes si me sirves en esta ocasion.

—¿Qué debo hacer?

—Abrirme la puerta de mi calabozo.

—Eso es ser traidor.

—Mi padre ha muerto.

—Así lo dicen los propagadores de nuevas de la ciudad, pero... y Cingo se quedó pensativo como el hombre que duda al tomar una resolucion.

Antípatro creyó ver alguna esperanza en la indecision del esclavo.

—Tu mano puede trasladarme de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida; el favor, como comprendes, es grande. Pide sin miedo.

—Yo soy hombre que gusto de meditar las cosas; te pido un dia de tiempo para decidirme.

—Un dia es un siglo en estos instantes.

—Comprendo tu impaciencia y rebajo doce horas.

—Mi hermano Archelao será entonces rey de Jerusalen, y tu generosa proteccion me seria inútil.

—¡Bah! Doce horas se pasan en un momento.

—Ese momento es la muerte de mi esperanza, porque el primer crímen de Archelao al subir al trono, seré yo.

Cingo cojió el farol y se dispuso á salir del calabozo.

—¿No te decides, segun parece? Volvió á preguntar el prisionero.

—Duerme, príncipe mio, duerme tranquilo, mientras yo me-

dito tus proposiciones; y Cingo se encaminó hácia la puerta.

—Detente, Cingo, exclamó el príncipe con desesperacion.

—Tengo prisa, señor: no olvides que las horas pasan con rapidez y tengo que decidirme.

—Comprendo que no quieres enriquecerte ni ser mi amigo, y dejo encomendado á los dioses mi porvenir; pero si late en tu pecho un corazon, si has comprendido alguna vez el amor, esa pasion que forma nuestra vida y nuestra muerte, esa misteriosa esencia que nadie sabe lo que es, pero que al esparcirse por nuestra alma nos llena de dolor y de placer; si has amado, en fin, Cingo, responde por tu amor y por los manes de tu padre: ¿qué es de Enoe, mi esclava?

Cingo vaciló un momento antes de responder, y luego dijo del modo mas natural del mundo:

—Enoe... ¿y quién es Enoe?

—¿Tú... no la conoces? Exclamó Antípatro, dejando caer sílaba por sílaba, con pausa, de sus labios, y estudiando el efecto que hacian sus palabras en el esclavo.

—Es la primera vez que llega ese nombre á mis oidos; y Cingo dió otro paso en direccion á la puerta.

—Espera, esclavo, exclamó el príncipe con voz imperiosa. Si tu bárbaro señor te manda clavar tu cuchillo en mi garganta, aquí la tienes, no te detengas... hiere y cumple con tu deber; pero antes de darme la muerte, arranca con una palabra esta duda que como una culebra se ha enroscado en mi corazon. Dime si la esclava en cuyos brazos me sorprendiste ha sido cómplice tuya.

—Yo no la conocia ni la conozco; mis soldados te espiaron; descubrieron tu madriguera, y yo te sorprendí: esa es la historia.

—De modo que Enoe...

—Enoe es tan inocente como tú. Ya lo sabes.

Antípatro dió un grito de gozo y se dejó caer sobre el monton de paja, exclamando:

—Gracias, esclavo, gracias: ahora, si no aceptas mis con-

ANTÍPATRO Y CINGO.

diciones, dile á mi feroz hermano que al comenzar su reinado, debe sacrificar como de costumbre víctimas ante los altares: que no se olvide que yo debo ser la primera.

Cingo salió del calabozo, y poco despues de la torre. Al llegar á la calle apagó el farol y encaminóse hácia el palacio de su señor.

El esclavo se detuvo junto á la puerta del camarin de Herodes y aplicó el oido.

El rey no estaba solo: oíanse las voces de varias personas que conversaban.

El esclavo levantó el estremo de la ancha cortina que cubria la puerta y miró con un ojo lo que pasaba en el interior de la cámara real.

El idumeo, tendido en su lecho, miraba con espantados ojos á un anciano venerable que leia en un grueso volúmen, sentado á la cabecera de su cama.

Salomé, su hermana, y Alejo su cuñado, de pié junto al lecho, tenian sus ojos fijos en el real enfermo. Achiab, sentado á los piés del anciano, se entretenia en deshilar la gruesa franja de la colcha de Egipto que cubria la cama.

—Rabino, exclamó Herodes con debilitado acento: los médicos abandonan mi cuerpo, pero recomiendan mi espíritu á los sabios. Tú lo eres: recíbele, pues, bajo tu amparo, y que los dioses inmortales te premien.

—Solo Jehová, el Dios invisible de Abraham y Jacob, puede protejer á los hijos de Israel, respondió el anciano. Los dioses paganos del Olimpo, los ídolos de barro y vil metal, fabricados por la mano del hombre, no pueden atraer el bien y el mal sobre la raza humana.

—Eh, buen anciano, lee tu libro si es que con su lectura puedes tranquilizar mis penas, y deja los dioses y las creencias religiosas á un lado.

El viejo rabino abrió el libro, no sin refunfuñar, y leyó de este modo con una entonacion afectada y gangosa.

—«Libro de Job. Capítulo primero. Habia en la tierra de

» Hus (1) un varon que se llamaba Job, y este era de un » corazon sano y recto: temia á Dios y huia de todo lo que » pudiese tener la menor sombra de mal (2). Tenia siete hijos » y tres hijas, y sus bienes consistian en siete mil ovejas, » tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, qui- » nientas...

—Ea, acabad, rabino, exclamó Herodes, basta con decir que mi compatriota Job era rico, pero no tanto como yo.

—Moisés no escribió este libro santo, respondió el judío sin turbarse, para que tú lo atajases por donde te se antojara.

—Moisés escribió ese libro para los desgraciados: yo respeto al gran legislador... pero quiero que comiences por el capítulo tercero, cuando Job maldice el dia de su nacimiento... ¿lo oyes, rabino? Yo soy el rey, yo te lo mando.

La frente del anciano se cubrió de un color encendido; pero una suplicante mirada de Salomé bastó para que el terco judío se encojiera de hombros y comenzara á volver hojas con la misma tranquilidad que si no hubiera mediado la anterior disputa:

—«Libro de Job. Capítulo tercero.» Volvió á decir con la misma entonacion. « Y pasados los siete dias, abrió Job » su boca y maldijo el dia de su nacimiento.

» Y habló de esta manera:

» ¡Perezca el dia en que yo nací, y la noche en que de » mí se dijo: Concebido ha sido un hombre sobre la tierra!...

» Conviértase en tinieblas aquel dia!... ¡No tenga Dios » cuenta con él desde lo alto, ni de luz sea alumbrado!...

» ¡Quede sepultado en tinieblas y sombras de muerte; cérquele oscuridad y sea envuelto en amargura...!

» ¡Sea aquella noche ocupada de tenebroso torbellino, y

(1) La Idumea.

(2) Hemos elegido la version parafrástica del libro de Job, por creerla mas conforme con las condiciones de nuestro libro.

» no se cuente mas en el número de los dias ni de los meses
» del año!

» Quede como escomulgada y separada de las otras, y no
» se oigan en ella voces ni cantos de alegría.

» Maldíganla todos los infieles que reniegan del dia que
» nacieron, y todos los que se hallan en estado de endulzar
» y lamentar sus desgracias.

» La oscuridad de esta noche ofusque el resplandor de
» las estrellas; que espere la luz del otro dia y no llegue á
» verla, ni nazca la aurora sobre ella.

» ¿Por qué no morí en el seno de mi madre?...

» ¿O por qué no perecí en el punto mismo en que nací?

» ¿Por qué me recibieron en las rodillas?...

» Por qué me arrimaron al pecho para que mamase.

» Estaria ahora durmiendo en el silencio de la muerte:
» reposaria en mi sueño

» En el sepulcro cesa por último el gran ruido que mo-
» vieron los impíos: allí es donde hallan el reposo aquellos
» cuyas fuerzas se gastaron con los trabajos y faenas de
» la vida.

» Allí descansan sin recibir la menor molestia y sin temer
» la voz del que ni siquiera los dejaba respirar, los que esta-
» ban destinados á arrastrar juntos una cadena y á los tra-
» bajos mas penosos.

» Me cuesta pena y suspiros el llegar la comida á la boca,
» viéndome en la dura necesidad de conservar una vida tan
» llena de gemidos y de lágrimas.»

Herodes, torva la faz y preso el cuerpo de un temblor convulsivo, escuchaba en silencio la lectura del libro de Job, de ese gran poema del desierto, de ese grito de dolor sublime, inmutable.

Sus descarnadas manos estrujaban de vez en cuando la rica colcha de su cama, y horribles gestos que en vano procuraba dominar descomponian su cadavérico semblante.

El rabino, inspirado con la lectura del libro santo que

tantas veces habia hecho oir en la Sinagoga, iba insensiblemente levantando la voz hasta tomar un timbre imponente y majestuoso que hacia estremecer el corazon del enfermo.

El viejo lector conoció que al rey llegaban los efectos de su lectura, y quiso aprovechar las buenas disposiciones del monarca.

Para no fatigarle creyó conveniente, pues era su oficio, leer los libros santos á los enfermos, y los sabia de memoria, ir saltando capítulos y leerle solo aquellos versículos que mas en armonía estuvieran con las circunstancias agravantes del enfermo.

Así es que, sin que se apercibiera Herodes, pasó unas cuantas hojas y tornó á comenzar la lectura en el versículo 5.° del capítulo VII, que dice así:

« Hierve mi carne en gusanos: costras asquerosas cubren » todo mi cuerpo: mi piel seca se ve toda encojida y ar- » rugada.

» Si concibo alguna esperanza de hallar algun descanso, » cuando por la noche me recojo á reposar consolándome con » gemidos y buscando alivio á mis males con lágrimas y » con suspiros, entonces lleno de sobresalto me veo aco- » metido de espanto con las imágenes y sueños que turban » mi alma.

» Yo no tengo esperanza de vivir: compadécete, Señor, » de mí, y cese ya el castigo. No es mucho lo que te pido » puesto que es tan poco lo que me queda que vivir.

» ¿Qué es el hombre para que merezca que Tú pongas en » él tu corazon, y le mires como alguna cosa grande?

» Yo soy pecador, lo confieso, y merezco tu indignacion: » ¿mas qué podré yo hacer para apaciguarte, oh Salvador de » los hombres?... ¿Por qué me has puesto por blanco de tus » tiros, hasta hacer que á mí mismo no me pueda tolerar?

» ¿Por qué tardas en restituir la calma á mi alma, destru- » yendo mi pecado y borrando mi iniquidad?... Ves que estoy » cerca de mi fin y voy á dormir en el polvo del sepulcro

» La noche me verá espirar, y cuando vinieres á buscarme » por la mañana ya no seré.»

—¡Basta! ¡Basta... viejo miserable! exclamó Herodes estendiendo los puños amenazadores hácia el rabino, que se levantó de su almohadon todo azorado viendo al rey de aquel modo. ¡Tú me profetizas la muerte para esta noche y te gozas en mi agonía!... Pues bien, responde; ya que tanto sabes y tanta fé tienes en tus libros: ¿cuántos dias te quedan á tí de vida?

El rabino se quedó pálido como un agonizante. Herodes, con sus ojos fijos en el aturdido anciano, se reia de una manera cruel.

Salomé, Alejo y Achiab no se atrevian á respirar, conociendo que el pobre lector iba á recibir una sentencia de muerte de los labios del rey.

De repente se reanimó la fisonomía del rabino, y arrodillándose junto á la cama de Herodes dijo con voz serena y clara:

—Muy pocos, señor, porque te he ofendido, segun parece, y mi vida está pendiente de tus labios; mi estrella puede eclipsarse cuando á tu real voluntad se le antoje.

Herodes humanizó la dura espresion de su semblante, y dejándose caer sobre los almohadones dijo con tono despreciativo:

—Véte... yo te perdono... pero llévate ese libro que de nada ha servido á mis males.

El rabino no se hizo repetir la órden, y salió.

Salomé y Alejo se acercaron al enfermo; pero él les dijo ocultando la cabeza bajo de la colcha:

—Idos todos... quiero estar solo con mis dolores... para nada os necesito, de nada me servís. Idos, pues, yo lo mando.

Todos salieron: Herodes se quedó solo.

Cingo, que todo lo habia oido oculto detrás de la cortina, dudó un momento y luego se decidió á entrar en la cámara desobedeciendo la órden de su señor.

Llegóse hasta el lecho sin meter ruido, y estuvo contemplando, sin respirar, algunos segundos, al ilustre enfermo.

Por las toscas mejillas del esclavo rodaron dos lágrimas. Porque aquel hombre feroz, aquel verdugo privado de Herodes que mataba sin temblar á una seña de su rey, amaba á su señor como á un hijo querido, y hubiera dado hasta la última gota de su sangre por devolverle la salud.

Despues de una ligera pausa, Herodes abrió los ojos y vió á su lado á su esclavo favorito.

En el rostro del enfermo brilló un rayo de alegría, y estendió una mano que el esclavo cubrió de ruidosos besos.

Una lágrima quedó en la mano del rey, y este le dijo:

—¿Lloras, Cingo?

—Sí, por la primera vez de mi vida, porque tú te mueres, señor.

CAPITULO V.

Donde se prueba que el amor domestica á las fieras.

—Eres un servidor leal, Cingo, y quisiera antes de lanzar el último soplo de vida recompensar tus servicios. Díme, ¿qué ambicionas? ¿Qué es lo quieres? Pide, estoy pronto á satisfacer tus deseos.

—Solo anhelo servirte hasta que mueras, y luego partiré á Africa, pues quisiera morir bajo aquel sol que me vió nacer.

—Poco ambicionas.

—Los hijos de la Libia son sóbrios, señor; su caballo, sus armas, su tienda y una mujer que arrulle con sus cantares

las calurosas siestas del estío, es todo lo que ambicionan, todo lo que anhelan.

—Mañana recibirás una cantidad de oro, en recompensa de tus servicios.

—Gracias, señor; pero no me conducia á tu cámara el afan de la riqueza: vengo de la torre y he visto á tu hijo Antípatro,

—¡Ah! ¿Y qué dice el prisionero? ¿Se resigna con su suerte?

—La estrechez de su calabozo le ahoga; la libertad es la reina de su pensamiento, la imágen mas bella de sus ensueños.

—Nunca, mientras yo viva.

—La noticia de tu muerte se ha estendido por la ciudad, y traspasando las gruesas paredes de su calabozo ha llegado á sus oidos.

—Tanto peor para los que sientan mañana el rigor de mi justicia.

—Tu hijo me ha ofrecido medio reino si le abro las puertas de su calabozo.

—¿Y tú?... Preguntó Herodes incorporándose, y con ese recelo tan peculiar en él.

—Yo he corrido los cerrojos de su puerta, me he guardado la llave, y vengo á consultarte lo que debo hacer.

El rey se quedó un momento pensativo. Las arrugas de su frente se ahondaron, y una sombría y feroz espresion cruzó por su semblante.

—Antípatro tiene un rostro de mujer y un corazon de acero. Es uno de esos ambiciosos que no cejan nunca, una de esas víboras que hay necesidad de aplastar para que no nos emponzoñen. Mientras él viva, ni yo, ni su hermano Archelao, tendremos tranquilidad en nuestro reino... Cingo, matarás esta noche á mi hijo. Lance la historia ese nuevo y horrible crímen ejecutado en la hora de mi muerte sobre mí... nada me impórta; su muerte es una necesidad; pero

procura que muera sin escándalo, y que su cuerpo sea sepultado como quien es, en el viejo castillo de Hircanion (1).

—¿Qué muerte se le debe dar? Preguntó el esclavo, como si se tratara de la cosa mas indiferente del mundo.

—Nada de sangre: emplea tus víboras; dicen que esos animales ponzoñosos apenas nacen devoran á sus madres y se devorarian los unos á los otros si no fueran ciegos. Antípatro es una víbora: suelta pues tus víboras sobre él.

—Se hará como deseas. Dime el dia y la hora.

—Esta noche. Mañana una losa de piedra debe cubrir su cuerpo eternamente.

Parte, y no te olvides que es la última órden que recibes de tu señor... Porque mi vida se apaga; la ruin materia se descompone por instantes, y el espíritu no tardará en evaporarse de este vaso quebrado y deleznable.

—Parto, pues, á obedecerte.

El esclavo salió de la cámara de su señor, y encaminóse á su humilde habitacion, situada en el último piso del palacio de Herodes.

Subió preocupado la angosta y alta escalera, y deteniéndose delante de una puerta, sacando una llave, abrió, cerrando cuidadosamente despues de entrar.

Nada tenia de lujosa la habitacion del negro. Una lámpara de hierro esparcia su ténue claridad por sus parduscas y desmanteladas paredes.

Una mujer salió á su encuentro. Aquella mujer era Enoe.

Cingo pasó por junto á ella como si no la hubiera visto, y lanzando un suspiro doloroso fué á sentarse sobre un viejo y roto almohadon que se veia en mitad del pavimento.

Hubo un momento de pausa. La egipcia contemplaba á

(1) Segun Macrobio y Flavio Josefo, Herodes mandó matar á su hijo Antípatro cinco dias antes de su muerte: ferocidad sin ejemplo con la cual selló la sangrienta página de su historia.

el africano, y éste, inmóvil como la estátua del dolor, con la cabeza oculta entre las manos, nada le decia

—¿Qué tienes, esclavo? Le preguntó Enoe.

La dulce voz de la egipcia le hizo levantar la cabeza.

Cingo fijó sus negros ojos en la jóven: de aquellos ojos se desprendian algunas lágrimas.

—¿Por qué lloras? volvió á preguntarle.

—Porque tengo un infierno en el corazon... porque te amo y tú me aborreces... porque te he visto...

—Mientras mi dueño gima en un calabozo, mi lengua solo sabrá maldecirte; rompe sus cadenas y este ódio que encierra para tí mi pecho se estinguirá.

—Ayer pensaba complacerte... hoy me es imposible.

—¿Entonces, el príncipe ha muerto?

—El príncipe vive... pero la muerte acaricia con sus descarnados dedos los rubios cabellos de su hermosa cabeza.

—Tú me jurastes salvarle: ¿acostumbran en Africa á faltar á su palabra los hombres de tu raza?

—Nunca, esclava· en la Etiopía el juramento se sagrado.

—Entonces...

—Mira, Enoe: continuó Cingo procurando endulzar todo lo posible su acento. Allá en la Libia, al estremo oriental del desierto de Sahara, se halla la region de la Nigricia, cuyas altas cordilleras, alfombradas de yerbas aromáticas, aprisionan con sus robustos brazos el pacífico lago de *Tchad*. Los hijos de aquellas riberas tienen el color de la cara negro como la noche, el corazon ardiente como el sol de su cielo, altivo como las palmeras de sus oasis, bravo como los leones de sus arenales, y libre como el viento que orea sus aduares. Aman y aborrecen hasta el punto de matar ó morir por las personas que conmueven sus pechos: porque sus únicas pasiones son el amor y el ódio; en sus abrasados campos se crian yerbas ponzoñosas y víboras de mortal picadura para sus enemigos; en sus jardines, dátiles, plátanos y aceite aromático para los que aman. Cuando la luna derrama su ca-

bellera de plata sobre las tranquilas aguas de su lago, estienden una mullida piel de leopardo á la puerta de su tienda, hacen sentar sobre ella á la mujer que adoran, y echados á sus piés le recitan los cantos de amor de sus poetas mas populares. ¡Oh, Enoe... Enoe! Las noches en las orillas del Tchad son tranquilas como el sueño de las vírgenes, hermosas como el paraiso en donde moran las huríes de Africa, claras como los manantiales del Líbano. Aquella es mi patria; el primer sol que hirió mi pupila arrancándole una lágrima es el que allí brilla. Yo tengo oro suficiente para ser el mas rico, el mas poderoso de los pobladores del Lago. Mi brazo es fuerte como la rama de un cedro; mi corazon late en su cárcel con un vigor que no desmaya; mi amor hácia tí crece y se aumenta: ámame tú, y serás la reina de Tchad y yo tu esclavo: vea yo en tus divinos ojos un solo destello de amor, y besaré el polvo que levanten tus diminutos piés.

Cingo, con la mirada suplicante, las manos juntas y preso el cuerpo de un temblor convulsivo, se arrojó á los piés de la egipcia.

—Esclavo, exclamó Enoe con indignacion retrocediendo algunos pasos, las mujeres de mi raza nunca se unen con los hombres de la tuya. Su ley lo prohibe.

—Medítalo bien, murmuró el negro ahogando un rugido: yo he respetado tu cuerpo... viviendo bajo un mismo techo, el uno al lado de otro: siendo tú hermosa y jóven y amándote yo, no me he atrevido á ofenderte ni con una mirada; pero tu desprecio puede exacerbarme. Soy mas fuerte que tú y estás en mi poder. Piénsalo bien, Enoe, piénsalo bien!...

—Yo era feliz, respondió la egipcia sin inmutarse por la amenaza del negro: tú, como el ángel del mal, envuelto en las sombras de la noche, te introdujiste en mi morada y me robaste la felicidad. Luego, al verme sola y desvalida, te apoderaste de mí y me encerraste en esta mansion maldita. Yo soy la paloma, tú el gavilan; puedes despedazarme, pero

no esperes que mi garganta armonice arrullos de amor para tí. Las mujeres como yo, aman una sola vez en la vida... No lo olvides... la violencia redoblará el desprecio que me inspiras... ahora haz lo que mejor te plazca.

—Por la última vez, exclamó el negro conteniendo su rabia, ¿quieres partir conmigo mi fortuna? ¿Quieres venir á Africa á ser mi esposa?

—Nada quiero sin Antípatro.

Cingo abarcó con una mirada aquella tierna jóven que con tanto valor se defendia y murmuró en voz baja:

—Tú lo quieres... sea.

Y se encaminó á uno de los estremos de la habitacion, y abriendo un pequeño armario sacó de él una calabaza cerrada simétricamente con un boton de plata.

—¡Las víboras! exclamó Enoe con horror, ¿cuál es tu intento?

—Recuerda mis palabras. En mis arenales se crian yerbas ponzoñosas y víboras de mortal picadura para los enemigos; frescos oasis, dátiles sabrosos y perfumes delicados para los amigos. Y el negro, diciendo esto, salió precipitadamente de su cuarto dejando absorta y agitada á la infeliz egipcia.

Repuesta un tanto despues de un momento, corrió á la puerta, pero estaba cerrada.

Entonces, dejándose caer sobre el viejo almohadon, se cubrió la cara con las manos y comenzó á llorar.

La feroz sonrisa de Cingo, las palabras amenazadoras que habia pronunciado, y sobre todo aquellas víboras que por espacio de algunos dias habia visto alimentar con cuidado al negro durante la noche, todo le hacia temer alguna catástrofe.

Aquel hombre feroz se habia enamorado, por desgracia, de ella: tenia celos. Su amante se hallaba bajo su custodia, y todo debia temerse.

—Si mata á Antípatro, se dijo la egipcia como si hablara consigo misma, yo sabré vengarle.

Aquella resolucion pareció tranquilizarla.

Despues esperó una hora, y dos, y tres, y Cingo no venia.

Nació el dia, cayó el sol sobre los hierros de su ventana, y el esclavo no tornaba.

La ansiedad de Enoe era terrible.

Un mundo de ideas bullia en el cerebro de aquella niña enamorada.

Su febril imaginacion se presentaba á su amante muerto, y al feroz negro contemplando su cadáver con una sonrisa satánica.

LIBRO OCTAVO.

LAS VÍBORAS.

17. El que hiriere y matare á hombre, muera de muerte.

20. Quebradura por quebradura, ojo por ojo, diente por diente restituirá. Cual fuere el mal que hubiere hecho, tal será obligado á sufrir.—El Levítico, Cap. XXIV.

CAPITULO PRIMERO.

Un ensueño de amor.

Dejemos por algunos instantes á la egipcia, y sigamos al africano, á quien la desesperacion de los celos y el hidrópico deseo de venganza que devoraba su corazon prestaban alas para llegar cuanto antes á la prision del infortunado príncipe.

Cingo podia matar á su rival impunemente, satisfacer una venganza sin que la conciencia, ese juez terrible y secreto de los hombres, viniera mas tarde á robarle el sueño y amargar su existencia, porque Herodes, el sangriento monarca de Israel, colocaba la garganta de su hijo bajo el puñal de su esclavo.

Así es que una alegría salvaje, un placer feroz, inesplicable, reanimaba el encono del africano. Nunca con mayor placer, con mayor afan habia corrido á ejecutar una órden de su señor. Salvar al príncipe, perdonarle la vida, concederle la libertad, hubiera sido faltar á su deber para un esclavo tan servil, tan fiel como Cingo.

El desgraciado destino del príncipe estaba en sus manos, y Antípatro no tenia mas porvenir que la muerte.

¿Pero cómo habia de morir? El rey nada le habia dicho.

Mata á mi hijo, y entiérrale sin pompa ni ceremonia alguna en el viejo castillo de Hircanion. Estas eran las palabras del idumeo, y Cingo corria á obedecerlas. La clase de muerte no hacia al caso. Morir de una puñalada, estrangulado ó envenenado por la picadura de una víbora, todo era morir.

El resultado de aquella mision terrible era un cadáver: ofrecerle cubierto de sangre por el hierro homicida, amoratado por el cordon de seda, ó verdoso y cataléptico por el veneno del reptil, era lo mismo. Se necesitaba ahogar el latido de un corazon jóven y ambicioso, apagar la vida de un mancebo inquieto y atrevido, cortar una existencia peligrosa para la tranquilidad de un rey fanático y cruel, que agonizaba abrazado á su corona, que temia le arrebatasen algunas horas de reinado.

Cingo llegó ante la pesada puerta del calabozo y se detuvo.

Por la primera vez de su vida sintió que su corazon latía de un modo estraño y nuevo para él.

¿Aquel crímen era del rey ó suyo? Sin esplicárselo se hizo esa pregunta.

Su conciencia se alzaba dentro de su sér por la vez primera de su vida. Su voz estraña y poderosa le conmovió, como la primera ráfaga de una tempestad las jarcias de un buque, arrancándole un gemido inesplicable.

—¡Bah! se dijo, como queriendo tranquilizarse á sí mismo; el rey lo manda, yo obedezco: entremos.

Descorrió los pesados cerrojos; pero esta vez, sin saber por qué procuró hacer el menor ruido posible, como si temiera ser oido.

Este detalle tampoco se lo esplicaba; pero no pasó desapercibido para él.

Entró en el calabozo.

Antípatro, en el monton de paja que le servia de lecho, dormia profundamente.

La hermosa y afeminada cabeza del príncipe tenia un desórden encantador.

El negro se detuvo para contemplarle á dos pasos de su cama. Los dorados cabellos del vástago real caian en gruesos bucles por su blanca y fina garganta como la cabellera de una mujer.

Una sonrisa llena de amor y voluptuosidad resbalaba de la boca del jóven dormido, y sus nacarados labios se agitaban como si besaran algun objeto adorado.

Cingo creyó adivinar el sueño del príncipe, y se llevó la mano al corazon como si hubiera sentido en él un golpe doloroso.

No se habia engañado: el príncipe soñaba en su esclava; y el sueño, ese misterio impenetrable de la naturaleza, ese ignorado secreto de la humanidad que tantas formas toma en nuestra mente, que ahora nos fatiga y anonada bajo el terrible peso de horrores imaginarios, y luego nos llena de placer con sus fantásticas y poéticas ilusiones, que nos muestra la felicidad y el infortunio, el amor y el ódio, el bien y el mal, con la misma verdad, con los mismos colores de la vida real, y que muchas veces, casi siempre, nos hace exclamar cuando tornamos á la vida despues de esa pequeña muerte diaria: ¡Oh qué feliz he sido! O bien por el contrario, pasando nuestra mano por la fatigada frente murmuramos como queriendo ahuyentar sus dolorosos recuerdos: Afortunadamente ha sido un sueño, ¡qué horrible pesadilla!

Antípatro dormia é iba á revelar á Cingo los pensamientos mas recónditos de su corazon.

Oigamos lo que soñaba:

—Mira, Enoe; decia con balbuciente voz como si el amor agitara su corazon: yo te creí culpable... qué quieres... el hombre á quien azota sin cesar con sus ásperas ráfagas el viento del infortunio, es mal pensado, desconfia de todo, y se vuelve receloso y taciturno... ¡qué loco he sido, pensando que tú, amor mio, podias haberme vendido á mis enemigos!... Cuando esa idea bastarda cruzaba por mi mente, yo olvidaba que pocos dias antes me habias jurado un amor eterno por la memoria de tus padres. Entonces no comprendia, como ahora que sé que eres inocente, que una niña como tú no puede vender al hombre que ha entregado su corazon sin ser mas pérfida que Dalila, mas infame que Thamar, mas criminal que Athalía. Pero ese agravio que te he hecho, yo te juro que sabré recompensarlo... porque oye y no lo digas á nadie, Enoe... guarda este secreto... porque estoy rodeado de enemigos... Mi padre ha muerto, y un esclavo... á quien he ofrecido mucho oro, vendrá esta noche á abrir las puertas de mi calabozo y á darme la libertad... y mañana, cuando la luz de la aurora brille sobre los hierros de la estrecha ventana de mi calabozo, á esa hora en que el rocío cesa de caer sobre las flores, y las violetas abren sus cálices para regalarle el aroma de su seno al céfiro oriental... yo seré libre... correré á buscarte, á estrecharte contra mi corazon. ¡Qué vale un reino comparado con tu amor! Desde ahora solo tú serás mi ambicion... Mi corona será tu amor eterno, mi reino tu pecho enamorado; mis vasallos, mis súbditos, tus ardientes besos.

Cingo se llevó la mano al corazon.

El príncipe detuvo su relato y lanzó un suspiro voluptuoso. Luego parecia como si escuchara una contestacion, pues agitaba la cabeza y sonreia con un gozo, con un placer indefinible. Cingo, clavado en el duro pavimento del calabo-

zo, con los ojos inyectados en sangre, el semblante descompuesto y el cuerpo trémulo, contemplaba al dormido príncipe lanzándole una sonrisa feroz, sangrienta, y mientras con la mano se apretaba el pecho devorado por los celos, con la otra agitaba la pequeña calabaza de las víboras, con el objeto sin duda de ensoberbecer con aquel sacudimiento prolongado á los venenosos reptiles que se rebullian en el seno de aquel vejetal.

Antípatro continuó despues de una breve pausa:

—¡Oh, nunca... nunca! Mi amor hácia tí es una fuente inagotable que brota en mi corazon, no se estinguirá jamás, será mi última palabra al dormirme por la noche. Te amo, mi primera frase al despertar por la mañana. Te amo, la última cosa que pronunciará mi lengua: al tiempo de morir, será tambien, te amo, te amo, Enoe mia.

Cingo se agitó como el fogoso corcel que ve caer á pocos pasos un rayo, y abriendo el boton de la calabaza dió un salto, y cayendo de rodillas junto á la cabeza del príncipe aplicó en los labios de este la abertura de la maldita jaula de las víboras.

El príncipe agitó los labios como si quisiera dar un beso murmurando: ¡Te amo, te amo, Enoe mia!

En este momento asomaron por el cuello de la calabaza tres ó cuatro cabecitas de víbora agitando sus venenosas lenguas con una rapidez increible.

Antípatro se estremeció como si hubieran arrollado por sus sienes un cordon eléctrico, y sin embargo, sus labios trémulos seguian agitándose, sin apercibirse de que las víboras hundian en ellos una y otra y otra, vez las ponzoñosas saetas de sus mortíferas lenguas.

En cuanto al esclavo, estaba horrible en aquel momento. El mas lijero descuido, la picadura mas pequeña de aquellas víboras que él aplicaba á la boca del príncipe esparcian una ponzoña mortal por la sangre, á la que seguia una muerte rápida y desesperada.

Conoció que no podia gozarse mas sin grave riesgo, porque las víboras, aunque ciegas, tienen un oido tan fino, una elasticidad tan prodigiosa que matan con su picada á un caballo en lo mas rápido de su carrera, colocándose por el eco de sus pisadas en el sitio por donde calculan que debe pasar; y sacando un pequeño punzon de acero tocó con la punta de éste las cabezas de los reptiles, los cuales inmediatamente se replegaron ocultándose en el fondo de su jáula.

Entonces cerró con el boton y se colgó la calabaza en la cintura. Pasaron algunos momentos sin que Antípatro despertara; pero en aquel corto espacio se agitó, demostrando su malestar, sobre su humilde lecho.

Su frente se fué tiñendo primero de un color lívido; luego de pronto se ennegreció de un modo horrible, y por fin un color amarillento con manchas de escarlata, fué pintando su rostro.

Entonces dió un suspiro doloroso y abrió los ojos.

Vió á Cingo y quiso levantarse; pero no pudo moverse: hizo un segundo esfuerzo; pero como el primero fué en vano.

—Por Júpiter, tartamudeó el príncipe, creo que aun estoy dormido; esclavo, honra tu mano estrechando la mia y ayúdame á ponerme en pié.

Cingo no se movió ni estendió la mano que le pedia el hijo de su rey. Sabia que era inútil porque la muerte se enseñoreaba dentro de aquel cuerpo.

—Qué ¿no me oyes? exclamó el príncipe con asombro, ¿ó es que tus oidos se han vuelto tan torpes como mis miembros?

—Tú no puedes moverte ya de ese lecho de paja, dijo el negro gozándose en la próxima agonía de su rival.

—¡Que no puedo moverme! exclamó Antípatro; voy á desmentir tus palabras, esclavo insolente, y... No pudo acabar la frase: un grito estraño, terrible, agudo, se escapó de su pecho como si un clavo ardiendo se le hubiera hundido en el cerebro; su rostro se desfiguró de un modo horrible; todos sus miembros tomaron una elasticidad monstruosa, y

abriendo espantosamente los ojos que se habian hundido en sus órbitas, espiró despues de revolcarse por el suelo algunos momentos, presa de una convulsion horrible.

Cingo, con esa frialdad del hombre endurecido en el crímen, colocó una mano en el corazon del cadáver y dijo:

—Príncipe mio, tú ya no podrás realizar tus hermosos ensueños de amor, ¿quién sabe si Cingo el esclavo realizará los suyos?

Despues se encojió de hombros, y lanzando una mirada de triunfo al cadáver salió del calabozo.

. . . . . .

Algunas horas despues la gente corria por las angostas calles de Jericó, aglomerándose ante una boca-calle para ver pasar un séquito fúnebre.

Delante iba Cingo montado en un soberbio alazan: llevaba el airoso traje de los esclavos etíopes del rey; detrás de él caminaban cuatro hombres vestidos de negro, cuyos anchos ropones les llegaban hasta los piés.

Estos hombres conducian una especie de litera descubierta. En esta litera descansaba el cadáver del príncipe Antípatro.

Cerraban la marcha fúnebre doce soldados romanos.

Las mujeres judías, segun su costumbre, prorrumpian en ridículos y exagerados lamentos al ver pasar el cadáver.

Estos lamentos llegaron hasta la habitacion de Enoe, la egipcia, y la curiosidad la llevó hasta la ventana.

Al asomarse reconoció el cadáver de su amante, y lanzando un grito cayó desmayada sobre el duro pavimento de su cuarto.

El séquito salió de la ciudad, llegó al castillo de Hircanion, y el cuerpo del malogrado príncipe, siguiendo las órdenes de Herodes, fué enterrado modestamente en una de sus cuevas.

Aquella noche Cingo entró como siempre en la habitacion de su señor.

El rey seguia enfermo: era casi un cadáver; pero al ver á su esclavo favorito, se incorporó sobre sus brazos y le dijo:

—¿Y mi hijo?

—Ya no existe, señor.

—¿Se han cumplido mis órdenes?

—Exactamente.

—Gracias, leal esclavo.

Cingo saludó.

—Toma... te esperaba, y por eso he mandado á Ptolomeo que me trajera esa cantidad de oro.

Y Herodes alargó á su esclavo un pesado saco repleto de monedas.

—Señor... murmuró Cingo besando aquella mano que le enriquecia.

—Ahora ya eres libre, volvió á decir el rey.

—Nunca mientras tú vivas.

Herodes le indicó que podia retirarse, y el esclavo obedeció.

El feroz idumeo, al quedarse solo, lanzó una mirada de gozo á la corona que tenia en la mesa de su alcoba, y luego se quedó dormido con la sonrisa en los labios.

Al siguiente dia, cuando sus cortesanos entraron á enterarse de su salud, les dijo con una calma inesplicable:

—Esta noche he dormido muy bien; hacia mucho tiempo que no habia disfrutado de un sueño tan dulce, tan tranquilo; creo que estoy mejor.

Afortunadamente, aquel padre feroz, aquel rey inhumano, se engañaba: aquel reposo era el reposo de la muerte, la calma del sepulcro que llegaba por su maldita existencia.

CAPITULO II.

La agonía de un verdugo.

Mientras tanto, los príncipes y los nobles de Israel se reunian en Jericó, obedeciendo el edicto de su terrible señor, y Ptolomeo, què era el encargado de recibirles, les iba conduciendo al hipódromo, de donde tenian prohibida la salida hasta nueva órden de Herodes.

Los hebreos, á quienes la barbarie del rey tenia atemorizados, se preguntaban en voz baja la causa de aquella reunion; pero su curiosidad quedaba en alto, pues era un secreto que nadie sabia.

Así trascurrieron cuatro dias mortales para aquellos afeminados descendientes de Jacob.

El valor de los macabeos se habia estinguido en el corazon de los hijos de Israel.

Sufrieron el afrentoso yugo que sobre ellos pesaba con las lágrimas en los ojos y el vergonzoso silenció del miedo en los labios.

Mas de diez mil judíos se habian reunido en pocos dias en el hipódromo.

En otro tiempo, ciento sesenta años antes, le bastaron ochocientos campeones al terrible Júdas Mácabeo para combatir con Báquides y Alcino, que marchaban contra Jerusalen al frente de veinte mil soldados.

El camino de Gálgalo, los campos de Masalot, presenciaron el fabuloso arrojo del hijo de Malatías.

El hipódromo de Jericó fué testigo del afrentoso miedo de los descendientes de aquellos héroes que vencieron á los seleuciades.

A Júdas le faltó un Homero para ser el héroe mas grande, mas fabuloso del mundo.

En cuanto á los príncipes de Israel, su cobardía era tanta, que bastaba una órden de Herodes para hacerles temblar. Mas tarde la maldicion de Dios debia expatriarlos como una raza maldita por el universo.

Dejemos por unos instantes á los nobles de Israel llorando su suerte, envueltos en sus *talets* y sus capas triangulares, y entremos por la vez postrera en el camarin del rey tributario.

Cuatro eran las personas que rodeaban el lecho del moribundo: Salomé, su hermana; Alejo, su cunado; Achiab su nieto, y Archelao, su hijo.

Los médicos, despedidos en un momento de furor por el real enfermo, esperaban en la cámara inmediata tal vez su sentencia de muerte.

Herodes estaba horrible.

Gritos de desesperacion, blasfemias espantosas, amenazas terribles brotaban de su contraida y repugnante boca.

El lobo cojido en el cepo, el leon emparedado en la cueva

HERODES.

de la hiena, no lanzan mas terribles miradas, ni ahullidos tan feroces como el verdugo de Belen en el momento de su agonía.

—¡No quiero morir, no quiero! Exclamaba retorciéndose en su lecho de púrpura, como un poseido, y arrojando miradas espantosas en derredor suyo como si quisiera con ellas absorber la vida de los que le rodeaban. ¡Yo soy el rey, el señor, el dueño de Israel! Vuestra salud es mia, la necesito, ¿lo oís? Dádmela ó mando que os crucifiquen en lo mas alto de la torre Antonia, para que vuestros cuerpos sean pasto de las voraces aves de rapiña.

—Cálmate, hermano mio, le decia Salomé limpiándole con el suave lino el asqueroso sudor que inundaba la frente del monarca. La ciencia aun no ha perdido la esperanza de salvarte: confia, espera.

—¡Confiar, cuando la impotencia de los médicos se ha demostrado clara como la luz del dia! ¡Esperar, cuando los frios dientes de la muerte han hecho presa en mis entrañas y me las están arrancando de su sitio!

Herodes hizo un esfuerzo violento para incorporarse, y no pudiendo conseguir su intento dejóse caer en el lecho como la encina secular tronchada por el hacha del cortador.

Trascurrieron algunos minutos; el silencio de muerte que reinaba en la cámara real solo era interrumpido por el resuello ronco y fatigoso del enfermo.

Alejo indicó á su esposa que hiciera beber al rey del líquido que contenia una copa de oro que se hallaba en la mesa de cabecera, y ésta, despues de repetidas y cariñosas súplicas, logró que el enfermo obedeciera.

—Te obedezco, hermana mia, dijo el rey despues de haber bebido; pero todo es inútil: sé que me muero; mi vida se escapa por instantes de este frágil vaso en que se encierra... Mi único sentimiento ante la muerte cierta que me acaricia, mi horrible desesperacion al abandonar la vida, no es mi muerte: es el gozo, el placer, el grito de alegría con que será

saludada por el pueblo hebreo... Pero yo soy el rey, ¿No es verdad que soy el rey, y que en las doce tribus nadie se atreverá á desobedecerme?

—¡Quién puede dudar eso, señor! Le respondió su hermana. Mientras tú vivas, en tu reino no habrá mas ley que tu voluntad.

—Y despues de muerto se acatarán tus últimas disposiciones, dijo á su vez Alejo.

—¿No es verdad que sí? Y Herodes cojió á su hermana por el brazo y se la acercó á su lecho como para estudiar en sus miradas lo que acababa de decir.

Salomé palideció, porque el hedor que arrojaba el cuerpo del rey era insufrible.

Disimuladamente se cubrió la cara con un pañuelo empapado en esencia, fingiendo que se enjugaba las lágrimas.

—Puesto que aun se obedécen mis órdenes, continuó con fatigado acento Herodes, acercaos todos; y tú, Alejo, escribe en ese trozo de papiro sellado con mi anillo, porque voy á dictarte mi última voluntad.

Todos rodearon la cama del enfermo. Alejo se sentó, y disponiéndose á escribir dijo:

—Dicta, señor, ya te escucho.

—Querido Alejo, lo que voy á dictarte es el pensamiento mas feliz que mi real cabeza ha tenido durante sus treinta y nueve años de reinado: ya verás, ya verás. Sófocles hubiera escrito una gran tragedia á habérsele ocurrido: ya verás, ya verás. Y Herodes lanzó una carcajada horrible.

Aquella carcajada hizo temblar á los que la oyeron.

—Escribe, continuó Herodes despues de una pausa. «Es mi voluntad que el pueblo de Israel, que me ha aborrecido en vida me llore despues de muerto: y como esto parece algo imposible atendido el ódio que me profesa, á pesar de los beneficios que de mí ha recibido, mando que mueran degollados en el hipódromo de Jericó, los trece mil judíos que allí se hallan reunidos, tan pronto como yo espire, para que sus

familias, llorando su muerte, lloren al mismo tiempo la mia. (1)

Alejo escribia sin respirar; pero su mano temblaba, y el color de su rostro habia desaparecido.

—¿Qué os parece mi recurso?

—Señor... murmuró Salomé.

—Basta, hermana, basta; conozco tu intencion; pero ya sabes que soy inflexible; quiero que se cumpla mi voluntad, ¿lo entendeis? ¡Y ay del que incurra en mi enojo! ¡Ay del que desobedezca mis mandatos!

—Serás obedecido, señor, dijo Archelao con severidad.

—Gracias, hijo mio, esa obediencia me anuncia en tí que eres mi sucesor, un reinado digno del mio.

Alejo presentó el papiro, y el rey le firmó y selló con mano convulsa, exclamando:

—Es mi regalo de muerte... el pueblo de Israel verá que en la última hora de mi vida le he dedicado mi postrer pensamiento.

Alejo rolló el pergamino y se lo entregó á Archelao, diciendo:

—Toma, señor; cuando seas rey cumple á tu antojo la voluntad de tu padre.

Herodes agitó la cabeza varias veces como aprobando aquellas palabras, y despues dijo:

—Ahora hagamos la última prueba: puesto que los médicos no hallan el remedio para este mal que me devora, colocadme en una litera y conducidme rodeado de mis esclavos á la plaza pública.

—¿Eso es imposible, hermano mio!

—¡Imposible! ¿Hay imposibles para Herodes?

—Tu salud puede empeorarse, dijo á su vez Archelao.

—¡Bah! Yo soy un cadáver que habla y siente aun por una casualidad.

(1) Flavio Josefo.

—¡Es que no comprendemos qué bien puede producirte una medida tan estraña!

—¡Ah, no lo comprendeis! Pues yo os lo diré. Los caldeos tienen fama de sabios, ¿no es cierto?

—Sí, hermano mio, de todas las partes del mundo acuden los hombres de saber á la moderna Seleucia á admirar esos sabios, esos conocedores del globo celeste que con tanta precision marcan el misterioso rumbo de las estrellas, pero...

—Pues mira, hermana, los caldeos no tienen médicos: cuando uno de ellos se encuentra enfermo de gravedad y su familia pierde las esperanzas, le colocan en una litera cerrada de cristales y le conducen á la plaza pública y todos los que pasan tienen obligacion bajo penas muy severas de acercarse al enfermo y enterarse de la clase de mal que padece, y entonces, si hay alguno que se ha encontrado en el mismo caso, indica á sus parientes el método que siguió para recobrar la salud.

—Eso es un absurdo, murmuró Alejo.

—Será lo que quieras; pero te advierto que en ninguna parte del mundo llegan á mayor vejez los hombres que en las orillas del Eufrates, en la tierra de Us y en la Arabia Feliz: porque allí se curan por la esperiencia y la caridad, y no por la ciencia y el interés.

—Perdona, señor, si no te obedecemos en estos instantes, se atrevió á decir Archelao: seria una imprudencia.

Herodes, acostumbrado á ser obedecido durante su reinado hasta en las cosas mas absurdas, miró á su hijo con asombro, y luego exclamó:

—¿Quién se opone aquí á mi voluntad?

—Yo, dijo con energía su hijo, y sin bajar los ojos. Yo, porque creo que es un deber de hijo y súbdito leal desobedecerte.

—¡Tú, tú! exclamó de un modo feroz; y dirijiéndose á su cuñado continuó: ¡Llévate á ese borracho!

Archelao, que mas tarde demostró que tenia tan negra

el alma y tan sanguinario el corazon como su padre, se cruzó de brazos, y con una calma impropia de la situacion dijo:

—Los insultos se convierten en alabanzas cuando se tributan á un hombre que cumple con su deber: Alejo no pondrá sus manos sobre mi ropa, porque Alejo sabe que no debe obedecerte.

Herodes se pasó las manos por los ojos como si despertara despues de una pesadilla estraña, inverosímil.

Despues se cubrió la cabeza con la colcha y empezó á maldecir á todos los que le rodeaban.

De repente arrojó lejos de sí la ropa que le cubria, y con un movimiento brusco y nervioso saltó de la cama al suelo; pero estaba débil y no pudo tenerse en pié, cayendo despues de tambalearse un segundo sobre la mullida alfombra.

Todos corrieron á levantarle; pero el les rechazó con un ademan de cólera.

Su rostro estaba mas horrible que nunca; sus palabras eran un ruido ronco é ininteligible; temblaba como si un frio interior le helara la sangre, y, sin embargo, un copioso sudor se deslizaba por todo su cuerpo.

Salomé corrió á la estancia inmediata en busca de los médicos; pero cuando éstos llegaron, el auxilio de la ciencia era inútil.

Herodes el idumeo, el azote de Israel, el verdugo de los hebreos, habia muerto.

Su agonía fué terrible como un castigo de Dios: puede decirse que duró dos años.

Su cuerpo fué devorado en vida por la podre y los gusanos.

En los últimos momentos de su vida, acosado por los remordimientos y los agudos dolores del mal que le devoraba, hacia que sus innumerables nietos rodearan su lecho de muerte, complaciéndose en arreglar los matrimonios de aquellos infantiles vástagos reales á quienes su puñal sangriento habia dejado huérfanos.

El idumeo solicitaba las caricias de aquel puñado de niños como si de ellos pendiera su felicidad eterna; pero el rostro ulcerado y fétido del enfermo repugnaba á los niños, demostrando su repugnancia con la franqueza peculiar de esa edad en que todo se dice porque se ignora el valor de las palabras.

Dios quiso negarle hasta el cariño de aquellos ángeles.

Su muerte fué un grito de alegría para Israel.

Solo un sér lloró la muerte de aquel tirano: Cingo su esclavo.

Su familia no derramó ni una lágrima, no exhaló ni un surpiro de dolor.

. . . . . .

El entierro de Herodes fué fastuoso. La tradicion solo recordaba uno que se le pareciera: el de Salomon.

Archelao mostró gran esmero en las honras funerarias de su padre.

Puso el cadáver en un lecho de oro labrado con perlas y piedras preciosas; el estrado guarnecido de púrpura; *el cuerpo vestido de oro y grana, traia una corona en la cabeza y un cetro real en la mano derecha; al rededor de la cama estaban los hijos y los parientes; despues todos los de su guardia, un escuadron de gente tracia, de alemanes y franceses, todos armados y en órden de guerra, iban delante; todos los otros soldados seguian á sus capitanes despues muy convenientemente; quinientos esclavos y libertos traian olores: y así fué llevado el cuerpo camino de doscientos estadios* (1) *al castillo de Herodion donde fué sepulado segun sus órdenes* (2).

Y, cosa estraña, Herodes, el viejo lobo de Israel, el corazon malvado que nunca se saciaba de verter sangre, el feroz verdugo de los hebreos, amaba á las artes con delirio.

Durante su azaroso reinado, levantó el derruido templo de Zorobabel; edificó las ciudades de Sabasto y Cesárea en

(1) Aproximadamente ocho leguas castellanas.

(2) Flavio Josefo, *Guerra de los Judios*, Lib. I, capitulo XXI.

honor de Octaviano Augusto; reparó los monumentos de Atenas; reedificó en Rodas el templo de Apolo Pitio; construyó palacios en Ascalon, baños públicos en Trípoli, Damasco y Tolemaida; cercó de muros la ciudad de Biblio, é hizo lonjas, cátedras, templos y plazas en Tiro, Berito y Sidonia; dió premios en los juegos olímpicos, y pensionó poetas en Roma; hizo teatros, acueductos y hermosas lagunas.

Las artes y la crueldad pocas veces se han unido.

Herodes fué el enemigo de los hombres, el azote de la humanidad; pero debemos ser justos con su memoria: pagó tributo á los artistas, admiró á los poetas, dejó monumentos admirables.

Esto le valió el renombre de Grande. Sus crímenes le han disputado este glorioso apodo recordando las célebres palabras del César Augusto cuando supo la terrible venganza de Berito: *Mas vale ser cerdo que hijo de Herodes.*

CAPITULO III.

¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!

Herodes murió al amanecer, y á las doce de aquel mismo dia, Archelao su hijo, seguido de los jefes legionarios y todas las dignidades de la corte de su padre, se presentó en el hipódromo.

La guardia pretoriana sabia el régio acontecimiento, y habia pronunciado en voz baja el grito de—¡El rey ha muerto!—y esperaba á su nuevo señor para aclamarle y recibir el pago de su sumision.

Los infelices judíos temblaron ante el séquito real: los soldadas romanos empuñando sus armas, se formaron para saludar á su futuro rey.

Los primeros temian una sentencia de muerte; los segundos esperaban un puñado de oro que afianzara mas su fidelidad.

Ptolomeo desarrolló con calma un largo pergamino, é indicando con un ademan que guardaran silencio, leyó con voz grave el testamento del difunto rey, en el que se nombraba á su hijo Archelao heredero de su corona; pero espresando que esto seria despues que el César Octaviano Augusto, su protector, lo confirmara.

Leida la última voluntad de Herodes, resonó por todo el anfiteatro el grito de ¡Viva el rey Archelao!

El jóven monarca saludó con amabilidad á la multitud.

El gozo, el placer, saltaban á borbotones por su semblante.

Era rey por la voluntad de su padre, y esta voluntad la confirmaba la espontánea aprobacion de sus soldados.

Quedaba en verdad un obstáculo que vencer que el César confirmara el testamento; pero Archelao sabia de sobra que el oro de Israel hacia tiempo que ablandaba el corazon de los señores de Roma.

Mientras tanto los soldados legionarios le juraron fidelidad como á su padre, y Archelao, que seis años mas tarde debia caer del trono por sus crueldades, quiso una vez en su vida mostrorse clemente para conquistar por este medio el aprecio de los israeltas.

Mandó leer á su tio la última sentencia de su padre, y el temor, el asombro se estendió por entre los pobres prisioneros.

Los desgraciados se rasgaban las vestiduras con desesperacion. Otros caian llorando á los pies de Archelao, pidiéndole con los gritos del miedo la vida que su padre con tan increible inhumanidad les mandaba quitar.

Archelao, enmedio de aquel desórden, de aquella confusion, de aquellos lamentos interminables, agitó el pergamino en el aire y mandó que guardaran silencio.

Callóse la aterrada muchedumbre, y él habló de este modo:

—¡Nobles de Israel! Ilustres primogénitos de Judá, nada temais! Mi reinado, si es que al César nuestro señor le place que yo os gobierne, no empezará con un crímen tan horrible, con un asesinato tan espantoso. Yo quiero vuestro cariño y no vuestro ódio, quiero vuestras bendiciones y no vuestras amenazas: mi padre os sentencia á muerte, yo os salvo la vida. ¡Libres sois! ¡Podeis abandonar el hipódromo cuando os plazca! Y diciendo esto rasgó el pergamino é hizo volar por el aire sus pedazos.

Imposible seria describir el entusiasmo de aquellos infelices.

Caminar hácia la muerte y encontrarse con la vida es una alegría que no tiene palabras con qué describirse.

Archelao fué llevado en triunfo á su palacio, y su reinado tuvo un comienzo que bien pronto desmintió la podrida y perversa sangre que circulaba por sus venas.

Herodes el Grande fué conducido al sepulcro con un lujo, con una ostentacion tan desusada en aquellas épocas, que los israelitas solian decir:

—¡Quién comiera como el rey Asuero, y fuera enterrado como el rey Herodes!

Asuero dió banquetes que duraron cien dias. Archelao hizo fiestas por la memoria de su padre en todo Israel, y el número de las plañideras que acompañaban al cadáver subia á cinco mil; pero aquellos lamentos, aquellas lágrimas compradas con el oro de sus víctimas no subieron al cielo.

Los primeros cuidados del nuevo rey al tomar las riendas del poder, fueron mandar emisarios á Roma cargados de preseas para inclinar al César en su favor, y buscar el tesoro que segun voz pública tenia el idumeo enterrado.

Los embajadores fueron mas afortunados que los buscadores de oro.

Octaviano Augusto reconoció á Archelao por rey de Judea; pero el tesoro no pudo encontrarse.

Un rey pobre se halla mas espuesto á ser destronado que un rey rico.

Archelao habia comprado el ejército legionario á fuerza de oro.

La bolsa de los soldados del Tíber estaba repleta; la del rey vacía: era pues indispensable recurrir á los impuestos.

Israel sintió el primer golpe real que caia atronador sobre sus arcas.

Gimió y pagó.

El primer decreto de su nuevo rey le costaba oro; el segundo le iba á costar sangre.

CAPITULO IV.

Fuego entre cenizas.

Cingo habia terminado su mision en Israel al pié de la tumba de Herodes.

Libre y rico, pensó en su patria.

Su leal servilismo, su carácter enérgico y salvaje, el favor de que habia disfrutando durante doce años al lado del idumeo, le habian creado enemigos en Judea.

Archelao, el jóven rey, le odiaba: así es que cuando le pidió permiso para abandonar la tierra de Jacob, el jóven monarca, encojiéndose de hombros, le contestó con desprecio:

—Véte cuando te plazca; para nada te necesito.

El negro se mordió los labios, dobló su cabeza y salió de la cámara real sin murmurar ni una sílaba; pero aquel desprecio le quemaba el corazon.

Hubiera dado toda su fortuna por arrancarle la lengua á aquel mancebo que le ofendia.

Desde aquel dia pensó en su patria, en el ardiente sol de Africa, en las salvajes cacerías del desierto, en la tienda del árabe, en las tranquilas noches de Tchad y en la hermosa libertad de los hijos de la Libia.

Resuelto á no servir de instrumento á ningun tirano, ansiando echarse en brazos de la voluptuosa pereza tan encarnada en la sangre de los hijos de Africa, comenzó á hacer sus preparativos de viaje.

Todo estaba dispuesto ocho dias despues.

Dos fornidos dromedarios esperaban en una casa de los arrabales de Jericó el momento de la partida.

La travesía era larga, pero Cingo no olvidó nada. La tienda, los odres para el agua, las cajas para las provisiones, las mullidas pieles para la noche, los matelots para los aguaceros, y los perros guardadores del sueño.

Sin embargo, no partía, porque una cosa le preocupaba hasta el punto de robarle el sueño: Enoe.

La hermosa egipcia vivia con él en la casita del arrabal, dócil, sumisa, obediente: mas que un sér vivo parecia un autómata desde la muerte de Antípatro.

Jamás desplegaba los labios. Su eterna melancolía, su inmovilidad, su retraimiento, desconcertaban al feroz negro, el cual no se atrevia á molestarla ni con su conversacion.

Ella no ignoraba que su amante habia sido asesinado por Cingo, y sin embargo, sus labios no pronunciaban ni una queja, ni una reconvencion.

Llorar, permanecer horas y horas acurrucada en un rincon de su aposento con las manos cruzadas sobre sus rodillas y la mirada fija en el suelo, era su vida.

Así trascurrieron algunos dias.

Cingo procuraba en vano descifrar el pensamiento de aquella jóven encantadora, que hacia latir y estremecer su corazon de acero.

Débil como un niño ante la indiferente hermosura que le despreciaba, no se atrevía á dirijirle la palabra por no molestarla en sus profundas reflexiones.

Falto de resolucion ante el dolor y el ensimismamiento de Enoe, Cingo no se atrevía á emprender el viaje.

Partir sin ella era de todo punto imposible, porque la amaba con delirio; y dejarla en Judea era dejar la mitad de su vida, todas sus ilusiones, todos sus hermosos sueños de felicidad.

Esperar una recompensa para el amor que devoraba su pecho, era casi un imposible.

Cingo comenzaba á sentir un vacío en su cerebro.

Temió volverse loco, y una noche, resuelto á arriesgar el todo por el todo, sentándose al lado de la esclava la habló de este modo:

—¿Sabes, Enoe, que voy á abandonar la tierra de Israel?

—Haces bien, si no tiene encantos para tí.

—El ave del desierto quiere libertad: ¿y tú, Enoe qué quieres?

—¿Yo?... nada... me sobra todo porque me falta él.

—Mucho le amabas.

—Era mi vida.

—El tiempo y las distancias dicen que son grandes remedios para las dolencias de amor.

—El amor que vive en el alma, muere en el sepulcro y vuelve á renacer en el paraiso.

—¿Qué haria yo para consolar tus penas?

—Llorar conmigo.

—Las lágrimas afrentan á los hombres.

—Pero embellecen á la mujer.

—¡Si tú me amaras, Enoe!... Y Cingo dejó caer esta frase con miedo.

La egipcia alzó sus hermosos ojos del suelo, y fijándolos con indefinible melancolía en el negro, exclamó despues de exhalar un suspiro doloroso:

—¡Amarte! ¿Se puede amar dos veces en la vida? No hay mas que un amor: el primero; como no hay mas que una existencia: la que recibimos al nacer.

—Los poetas de mi patria han escrito muchas historias en verso ponderando la escelencia del segundo amor.

—¡Pobres hombres! Lo que ellos creian amor era vanidad: lo que creian segundo era primero.

—Pero el hombre que logró apoderarse de tu corazon ya no existe.

—¿Y qué importa? ¿Por ventura, aunque la tierra le cubra con su capa impenetrable, aunque el sepulcro encierre sus cenizas para guardarlas en el silencio profundo de la muerte, aunque yo no le vea con los ojos del cuerpo, dejo de verle siempre con los ojos del alma? El amor de la realidad no existe.. ¡pero el amor de los recuerdos se alza mas grande, mas hermoso en mi corazon, en mi memoria!

Y Enoe plegó sus manos y alzó sus ojos al cielo como si á través del ahumado techo de la habitacion viera en los cielos la imágen querida del príncipe de Israel.

—Tú me aborreces, Enoe, murmuró Cingo, y ese ódio, ese desprecio que te inspiro reanima mas el fuego de amor que tu mirada dulce encendió en mi pecho.

—¡Aborrecerte! ¡Oh, pobre de mí! El ódio no cabe en mi corazon, porque todo él está lleno de amor.

Enoe mintió, y si el negro no hubiera estado tan áturdido, hubiera visto cruzar por las pupilas de la egipcia algo extraordinario.

—Pues bien: si no me aborreces, si te inspira lástima el eterno sufrimiento que tu frialdad me causa, exclamó Cingo con el entusiasmo del náufrago que ve cerca de sí una esperanza de salvacion, esta misma noche partirás conmigo á Africa.

—Iré donde me mandes, respondió con dulzura Enoe; tu voluntad es la mia. Tú respetas mi dolor: yo debo obedecerte.

Cingo se puso en pié; pasóse las manos por los ojos como si dudara de lo que oía, y luego estendiendo una mano á Enoe, la dijo con el tono medroso de un niño á quien su padre reprende:

—Si fueras tan buena que me dejaras estrechar tu mano en señal de amistad, de simpatía...

Enoe estrechó la mano del negro, y éste imprimió en ella un beso respetuoso.

Enoe se estremeció como si un boton de fuego la hubiera quemado; pero el negro era tan feliz que nada observó.

—Si quieres, Enoe, partiremos cuando el lucero matutino asome su luz hermosa por encima de las cumbres de Judá. Todo está dispuesto. Yo no me atrevía á emprender el viaje temeroso de ofenderte, porque tu voluntad es mi ley... ¡qué quieres! te amo como un insensato. En Africa seré tu esclavo; mi fortuna será tuya. Tú serás la señora, yo el siervo. Complacerte, acertar tus deseos, será mi único afan. Los dioses, propicios á mi pasion, hagan que un dia broten de tus labios sonrosadas palabras de amor para mí.

Cingo esperaba impaciente una respuesta, porque la condescendencia, la bondadosa resignacion de la egipcia le dejaba entrever una esperanza.

—Partiremos á esa hora, si es que así te place, respondió sin alzar los ojos del suelo.

—Tú no puedes pensar el bien que me hacen tus palabras: partir á mi patria y partir llevándote á mi lado ¡para qué mas ventura! ¡Oh, qué buena eres! No sé por qué me dice el corazon que he de ser muy feliz.

Enoe exhaló un suspiro. Cingo, loco de alegría, comenzó á recojer todo lo que creia indispensable para el viaje.

La egipcia miraba de vez en cuando al negro; pero sus ojos se fijaban á veces con una tenacidad particular en la

calabaza que colgaba de su cinto: diríase que con sus miradas queria absorber las pequeñas víboras que se agitaban en el seno de aquel vegetal.

—Mira, Enoe, voy á dejarte sola unos instantes: necesito llenar los odres de agua y cargar los dromedarios: pronto vuelvo: procura hallarte dispuesta para la partida.

Cingo salió entonando una cancion de su país. Enoe permaneció inmóvil en el mismo sitio, solo que, alzando los ojos al cielo, exclamó despues de lanzar un doloroso suspiro:

—¡Oh! ¡Cuánto tardas, momento deseado! ¡Antípatro, Antípatro! ¡Confía! Mi valor no desmaya, mi memoria está fresca como el dia de tu muerte.

Despues volvió á su habitual posicion: triste, inmóvil, llorosa, como la estátua de la amargura, con la mirada en el suelo y las manos cruzadas sobre las rodillas.

CAPITULO V.

El canto del cisne.

Algunas horas despues, Cingo y Enoe abandonaron la ciudad de Jericó.

El negro etíope, armado de una lanza tracia y un corto sable de Damasco en la cintura, con su traje árabe y el semblante risueño, montaba un poderoso caballo, regalo de su difunto señor. A su lado, rebujada en un manto rayado, Enoe cabalgaba encastillada sobre un dromedario, y detras de éste un camello de carga llevaba sobre su robusto lomo los pertrechos de viaje, la tienda y la fortuna de Cingo.

Caminaban al lado del negro dando saltos y ladridos de

contento tres de esos perros enormes de raza caldea que tan importante papel desempeñaban en las batallas.

Apenas salieron de la ciudad, tomaron la vía romana que cruzando la Samaria y parte de la Galilea conduce á los viajeros del interior á las riberas marítimas del mar Occidental, donde pensaba Cingo hallar algun navío de trasporte que le condujera á la costa de Africa.

La luz de la aurora comenzó á desplegar sus poéticos celajes sobre los fértiles y floridos campos de la ciudad de las rosas, y el aire embalsamado con el perfume de las violetas que festonean las orillas del Jordan llegaba hasta los viajeros.

Los pájaros cantaban desde los árboles, y las tórtolas arrullaban desde las altas copas de las encinas y en los lentiscos de las praderas.

Todo respiraba vida, amor, poesía; porque aquella mañana era una mañana de mayo, mes de las flores y los perfumes, porque los ángeles le envian su sonrisa desde los cielos y Dios la bendice desde su trono enviándola algunos destellos de su luz divina.

—¡Qué mañana tan hermosa, Enoe! decia Cingo. Todo sonrie en torno nuestro: solo tú conservas esa eterna melancolía que me desespera. ¡Oh, tú no puedes comprender lo que yo haria por verte alegre, feliz!...

Cingo calló, porque Enoe respondió á sus palabras con un suspiro.

Pasaron algunos segundos.

—¿Ves esas nubécillas de color de ópalo, volvió á decir el negro, que asoman por Oriente? Pues en mi tierra cuando mis hermanos se disponen á elevar su oracion matinal y ven la salida del sol precedida por esas nubecillas, se tiene por buen agüero, y las caravanas dispuestas para cruzar el Desierto emprenden su penoso viaje con la alegría en la faz, la esperanza en el corazon y los cantares en la boca. Canta, sí, Enoe, rie, desecha la tristeza porque los dioses inmortales nos auguran una feliz travesía.

—Sí, tienes razon, Cingo, debo cantar. Cuando era niña me levantaba con el alba y unia mis trinos con los de los pájaros que andaban en la orilla del rio santo. Voy á ver si recuerdo una cancion de mi infancia.

—Tu voz encantadora resuena en el espacio levantando un eco dulcísimo en mi corazon. Canta, Enoe, canta. Ya te escucho.

Hubo un momento de silencio durante el cual la egipcia parecia recordar los versos del cantar de su infancia.

Por fin, precedido de un lamento prolongado, cantó el siguiente romance con una entonacion triste como el gemido de un cisne moribundo:

—¿A dónde vas, Dario mio?
—Edna, á la guerra me voy,
Que ya el ejército persa
En nuestras tierras entró.
—No te vayas, no me dejes;
Te lo pido por mi amor.
Por los manes de mi madre,
En el nombre de tu Dios.
—De Gizeth en las llanuras
Ya sus tiendas levantó
Un ejército estranjero
Que mancilla nuestro honor.
Nada temas, Edna mia,
Yo tornaré si me voy.
Júpiter me da su apoyo,
Minerva su proteccion.

—

Edna llora, Dario parte,
Y pasa un sol y otro sol.
Y Edna su llanto no enjuga,
Y Dario no torna, no,

—

Desde entonces la doncella
Busca en vano á su amador
Por las orillas del Nilo,
Por los bosques de Nicot.
Triste tiene la mirada,
Triste tiene el corazon,
Triste su hermoso semblante,
Triste el eco de su voz,
Que repite:—¡Dario! ¡Dario!
Piensa que muriendo estoy;
¡Torna pronto! ¡torna pronto!
¡Te lo pido por mi amor...
Por los manes de mi madre,
En el nombre de tu Dios!

Calló la egipcia. Su voz perdióse en lontananza como el gemido del céfiro entre las pobladas ramas de los sauces. Dos lágrimas resbalaron por sus tersas mejillas. Su hermosa cabeza cayó sobre su pecho, doblada como la pura sensitiva ante los calorosos rayos del sol de Mediodia.

Los dos perros que saltaban al rededor de su camello, apenas se estinguió el triste canto de la voz de Enoe, lanzaron un prolongado y fúnebre aullido que fué á perderse fatídicamente entre las concavidades de los barrancos.

Cingo era árabe y por lo tanto supersticioso. La cancion de Enoe, el aullido de los perros, le hizo estremecer y sintió que la sangre de sus venas se helaba.

Entonces, no hallando palabras en su lengua, quiso desimpresionarse del fatídico estupor que le habia sobrecojido, y clavando el acicate en los ijares de su corcel, partió á galope, haciendo en su carrera mil evoluciones que demostraban que era un ginete consumado.

Los camellos imitaron el galope del caballo, los perros saltaron al rededor de los camellos; todos corrian y corrian

sin desplegar los labios, preocupados, tristes, meditabundos.

La cancion de Enoe habia producido un efecto melancólico.

La aurora de aquel viaje se habia presentado risueña, tranquila. Pero aquellas nubecillas de color de ópalo se habian trasformado en pardos nubarrones de color feo y amoratado. Cuando el sol salió, no pudo lanzar sobre la tierra sus rayos vivificadores, porque estaba nublado.

Mientras tanto Cingo corria y corria, mas para aturdirse que por correr, y detrás de él los camellos, levantando sus chatas cabezas, aspirando el aire y enseñando sus blancas murallas de dientes, y los enormes perros, ora delante, ora detrás de la pequeña caravana, galopaban tambien dando saltos y ladridos, como si quisieran preguntar el motivo de aquella marcha violenta.

De repente se rasgaron las nubes y un rayo cruzó el éter dejando en pos de sí una culebra de fuego.

El caballo de Cingo se encabritó. Los dromedarios lanzaron un resoplido medroso, augurando la vecina tempestad.

Un trueno sordo y lejano rodó en las nubes, y algunas espesas y gruesas gotas cayeron sobre la tierra.

El negro contuvo su caballo y se paró.

Los camellos hicieron lo mismo.

Los perros se echaron en el suelo conla lengua dilatada, la respiracion fatigosa y los ijares latientes.

—Antes de mucho el agua caerá á torrentes sobre nostros,Enoe; es preciso echar pié á tierra y levantar la tienda, dijo Cingo.

—Como gustes, respondió la egipcia con indiferencia.

El negró echó pié á tierra, ató el caballo al tronco de un árbol, y luego, acercándose al dromedario de Enoe, le tocó con la lanza en las nudosas rodillas, y el dócil animal se echó para que bajara la egipcia.

Con una rapidez asombrosa, el negro alzó la tienda colocándola junto á la falda de un montecillo resguardada del levante que traia sobre ellos la tempestad.

Luego estendió unas pieles y dijo á la esclava:

—Entra: la lona de la tienda tiene una preparacion que rechaza el agua. Bajo su techo te hallarás tan al abrigo de la lluvia como en el palacio de un rey.

Despues ató los camellos junto al caballo y mandó á los perros que no se movieran de allí: y los canes, avezados á vigilar el sueño de la caravana fueron á echarse á veinte pasos del árbol que servia de refugio á los herbívoros, cual si la hora de su atalaya hubiera llegado.

Cingo entró en la tienda donde ya se hallaba Enoe, y cerró tras sí la puerta de lona con las fuertes correas de piel de toro.

No parecia sino que las nubes esperaban que el negro terminara su faena para descargar sobre la tierra las hirvientes cataratas que encerraban en sus flotantes senos.

Pocos minutos bastaron para que el dia que se presentaba hermoso, claro, lleno de poesía y de luz, se convirtiera en un dia de horible tempestad, de furiosos vientos, de mares de agua.

En Oriente estos cambios de tiempo son muy comunes. Cingo conocia el pais y se dió prisa, pues sabia que bastaba un segundo para que los hermosos rayos del sol se cambiaran en torrentes de agua.

Los dromedarios y el caballo se pegaron al tronco del árbol secular que les servia de tienda para librarse del mar de agua que el cielo derramaba sobre ellos.

Los perros no se movieron del sitio que les habia indicado su amo.

CAPITULO VI.

Bajo una tienda.

Cuando el etíope entró en la tienda, la egipcia se hallaba sentada sobre una piel, con su postura habitual, es decir, la vista en el suelo y las manos cruzadas sobre las rodillas.

Cingo la contempló unos instantes, y luego haciendo un movimiento de hombros como el hombre que se decide á revestirse de paciencia, sentóse tambien, aunque algo apartado de su compañera de viaje.

—La tormenta durará poco, dijo casi hablando consigo mismo y dando golpecitos con los yemas de los dedos sobre la piel que les servia de alfombra. Pero hemos corrido mucho y un descanso no les vendrá mal á los trasportes y

al caballo... Si tú estás cansada, pasaremos parte de la noche en esta tienda.

—Yo solo tengo derecho á obedecer, respondió Enoe.

—Eres muy cruel.

—¿La condescendencia es crueldad en tu tierra, africano?

—No; pero la indiferencia despedaza los corazones ardientes y apasionados como el que siento latir en mi pecho.

—¿Y qué me importa á mí que tu corazon se despedace cuando el mio está hecho cenizas desde el instante en que bajó mi dueño al sepulcro?

Cingo abrió los ojos desmesuradamente, se puso en pié y cruzando los brazos sobre su agitado pecho, exclamó con ira reconcentrada:

—¿Sabes que tus palabras pueden convertir á la mansa oveja en lobo feroz?

—¡Eso es una amenaza!

—Es una advertencia que puede servirte de mucho.

—El rey poeta, el padre de Absalon, el de los largos cabellos dijo: «Las reprensiones suaves quebrantan la ira: las palabras duras escitan el furor». No olvides estas palabras del sabio Salomon.

—¡Oh! ¿Qué mas humildad quieres en el hombre que te ama? dijo el negro juntando las manos con ademan suplicante.

—¿Qué mas resignacion esperas de la mujer que te aborrece? Respondióle la egipcia lanzándole una mirada altiva que hizo estremecer al negro.

—Enoe, Enoe, piensa que estamos solos; que soy el mas fuerte, y que hasta el ruido poderoso de la tempestad está en favor mio, porque apaga la voz humana.

Enoe se encogió de hombros y cerró los ojos, inclinando la cabeza sobre un almohadon, murmurando:

—¡Bah! Tú no me harás daño; lo sé... déjame dormir; me molesta la conversacion; estoy cansada.

Cingo se hallaba desorientado ante aquella jóven; así es

que lanzó un rugido y se dejó caer en uno de los estremos de la tienda, ocultando su cabeza entre sus manos sin duda para no verla.

Mientras tanto, Enoe, triste como siempre, tranquila como nunca, seguia reclinada sobre el cojin con los ojos cerrados.

Para un hombre, como Cingo, una mujer como Enoe era la desesperacion.

El feroz negro, viéndose siempre vencido, derrotado por aquella débil niña, estaba fuera de sí.

Las ideas se sucedian en tropel en aquella imaginacion inculta, salvaje.

Tan pronto pensaba obligarla á obedecer sus mandatos por el poder de la fuerza, como se le ocurria caer á sus piés y llorar con ella la muerte del venturoso príncipe que aun despues de muerto reinaba en su corazon.

Hay tempestades en el cerebro que devastan y dejan señales en el sér humano como el paso del huracan en un campo de espigas.

Cingo tenia la tempestad de su amor, de sus celos, de su ira, de su benevolencia dentro de su cráneo. Estas pasiones, estos sentimientos luchaban sin piedad, á muerte. El pobre tuvo miedo de volverse loco y se puso en pié como el cazador que oye el bramido del leon y se dispone á afrontar el peligro frente á frente.

—Sí, murmuró, de mi estado á la locura no hay mas que un paso. Es preciso desechar este monton de ideas que se agitan en mi mente... Yo no he sentido esto nunca; no quiero sentirlo ahora: no debo sentirlo jamás, si es que anhelo ser feliz. Soy el mas fuerte, soy el señor: mi voluntad será ley. Compadecerse del que nos desprecia, amar al que nos aborrece, enaltecer al que nos humilla es una bajeza, un oprobio... Afortunadamente creo que aun estoy á tiempo para correjir las torpezas que he cometido. Y esa mujer... ¡Oh, esa mujer... desgraciada de ella!

Cingo, á pesar del reducido espacio de la tienda, se paseó ó por mejor decir, dió vueltas como la hiena al rededor de un cadáver desenterrado.

—El vino es un buen consejero en los casos graves de la vida, volvió á decirse; y despues sus vapores consuelan y nos hacen olvidar las penas: bebamos, pues; y dirijiéndose á uno de los estremos de la tienda, desató un odre y vació una cantidad de vinò en un ánfora de barro.

Despues tomó un puñado de dátiles de la caja de las provisiones y un pedazo de torta, y fué á sentarse junto á la puerta en donde habia colocado la piel y un almohadon.

Una vez sentado, bebió un largo trago de vino y miró á Enoe.

—¿Quieres dátiles? Le dijo alargándole la mano llena de aquellas frutas.

La egipcia no respondió.

—¿Se habrá dormido?...

Al hacerse esta pregunta, á juzgar por el brillo de sus ojos y la espresion de gozo que asomó á su semblante, algun pensamiento horrible habia cruzado por su mente; pero al instante hizo una mueca de indiferencia con los labios y volvió á beber con avidez, murmurando:

—¡Bah! El tiempo es un gran remedio... y el vino una gran medicina para la enfermedad que yo padezco. Respetemos el luto del amor... y bebamos...

Despues de estas reflexiones, algo mas tranquilo, Cingo buscó una postura mas cómoda y continuó de aquella manera las repetidas libaciones.

Los vapores del vino comenzaron á producir su efecto; pero Cingo bebia y Enoe fingia dormir.

De repente los perros comenzaron á ladrar de un modo desesperado.

Cingo, con esa voz bronca y ligada de los borrachos, murmuró estas palabras:

—¿Qué es eso, Moloch? ¿Qué ocurre, Tifon? ¿Hay algun

curioso por los alrededores ... por qué ladrais, leales centinelas? Morded, despedazad, pero no me rompais los oidos con vuestros gritos desagradables.

Los perros continuaban con mas fuerzas sus ladridos.

—Veamos lo que ocurre, volvió á decir el negro; y no sin algun trabajo se puso en pié y, cojiendo la lanza, salió de la tienda.

Enoe abrió los ojos al verse sola; se puso en pié, recorrió la tienda con precipitacion buscando algo que no encontraba, y luego, volviendo á colocarse en la misma posicion, dijo cerrando los ojos:

—Espera, espera, amor mio, yo no duermo jamás.

Cingo, apoyado en su lanza, recorrió los alrededores de la tienda: pero no halló nada.

La tempestad se habia disipado; los rayos del sol de la tarde bañaban con su luz clara y radiante los pintorescos campos de la tribu de Efrain y las verdes riberas del Jordan.

Hácia el Norte destacábanse en lontananza las tétricas montañas de Samaria como un escuadron de jigantescos fantasmas. La tempestad se cernia aun sobre sus altas cumbres, encaminando su terrible cólera hácia las costas occidentales.

Cingo tornó á entrar en la tienda tambaleándose, y se dejó caer sobre su piel.

Algunos momentos despues dormia profundamente.

Su respiracion, fuerte y pausada, demostraba la calidad del sueño que la producia. Cingo dormia el sueño pesado y profundo del borracho.

La egipcia abrió sus hermosos ojos. Un rayo de sol, entrando por la puerta de la tienda, bañaba la negra y salvaje cara del esclavo.

—¡Cingo, Cingo! Dijo Enoe en voz baja.

El negro no se movió.

—¡Cingo, Cingo! Volvió á repetir en tono mas alto.

El etíope permaneció en la misma postura.

Entonces la jóven se levantó, y acercándose al dormido

volvió á repetir el mismo nombre; pero esta vez con acento mas fuerte y aplicando sus labios á los oidos del durmiente.

El negro se estremeció, pero sus labios permanecieron cerrados.

—Duerme, se dijo Enoe, duerme profundamente como si fuera el sueño de la muerte; y una sonrisa de gozo iluminó el semblante de la jóven.

Cingo habia dejado sus armas á la distancia de su mano, y Enoe cojió un cuchillo.

Despues, colocándose de rodillas al lado del negro, con una mano se apoderó de la pequeña calabaza que contenia las víboras, y con la otra, que tenia el cuchillo, cortó el cordon de seda que la sujetaba al cinto.

Dueña de aquella arma terrible, se puso en pié diciendo:

—Diente por diente, ojo por ojo. Ahora eres mio, africano feroz. Tu muerte es cierta y horrible como la de Antípatro, á quien voy á vengar. Mañana Belsebub, el dios asqueroso de las moscas, mandará sus repugnantes legiones para que saboreen la podrida sustancia de tu carne envenenada.

Rápida como una pantera saltó por cima del cuerpo del negro, y colocándose á la puerta de la tienda, destapó la calabaza y vertió todas las víboras en el pecho de Cingo.

Los venenósos reptiles comenzaron á estenderse agitando sus lenguas por todo el cuerpo: dos de ellas se enroscaron en el cuello del negro y clavaron sus aguijones en su carne; otra fué á picarle en los labios; otra en los ojos.

Con la alegría feroz de la leona que acaba de despedazar á la hiena que sorprende en la cueva de sus cachorros, se separó Enoe de la tienda, y desatando á los dromedarios y el caballo del tronco del árbol, montó en el suyo y dió el grito de partida.

Los dóciles camellos tomaron con paso grave el primer sendero que se abria ante su paso. El caballo siguió á los camellos saltando y relinchando. Los perros, con su mirada fosfórica, buscaban á su amo, y no viéndole, se encamina-

ron hácia la tienda con ese instinto leal tan propio de la raza canina.

Al llegar á la puerta se hallaron con el cuerpo del negro que se revolcaba por el suelo luchando por sacudir el pesado sueño del vino.

Los canes estendieron el cuello, dilataron sus narices olfateando el cuerpo de su amo; pero de repente sacudieron las orejas y retrocedieron unos pasos lanzando un aullido lastimero.

Habian visto á las víboras: su silbido imperceptible los horrorizaba. El leon huye de la víbora; todos los animales de la creacion, aun los mas feroces, las temen y evitan su encuentro cediéndolas el campo, porque su picadura es la muerte, y ellos lo saben por un secreto instinto.

CAPITULO VII.

Melodía fúnebre.

Los aullidos de los perros y las terribles punzadas de las víboras acabaron de despertar al negro, que haciendo un esfuerzo violento como para sacudir el pesado y horrible sueño que le subyugaba, se puso en pié y miró en torno suyo con ojos espantados.

—¿Y Enoe? Se preguntó á sí mismo. ¿Dónde estará? Y se llevó ambas manos al rostro para frotarse los ojos temeroso de no ver bien lo que veia.

Entonces sintió entre sus dedos un cuerpo estraño que le dió frio, y lo arrojó lejos de sí con repugnancia, lanzando un gritó horrible, desesperado, atronador, que fué seguido

de otro no menos espantoso que lanzaron los perros pues una de las víboras habia ido á caer sobre la cabeza de uno de ellos, é instantáneamente se habia sentido herido por el mortal aguijon.

—¡Las víboras! ¡Las víboras! Exclamó desesperadamente lanzándose fuera de la tienda. ¿A dónde está Enoe? ¡Miserable mujer! Yo necesito ahogarte entre mis brazos antes que el veneno que circula por mi sangre enfrie mi corazon.

Y Cingo corrió loco, desatentado, hácia el árbol donde habia dejado su caballo.

Y los perros le seguian detrás ladrando fúnebremente.

Y Enoe á unos cien pasos de la tienda, montada en su camello, se encaminaba hácia los vecinos bosques de Samaria, cantando con melancólica voz el romance de Edna y Dario:

No te vayas, no me dejes,
Te lo pido por mi amor,
Por los manes de mi madre,
En el nombre de tu Dios.

Cingo levantó la cabeza, y vió á Enoe; lanzó un grito de gozo, corrió á la tienda, pasó por encima de las víboras, empuñó la larga y pesada lanza, volvió á salir al campo, y se lanzó en seguimiento de la egipcia.

Ésta, sin dejar su patético canto, puso la cabalgadura al trote.

El negro veia alejarse á la jóven delante de él como una vision fantástica.

La rabia, la desesperacion, crecieron en su pecho viendo que aquella mujer que le habia burlado se escapaba á su venganza. Mas que una figura humana parecia un espectro infernal lanzado á la carrera por el soplo maldito del ángel de las tinieblas.

La espuma brotaba por su contraida boca. Sus ojos hundidos y relucientes tenian una movilidad espantosa. Sus

piernas, débiles por el vino y temblorosas por el veneno que emponzoñaba su sangre, apenas podian sostenerle.

Caia, pero tornaba á levantarse por su poderosa fuerza de voluntad, y á cada caida lanzaba blasfemias que los perros coreaban con sus aullidos.

Y Enoe corria delante, y corria Cingo detrás, y ladraban los perros de un modo horrible, saltando en torno de su amo.

—¡Espera, espera, Enoe! gritaba con infernal entonacion. Yo necesito antes de morir lanzarte al rostro mi lengua emponzoñada. ¡Espera, espera! Y tú, Sactis, diosa terrible de la muerte, deten su paso con tu emponzoñado aliento.

Pero Enoe, siempre á igual distancia, como si tuviera el maravilloso poder de medir el terreno que le separaba de su perseguidor, cantaba con impasibilidad:

Triste tiene la mirada,
Triste tiene el corazon,
Triste su hermoso semblante,
Triste el eco de su voz.

—¡Oh! Cesa, cesa ese canto maldito que me despedaza el corazon... exclamaba Cingo ahogado de fatiga.

Y Enoe, siempre con su melancólica voz, cantaba:

Que repite: Dario, Dario,
Piensa que muriendo estoy;
Por los manes de mi madre.

—¡Maldita seas! ¡Maldita la que te llevó en sus entrañas, maldito el fruto de tu vientre si un dia concibes, hasta la cuarta generacion! Exclamó Cingo lanzando un rugido!

Es que exhalaba el último soplo de su vida, y lanzando con una furia sobrenatural la pesada lanza que tenia en la mano, cayó desplomado y rodó por una pendiente, despedazándose el rostro al caer con los pedriscos que sembraban aquel terreno.

La lanza pasó silbando por encima de la cabeza de Enoe, pero la egipcia no se movió; vió caer á Cingo: cesó su canto y detuvo su cabalgadura, y alzando los ojos al cielo con dolorosa actitud, murmuró en voz baja:

—Amor mio, ya estás vengado.

Despues, queriendo cerciorarse mas, dirijió la cabeza de su dromedario hácia el sitio en donde habia caido el negro; y llegando á dos pasos del ensangrentado cuerpo, se detuvo de nuevo.

El etiope estaba horriblemente desfigurado.

Habia muerto; pero aun tenia los ojos abiertos y se agitaban sus párpados con una espantosa precipitacion.

Los tres perros le lamian las manos y el rostro aullando siempre.

—Sí, ya no existe, murmuró Enoe: su muerte ha sido horrible, espantosa. Mi pobre Antípatro debió sufrir mucho, pues murió del mismo modo que este miserable esclavo... ¡Oh, cuando pienso que tú, príncipe mio, señor de mi corazon, has muerto sin que mis besos cierren tus hermosos párpados, abandonado de los hombres y tal vez de los dioses inmortales, creo que mi venganza ha sido pequeña!... Y tú, cuerpo maldito de un sér que ya no existe... bien muerto estás en mitad de ese camino que te conducia al eden de tus eternas esperanzas, de tus contínuos ensueños.

Enoe se detuvo un momento.

Despues apartó su mirada del cadáver, y la elevó al cielo exclamando:

—¡Dioses del Olimpo, cerrad vuestro hermoso paraiso al espíritu de este malvado! ¡Lares protectores de mi familia, guiad por la senda de la vida á esta doncella abandonada.

Enoe hizo pasar su camello por encima del cuerpo inanimado de Cingo, y continuó su camino á merced de su cabalgadura.

A la querencias iguieron el camello de carga y el caballo. Los perros, mas leales, se quedaron junto al cadáver.

MUERTE DE CINGO.

El último rayo de sol poniente bañó con su luz poética y nacarada aquel horrible cuadro. Poco despues, las sombras de la noche que avanzaban por Occidente, cubrian con sus espesos mantos el lugar del crímen. El aullido de los perros y el melancólico canto de la egipcia surcaban la distancia que iba separando á la víctima de su asesino.

Despues, nada: sombras, silencio, soledad... porque Enoe ya no cantaba y los perros habian muerto sobre el cadáver de su amo envenenados como él por las mortales saetas de las víboras.

CAPITULO VIII.

Un caballero que roba en despoblado.

Dejemos á los muertos y sigamos á Enoe que hace tres horas caminaba sin saber á dónde.

Si la vista y el paso del dromedario no fueran la una mas perspicaz, y el otro mas seguro que el del hombre, indispensablemente el modesto y forzudo herbívoro que conducia á la egipcia hubiera caido en alguno de los profundos precipicios que rodeaban el camino que tan á su voluntad seguia; pero esto acontece pocas veces. Un árabe duerme sobre el encastillado lomo de su camello con la misma tranquilidad que á la sombra de una palmera ó bajo el pabellon de su tienda.

Enoe, abismada en sus reflexiones, en sus recuerdos, dejaba al prudente animal caminar á su antojo, porque le era indiferente cualquier punto de la tierra.

Caminaba, pues, al azar, sin pensar en lo que haria mañana: en su imaginacion solo existia el ayer, es decir: Antípatro y su amor.

Jóven y enamorada, sola en el mundo, habia cometido un crímen por el solo placer de vengar á su amante.

Su imaginacion entusiasta, ardiente, creia un deber lo que acababa de ejecutar.

No matar á Cingo, hubiera sido para ella una cobardía... mas que una cobardía una ingratitud; mas que una ingratitud, una falta de amor.

Estaba, pues, tranquila: no tenia remordimiento: no le amedrentaba lo que pudiera sobrevenirla, porque no pensaba como hemos dicho en lo porvenir.

El presente y el pasado, es decir, su amor sentido y su amor llorado, era todo lo que ocupaba su imaginacion.

Tenia diez y ocho años. Solo habia amado al príncipe Antípatro, de quien era esclava, esclavitud que mas de una vez habia bendecido acariciando los rubios y sedosos cabellos de su amante.

Abismada en el recuerdo de su amor, caminaba Enoe como dejamos dicho á merced de su cabalgadura, cuando ésta detuvo el paso á la revuelta de un barranco, y levantó bruscamente la cabeza.

Este movimiento inesperado hizo perder el equilibrio á la joven, é indudablemente hubiera caido al suelo si una mano vigorosa no hubiera obligado al camello á bajar el arqueado cuello, con lo que volvió á quedarse sentada tan á plomo y segura como poco antes.

Enoe vió á la claridad de la luna á un hombre parado delante la cabeza de su dromedario.

Aquel hombre era jóven y hermoso. Con su siniestra sujetaba al camello cojido del ronzal de cáñamo. Su diestra

empuñaba una jabalina corta de tres puas. Su traje era una especie de capa corta y un turbante con mangas que caian sobre sus hombros. Su barba era poca y muy clara, sin duda á causa de su juventud.

Nada tenia de temible ni desagradable aquella aparicion á media noche y en un barranco solitario.

—Buenas noches, Enoe, dijo el forastero con amabilidad y con una voz dulce y melosa como la de un cortesano de la reina Cleopatra.

—¿Tú me conoces? Preguntó la egipcia con asombro.

—Sí, pues ya ves que sé tu nombre.

—¿Y quién eres?

—Soy un caballero que roba en despoblado.

—¡Un ladron!

—Ese es el calificativo que se da en las ciudades á los hombres que tienen mi oficio; pero no me agravio por eso. Mercurio fué ladron y hoy es un dios de los paganos: bien es verdad que á tales creyentes no les sienta mal un dios tan deshonrado.

—Tú eres judío, puesto que hablas con desprecio de los dioses del Olimpo.

—Solo Dios es Dios, Enoe. Tú eres egipcia, y allí en vuestra tierra se alzan pedestales y se sacrifica á esas divinidades paganas fabricadas por la mano del hombre; pero yo soy hebreo y solo venero al Dios invisible de Abraham y de Jacob, porque ese Dios es el único, el solo, el verdadero.

—¿Y cuál es tu intento al cerrarme el paso?.. ¿Vienes por el oro que presumes conducen mis camellos?

—Vengo á servirte de guia, á ser tu amigo, tu hermano.

—Pero yo no te conozco... ¿Cómo sabes tú que yo pasaria por este sitio, cuando desde que el sol se ha ocultado camino á merced de mi camello?

—Comprendo tu asombro, y voy á satisfacer tu curiosidad mientras llega mi gente.

—Habla.

—Voy á complacerte. El sitio en que te hallas es la Samaria. Este barranco conduce á Sichen: es un atajo muy conocido por los camellos y los dromedarios de las caravanas. Sus rocas, calcinadas por los rayos del sol y el casco de las cabalgaduras, han sido heridas mas de una vez por las pisadas de la que te conduce. Ahora, enterada del terreno que pisa tu dromedario, continúo mi relacion, pues deseo satisfacer el asombro que leo en tu semblante, hermoso como el de una vírgen de Sion, sobre todo en este momento en que la luna refleja sobre tu frente.

Esta galantería hizo ruborizar á Enoe, sin que ella pudiese esplicarse el motivo.

El misterioso personaje continuó:

—Soy, pues, como te he dicho, un bandido, ó por mejor decir, capitan de una gavilla de bandoleros que infesta este escabroso país. Tengo espías en todas partes donde el comercio se esplota, y no sale una caravana de una ciudad de Judá sin que yo lo sepa. Hace algunos dias mis corredores me trajeron la nueva que el esclavo favorito del difunto rey Herodes, á quien el Dios de Jacob confunda, hacía los preparativos para emprender un viaje hácia las costas de Tiro, con el objeto de embarcarse en aquellas aguas para Africa, su país. Sin ser yo un sabio de Grecia, calculé que Cingo el esclavo no abandonaría la corte siendo pobre, como un galileo de la montaña, sin mas patrimonio que su matelot de pelo y su zuron de piel de cabra. Yo me hallaba en Jericó, sabia que todos los nobles de Israel se hallaban en el hipódromo; confiaba que en sus corazones no se habria estinguido del todo el recuerdo de su pasada gloria y el amor á su independencia, y queria contribuir á la salvacion de mi patria; pero me he engañado: los descendientes de Matatías ya no serán mas que esclavos cobardes y afeminados; pero esto no satisface tu curiosidad: dispensa si he divagado... Me hallaba, pues, como te dije, en Jericó, y supe cuando Cingo salió de la ciudad montado en su caballo y llevando dos dro-

medarios de carga, en uno de los cuales ibas tú. Entonces corrí á un bosquecillo inmediato en donde cuatro hombres de mi confianza me esperaban, y os seguimos á larga distancia. Luego sobrevino la tempestad: alzó Cingo su tienda y ambos os guarecisteis en ella: fácil nos hubiera sido entonces asaltaros, pero yo prefiero la noche al dia para ejecutar esa faena. Como con la lluvia y con la tierra húmeda los perros tienen mas viento, olfatearon nuestro rastro y ladraron. El esclavo, alarmado por los ladridos, salió á reconocer el terreno; pero nada vió y volvió á encerrarse en su tienda. Yo conocí que los perros eran un inconveniente para sorprenderos, y mandé á uno de los mios que les echara una pierna de carnero: porque el perro harto, rastrea menos. Mientras los perros comian me deslicé entre los arbustos y fuí á colocarme detrás de vuestra tienda. Desde mi escondite oia vuestra conversacion. Entonces supe por lo que hablásteis que tú eras Enoe, la esclava favorita del malogrado príncipe Antipatro; y como yo queria mucho á ese jóven, me propuse salvarte del furor del etíope. Luego ví que él bebia, y que tú no te meneabas fingiendo dormir. Por fin los vapopores del vino vencieron á Cingo, y entonces tú...

El bandido se detuvo, y despues de una pausa durante la cual Enoe nada dijo, continuó:

—Tú entonces vengaste á tu amante; yo monté en un caballo, partí á galope y vine á colocarme en este barranco á donde te ha conducido tu dromedario. Hé ahí por qué sé tu nombre y por qué me hallas en mitad de tu camino como una aparicion; pero no temas: yo sé respetar á la mujer, y ¡ay del que tocara á un solo pelo de tu ropa! Dimas el bandido sabria castigar su atrevimiento.

—No sé por qué tus palabras me inspiran confianza: soy tu prisionera. Condúceme á donde te plazca.

—No: eres una amiga. La mujer, los niños y los ancianos tienen un seguro en mi castillo. Nada temas. Libre serás el dia que quieras serlo, y conducida por mí ó por mis compa-

ñeros al sitio donde tú nos indiques. Antípatro se ha batido á mi lado contra los impíos. Yo sabré respetar su memoria en tu persona.

—Gracias te doy en su nombre, generoso bandido.

—Cumplo con un deber. Ahora sigue el paso de mi caballo, que la distancia que tenemos que atravesar es larga.

Dimas fué por su caballo: montó con la ligereza prodigiosa del árabe, y luego, acercándose á Enoe, le dijo:

—Vamos.

—Ya te sigo.

Una hora antes de amanecer llegaron al castillo de Hebal.

Enoe entró sin miedo en la tétrica fortaleza.

Apenas pasaron el rastrillo, algunos bandidos se acercaron para ayudarla á desmontar.

—Amigos mios, les dijo Dimas con dulzura, os presento á mi hermana. Tratadla como se merece.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE.

Pag.

INTRODUCCION. I

LIBRO PRIMERO.

Dimas.

CAPÍTULO PRIMERO.—El pueblo errante. 3
CAP. II.—Solo en el mundo. 9
CAP. III.—Trato es trato. 15
CAP. IV.—Los bandidos. 21
CAP. V.—Donde Dimas empeña su honra por pagar su puñal. . . . 27
CAP. VI.—Los cadáveres. 33
CAP. VII.—El bautizo de sangre. 41
CAP. VIII.—Un golpe en vago. 51

LIBRO SEGUNDO.

Estrella del Mar.

CAPÍTULO PRIMERO.—María. 61
CAP. II.—La Vírgen de Sion. 69
CAP. III.—El anillo de oro. 79
CAP. IV.—El ángel Gabriel. 87
CAP. V.—La paz sea contigo. 95
CAP. VI.—El edicto del César. 105
CAP. VII.—La cuna del Mesías. 113

LIBRO TERCERO.

Los peregrinos de Oriente.

CAPÍTULO PRIMERO.—Los pastores. 123
CAP. II.—Los Árabes. 131
CAP. III.—Los reyes Magos. 139

Págs.

Cap. IV.—Jerusalen. 147
Cap. V.—Los peregrinos. 159
Cap. VI.—Herodes el Grande.. 165
Cap. VII.—La carta de Roma. 173
Cap. VIII.—La semana de Daniel. 183

LIBRO CUARTO.

Camino de Egipto.

Capítulo primero.—Los cuatro reyes. 193
Cap. II.—Achiab. 199
Cap. III.—La adoracion de los Magos. 207
Cap. IV.—El anciano y la profetisa. 215
Cap. V.—El bosque hospitalario 221
Cap. VI.—El Buen Ladron. 231
Cap. VII.—La caravana. 241
Cap. VIII.—El desierto. 249

LIBRO QUINTO.

La degollacion.

Capítulo primero.—Los hijos de la Vestal.. 263
Cap. II.—Las víboras del esclavo. 271
Cap. III.—La ley de las Doce Tablas. 281
Cap. IV.—El nido de un príncipe. 291
Cap. V.—En el que dos ambiciosos forman castillos en el aire al rededor de algunas botellas. 301
Cap. VI.—Cleopatra y los triunviros. 309
Cap. VII.—Octaviano Augusto.. 321
Cap. VIII.—Fantasía. 329
Cap. IX.—El oráculo de Delfos. 341
Cap. X.—Un corazon de hiena. 349
Cap. XI.—Cánticos de alegría. 359
Cap. XII.—Lamentos de dolor. 365
Cap. XIII.—La sangre en el rostro. 371
Cap. XIV.—Preludios de la muerte. 379
Cap. XV.—La profanacion. 387

LIBRO SESTO.

El águila de oro.

Capítulo primero.—La vía Sangrienta. 395

Págs.

Cap. II.—La conjuracion. 405
Cap. III.—El templo de Sion. 413
Cap. IV.—La fiesta de las suertes. 419
Cap. V.—La clemencia de Herodes. 427

LIBRO SÉTIMO.

La agonía.

Capítulo primero.—La doble cadena. 437
Cap. II.—Donde se prueba que no es difícil dormirse en los brazos de un ángel y despertar en los de un demonio. 445
Cap. III.—La manzana y el niño. 455
Cap. IV.—El libro de Job. 467
Cap. V.—Donde se prueba que el amor domestica á las fieras. . . . 477

LIBRO OCTAVO.

Las víboras.

Capítulo primero.—Un ensueño de amor. 487
Cap. II.—La agonía de un verdugo.. 495
Cap. III.—¡ El rey ha muerto!... ¡Viva el rey!. 505
Cap. IV.—Fuego entre cenizas. 509
Cap. V.—El canto del cisne. 515
Cap. VI.—Bajo una tienda. 521
Cap. VII.—Melodía fúnebre. 529
Cap. VIII.—Un caballero que roba en despoblado. 535

Jan Vinsberg

PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

Tomo primero.

Portada. I
La presentacion. 64
La Vírgen en la fuente. 106
El Nacimiento. 128
La Huida á Egipto. 259
Cleopatra. 316
La sibila de Cuma. 335
Antípatro y Enoe. 434
Antípatro y Cingo. 470
Herodes. 497
Muerte de Cingo. 532

Págs.

Cap. VIII.—De Pilato á Herodes. 379
Cap. IX.—De Herodes á Pilato. 387

LIBRO DECIMOQUINTO.

El Gólgota.

Capítulo primero.—La columna de las afrentas. 393
Cap. II.—Ecce-Homo. 397
Cap. III.—La calle de la Amargura. 405
Cap. IV.—La cruz. 415
Cap. V.—Todo está cumplido. 425
Cap. VI.—Cayo Appio. 433
Cap. VII.—Los muertos hablan. 439
Cap. VIII.—Tres dias despues. 447
Cap. IX.—La ascension. 455
Cap. X.—El sepulcro de rosas. 461

EPÍLOGO.

Ni piedra sobre piedra. 469

LIBRERÍA

DE

D. LEOCADIO LOPEZ, EDITOR,

CALLE DEL CÁRMEN, NÚM. 13,

MADRID.

NUEVA HISTORIA

DE LA SANTÍSIMA

VIRGEN MARIA,

CON LA ESPLICACION

DE SUS PRINCIPALES ADVOCACIONES

Y UNA CORONA POÉTICA

EN HONOR DE LOS MISTERIOS DE SU VIDA

OBRA ESCRITA

por el pbro. D. Emilio Moreno Cebada,

Capellan de Honor honorario de S. M.

Edicion ilustrada y de lujo. Dos tomos en 4.° mayor con preciosas láminas á dos tintas. . . . . 50 rs.

Obra interesantísima escrita en estilo claro y sencillo al par que llena de profundos conceptos, enriqnecida con la esplicacion de sus principales advocaciones y completada con una corona poética: es la lectura mas útil y provechosa que una buena madre puede poner en manos de sus hijos, pues en ella hallan ejemplos y virtudes sublimes que imitar y acciones heróicas que admirar.

MARIA,

CORONA POÉTICA DE LA VIRGEN

POEMA RELIGIOSO

POR

D. JOSÉ ZORRILLA Y D. H. GARCIA DE QUEVEDO.

Hermosa edicion. Un tomo en 4.°. . . . . 40 rs.

LAS TARDES
DE
LA GRANJA.

Ó LECCIONES MORALES DE UN PADRE Á SUS HIJOS.

POR M. DUCRAY DUMINIL.

Novísima edicion ilustrada con láminas. Un hermoso tomo en 4.° . . . . . 40 rs.

La edicion que anunciamos de esta obra es la mas completa que se conoce con todos los ejemplos morales en verso; ninguna obra hay mas interesante é instructiva para las familias porque todas sus historias y anécdotas inspiran un profundo interés; su lectura lleva al corazon los afectos mas dulces instruyendo á los jóvenes para todas las ocasiones de la vida con consejos morales y ejemplos sublimes de abnegacion y virtud.

LA CARIDAD CRISTIANA

segunda parte de EL CURA DE ALDEA.

NOVELA ORIGINAL

POR ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Dos tomos en 4.° edicion ilustrada. . . . . 50 rs.

La edicion de esta preciosa novela hecha con lujo y con una ilustracion notable, ha sido acojida con entusiasmo. Su fin moral está basado, en los Evangelios; poema que encanta á los niños, que aman los desgraciados y admiran los sábios; reune grande interés, sentimiento y verdad, tres condiciones esenciales de la novela.

Para aparecer inmediatamente.

LA
MANZANA DE ORO,

NOVELA DE COSTUMBRES SOCIALES

POR

D. JOSE DE SELGAS Y CARRASCO.

Hermosa edicion con preciosas láminas. Constará de dos tomos en 4.°

235722

LS
P 4386
ma

Author Perez Escrich, Enrique

Title El mártir de Golgota. Ed.2. Vol.1.

DATE. | NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU